# EL LIBRO
# DE LOS MUERTOS

José Alejandro Sáez

# EL LIBRO DE LOS MUERTOS

# SIMÓN EL CARTERO

El cartero puso el pie en el escalón, decidido. Todos los días deseaba que fuese el último en que tuviera que pisar el negro mármol del palacio. Al hacerlo siempre notaba un cosquilleo que le adormecía el cuerpo. La sensación le acompañaba a lo largo de todo el recorrido por el edificio, pasillo a pasillo, puerta por puerta, negro todo, asfixiante.

Todavía no se había cruzado con nadie por aquellos corredores con olor a moho y óleos en toda su carrera de servidor público. No es que lo deseara. Al contrario, sabía quiénes ocupaban aquellos sombríos despachos y, si alguna vez hubiese existido un sentir contrario al deseo, era lo que él profesaba ante el hecho de poder cruzarse algún día con cualquiera de los delegados.

Siempre que veía a alguien era en el otro extremo del pasillo, cruzando de un lado al otro, entrando por una puerta. Una sombra fugaz que podía haber sido cualquier cosa, una lobreguez proyectada por la nada o, simplemente, lo que más le horrorizaba; alguien quieto mirándole. En tal caso, deshacía lo andado sin más. Su pena no encerraba tal sacrificio. Hacía su trabajo y listo.

Estiraba una y otra vez las manos hasta que los dedos casi se le desencajaban, pero el cosquilleo nunca desaparecería. Nada más poner el pie en aquel tétrico palacio, empezaba el cosquilleo en el pie y poco a poco le iba recorriendo todo el cuerpo, se extendía por las extremidades, los órganos, los huesos, lentamente, viscosa, una sensación asfixiante de angustia. Era una alarma. Algo pasaba allí. Nada bueno, seguro.

—Échale cojones —se decía a sí mismo.

Plantaba el pie y comenzaba el hormigueo. Después el otro pie, y la misma sensación. Mareos, vómitos…

El recorrido se hacía interminable. Unas pocas puertas negro mate a cada lado marcadas con un triste número y una única ventana cuadrada al final de cada uno de los pasadizos. Dicha ventana era un parche en el ojo de un ciego. No dejaba traspasar ni el más mínimo rayo de luz, ni una minúscula partícula, más bien al contrario, era una ventana a la oscuridad. Paredes negras, zócalos negros, losas negras; todo tan oscuro que era como mirar dentro de uno mismo y ver la maldad de los hombres, el humo negro del que estamos hechos. El aire estaba viciado, pesado como un gigantesco animal cuyas entrañas fuesen la mismísima muerte. La sensación no distaba demasiado de ser real. Desde fuera, el edificio era un cubo negro que parecía moverse y adquirir nuevas formas cada día, nuevas dimensiones y, aunque siempre era un cubo, a la vez era una figura diferente, informe, que se distorsionaba en formas grotescas y amenazantes. La soledad que ocupaba en medio de un páramo blanco lo hacía odiosamente irreal.

Encima de la puerta de la entrada, con unas letras negras sobre la fachada negra podía leerse: Delegación de Muerte. El número cuatro acompañaba al rótulo y confundía al pobre cartero sobre si era la cuarta Delegación de Muerte o el número cuatro de la calle. Siempre pensó que era el número de la calle, aunque fuese el único edificio. Sin embargo, lo más irritante era que estaba situado en el lado de los impares. En todas las calles adyacentes, los números pares se situaban en lo que él consideraba la parte derecha de la calle, si bien, en realidad, era el lado de la calle que daba al sur, mientras los números impares se situaban a la izquierda, originalmente ideado como norte, y eso era algo a lo que daba vueltas y vueltas, principalmente porque no tenía muchas más cosas en las que pensar. Dilucidar si era la

cuarta delegación o el número cuatro se había convertido en uno de sus pasatiempos favoritos. Así estaba la cosa.

El cartero, también conocido como Simón el Rompeculos, llevaba varios años (quizá algo más) repartiendo las cartas en la Delegación de Muerte. Aún no había conocido a nadie en el edificio. En la entrada se situaba el *hall*, y en él había un mostrador sobre el que se posaba un negro cuervo que a veces parecía más un reflejo que un animal. Solía estar fumando. El cigarro le colgaba por un lateral del pico y el humo le envolvía cual mortaja. En ocasiones estaba acompañado por otro cuervo y una cucaracha, pero nunca se habían dignado a dirigirle la palabra, siquiera con un gruñido malhumorado que reconociese la existencia, la presencia misma, en el mismo espacio temporal de todos los individuos que se daban cita en aquel horripilante recibidor todos los días.

A veces le miraban ávidos de sangre, le seguían con sus pequeños ojos amarillentos punzantes, paso a paso, sin perderle de vista, y el cartero casi lo agradecía, porque era lo más cercano a un saludo que recibiría de aquellos bichos inmundos. Una vez tuvo que dejar una carta en la portería. No fue asunto de buen gusto, pero era lo que era. Se acercó cauteloso al mostrador y la dejó suavemente sobre el mármol. Tuvo la sensación de que la carta era atraída por el mineral. El cuervo le miró con tal asco que le hizo sentirse sucio. Con su enclenque patita, el ave le pegó una patada a la carta y esta cayó al suelo mientras la cucaracha negaba con la cabeza. El otro cuervo graznó.

Simón el cartero casi se meó encima. Fue la primera y última vez que dejó una carta en la portería, aunque alguna otra especificara que debía ser entregada en mano al portero.

En otra vida, Simón era un delincuente de poca monta. Cuatro chanchullos le habían llevado a la cárcel, solía aclarar su madre. Allí fue donde forjó su leyenda de rompeculos.

Sus ciento setenta kilos eran una de sus principales virtudes y también la principal baza que le había llevado a convertirse en intocable dentro de la cárcel. Lo echaba de menos. Allí fue donde empezó a aficionarse a los culos de los demás y donde acabó dándose cuenta de su condición, su sexualidad, aceptándola y tomando el compromiso de defenderla hasta la muerte. Y hasta la muerte la defendió, y después también, aunque ahora sintiera tristeza. No encontraba, en este mundo devastado que habitaba, a nadie que le hiciera tilín, esto es, nadie que apoyara la cabeza en su pecho en las largas y calurosas noches, nadie que le rizara el pelo con el dedo índice en larguísimos arrumacos que tranquilizaban el pesar de los largos días de miedo repartiendo cartas en la Delegación de Muerte. Los días de primavera habían pasado, fugaces, memorables, irrepetibles.

En la cárcel había sido una eminencia. Pronto se hizo con la amistad y complicidad de varios de los grupos étnicos que se organizaban en bandas de internos que se odiaban entre ellos por el color de la piel, el acento, la procedencia... Ya se sabe, las cosas importantes de los ignominiosos. Pero él no era así. Él creía más en el amor que en la guerra y se dedicó a hacer favores sexuales a todos ellos, por lo que le permitían una libertad de acción como no se había conocido hasta entonces. Un día decidió que ya estaba bien de hacer favores y se retiró para compartir la vida con su pareja, un iraní de nombre Azkar cuya piel era una tupida alfombra persa. Ese fue un día muy triste en la cárcel.

El trabajo de cartero no había ido mal hasta entonces. En su cabeza se preguntaba: «¿Cómo va la cosa?». Y se respondía: «Más o menos bien». Todo lo bien que le puede ir a uno cuando está condenado para toda la eternidad en el infierno, repartiendo las cartas en la Delegación de Muerte. Era una de esas cosas, pensaba a menudo, que no podrías contarle a nadie, porque no sabrías cómo describir las sensaciones. «Hay que vivirlo», se convencía.

Pero no se podía quejar. Al menos él tenía trabajo, que ya era bastante. En aquel momento la tasa de desempleo era de un treinta y seis por ciento, y la situación se hacía insostenible. El mismísimo Satán, ministro del Interior, mano izquierda del todopoderoso Satanás, había sugerido varias medidas, extremas todas ellas. La más importante era la regularización de muchos trabajadores que no estaban cotizando, lo que había llevado a revueltas sociales con heridos y varios remuertos, que habían vuelto a resucitar quedándose sin trabajo, ya que sus antiguos puestos fueron ocupados por muertos de primera generación. «Pandemónium», lo titulaba el principal periódico del Infierno. «Qué original», había replicado Satán mientras desayunaba aquella mañana.

«Los sindicatos se movilizan, mientras los trabajadores culpan al Gobierno y su permisividad con los muertos de primera generación», subtitulaba.

Asmodeo acompañaba a Satán en el desayuno. Había sido nombrado ministro de Empleo hacía ya tiempo. Que Asmodeo y empleo rimaran no era una cuestión baladí, ni que hubiese pasado desapercibida para los medios, que finalmente habían acabado por bautizarlo como Asempleo, así sin más. No le hacía ni pizca de gracia.

Se podía leer en la tercera página del periódico:

> El Gobierno y sus débiles políticas de empleo y formación son los culpables de esta asfixiante situación. No entendemos cómo es posible que se estén dando recortes en los sueldos de los trabajadores y quitando prestaciones sociales como la asistencia a orgías y bacanales. Por no hablar de la congelación de las negociaciones para la jubilación tardía.

—Ya estamos con la dichosa jubilación —dijo Asmodeo con el gesto torcido.

Satán casi ni levantó la vista del pequeño bebé de pato que estaba desayunando.

La jubilación nunca había existido en el infierno. Pero, desde hacía unos años, los muertos que iban llegando contaban cosas como que en vida habían tenido seguros médicos gratuitos, días festivos, bajas por paternidad o jubilación y los sindicatos habían tomado buena nota. Gente como Ramsés II o Atila el Huno, que habían sido algunos de los principales sindicalistas en el inicio de estos grupos, empezaron un juego que nunca podrían ganar y otros les habían tomado el relevo, con igual resultado.

Pero Simón no mecía lamentos. Como cada día, metió en su bolso de cuero un paquete de cartas destinadas a la Delegación de Muerte. En la briega por encajar las cartas de la mejor manera posible en un bolso ridículamente pequeño, se percató de una diferencia. Con un solo vistazo se dio cuenta de que había algo diferente.

El sobre era negro, como siempre, pero habitualmente en el destinatario aparecía impreso en un morado ilegible el número de despacho al que iba dirigido, sin más nombre ni floritura.

Hoy había algo más. Debajo del número de despacho al que iba dirigido aparecía un nombre: Hel. Seguido al nombre, la frase que le hizo desmayarse y caer como una vieja señora menopáusica sofocada al suelo de la oficina de correos: entregar *en mano*.

Durante unos instantes fue feliz. Ausente en las telas del inconsciente, soñó con un camastro duro y lleno de chinches en la pestilente habitación de su viejo y añorado presidio. Empezó a notar dolores punzantes en las costillas y pensó que estaba acostado juntó a su iraní mientras ácaros como puños devoraban la piel que contenía la grasa que recubría sus costillas y órganos internos.

Abrió los ojos. Varios compañeros le estaban pateando. Alguno también le escupía y algún otro, incluso, le había orinado encima. El charco que lo cercaba y el olor a amoníaco eran pruebas sólidas de la meada recibida. «Hubo tiempos en que lo hice

por gusto», pensó melancólico. Así era el trato diario entre los compañeros, lo cual chocaba bastante con un póster en el que aparecían dos manos unidas y animaba a la compañía con el siguiente lema: «Aprovechen las sinergias».

Quien más quien menos aprovechaba cualquier ocasión para putear a los demás. Era uno de los derechos conseguidos por la presión de los sindicatos hacía ya más de setecientos cincuenta años.

Tomó un vaso de agua con sabor a pura mierda e intentó recobrar la calma. Sentía palpitar el corazón como un martillo pilón sobre una lámina de madera de marquetería. Lo sentía desbocado, como queriendo ausentarse en el momento en que tuviera que entregar la carta. La reactivación de los órganos fue una de las decisiones de Lucifer, ministro de Sanidad, después de la gran revuelta por los derechos sanitarios que fue promovida por Galeno en el inicio de «la era de los sindicatos». Pedían una sanidad universal, a lo que el gobierno respondió sacando tropas de arcángeles a las calles con la orden de masacrar a todo aquel que tuviera cojones —así lo ponía literalmente en la nota publicada por el Gobierno— de pisar la calle.

Todo aquello terminó regular. Los sindicatos consiguieron una sanidad semipública que principalmente atendía quemaduras y congelaciones, y el Gobierno impuso mediante decretazo otras muchas medidas. Por ejemplo, cada barrio tendría un consultorio médico de atención continuada y cada diez barrios habría un hospital de alta resolución. Cada ciudad tendría, asimismo, un hospital general. Esta medida fue tomada con gran jolgorio en las sedes de los sindicatos y la población la aceptó de muy buen grado. La contrapartida vino en la reactivación de los órganos, con lo que otra vez empezaron a padecer diabetes, infartos, colon irritable, etc., además de tener que pagar las visitas médicas que no fuesen causadas por quemaduras o congelaciones, que en la actualidad eran el 99,9 % de las visitas médicas.

Lucifer y su primo Astaroth formalizaron el primer seguro médico de la historia del infierno. Se hicieron multimillonarios y fueron muy felices.

Simón miró otra vez la carta: «Hel, entregar *en mano*». Lo que había temido desde que llegó a la Oficina de Correos III del infierno, tener que acercarse y mirar, aunque fuera de soslayo, a uno de aquellos monstruos infernales. Había quedado tumbado sobre el suelo de gres azul de la estafeta. Sus compañeros, hartos de golpearle, se habían dispersado. Tragó saliva, se abanicó con una de las cartas. Se sentó en una vieja silla metálica con la cabeza apoyada en la pared. Pegaba pequeños cabezazos con la coronilla pelada como si aquello reactivase el riego del cerebro o fuese a aportar una idea de cómo no entregar la carta. ¿Qué podía hacer? Quizá si se tomase un día de asuntos personales podría librarse de tener que entregarla, pero ya se había tomado demasiados días. Uno más podría dar con sus huesos en la calle y entonces ¿qué sería de él? Encontrar un trabajo como aquel no era fácil. Tal como estaban las cosas, ni siquiera era fácil encontrar un trabajo de esclavo de la construcción, de mancebo de algún señor, de tea de caminos peatonales o de depurador de la laguna Estigia, lo cual consistía en comerse, literalmente, las mierdas que venían de los desagües de Avernia, Satania, Sucuburgo o Estigia City entre otras ciudades y pueblos, durante diecisiete horas al día.

Así que, visto de ese modo, no debía ser para tanto entregar una mísera carta. Toc, toc, toc… Seguía dando pequeños cabezazos en la pared. Sí es para tanto. Seguro que es para tanto. Cuántas veces, al girarse, había visto al final de cualquier pasillo una sombra que le observaba devorándole. Lo notaba, quería devorarle, pero se contenía. Por eso no se acercaban, porque en las distancias cortas no podrían hacerlo, aquellas apestosas sombras putrefactas que desaparecían por las esquinas, en las puertas y casi podría asegurar que entre las juntas de las losas del pasillo o de las paredes. Así que sí, era para tanto.

Paró de dar cabezazos en la pared y miró en dirección al suelo. Estaba lleno de líquidos de dudosa procedencia, pelos y cabellos de todas las formas y tamaños, chicles, caramelos, tampones: uno podía encontrar de todo en el suelo de correos —y de cualquier lugar del infierno—. Se observó los pies y casi pudo notar el cosquilleo que comenzaba cuando pisaba la Delegación de Muerte. Nadie le había contado gran cosa de lo que allí sucedía. No obstante, él sabía que allí no sucedía nada bueno. Lo decía y lo volvía a decir. Dentro de su cabeza, una tiza amarilla escribía una y otra vez en una pizarra verde: «Nada bueno se cuece allí». Intentó que su cuerpo se pusiese en pie para poder al menos decidir si ir a colgarse del primer árbol que encontrara. ¿Qué le podía ocurrir?

Sabía de gente que estaba involucrada en los movimientos sindicales y en las protestas por los derechos del trabajador. Conoció una vez a un pelotero. Se conocía así a la gente que transportaba grandes rocas ardientes empujándolas con sus propias manos, y se les conocía así por los famosísimos escarabajos peloteros que transportan bolas de estiércol. Este pelotero, que si mal no recordaba se llamaba Liu Cheng, confucionista convencido que había sido activista político en vida, le dijo que el trabajo no estaba tan mal. En los últimos tiempos —narraba— todo se había vuelto demasiado complejo. Antes se utilizaban las bolas para apisonar el alquitrán de las carreteras, autovías y autopistas de la red general de carreteras del infierno, pero con la crisis actual y la paralización de muchas de las obras de Infraestructura y Fomento, sobre todo en lo referido a transportes, les hacían llevar las bolas de roca ardiente de un lugar a otro sin saber muy bien con qué finalidad.

—Hemos realizado ya diversas protestas —continuó—, pero Fomento ha cogido y ¿sabes lo qué ha hecho? —preguntó.

—No —respondió Simón.

—Pues han cogido y han cambiado las bolas de roca ardientes por cubos de roca ardiente, así que tardamos una eternidad en

hacer lo que antes hacíamos en un rato. Cuando digo eternidad lo digo relativamente, claro.

Simón sabía que él no podría aguantar un trabajo así, aunque no estuviera mal según Cheng. Él era un hombre de esfuerzos nimios y gran capacidad de humillación.

«Piensa… piensa —se decía a sí mismo—. No puede ser para tanto. Sí que es para tanto. No, no puede serlo. Llamas al despacho, abren la puerta, alargas la mano y entregas la carta. Después sales como alma que lleva el Diablo, cagando leches».

No podía pensar en otra cosa que no fuese correr, en no entregar la carta, en hacerse el enfermo, en meterse algo por el culo.

A la derecha de donde se encontraba sentado, se empotraba una puerta azul con un cristal ahumado y una manivela de color cobre. «Todo muy horrible», pensó. La puerta se abrió y por su marco apareció Embema Nolunga, un negro de dos metros trece centímetros de altura, más de doscientos kilogramos de masa y las piernas más cortas que Simón podía recordar. Estaba totalmente desproporcionado y era desproporcionadamente cabrón. Además de esto era también su jefe, lo que le hacía más cabrón aún.

—Simón —dijo el negro desproporcionado—, si no te veo salir por patas en medio minuto, dirección a la Excelentísima Delegación de Muerte, te voy a dar una hostia que vas a creer que estás vivo, maricón de mierda.

Continuó como si tal cosa, cruzó la habitación, abrió otra puerta azul con cristal ahumado y desapareció. Al instante un papel asomó por debajo de la puerta. Simón se levantó y lo cogió. «Ya lo sabes», ponía en el papel con una caligrafía extremadamente violenta. Firmado: Embema Nolunga. En el anverso ponía: «Vale por una hostia… en treinta, veintinueve, veintiocho…».

Era verdad, Simón ya había recibido dos hostias de Embema Nolunga, y te hacían estar pensando durante un mes si valía la

pena recibir otra. La segunda vez que le dio su renombrada superhostia se quejó al sindicato, y el sindicato le pegó tal paliza que tuvo que andar con los codos dos meses. Además, le recordaron amablemente que el abuso y maltrato a los compañeros era un derecho de los trabajadores que habían tardado siglos en conseguir y que un gordo maricón no era quién para quejarse de los derechos conseguidos con tanto sacrificio.

Ante la perspectiva de recibir una tercera superhostia cogió su bolso de cuero y se lo colgó del hombro izquierdo. No le quedaba otra. Cogió la carta y la puso en el último lugar del paquete de misivas cogidas con seis elásticos verdes. Miró la que quedaba ahora en primer lugar:

Despacho número 2
Hades, entregar *en mano*.

Intentó llegar al cuarto de baño. Ese era uno de los hábitos o costumbres que seguía teniendo de cuando albergaba vida, pero no le dio tiempo; vomitó compulsivamente por todas partes. Parecía un aspersor descontrolado y tanto paredes como suelo quedaron a un estilo gotelé muy *kitch.* Media oficina de correos III quedó anegada en vómito. Se restregó furiosamente los ojos. No podía ser.

Cogió la tercera carta:

Despacho número 3
Osiris, entregar *en mano*.

Y la cuarta:

Despacho número 4
Vanth, entregar *en mano*.

La quinta:

Despacho número 5
Charún, entregar *en mano*.

Sexta:

Despacho número 6
Muerte, entregar *en mano*.

La mente se le nubló. Comenzó a mover la cabeza de un lado a otro intentando despejarse. La boca se le había secado y no podía tragar saliva. El regusto a vomitó y acidez aún perduraban y sentía algo pastosa la boca.

De nuevo las náuseas, los mareos y, por fin, se desplomó entre convulsiones y arcadas.

# LOS DESPACHOS

Cuando despertó era ya media mañana. La boca le sabía a colilla, un poco a ácido y una pizca a polla.

Embema Nolunga le tenía sujeto por el cuello de la camisa. Se sentía ingrávido y vacío.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el negro inmenso con engañosa sonrisa.

—No demasiado —respondió Simón, a lo que siguió un punzante dolor en los genitales.

—¿Cómo se encuentra ahora la señora? —volvió a preguntar el jefe.

—Mucho mejor, ¡dónde va a parar! —logró responder Simón con un hilo de voz que apenas escapaba del cuerpo.

El dolor había pasado de ser punzante y horroroso a extenderse generalizado por todo el cuerpo. Se manifestaba en forma de arcadas, ritmo cardíaco acelerado, pinchazos localizados, mareos, adormecimiento en las extremidades y presión agónica, como de tenaza, en sus partes pudendas. Al poco tiempo la zona empezó a insensibilizarse. Embema Nolunga lo lanzó al suelo como un saco de patatas podridas. El cartero quedó tendido sobre las frías losas azules. Apoyó el codo en el respaldo de carey de una silla y levantó el torso del suelo. Se palpó la zona genital. Le daba la impresión de estar tocando algo que no era suyo.

A duras penas pudo incorporarse del todo y mientras el abdomen se estiraba el resto del cuerpo respondía con mayores padecimientos. Se puso en cuclillas, cosa que aconsejaba todo el

mundo para cuando uno se llevara un golpe en las partes, pero la solución no le pareció del todo satisfactoria cuando la costura del pantalón se incrustó entre ambos testículos y, haciendo una presión equivalente al peso que soportaba, produjo un pinchazo que a su vez provocó la expulsión de todo el aire que contenían los pulmones.

Se colgó una vez más el bolso de su hombro izquierdo y echó a caminar. Cada vez que pisaba el suelo era como caminar descalzo sobre miles de cristales que se extendían por las piernas hasta llegar a los genitales y a la medula espinal. Continuó poco a poco por las calles abarrotadas del infierno, sucias e infectas. Estaban llenas de multitudes, de legiones de almas corpóreas, que corrían de un lado para otro llegando tarde allí a donde fueran. Caras desencajadas, histéricas, histriónicas y lisérgicas que cogían taxis y después se bajaban, que entraban al viejo teatro Balaam a ver las absurdas obras que se representaban y salían despavoridos y desengañados; gente comprando, gente vendiendo, gente trabajando, gente vagueando, engañando a los demás, actuando de forma sospechosa, mirando vilmente, escuchando a escondidas. Todo muy frenético y acelerado. Simón andaba entre la multitud incoherente, como buenamente podía, en dirección a la Delegación de Muerte con la misión de entregar las cartas a aquellos monstruos que habitaban los despachos oscuros. El mundo seguía su curso sin que importara lo más mínimo el contenido de su bolso. En ese momento, casi hubiera deseado ser uno de los limpiadores de la laguna Estigia o uno de aquellos mohínos cobradores de la barca que transporta las almas y que no solo ejercen de cobradores a las almas de las personas histéricas que acababan de morir, sino que tienen que aguantar a los impertinentes que no quieren pagar o, lo que es peor, las conversaciones absolutamente estúpidas del barquero y las niñas bonitas a las que no quiere cobrar.

Después de un rato caminando por las calles del Infierno —capital de la república del mismo nombre—, llegó a la avenida de la Delegación de Muerte. Otra vez, espectral, el cubo negro que nunca paraba de cambiar de forma. Oscuro, como sus intenciones; cruel, como sus acciones. El maldito edificio se acercaba y se alejaba, o eso le parecía, porque al final, siempre estaba en el mismo lugar, aunque cada día pareciera estar a una altura diferente de la calle: contaba los pasos en la ida y salían unos ciento cincuenta. Sin embargo, a la vuelta podían ser mil. Al día siguiente los contaba nuevamente y eran mil a la ida y siete a la vuelta. Y en medio de la calle, el edificio permanecía. Unos días casi se estampaba con él y otros apenas le llegaba el aliento para llegar al portal.

Llegó a la puerta: Delegación de Muerte, 4. Tocó con la punta del pie en el escalón, así como cuando uno toca un cable que cree que puede llevar corriente eléctrica. El cosquilleo. Pisó firme sobre el mármol y el cosquilleo se intensificó. Le vino una arcada. Otra arcada. Siempre pasaba, no había excepciones. Era una sensación, un sabor, que producía un profundo asco, algo así como estar masticando un cadáver que llevara diez días muerto, mientras los gusanos corretean por tu boca y las moscas te ponen huevos en las comisuras de los labios. Ciertamente desagradable, pero en su mente Simón no podía darle ninguna otra interpretación.

El olor era otra de las singularidades del edificio. Totalmente aséptico y pulcro, cuando se entraba se tenía la sensación de no estar oliendo nada que conocieras, y eso incrementaba el asco y la aversión. Era un sentimiento de intangibilidad que te revolvía las tripas. Simón llevaba ya años intentando reconocer aquel olor, compararlo con algo que pudiera decir: esto lo olí yo. Pero no, no podía haberlo olido, porque ese era el olor del edificio de la Delegación de Muerte y de ningún otro lugar.

Habiendo dado el primer paso, siempre el más difícil, miró de reojo al cuervo sobre el mostrador del *hall*, que en este glorioso día

estaba acompañado por la cucaracha y por el otro córvido. Mantenían una conversación animada en el mostrador al respecto del precio del azufre, la bajada del paño y la subida del comino, hasta que vieron al cartero y la conversación quedó en paréntesis, nunca mejor dicho, ya que cada cuervo levantó un ala quedando en medio la cucaracha. En realidad, lo que estaban haciendo era intentar asordinar sus graznidos.

Lo siguieron con la mirada hasta que desapareció en el primer pasillo que encontró. Siempre le había resultado en extremo incómodo cuando aquellas alimañas se quedaban calladas y pétreas y lo seguían con las órbitas de sus ojos desencajadas. Aunque este día fuese algo diferente, algo que no era la tradicional mirada de incontenible odio. Era una más incriminatoria, interrogativa y penetrante. Simón se intentó tranquilizar una vez que consiguió llegar a la mitad del primer pasillo de la derecha. El estremecimiento que le habían provocado las alimañas, sumado al estado de nervios con el que había llegado, eran el equivalente en vida de un cuádruple infarto. Miró hacia el comienzo del pasillo y allí estaban las tres cabecitas, asomadas junto al rodapié. El cuervo portero se puso tranquilamente un cigarrillo en la boca, lo encendió con cierta clase —dada la ausencia de dedos—, y lo escupió al suelo. Eso fue todo por el momento.

Si no para otra cosa, al menos esos momentos le habían valido a Simón el cartero para olvidar momentáneamente la labor que le ocupaba en ese edificio. Poco le duró. Al recordar a qué había ido ese mediodía al edificio se encontró aún peor. De nuevo le golpeó sin compasión el miedo y le recorrió el cuerpo una descarga de adrenalina que le revolvió las tripas, pero ya no le quedaba nada que echar fuera salvo el esqueleto y los órganos.

Avanzó por el pasillo contando las losas y multiplicando el número de esquinas de las losas por el número de losas en una línea. «Cincuenta y cuatro», dijo sin pensar. No recordaba las tablas de multiplicar.

La primera puerta se alzaba frente a él.

Avanzó justo hasta situarse ante el marco. Era inmensamente grande y tendría el ancho de un palmo, palmo arriba, palmo abajo. ¿Dónde podría haber dejado Hel una llave? Recordó muchas de las películas que había visto en vida: ¿Encima del marco de la puerta? Muy obvio. Demasiado fácil. Quizá en una maceta o en felpudo de bienvenida. No lo creía. En todo caso, ninguno de esos elementos estaban presentes ni ante la puerta ni a los lados de ella. Solo era una forma de distraer la mente, de engañarla tontamente, mientras intentaba meter el sobre por debajo de la puerta.

—¡Vamos! Entra de una puta vez —farfullaba apretando los dientes y empujando la carta—. ¡Vamoooooos!

Por allí debajo no cabía ni un pelo cortado por la mitad. El sobre se arrugó hasta quedar como un acordeón. Pasó el dedo por el contorno de la puerta. Era perfecta. Si cortara a capricho una célula en mil partes, no se podría encajar una entre la puerta y el suelo ni a martillazos. La puerta, negra como el resto del edificio, se reconocía solo por el pomo y por el número. Por lo demás, parecía simplemente papel pintado sobre la pared del pasillo.

La miró como si fuera el mayor enemigo al que se hubiese enfrentado nunca, entrechocó los dientes un par de veces mientras discurría. Pero no, no le llegaban ideas.

«Entregar *en mano*» fue lo que pudo leer cuando observó el sobre arrugado. En mano.

Toc, tum, rac. Cada golpe en la puerta sonó de una manera diferente. Había llamado con los nudillos tres veces en un escandaloso y audaz arranque de arrojo que pronto se diluyó en el hediondo manglar de la cobardía. Que no esté, rogó. Que no esté. Que no. No sucedía nada, pero en principio nunca pasa nada. Las cosas pasan cuando pasan, aunque se tienda a pensar que próximamente pasarán. La pierna le hizo un extraño y el

zapato emitió un agudo chillido al arrastrar la suela contra el pulido suelo de mármol. Seguía sin pasar nada.

Bbrrrrrrrrrrr. Ahora sí. Los oídos de Simón se agudizaron como los de un búho en plena cacería. Le pareció que aquel sonido se correspondía con el de un arrastrar de silla al levantarse. Después se escucharon unos pasos cortos y un carraspear. La puerta empezó a abrirse lentamente. El aire fue absorbido hacia el interior del despacho como si entre ambos lugares existiera una inmensa diferencia de presión. Una finísima línea de blanca luz se abrió paso entre el marco y la puerta. Poco a poco se fue agrandando en un abanico esplendoroso hasta que empezó a contornearse en ella la figura de una mujer. Tras lo que pareció una eternidad, la puerta quedó entreabierta. La mitad de una figura deliciosa se recortaba en la luz blanca y pura. Simón quedó maravillado. A pesar de su condición sexual y de haberla defendido a capa y espada en sus años de presidio, estaba dispuesto a dejarlo todo solo por poder besar la mano de aquella mujer. Su belleza solo podía describirse con acciones y a Simón se le pasaron por la imaginación unas cuantas que podía hacer con aquella joven deliciosa.

—¿Qué desea? —dijo la voz de aquella figura con un dulce timbre aflautado.

Simón aún no podía creerlo, su boca se abría en un gesto de auténtica perplejidad. Se le pasaron por la cabeza todos los miedos que había padecido a lo largo de los últimos años. Todos los oscuros dramas traumáticos. Todo el miedo incalculable de la mañana. Había merecido la pena. Era maravilloso, indigno de él. Casi podría decirse que haber tenido la oportunidad de observar algo tan magnifico era injusto para el resto de las almas corpóreas del infierno y más injusto aún el privar de dicha visión a las almas incorpóreas del cielo. Y eso, era mucho decir para alguien que habitaba en ese lugar.

Simón balbuceó un par de veces, negó con la cabeza, afirmó después y finalmente elevó los hombros.

—Una carta —logró decir, mientras alargaba la mano. Sintió un poco de vergüenza al ver el estado en que estaba el sobre.

—Pase, por favor —dijo Hel, abriendo la puerta por completo.

El acceso de vómito siguiente fue inesperado, e inoportuno también, a bien decir ¿quién lo hubiera imaginado? La sorpresa y el *shock* fue tal para Simón, que, aun vomitando, su cara era más de asombro e incredulidad que de esfuerzo. Un olor nauseabundo inundó el despacho, un hedor caliente y viscoso que empalagaba la boca e irritaba los ojos.

El cuerpo de Hel presentaba una mitad abrumadoramente bella y saludable y otra mitad putrefacta y cadavérica, que apenas quedaba adherida a la mitad incólume por los huesos y unos pocos trozos de carne podrida y tendones desgarrados.

—¿Está usted bien? —preguntó acelerada Hel, mientras pasaba la mano corrupta por la espalda en pequeños movimientos circulares.

Simón se revolcó por el suelo al notar aquella mano. Dio tres vueltas sobre sí mismo mientras Hel lo seguía, un poco desconcertada, preguntando qué era lo que le pasaba. Si alguien hubiera observado la escena desde cierta distancia, no habría podido pensar otra cosa que aquel gordo marica estaba envuelto en llamas invisibles y que la extraña mujer medio bella medio horrible intentaba sofocar el incendio a palmadas. Pero, en realidad, lo que sintió Simón cuando lo tocó aquella mano húmeda y blanda sobre la espalda fue la sensación de morir mil veces a la vez que su cuerpo se descomponía y su alma intentaba escapar asustada. Sintió un profundo miedo, cerval y arcaico, que, mezclado con el nauseabundo olor, le provocó el vomitó una y otra vez hasta que el suelo del despacho fue ocupado por un ácido cenagal de tacos y enchiladas.

Consiguió controlarse, inspiró con la nariz atestada de tropezones, se reincorporó y se empotró contra una de las esquinas del despacho. Le faltaba la respiración. Notaba las fosas nasales

atestadas y apenas podía tragar. Mientras, Hel le miraba desde una prudente distancia, extrañada. Se quedó de pie delante de Simón sin hacer ni un solo gesto. Solo le miraba. Simón ya no veía ninguna belleza en aquel ser. De nuevo volvía a ser el monstruo que se había imaginado siempre, cuando los veía en la forma de sombras oscuras desapareciendo por los pasillos, sombras dentadas en voraz expectación. Veía solo muerte y putrefacción, como si un velo de calamidades tapara la mitad bella del cuerpo y ya solo hubiera parte monstruosa ante él. El despacho era luminoso, eso sí. Observó que la decoración minimalista era realmente exquisita. Agradeció el buen gusto.

Tras unos minutos midiéndose el uno al otro, Hel dio un paso adelante y Simón empezó a gritar desquiciadamente. Desgalillándose, provocando glissandos que le desgarraban la garganta.

Con cada paso que Hel avanzaba, él se sentía un paso más cerca de una muerte atroz; millones de cadáveres pudriéndose, millones de almas intentando escapar, millones de seres extinguiéndose. La mayor sensación de vacío que se pueda experimentar. El agujero negro de la inexistencia.

Hel se acercaba, ya estaba a unos centímetros. Le tocó con la mano bella y de repente Simón sintió un consuelo inabarcable. Todo se convirtió en flores y brisas frescas, arpas acariciadas y coros celestiales. El aire entró en los pulmones con olor a tomillo y lo exhaló con olor a lavanda. Volvió a inspirar y ahora olía a césped recién cortado. Exhaló y sabía al beso de una madre. Recordó vagamente que esa persona que le tocaba, en otro tiempo muy remoto, quizá hacía un minuto o dos, había sido lo más terrible de la existencia, pero... ¡Oh!, ahora olía a bizcocho de manzana sobre el alféizar de la ventana de la vecina de al lado, en una tarde otoñal, con la hojarasca humedecida por la lluvia de la tarde, cuando te invitan a un buen trozo del tesoro azucarado con un vaso de leche bien caliente.

Después de un rato en el que tomaron té con limón y tarta de frambuesa se relajó. Todo acabó siendo bastante cordial. Hel le regaló una camiseta para que se cambiara. En la camiseta se leía: Yo —un corazón dibujado — Niflheim.

Simón entregó la carta en mano, como se advertía en ella, y se despidió.

Salió del despacho con una sensación triunfante, henchido de orgullo y desbordante de confianza. Enfiló el pasillo y se dirigió a la segunda puerta. Suspiró al dejar atrás el despacho de Hel. Un recuerdo ficticio le auxilió, un agosto de hacía muchos años, en ropa interior, con el sol en su cenit y las bicicletas a la sombra de un abedul, a orillas del lago Malham. A sus tiernos once años, podían haber sido novios y habría sido maravilloso.

# DESDE EL PRINCIPIO

En un tiempo indeterminado de un lugar indeterminado, caminaba, con paso lento e inestable, un joven que podría haberse descrito como vulgar, ordinario. Piernas largas y delgadas a juego con los brazos interminables y el cuello de un ganso. El torso, aunque enjuto y huesudo, empezaba a dibujar una pequeña curva mantecosa en el abdomen. Sobre el cuello que sustentaban los hombros decaídos se mantenía, a duras penas, una cabeza alargada de frente amplia, de ojos grises, pómulos hundidos y pelo rubio. La nariz era una avanzadilla del resto del cuerpo; una añadida protuberancia que aparecía en la escena un minuto antes que él.

Vestía informal, unos pantalones grises azulados, una camiseta blanca, ancha y de manga larga que contrastaba con el calor que abrumaba el ambiente. Las zapatillas, unas viejas Adidas cuarteadas y empapadas, habían adquirido un tono parduzco, casi negro. Las arrastraba pesadamente desplazando las suelas sobre la tierra y las plantas del camino como si tuviera los pies de cemento.

Su metro noventa se balanceaba como una caña verde intentando no resbalar en todas las rocas del lecho del río. Unas paredes de más de cincuenta metros delimitaban el cauce, alzándose magníficas contra el cielo despejado y enmarcando la acción del muchacho.

La Cerrá era un cañón por el que discurría un hilo de agua que abastecía a la paupérrima vegetación que poblaba la quebrada. El

agua desaparecía bruscamente unos cientos de metros río abajo, cuando se iba abriendo poco a poco, formando un cauce seco pero amplio, custodiado por alamedas y rodeado de bancales en que los mayores y los paletos locales, que abundaban en número insufrible, plantaban todo tipo de hortalizas y frutales.

Mientras Max avanzaba, intentando no tropezar con cada maldita piedra, escuchaba cómo los trasgos y las alimañas buscaban cobijo a su paso. Las cañas secas entrechocaban al son del viento de poniente y las apretadas maniobras de las sabandijas se escuchaban al chapotear en el agua cuando intentaban esconderse en los sombríos recovecos de las rocas del riachuelo.

Max permanecía atento a los sonidos. Buscaba con los ojos la procedencia. Le faltó poco, pero nunca lograba ver a ninguno de los seres que anidaban, cobijaban y se escondían en las zonas húmedas y pobladas de maleza. Sospechaba que estaban allí. Casi podría haber dicho en su diario, si es que hubiera tenido alguno, que le había parecido ver un par de ojillos blancos y aterrados bajo la cobertera de una acequia. Habría escrito que, posiblemente, le había parecido divisar una gris y peluda espalda enterrándose en los lodazales del riachuelo. Pero odiaba los diarios. Quizá alguien en el mundo tuviera algo que contar y dejar por escrito, pero, por lo general, la gente hacía cosas como tirarse pedos mientras meaba, hablar con la comisura llena de saliva seca, echarse demasiada colonia, morderse las uñas y escupirlas, pegar sanguinolentos mocos en las paredes del baño, matar moscas con una herramienta similar a una raqueta para subnormales, tirar papeles al suelo porque ya los recogerían otros, pensar en cómo se comerá una polla para conseguir un trabajo. En fin, las cosas del día a día que a Max le parecían absurdas e indignas de quedar escritas en un diario, incomprensibles además de fastidiosas.

Continuaba avanzando sin más propósito que perder de vista a todos los estúpidos seres humanos que le provocaban ansiedad y urticaria. El número de seres humanos que le provocaban

dichos síntomas eran la totalidad de la especie humana. Muertos incluidos.

Al salir de uno de los quiebros del cañón, sobre una roca, despuntando contra el cielo, vio algo que jamás habría imaginado. A veces las cosas suceden sin grandiosos preámbulos y anunciadas fanfarrias: una silueta aterradora se alzaba sobre una roca en la cima de la quebrada, una silueta gigantesca y alada.

Corrió sigilosamente hasta una alameda cercana y allí se apostó para ver aquel majestuoso ser. Escondido tras el cebrado tronco de uno de los álamos, fue asomando la cabeza, poco a poco, lentamente, hasta que pudo ver con claridad que, sobre la roca, a unos cien metros de donde él se encontraba, un dragón estiraba el cuello y olfateaba el aire. Era un dragón auténtico, muy difícil de encontrar. Había escuchado historias, casi siempre de borrachos pendencieros, que por un trago cantaban sus gestas en las tabernas más lúgubres de los caminos más perdidos. Nunca las había creído del todo, pero ahora lo veía con sus propios ojos y los ojos de uno no mienten. Las escamas del dragón brillaban creando miles de pequeños destellos que variaban en colores y tonalidades metalizadas. Sus garras, afiladas como guadañas, rasgaban la roca y sus ojos incandescentes observaban atentamente algo al otro lado de la quebrada. Era un espectáculo increíble.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Max. Era emoción y miedo también. Aquel era un ser de tal magnificencia y maldad que podía acabar con él en un instante, con un soplido, pero merecía la pena el riesgo. Deslumbrado por la grandiosidad del encuentro, dio un paso adelante para poder observar mejor al animal sin la molestia de las ramas bajas de los árboles.

—Hola, Max. —Sonó una voz aguda y emocionada a su izquierda.

Max giró la cabeza y se encontró, a menos de medio metro, con Darkia.

—Maldita sea su sombra —dijo irritada una voz dentro de su mente.

Darkia era una joven delgada y paliducha, y sobre todo molesta, que vestía como si los colores y las formas no existieran para ella. En ese momento llevaba una falda roja que parecía haber recortado de la faldilla de una mesa camilla y un bodi a rallas rojas, azules, verdes y amarillas, tan manido que se le trasparentaba el sujetador, que era verde con estampado de conos helados y que no conjuntaban, por supuesto, con nada de lo anterior. Habían coincidido en la escuela desde que eran renacuajos, los dos anfibios más raros que se conocían por esas tierras.

Max buscó frenéticamente al dragón. Pero ya no estaba allí. Había desaparecido.

Por su mente, irritada y alterada con la presencia de la joven, se asomó el poderoso deseo de entrechocar una piedra con la cabeza de la muchacha. Pudo ver cómo la sangre brotaba a borbotones desde un lateral del cráneo y cómo su cuerpo sufría terribles espasmos hasta quedar yermo de vida, seco y muerto.

La subiría, no sin esfuerzo, a lo más alto de las riscas, donde las alimañas y los carroñeros se la comerían sin dejar ni rastro.

Quizá podía ahogarla en el riachuelo, pero solo se le ocurrió, para hacer desaparecer el cuerpo, la misma solución que en la ocurrencia número uno.

La chica seguía delante de él sonriendo felizmente, ignorante de su posible destino. Tenía el pelo castaño y cara de no escuchar por un oído. Esto es, una cierta cara de desconcierto permanente, más debido a su escaso nivel de atención sobre las cosas que a algún defecto propio de la audición. La cara era ovalada y no estaba exenta de cierta gracia y belleza. Las cejas, por lo que Max recordaba desde que la conocía, siempre habían estado arqueadas hacia arriba, cual si una sorpresa perpetua le acompañara en cada gesto que realizaba. El cabello era liso, otoñal y brillante. Le caía hasta los hombros de manera descuidada y natural. Por lo

demás, se podría decir que tenía el cuerpo de una chica joven, fino, firme, deseable.

—Hola, Darkia —dijo con amabilidad Max, como le habían enseñado desde pequeño.

—¿Qué hacías? Se te había quedado cara de bobo.

—Estaba... estaba pensando —respondió distraídamente Max.

—Y puedo saber... —comenzó la muchacha.

—No, es una cosa mía —la interrumpió Max.

—Ahm, ya veo —dijo Darkia manteniendo la sonrisa.

Con las manos cogidas tras la espalda, se balanceaba coquetamente a un lado y al otro.

Pasaron unos instantes que en la cabeza de Max fueron siglos enteros, hasta que la chica arrancó a hablar de nuevo.

—¿Y... qué vas a hacer ahora? —preguntó.

El mundo era así, un compendio de molestias insoportables. Una enciclopedia de torturas mentales. Una serie de banalidades insufribles que Max no llegaba a entender ni al uno por ciento.

«¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntaba Max. En su mente se dibujaban dos robustas ramas que se extendían en las alturas con posibles respuestas. De una brotaba la idea de prender fuego a todo, podía verlo claramente, como en una serie de diapositivas que invadían su campo de visión, una fina lámina de cataratas dibujadas con la mano de un loco diablo. Pasaban imágenes de árboles ardiendo. Una columna de humo inmenso que oscurecía el día. Animales quemándose vivos mientras intentaban escapar de las lenguas de fuego que arrasaban todo. Pavesas que danzaban entre las corrientes de aire.

En la otra rama de su pensamiento aparecía la pregunta «¿Qué voy a hacer ahora?», que conducía a nuevas y terribles representaciones del fin mundo.

A pesar de su desinterés general por responder qué era lo que iba a hacer ahora, su mayor pesadumbre era responder, ya que no pensaba hacer nada en particular, a no ser que llevara un

mechero en el bolsillo. Max no solía hacer nada hasta que las cosas ocurrían. No hacía falta forzarlas. Durante sus largos paseos, el mundo se transformaba, las botellas de lejía se convertían en bellas caracolas rayadas y las latas de atún en doradas sortijas. Todo iba adquiriendo un toque épico y fascinante que le alejaba de la inmundicia cotidiana del ser humano.

—Voy a dar un paseo río arriba —respondió clavando tímidamente los ojos en el suelo.

—¿Puedo acompañarte? —volvió a preguntar la joven.

Otra pregunta, ¿por qué la gente siempre tenía una pregunta, una respuesta u otra pregunta o una pregunta en forma de respuesta? La gente se interesaba por las cosas que no debía. No, no podía acompañarle. Solo quería darse un paseo y ver ese mundo que solo él podía ver.

Le desesperaba, no podía soportarlo. La gente, una y otra vez, le arrancaba forzosamente de un mundo que él conocía muy bien y donde se encontraba a gusto. Allí podía pasear y ver cosas extraordinarias. No quería escuchar a las madres del parque despotricar sobre otras madres mientras engullían pipas como hámsteres obesos y viles. No quería escuchar a los jóvenes discutir si el cambio del entrenador había beneficiado o no al juego del equipo como si les hubieran extirpado la parte del cerebro que les convierte en seres inteligentes.

No quería escuchar las batallitas de los abuelos, oliendo a rancio y a vino de cartón, buscando una sombra donde pasar los días, anonadados y aburridos, hasta la llegada de la muerte. ¡Joder! No quería darse un puto paseo con nadie, ni que nadie le preguntara si podía acompañarle o que le preguntaran cada dos por tres cómo se encontraba. Bien ¡cojones! Me encuentro bien.

¡Me cago en la hostia! No quería responder ni una pregunta más. Él tenía su mundo, donde las moscas se paraban en las cabezas de los demás y no en la suya. Donde si espantabas una

mosca la espantabas para siempre y no revoloteaba nunca más cerca de ti.

Había un mundo, al que él podía entrar y que los demás habían ido olvidando, lleno de cosas que volaban con cuatro alas. De seres que no cabían ni en un aeropuerto internacional. De seres tan peligrosos como el veneno, de colores irreconocibles y bichos de gran nobleza, donde no se respiraba aire a no ser que uno quisiera hacerlo. En ese lugar él era un observador, un privilegiado.

Sentía miedo y alegría. Sorpresa o estupefacción, pero nunca indiferencia ni aburrimiento. No era nada cotidiano, era excepcional. Y estaba allí mismo, dentro de su cabezón, contenido y vivo. Y, además, era imaginario, eso ya lo sabía. Pero eso no lo hacía menos veraz. Había vivido unas aventuras alucinantes en él, ya sabía que no era real, no tenía que venir ninguna doctora Hesworth, con sus exquisitos modales, su chaqueta náutica de algodón a cuadros y su libreta de notas amarilla a decirle que era falso. Coño, ya sabía que era falso, pero era verdadero.

Cuando no estaba en ese mundo, estaba en la «realidad». Un mundo del que muy pocas cosas valían la pena. Los pantalones rotos eran una de ellas. Los bodis a rayas no.

En este mundo, el real que todo el mundo se empeñaba en mostrarle y hacerle comprender, las cosas sucedían lentas. El calor era sofocante, al igual que en su mundo imaginario, pero no tenía nada de poético. No te hacía desfallecer para despertar auxiliado por una tribu nómada, ni te aplastaba en el desierto haciéndote ver ilusiones para llegar, *in extremis*, a un opulento oasis de palmeras datileras y animales exóticos, en la realidad, morías terriblemente, solo, en mitad de la nada. Era solo sofocante y agobiante y pegajoso. Un pedazo de bola de fuego irradiaba luz y calor, que dejaba caer como el plomo sobre la superficie de la Tierra. Calentaba todo cuanto se ponía a su alcance y después se iba como había venido. Pero, por otro lado…

Le parecía increíble, irracional, absurdo, indignante, que la gente no conociera esos otros mundos, que se empeñaran en vivir continuamente en el mundo real. «¿Qué? ¿Por qué habría de vivir uno en un solo mundo...?», se preguntaba mientras se irritaba a sí mismo preguntándose cosas. Se imaginaba el mundo real como un camino asfaltado. A uno de los lados del camino habían construido una preciosa acera. Sobre la acera habían fijado un banco de madera para que los viejos se sentaran a admirar las puestas de sol. Habían instalado unos bolardos para que los vehículos no pudieran subirse a la acera. Un semáforo. Una barandilla. Una señal de peatones. Una papelera. Un poste de la luz. Un buzón y un parquímetro. Una farola. Así veía el mundo. Parecía progresar para los demás, pero solo eran un estorbo. Max escapó de su personal discurso y conectó con el mundo real. El real «real».

La chica, que al parecer no tenía consciencia del tiempo, seguía delante de Max. Ahora estaba agachada junto a la orilla del riachuelo, trasteando con un palo entre unos juncos.

Darkia se giró. Los rayos de sol que se filtraban por entre las hojas de los álamos dibujaban extrañas formas con claroscuros sobre ella. Levantó el palo y Max vio que una libélula, de tonos verdes y azulados, brillaba como el metal pulido sobre la punta de la ramita que sostenía la chica.

—Vale —respondió Max a la proposición de compañía tras ver a la preciosa libélula.

Podría haber respondido que no, pero eso no habría sido educado, eso no era lo que debía ser.

Una de las cosas que le gustaban de este mundo eran los bichos. Toda clase de bichos, pero especialmente los bichos insectos y los marinos.

Muchas veces se había visto a sí mismo, durante las largas noches de insomnio, cómo, bajo esa fina lámina de piel que separaba el interior del cuerpo del resto del mundo, surgía un

cuerpo de insecto, con seis patas largas y unos grandes ojos. Con ellas volaba por el cielo negro de un mundo devastado. Pero eso era a veces. Otras veces se hacía una paja para ver si lograba conciliar el sueño.

Sentía un afecto desmedido por los animales. Notaba en cada célula de su cuerpo una espesa empatía. Era uno de los pocos afectos que era capaz de sentir y estaba más cercano a una familiar comprensión de parentesco que al afecto en sí. Desde que tenía uso de razón había sentido, muy profundamente, una conexión transcendental con todos ellos; con los molestos y con los venenosos, con los desagradables y los adorables. Eran todos, desde los más básicos aminoácidos de un caldo primigenio o una gota de agua, una línea ancestral que compartía la misma materia, la misma esencia, una ráfaga de vida que les hacía ser lo mismo. Era una de las cosas que los humanos habían olvidado con mayor facilidad. Eso le alejaba de la especie humana y le emparentaba, casi directamente, creía él, con un escarabajo o una polilla, antes que con otro ser humano.

El paseo fue peor de lo que podía imaginar. A ratos Darkia permanecía callada. A ratos, los menos, le avasallaba con continuas preguntas. Parrafadas interminables sobre cosas que no le importaban y gente que no conocía y que tampoco le importaba. Aunque el paisaje conseguía mitigar, en ciertos momentos, el estado de incomodidad perpetuo que sentía no era lo bastante tranquilizador para evitar que vibrara continuamente, instigando el desamparo de su cordura.

«Cállate —gritaba una voz en su cabeza—. Cállate de una vez. No sé ni lo que me estás contando, y tampoco me importa».

La voz de Darkia era una perforación estridente que abría profundas heridas en cada parte de su cuerpo. Después paraba. Echaba sal sobre la herida y ponía dentro de ella unos cuantos cardos. Hacía presión sobre la herida, la vendaba con alambre de espino y ortigas. Y, finalmente, volvía a perforar. Así fue el paseo.

La muchacha caminaba tan despacio que los árboles parecían florecer a su paso y se paraba en todos, en todos los sitios que existían. Max no creía recordar ni uno en el que Darkia no se hubiera detenido a mirar algo, contándole alguna historia sobre aquello que se había parado a observar.

No debía haber ni un tema, ni uno solo, que Darkia no hubiera tocado en aquel corto paseo; desde el sentido del yo hasta la expansión de universo y todo lo que cabe en él.

Max miraba al cielo esperando que cayese un meteorito, pero no ocurría nada. Salvo cuando en la cabeza de Darkia se posó, suavemente, una mariposa.

La chica se había sentado en una piedra, al borde del camino, mientras hablaba de no sé qué mierdas. Se rodeaba la pierna izquierda con los dos brazos, lo cual dejaba entrever por los pliegues de la falda unas braguitas azul marino que no conjuntaban con nada de lo que llevaba puesto. Pero esto a Max le pasó inadvertido. Permanecía atento a cómo descendía erráticamente una mariposa negra y amarillenta que acabó agarrándose *in extremis* a la coleta alta con la que Darkia se había recogido el pelo.

La mariposa forcejeó con torpeza para agarrarse a dicha coleta. Max podía ver cómo se movían sus patitas intentando asirse a los finos cabellos de la joven, que seguía hablando de los colores del atardecer y de la pareidolia al ver las nubes pasar, sin percatarse del extraordinario acontecimiento que se desarrollaba en la parte posterior de su cabeza.

—¿No crees? —preguntó la chica.

Aunque los oídos de Max habían escuchado la pregunta y los nervios auditivos la transmitieron al cerebro, este decidió descartarla, así que Max en realidad no llegó nunca a saber lo que Darkia le había preguntado.

Casi en el subconsciente del subconsciente de Max, algo decidió descartar la pregunta para evitar que su cuerpo, animado por mil demonios, hubiera cogido un palo y le hubiera dado con él

hasta dejar la cabeza de la joven como una papilla sanguinolenta a la orilla del camino. Las cosas suceden en muchos planos y cada una tiene su importancia. La importancia, como la casualidad, depende de la relevancia de un evento en sí para el observador. Para Max, ese momento fue capital.

—Una *Acherontia atropos* —susurró Max acercándose a la joven.

—Una… ¿qué?

—Una esfinge de la muerte —dijo ahora el chico dando otro paso, adorando al pequeño ser—. Ni te muevas.

Darkia se estremeció, Max parecía más raro que de costumbre. Dentro de lo raro se podría considerar un muchacho que, habitualmente, se comportaba como un espectro errante que busca nada en concreto encontrando mucho menos. Pero ahora su rostro se había desfigurado. No estaba allí. Estaba allí físicamente, pero su mente no. La miraba fijamente… ¿a ella?

«No, me mira el pelo —se dijo Darkia—. ¿Qué tengo en el pelo?».

—No te muevas —decía apacible Max.

La *Acherontia atropos* es una especie de mariposa más o menos común. Pero nada común en Tagartera, que era el nombre del lugar indeterminado donde sucede la historia. Es una mariposa famosa, muy celebre porque en su espalda porta dibujada una calavera.

Max nunca había visto ninguna y, dada su afición por los insectos, en particular por las mariposas y muy en particular por las cosas del día a día de la muerte, aquello era presenciar el segundo advenimiento, en sentido figurado.

Max se acercó felinamente a la muchacha, que empezaba a notar un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Qué tengo en el pelo? —preguntó horrorizada.

La voz era un susurro agudo y aterrado que acababa en un sonido penetrante y alargado que se transmitía a los brazos y las manos en forma de tembleque histérico.

—No… no te muevas —repetía una y otra vez Max.

La mariposa era portadora de malas noticias, sobre todo de mala suerte. Eso decían. Pero para Max la suerte no existía, solo era una chorrada como el destino. Había escuchado una vez que, si el destino existiera, podrías no hacer nada nunca y, lo que te hubiera de llegar, llegaría igualmente. Creer en el destino era poco menos que el inicio de la extinción. Buena cosa para la humanidad.

Quizá fuera esa la buena mala nueva que traía esa mariposa en particular, pensó Max. Entonces, más valdría no hacer nada, no molestarla.

El muchacho se quedó como una estatua de sal con los larguiruchos brazos extendidos hacia Darkia, el rostro boquiabierto y la mirada ausente, fascinado. Era un insecto, un lepidóptero que había evolucionado desde su forma ancestral, la mosca, para convertirse en una nueva especie preciosa y única hacía doscientos millones de años, cuando el mundo empezó a florecer. Consiguió especializarse y alimentarse de savia o flores y había sido fuente de alimento para innumerables seres. Un hombre se fijó una vez en su frágil estructura y en una pequeña mancha que tiene en el dorso del tórax que el hombre asoció con la forma del cráneo de un ser humano. Le atribuyeron malos augurios y la asociaron con la muerte. Los humanos crearon un mito, una simple mariposa, frágil, quebradiza, tan débil e inofensiva, había adquirido un tremendo poder sobre el destino de los hombres y las mujeres. Hace doscientos millones de años solo era alimento para arañas, ciempiés y dinosaurios pequeños. Hoy es una colosal leyenda que decide sobre la vida y la muerte.

Es maravilloso, pensaba. Se acercó aún más. Sobre los ojos de la mariposa se reflejó una escena apocalíptica. Un mar embravecido inundaba una costa. El cielo estaba nublado, pero calmo, era una tela gris uniforme que lo cubría todo y una lengua de fuego recorría las olas y se adentraba en tierra quemándolo todo. El

escenario cambiaba. Un tornado asolaba un campo de trigo, las plantas eran arrancadas de cuajo y los animales volaban, incrédulos, hasta que se estampaban contra el suelo. Ahora un volcán, todo ardía a su alrededor. Un bosque había sido calcinado, una mujer lloraba amargamente. A su alrededor, un páramo negro asolado, las siluetas de los troncos incendiados se recortaban contra el negro horizonte. En el suelo, hinchados, tersos y rígidos, cientos de caballos yacían inertes. Max lo había visto miles de veces en su vida, le acompañaban en sus pensamientos, le asaltaban detrás de cada disgusto, le atormentaban cada noche antes de irse a dormir, llenaban sus sueños cada noche desde que recordaba. El fin del mundo.

—¿Tengo un bicho? ¿Eh, Max? ¿Es un bicho?

—No… —comenzó a responder Max.

Darkia se sacudió y comenzó a zarandearse, golpeándose el cabello con las palmas de las manos. Emitía leves gritos entre el horror y el asco, como una rata cuando está a punto de reventar por una indigestión de veneno.

—¡No! —gritó Max.

La mariposa cayó al suelo. Tenía un ala retorcida y con la otra intentaba alzar el vuelo agónicamente. Batió las alas dos, tres veces, cada aleteo más desfallecido, cada intento con menor voluntad, y quedó quieta. Muerta.

La muchacha miró a Max asustada. Los tristes ojos grises del muchacho se habían convertido en ojos de lobo; un solitario, un hambriento. Un lobo que, a punto de morir de hambre, ve a una tierna niña perdida en el bosque. No deberías haberte perdido en este bosque.

—Lo siento, Max. Me has asustado al mirarme tan fijamente. Y ahora me estás asustando más todavía —dijo Darkia, que por primera vez en su vida no tenía las cejas arqueadas hacia arriba en gesto de sorpresa, sino hacia abajo en gesto de miedo. Apretaba la boca al punto del llanto.

Max se acercó un paso más. Ahora sus ojos parecían haberse tornado naranjas, la mirada, inmisericorde, abría la boca en un gesto amenazador que le arrugaba toda la cara. Las encías se le contraían, dejando ver unos largos dientes que parecían más afilados que antes.

Un nuevo paso. Lo más aterrador no era la cara desencajada y amenazante; el cuerpo se contorsionaba de una forma extraña. Las caderas se habían ensanchado y parecían desencajadas a la vez que los brazos se extendían hacia los lados, con los codos muy atrás y las manos abiertas en extremo, girando las muñecas trescientos sesenta grados y doblando los dedos hacia delante y hacia atrás.

Todos los músculos y tendones de su cuerpo parecían a punto de estallar con una tensión increíble, a punto de abalanzarse sobre su presa.

Estaban cara con cara; entre los dientes de Max corrían unos finos hilos de saliva que se movían al ritmo de su respiración, acelerada y entrecortada. Su aliento olía a cadáver putrefacto, a azufre y sulfuro, un olor hediondo infectaba el lugar. Darkia estaba petrificada, con los ojos fijos en los de Max, ahogada en un miedo insuperable. En sus pupilas negras se dibujaron extrañas formas que rasgaban, ladraban, gruñían y se retorcían intentando escapar.

—¡Correeeeeeeeeeee! —gritó Max con varias voces solapadas, como si un coro diabólico anidara en su garganta.

Darkia corrió despavorida por el camino hasta la alameda, por entre los cortados de piedra y por el río en dirección a Tagartera. Corría sin descanso, superando el desaliento, con los pulmones ardiendo y aterrada por lo que acababa de presenciar. De vez en cuando miraba atrás y allí, en la misma posición, como si ella aún no se hubiera levantado de la piedra, permanecía Max, acechando a la nada y temblando de ira.

Tras cruzar la Cerrá pudo ver el pueblo al fondo. Aún no se sentía a salvo. En cualquier momento, aquella bestia de ojos

inhumanos podía aparecer y destrozarla. Lo había visto en la mirada de Max, en lo más profundo de la mirada, donde algunos dicen que anida el alma. Si hubiera permanecido un solo instante más ante él, ahora mismo estaría descuartizada sobre las rocas de la quebrada, devorada, disuelta en los jugos gástricos de la bestia.

Con la respiración alterada y llorando desconsoladamente, llegó a Tagartera. Algunos viejos se hacinaban en la parada del autobús junto a la carretera para protegerse del sol de la tarde. El gobierno había decidido distribuir marquesinas a granel por el municipio, pero no se había acordado de poner una línea de autobús.

—Niña —gritó uno de los ancianos al verla pasar—. ¿Qué te ha pasado? Parece que hayas visto al Diablo.

Darkia pasó corriendo junto al grupo de ancianos sin responder, camino de la plaza del pueblo donde se encontraba la casa en la que se había criado con su madre y su tía abuela. Su padre, pobre hombre, había fallecido de un infarto en el prostíbulo del pueblo, pero eso ella no lo sabía. Ella creía que había muerto sirviendo al ejército en una operación de rehenes en el desierto de Ak-hamala'n sa Ragú. Sentía como a pesar del intenso calor veraniego un frío mortal recorría su cuerpo cada vez que recordaba las fauces de Max, abiertas de par en par, desfiguradas, proyectándose hacia adelante dispuestas a atacar en cualquier momento. El hedor de su boca, pero, sobre todo, las imágenes de las pupilas; eso era lo que la helaba por dentro.

—Vaya gallina —comentó uno de los viejos.

Los demás estallaron en carcajadas, no sabría nadie decir por qué.

—Parece que se acerca tormenta —comentó otro de los viejos mirando al cielo, donde unas nubes negruzcas aparecían por el sur.

—No caerá esa breva —respondía otro.

—¡Qué sabrás tú! *Abogao* de secano —replicó el primero.

Y así siguieron hasta que anocheció y se fueron yendo cada uno a su calle a sacar una butaca de playa a la puerta de su casa a tomar el fresco, «no fuera a ser», como les gustaba decir.

Marina, que tenía una casa en la plaza del pueblo, junto al estanco y al lado mismo del ayuntamiento, vio aparecer a Darkia por la esquina de la calle desde el balcón principal de la casa. Corría a trompicones y gritaba el nombre de su madre con el poco aliento que le quedaba. En uno de los bancos de la plaza, el sacristán del pueblo vio la misma escena, se levantó presuroso —por una vez en su vida— y atrapó a la chica a la carrera.

—¿Qué te pasa, chiquilla? —dijo mientras la agarraba por los brazos.

Pero ella no paraba de llorar. Intentaba recuperar el aliento. Se cubría la cara con las manos.

Por la puerta de la casa, aparecieron la madre de Darkia y Marina, su tía abuela, que corría pesadamente en zapatillas de estar en casa, los gruesos brazos en alto y las tetas bamboleándose fluidamente a izquierda y derecha. El tamaño de los pechos era descomunal, una aberración natural en toda regla.

Marina madre, que se llamaba igual que la tía abuela de Darkia en honor, precisamente, de la tía abuela, por haberla criado de niña, cuando pasaron las de Caín después de la devastadora guerra que trajo una hambruna terrible y unas enfermedades horrendas, cogió a su hija, desplazando al sacristán, que secretamente y en silencio se retiró con desgana, contrariado. Tocar a una joven era para él lo más cercano al éxtasis sexual, ya que, para desgracia suya, su fealdad era antológica, pero su carácter era leyenda, por lo desagradable y asqueroso. Tanto era así que jamás había yacido con ser humano alguno. Sus únicas canillas al aire habían sido con algunos animales que, no muy dócilmente, se habían visto forzados a realizar el acto con el dicho sacristán, cristiano de pro.

—Darkia —gritó Marina madre asustada—. ¿Qué es lo que te ha pasado, hija mía?

Darkia seguía llorando angustiosamente.

—Tita —dijo Marina madre dirigiéndose a su tía—, trae agua, que beba un poco. Vamos, hija, siéntate. Siéntate aquí en el banco.

Con la no solicitada ayuda del sacristán, sentaron a la muchacha en el banco.

Encorvada sobre sí misma comenzó a tranquilizarse cuando notó, sobre el cabello alborotado, las dulces caricias de su madre.

—Ya está, ya está —repetía Marina madre, mientras le cogía una mano a su hija y le acariciaba la cabeza con la otra.

Marina tía abuela apareció por la puerta de la casa portando un gran botijo.

—Tita, ella no sabe beber en botijo. Trae un vaso, hija mía —le dijo Marina madre a su tía, que desapareció una vez más por el oscuro pasillo, invocando a la virgen de la Piedad y solicitando que le asistiera en su pesar.

Al momento volvió a aparecer, esta vez con un gran vaso de agua que le llevó con toda la prisa que pudo a su sobrina.

—Bebe, hija mía, bebe un poquito —susurraba cariñosamente la tía abuela.

Darkia cogió el vaso y se lo bebió de un solo trago.

—Qué manera de engullir —dijo asombrada la tía abuela.

—¿Qué te ha pasado, cariño? ¿Quieres contárnoslo? —preguntó la madre plomizamente. Quería educar a su hija en el amor y el afecto, pero resultaba ser cansinamente plasta.

—Ha sido Max —respondió con un hilo de voz Darkia.

—¿Max el Largo? —preguntó escandalizada Marina madre.

—No lo llames así —dijo Darkia molesta, defendiendo al muchacho. No le gustaban los apodos y no por ningún motivo en especial. Era porque a ella la habían llamado «cara de pan» toda la vida, nada más.

—¡Que no lo llame…! ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha pegado? —comenzó la madre atropelladamente—. ¿Eh? ¿Es eso? ¿Te ha pegado?

—No —respondió la hija.

Viendo el magnífico espectáculo dramático que se desarrollaba en la plaza del pueblo desde la ventana de su despacho, el alcalde, siempre dispuesto, vio la oportunidad de hacer valer su autoridad y prestancia, bajando en ayuda y socorro de la joven y su madre. Era un hombre grande, pero su mayor cualidad no era esa. Su gordura la superaba con creces, aunque tampoco fuera su mayor cualidad. Su corruptibilidad era, con mucho, lo que le definía con mayor exactitud. Cogió la chaqueta de la percha y se la puso. A pesar del calor, gustaba de vestir de traje, blanco en particular, dado que era alcalde y se podía permitir ciertas extravagancias. También cogió su bastón y su sombrero, se atusó la barba y sonrió dispuesto a salir con su mejor cara. El aspecto no podía parecerse más a los antiguos esclavistas sureños. Su personalidad tampoco.

—Salgo un momento —dijo al borde del ladrido a la secretaria que vivía bajo el yugo de la alcaldía.

—Si le reclaman, ¿dónde digo que está? —preguntó apocada la muchacha.

—¡En la mierda! Ahí puedes decir que estoy.

Salió del ayuntamiento sonriente y afable, secándose el sudor con un pañuelo blanco de lino. Se dirigió hacia la escena que se desarrollaba en el banco de la plaza, como si se hubiera percatado de ella en ese mismo instante.

—Pero, santo cielo… ¿Qué ha ocurrido? —preguntó con fingida preocupación.

Marina madre levantó la cabeza y pudo ver cómo el gordo del alcalde se acercaba, pañuelo en mano, cual castrati al punto del desmallo en una trágica opereta.

—Max el largo, ha sido ese *sinpadres*. Ha atacado a mi hija —respondió la madre alterada.

—Ese Max, ya sabía yo que tenía que hacer alguna algún día —dijo pisoteando la presunción de inocencia, como siempre

había hecho, por principios, el alcalde—. ¿Qué te ha hecho, chiquilla? —continuó, y sin que nadie tuviera oportunidad de responder comenzó a gritar—. ¡Secretaria! Llama a la Policía ahora mismo y que se personen inmediatamente.

Después de la demostración de poder que acababa de realizar, hizo un gesto servicial con la cabeza, dirigido a la madre de Darkia.

—Aún no ha dicho nada —comenzó la tía abuela Marina—. Quizá deberíamos esperar a que la niña se tranquilice y nos cuente lo que ha sucedido. Lo mismo ha sido una riña de amantes.

—¿Mi hija, con ese desarrapado? —exclamó descompuesta la madre muy propiamente.

Entre tanto, la Policía había hecho acto de presencia en la plaza. Era un acto de presencia tendente a la ausencia, debido sobre todo a que, físicamente, el policía estaba presente, pero su afición a las bebidas espirituosas hacía que su mente estuviera allí y no al mismo tiempo.

Se acercó al desarrollo de la acción e hizo el saludo militar acompañado de un hipido.

—Señor, aquí el cabo Ramírez —se presentó el mugriento cabo de la Policía.

—Qué poco espíritu de presencia —comentó indignado el alcalde.

El cabo Ramírez era el marido de su hermana. Hacía unos años, desde que había logrado la alcaldía, le había entrado un ataque de nepotismo que aún duraba en la actualidad. Era muy difícil de curar, pues a la inmensa mayoría de la población le agrada el nepotismo, cuando va encauzado hacia su huerto.

El alcalde miraba con menosprecio al cabo, cuñado suyo para más señas. Despreciaba su debilidad por el alcohol. Lo que peor le sentaba era su atuendo desastroso. Llevaba un botón de la camisa mal abrochado, dos ojales más arriba de lo que debiera, arrugándole toda la camisa. Y eso era lo mejor que podía decirse de él.

Llevaba la camisa por fuera y llena de manchas de comida. Destacaba un trozo de lo que parecía ser sardina con galleta, que también podía ser vómito, bajo uno de sus voluptuosos pechos. Los pantalones, que llevaba remetidos por la raja del culo con una falta de dignidad bochornosa, iban descosidos por la pernera, rotos por las rodillas y orinados por la entrepierna. Y aún eso no era lo peor que podía decirse de él.

Colgando de un hombro llevaba una cadena de metal plateado con una anilla al final. En esa anilla debería haber un silbato, pero no estaba. Y tampoco estaba, así en un somero vistazo, el arma reglamentaria en su funda. Había rellenado el hueco con un calcetín y un mango de plástico, intentando que nadie se diera cuenta. Eso ya se acercaba a lo peor.

—Ramírez —comentó el alcalde—, es usted una vergüenza.

—Tampoco se queda usted corto, hip, señor alcalde, su majestad —respondió beodamente el cabo.

Por una angostura de una calle lateral apareció el sargento Esteban Carrizo, alias el Comepollas. Así era conocido en todo el municipio, no se sabe si por su afición a comer pollas, porque puntualmente había comido alguna, o porque, figuradamente, solía hacerlo. Había quien decía que las tres respuestas eran correctas.

El sargento gritaba:

—Ramírez, pero ¿qué hace usted ahí? ¿Cómo se ha escapado?

—¿Qué circo es este, sargento? —dijo el alcalde exigiendo explicaciones.

—Lo siento, señor alcalde —comenzó a explicar el sargento—. Es que el cabo Ramírez está arrestado por desprecio a la autoridad y por borracho. —Miró por un momento al cabo con los ojos inyectados en sangre—. Pero no sabemos cómo ha logrado escapar del calabozo.

—¿Alguien va a interesarse por lo que le ha pasado a mi hija o llamo también a los bomberos? —interrumpió Marina madre ante el derrotero que tomaba el asunto.

—¡Ah sí, querida! —respondió zalameramente el alcalde mientras giraba sobre los talones como una bailarina de caja de música—. Arresten a este palurdo y busquen al tal Max —ordenó secamente al sargento.

Mientras dos policías se llevaban al compañero y cabo Ramírez camino a la celda de la comisaría, que en sí misma era casi una celda, el sargento de la Policía de Tagartera Esteban Carrizo, con moderada voz atiplada, preguntó a la joven:

—¿Qué te ha pasado, muchacha?

—Acabáramos —comentó socarrona la tía abuela Marina.

—Señora, modérese —consideró el sargento permeable a la ironía.

—Ya le hemos preguntado todos qué ha pasado. ¿Por qué cree usted que si le preguntamos cien veces lo mismo va a responder de forma diferente? —replicó la tía abuela.

—Doña Marina —dijo el sargento arrastrando la a final del nombre—, no empecemos. Yo acabo de llegar, ¿cómo iba a saber si ya le han pregunt…

—Ha sido Max —dijo por segunda vez en la misma tarde Darkia, cortando la discusión que comenzaba a gestarse entre la tía abuela Marina y el sargento Esteban Carrizo—. He visto cosas horrorosas. En sus ojos… formas retorcidas y fuego. Mucho dolor y desesperanza.

—¿Qué te ha hecho ese desgraciado? —se anticipó a preguntar el alcalde, pensando que un granero de votos eran todas las situaciones del mundo.

—¿Te ha pegado? —preguntó el sargento levantando una mano para insinuar con el gesto—. No se preocupen, ya está aquí el experto.

—Acabáramos.

—¡Señora! —exclamó el sargento.

—Te… te ha drogado. ¿Verdad? —propuso el alcalde con furia contenida—. Ese drogadicto cocainómano; la ha drogado. Cómo

si no explicar las visiones tan horrendas que nos describe este angelito —se respondió él mismo afirmándose en su postura teórica—. Gente como él es la que sobra en este pueblo: vagos y maleantes son los que sobran, viciosos —explicó totalmente afectado a los asistentes en una provechosa ocasión de hacer campaña.

Darkia negó con la cabeza y comenzó a llorar una vez más, tapándose el rostro con las manos. Dentro de los parpados cerrados, su mirada se perdía en las pupilas de Max. Siempre le había gustado su forma distraída y solitaria de afrontar la vida. Siempre había sido amable con él, incluso coqueta, y él, con nula habilidad para afrontar cualquier situación de cercanía, había respondido siempre con timidez y amabilidad, aunque impasible. Pero aquella tarde, un monstruo terrible había aflorado y ella lo había visto a través de las pupilas del muchacho; en la forma grotesca y violenta de su cuerpo.

Había algo nauseabundo y peligroso dentro. Lo había visto y lo había sentido.

—Pero, chica, mi niña preciosa ¡nos estás asustando! —comentó Marina madre—. Tienes que decirnos qué ha pasado. ¡Por la santísima virgen del Carmen, hija mía!

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —dijo el párroco del pueblo, que acababa de salir de comer de casa de doña Patricia, el baluarte cristiano mayor del pueblo, que, Dios mediante, invitaba a comer todos los días al padre Antón en una liturgia milenaria donde los curas se aprovechaban de los ricos a cambio de someterlos al cristianismo.

—Max el Largo la ha atacado. Quizá la haya drogado, casi seguro —respondió el devoto alcalde, que era primera autoridad en el pueblo, con permiso de Dios.

—¿Cómo? ¿Pero en qué mundo vivimos? Dejadme, dejadme verla —solicitó airado y un poco achispado el padre Antón, que fue apartando gente hasta acceder a la muchacha sentada en el

banco, se arremangó la sotana, puso sus santas manos sobre los muslos de la joven y preguntó—. ¿Qué te ha hecho ese Barrabás? ¿Te ha tocado? ¿No te habrá tocado?

—¡Padre, no diga eso! —exclamó la madre con un repentino vahído.

—Hija mía —continuó el cura—, si te ha tocado, dinos dónde y cómo.

Hubo un breve silencio entre los asistentes. Una cierta incomodidad asaltó a todos. Cada uno se libró de ella como buenamente pudo. El alcalde se secó los churretes de sudor que le resbalaban por el rostro con el pañuelo empapado. La tía abuela Marina se dio aire golpeando el abanico contra la monstruosa pechera. El sargento Esteban Carrizo se rascó la nariz por dentro, notó un moco, se lo sacó veladamente e intentó pegarlo en el suelo. El sacristán, que aún pululaba por la escena, notó un cierto gustillo en la entrepierna y se tocó un poco con la mano metida en el bolsillo izquierdo del pantalón. La madre invocó a Jesús, el de Nazaret; hijo de José y de María y de Dios y del Espíritu Santo.

Pero el cura insistía como si le fuera la vida en ello:

—Te ha tocado, ¿no? Quizá te dé vergüenza con tu madre y tu tía abuela delante, pero no hay nada de lo que avergonzarse. ¿Quieres ir a la sacristía y me lo cuentas? ¿Quieres hablar en confesión?

Mientras tanto, el mundo seguía su curso inalterable. El sol se ponía por el oeste, los pájaros se cobijaban en los árboles, los gatos se desperezaban y los monstruos acechaban bajo las camas.

# LA CIRCUNFERENCIA Y EL FERVOR

Unas imponentes puertas de madera negra, cubiertas por miles de enrevesadas tallas, se abrían con una lentitud exasperante, tan lentamente que, pasado un buen rato, cualquiera hubiera jurado ante cualquier dios que siempre estuvieron en esa posición.

Una franja de luz se abría paso entre los dos portones y descubría la intensa danza que ejecutaban las partículas de polvo en suspensión. A veces parecían quedarse estáticas y de repente salían y entraban a toda velocidad, se agrupaban y después se separaban como buscando la pareja ideal sin poder encontrarla, respirando como un moribundo.

Las batientes guardaban uno de los mayores misterios del Universo. Custodiaban la entrada a una inmensa y blanquísima sala con una particularidad asombrosa; una vez cruzado el umbral, no existían las paredes. Muchos a lo largo de la historia tuvieron que salir y entrar varias veces para poder creer lo que sus ojos veían. Salían de la sala y tocaban la pared donde encajaba la imponente puerta negra. Entraban dentro y a los lados del marco no había nada, solo el vacío blanco. Vista desde dentro, se sostenía como por arte de magia, vigilaba las decisiones que allí se tomaban y custodiaba la vasta inmensidad límpida del interior.

A unos metros de la puerta, se atisbaba el único objeto material de la sala, al menos de la parte conocida, ya que no eran muchos lo que se habían atrevido a adentrarse en aquel desierto

blanco. Algunos todavía debían estar dando vueltas, perdidos para siempre, buscando la puerta desde hacía milenios. El objeto en cuestión era un hemiciclo con cientos de sillas que, en el lado opuesto a la puerta, se coronaba con un gran trono negro formado por huesos y cráneos unidos con la sangre seca de millones de muertos.

En toda la sala, o al menos hasta donde podía llegar la vista, solo se encontraba un ser. Hel, la diosa nórdica, esperaba sentada en el trono que presidia el hemiciclo, distraída en sus pensamientos e intentando inútilmente colocar un mechón de pelo en su sitio. Su sitio no era otro que la calva del lado putrefacto de su cuerpo, que intentaba disimular con el manido efecto cortinilla, maliciosamente conocido como crin, mientras se mesaba en la otra parte su preciosa melena de ébano. La belleza de aquella parte del cuerpo era, se podría decir, transcendental, lo que hacía, si cabe, más detestable al lado putrefacto, pero eso no suponía un problema para una diosa de la muerte. Su aspecto era considerado, por sus homólogos, absolutamente fabuloso.

Hel era la anfitriona del evento que debía dar comienzo en breves instantes y el Niflheim el lugar donde se tomarían las decisiones. Llevaba ya un buen rato en aquel trono. Cerró los ojos y pensó en el tiempo que debía llevar allí. No serían más de unas horas, puede que un día o quizá año, lo que había esperado desde su llegada al Niflheim. El tiempo era tremendamente relativo en el infierno. Se le cayó un trozo de cara y suspiró amargamente. Se pegó con saliva el fragmento de carne putrefacta a la frente y abrió una vez más la carta que le había entregado aquel cartero gordo y maricón que decía llamarse Simón y que ya había leído y releído una y mil veces. La sopesó entre las manos y pensó en las consecuencias que se derivarían de la dichosa carta. Estaba ansiosa por que empezara la reunión, aunque, sincerándose, detestaba la idea de tener que ver a algunos de sus homólogos, pero siendo la anfitriona habría de hacer

de tripas corazón. Tendría que mostrarse cortés y amable con todos los invitados. Era su deber.

Se encontró debajo de la mesa del hemiciclo una vieja guía turística del Niflheim que rezaba: Niflheim, hogar de la niebla. Era su reino y lo amaba con todo su pútrido corazón. Lo había sido durante eones, pero con el *boom* del turismo en los últimos siglos se había decidido a abrirlo al gran público. Y había dado resultado: más de doscientos cincuenta mil millones de visitas desde su apertura. Recordaba la alegría de un pequeño niño sin bautismo que había llegado recientemente al infierno. Al eliminar desde las altas instancias el limbo se había condenado a todos los niños no bautizados en el rito cristiano al infierno, como debía ser. Había sido el visitante doscientos cincuenta mil millones y le habían regalado un pase gratuito para todas las salas del Niflheim y un bono inagotable para poder comprar todos los dolores que quisiera.

Eliminar el limbo. No habían pensado en las consecuencias, como era habitual en todas las religiones, y ahora los niños, en vez de tener un lugar donde poder disfrutar de sus inocentes muertes, vagaban haciendo trastadas por doquier y poniendo a sus padres contentos a una y endemoniados a otra. Nadie sabe, salvo el que lo ha vivido, las trastadas que un crío puede llegar a hacer cuando, además, se le premia por ello. El Ministerio de Educación había creado una beca, la Marco Polo, para que los niños pudieran viajar libremente por todos los reinos y ciudades infernales para perfeccionar sus fechorías.

Con todo ese ajetreo de visitantes, Hel había decidido alquilar un pequeño *loft* a las afueras y dejar que el curso de las acciones económico-políticas siguiera su curso.

Una de las atracciones que más éxito tenía era la espesa y mítica niebla que no dejaba ver más allá de un palmo. El reclamo publicitario era: «El Reino de la Oscuridad envuelto en Nieblas Perpetuas». Y funcionaba, vaya si lo hacía, aunque más de uno se

hubiera llevado la desagradable sorpresa al comprobar que no había más que un poco de bruma. Pero eso no preocupaba demasiado a Hel. Sabía que la Delegación de Turismo era un desastre. Desde altísimas instancias habían colocado a dedo a una serie de dioses, semidioses y demás casquería para dirigirla. K'an-Di era su cabeza más visible, un dios de los montes chinos con escasa credibilidad a la hora de afrontar los problemas que el turismo masivo generaba en el infierno.

Hel observó la carta nuevamente. ¿Qué derrotero tomaría todo esto? Se fijó en la extraña mancha lechosa a los pies mismos del trono que regentaba. No quería pensar mal, pero si era lo que pensaba, se iba a cagar hasta en Odín. Prefirió no pensarlo.

Miró hacia la puerta. Quizá se había movido un milímetro en todo ese tiempo. Se estaba haciendo cargante. Estuvo a punto de levantarse y abrirla ella misma, pero, finalmente, decidió que le dieran por el culo a la puerta. «¡En qué hora —pensó—. ¡En qué hora me habrá tocado presidir la reunión!». Cerró el ojo bueno a ver si podía dormir un rato, algo que no era nada habitual en una diosa, pero el tedio resultaba inaguantable.

Pasado lo que nadie sería capaz de contar, abrió los ojos y vio que las puertas se habían abierto. El primer invitado en llegar las franqueaba.

Era un primera clase. Ah Puch el apestado. Detrás de él, una miríada de moscas le acompañaba revoloteando y chocándose continuamente contra su cuerpo. Miró a ambos lados inseguro y se percató de que era el primero en llegar. A nadie le gustaba ser el primero. Se armó de valor y galantemente avanzó dos pasos en dirección al hemiciclo.

Clin, clin, sonaron sus cascabeles.

Los miró como si fuera la primera vez que los veía y les echó una mirada de reproche por haber fastidiado su ceremonial entrada. Levantó la cabeza en dirección a Hel.

—Ah Puch —dijo Hel.

Miró de nuevo a ambos lados como si necesitara comprobar que era a él a quien se dirigía Hel, sonrió e inclinó la cabeza ínclitamente. Resultó un gesto en extremo aparatoso y forzado. Miró de nuevo a Hel e hizo un giro realmente elegante con su apestoso y quimérico cuerpo de cadáver simiesco coronado por una cabeza de jaguar.

Sonrió dejando ver los colmillos de ocho centímetros y espetó:

—¡Vaya plan!

Justo cuando iba a dirigirse hacia el hemiciclo en busca de un sitio discreto, entró Coatlicue, la homónima azteca de Ah Puch.

Venía acompañada de Mitlantecuhtli, dios de las tinieblas y llamado Señor de los Muertos, pues su nombre, si no era una broma, lo parecía. Pocos eran capaces de decirlo a la primera, así que la mayoría prefería llamarlo Señor de los Muertos, por ejemplo.

Se saludaron afectuosamente con Ah Puch cogiéndose por los hombros y echando un vistazo general a los otros compañeros. El tiempo hacía estragos en la gente, en ellos no. Se preguntaron por la salud, la familia, el trabajo. Mitlantecuhtli se encontraba fuera de sitio y algo nervioso. No paraba de repetir:

—Es que yo no sé para qué he venido. Si yo, ya ves lo que voy a decidir, lo que diga Coatlicue. Así que, yo no sé para que he venido.

La retahíla de frases se acabó cuando Coatlicue, con su habitual estado perpetuo de irascibilidad, respondió:

—¡Has venido para hacer el tonto! ¡Lo que haces siempre!

A Ah Puch pareció hacerle bastante gracia, pues le arrancó una estruendosa carcajada que por momentos se convertía en el rugido del jaguar. De repente se le cayó un diente al suelo, lo recogió todo lo rápido que pudo y se lo colocó de nuevo en la encía. Se tocó con la lengua el diente. No había encajado bien, pero era mejor que nada. Malditos dientes, le hacían pasar unas vergüenzas insufribles.

—En fin —comenzó Ah Puch intentando no abrir mucho la boca—, te noto mejor que nunca.

—*Comsí, comsá* —respondió Coatlicue—. Son tiempos difíciles para todos.

Coatlicue era una de esas diosas a las que se les podía haber dicho perfectamente: tú antes molabas. Por algún motivo aún sin desvelar, había cambiado su carácter antes sanguinario y traicionero por uno triste, malhumorado y serio, pero igualmente atroz. Ella era mucho más que una diosa de la muerte; lo era también de la vida, y su actual porte parecía forzado para armonizar con la posición que se le suponía.

Su aspecto era horrendo, aunque había intentado llevar sus mejores galas a tan ilustre reunión: falda de serpientes que se movían sinuosas entre sus piernas y sus caderas, precioso collar con los corazones de sus víctimas colgando del cuello, no de todas, claro, solo las de sus preferidas, siempre deliciosa. Para finalizar, había afilado con especial esmero sus larguísimas garras hasta convertirlas en impresionantes cuchillas.

—¡Pero chica! Ese collar es la bomba —exclamó Ah Puch señalando al collar de corazones y poniendo especial énfasis en la palabra «bomba».

—Ya me conoces, querido. Siempre me ha gustado ir arreglada y la ocasión lo merece —respondió Coatlicue al halago—. Tu linda cabeza lo haría aún más bello.

—Miau —respondió Ah Puch arañando el aire en un gesto excesivo.

Ah Puch miraba constantemente hacia la puerta en espera de la llegada de algunos de los más imprescindibles invitados, lo que hacía que los cascabeles que adornaban sus ropas tintinearan.

Coatlicue permanecía impasible ante tales muestras de indignidad por parte de un dios.

En el mismo grupo, a distancia de un paso, por el respeto e intimidación que le causaba Coatlicue, había aparecido Anguita

el esquimal y su hija Sedna. La relación entre padre e hija era, como mínimo, gélida. Minucias, decía siempre el padre. La realidad era que de minucias nada. Sedna era una chica absolutamente espectacular: voluntariosa, bella, inteligente y diligente. Un día, cuando aún no era una diosa, se enamoró de un capitán de barco que pasaba por sus tierras. Después de escaparse y desobedecer el consejo de su padre, acabó dándose cuenta de que aquel apuesto capitán era un chamán, mitad hombre mitad ave, que daba bastante repelús. Arrepentida de haberse escapado con aquel engendro, no hacía más que llorar y gritar, de tal modo que hasta su padre la escuchó y se compadeció de ella. Cogió su kayak y se encaminó hacia los sollozos. Encontró a su hija y huyeron. El chamán, enfurecido y colérico, prefirió matar a su amada antes que perderla y provocó una inmensa tormenta en el mar. Anguita, viendo zozobrar el kayak, cogió a su hija y la tiró por la borda, pero esta se agarró con fuerza a la barca. Entonces cogió un peto y le cortó los dedos primero y las manos después, hasta que consiguió que se soltara. Cosas de familia.

Sedna se hundió en el mar sin poder hacer nada y mientras llegaba a las profundidades vio cómo sus dedos se convertían en peces y animales marinos, y sus manos en ballenas, focas y manatís. Ese fue el momento en que se convirtió en la diosa de los mares y de los muertos también. Condenó a su padre a seguirla eternamente y a escucharla tocando la flauta. Teniendo en cuenta que solo tenía dos muñones, era un sacrificio bastante horrendo, pero merecido.

La sala empezaba a poblarse. Todavía eran muchas las gloriosas deidades que se echaban en falta y se hacían de rogar. Era una reunión que no se había dado en toda la Historia, así que la foto iba a ser para el recuerdo.

En otro corrillo estaban Shiva, la diosa hindú de la destrucción, que venía acompañada por Durga, la que destruye, creación

de la propia Shiva y de Vishnú, que parecían escuchar atentamente lo que decían Ina, la polinesia, diosa del mar, la curación y la muerte, y Kala, dios del tiempo y la muerte en Java y Bali, aquel que se aparecía a los vivos cuando estaban a punto de morir. Se les escuchaba conversar alegremente mientras el tiempo se hacía momento. Los temas eran banales y desenfadados, los habituales antes de este tipo de reunión, más aún en esta: la reunión más importante de la historia.

Shiva manoteaba con sus cuatro brazos como si estuviera nadando torpemente en aguas cenagosas y sus tres ojos miraban en direcciones diferentes, lo que le proporcionaba un aspecto realmente cómico y nada habitual en tan respetable ser.

Súbitamente Ina, Kala y los demás estallaron en estruendosas carcajadas mientras Shiva comentaba: «¿Qué iba a saber yo que la puta era un travesti?».

Shiva era un ser magnifico, aun dentro de lo esperpéntico del aspecto de la mayoría de los entes de la muerte. Shiva destacaba muy por encima de casi todos. Su piel era perfecta y azulada. Sus preciosos ojos veían el pasado, el presente y el futuro, aunque nunca se había aprovechado de ello para su propio beneficio. Al cuello portaba un precioso collar de serpientes y otro de calaveras que competían en belleza con el collar de corazones de Coatlicue la azteca. Sin embargo, esta temporada se llevaban más los corazones que las calaveras o las serpientes. El cabello de Shiva era con mucho lo mejor de su aspecto, largo, negro y recogido sobre la nuca con un rodete de donde brotaba un manantial de agua. Absolutamente arrebatador.

Durga tampoco se quedaba corta. Tenía dos caras y un precioso cabello negro azabache que llevaba suelto sobre los hombros. Tenía mil brazos, y en cada uno un arco. Al igual que Shiva, tenía tres ojos y siempre iba montada en un tigre. El tigre, como tigre que era, olía bastante a tigre, pero en aquella sala

inmensa se diluía tolerablemente, teniendo en cuenta que la mayoría tampoco olían a fragancia de jazmín.

Kala de Java era por el contrario de una fealdad cósmica. Sus ojos eran del tamaño de dos platos soperos y de su deforme boca ascendían dos colmillos como de jabalí, y para colmo de su desdicha la nariz parecía una patata asada lo que durante su niñez le había acarreado no pocas burlas. Siendo una adolescente se operó, pero había quedado peor aún, un desastre.

El doctor acabó colgado de los testículos en un espino.

A Coatlicue no le hacían gracia aquellas risotadas descaradas. Pensaba que se reían de ella o quizá que lo hacían solo por molestarla. Miró a Kala de reojo:

—Qué desastre de dios —comentó con nasal prudencia, mientras Ah Puch y Mitlantecuhtli reían maliciosamente, en contrapartida a las mofas anteriores.

Poco a poco, los presentes se fueron saludando con sarcásticas sonrisas unas veces y verdadero afecto en otras. Se formaban corrillos y seguían las animadas conversaciones mientras iban llegando los demás invitados. A pesar de que todos trabajaban en la Delegación de la Muerte, muchos de ellos no se habían visto en cientos de años, milenios incluso, a veces por descuido y otras por el celoso cuidado puesto en ese empeño.

Abou-Jaria, también llamado Azrael o Mordad, ángel de la muerte entre los mahometanos, estaba solo en el centro de la sala. De momento era el único no dios que había hecho acto de presencia. Se sentía aislado y cohibido.

En una de las sillas que formaban el inmenso círculo donde se sentarían todos los dadores de muerte, estaban expectantes dos de los más grandes y admirados: Hades el griego, también conocido como Plutón, sentado en una silla, observaba cómo el nerviosismo era la nota predominante entre los que estaban y los que iban llegando.

A su lado, en pie, Osiris el egipcio, envuelto en su sudario blanco con el flagelo y el cayado en cada una de sus manos, símbolos de su gran poder, con su corona troncocónica flanqueada de dos plumas y con su piel verdenegruzca, que entre aquellos extraños seres no destacaba de manera especial.

A la espalda de estos estaban: Cloto la hilandera, Laquesis la distribuidora y Átropos la inevitable, conocidas como las Moiras, diosas del destino y de la longevidad de los hombres, que venían acompañando a Hades.

En otra parte de la sala, alejados de Hades y Osiris por la imponente grandeza que estos transmitían, estaban Nergal el sumerio, gobernador de los muertos, Alatu la caldea, diosa funeraria que también gobernaba la región de los muertos y que traía su propio trono, hecho de nubes negras, en el que recibía a los difuntos cuando estaba en su reino. Tagotis el íbero, rey de los infiernos, que venía con Tameobrigo, el acompañante de los difuntos. Hablaban de la trascendencia de aquella reunión y de lo insignificantes que se sentían ante algunos de aquellos dioses que, aun no siendo ya venerados, al menos eran recordados, no como ellos, olvidados de los humanos, insultados por el tiempo, elevados a la nimiedad y el olvido y multiplicados por cero.

Se abrieron las puertas. Todos silenciaron sus conversaciones y miraron hacia ellas para ver quién era el próximo en llegar. Hades sonrió. Era una de sus predilectas: Vanth la etrusca, diosa de la muerte, entraba con sus alas desplegadas dejando al descubierto los ojos que en ellas se advertían, lanzando un mensaje claro desde el principio: todo lo veo. A dos pasos la seguía Charún, compañera de la primera, guía de los muertos. Se acercaron hasta donde estaban Hades y Osiris:

—Poderosos —dijo Vanth—, os presento mis respetos.

Hades se levantó y repitió la misma fórmula con las etruscas, al igual que Osiris, y se sentaron cada uno en una silla.

Volvieron a abrirse las puertas y aparecieron algunos de los más despreciables que acudirían a aquella reunión. Juntos, hablando despreocupadamente, más por faltar al protocolo e irritar a los dioses que por verdadero interés en la conversación, venían: Ariman, espíritu de las tinieblas y del mal, tutor de todas las calumnias, pestes y muertes; Ura, espíritu babilónico del que se decía que una vez tuvo en mente destruir la humanidad y Samael, demonio conocido como el veneno de dios, cumplidor de las ejecuciones que Dios comanda e identificado también como el ángel de la muerte.

Muchos de los que ya estaban allí despreciaban profundamente a estos demonios y espíritus por el hecho de no ser dioses. Los creían seres inferiores, aunque algunos, como Osiris, por su sabiduría, conocían que aquellos, si no dioses, eran al menos tan poderosos como ellos. Aquellos tres infames se acercaron hasta Abou-Jaria, otro denostado ser, y juntos quedaron conversando sobre lo que se avecinaba.

El próximo en llegar fue Zeernerbooch, dios oscuro de la muerte en Germania y poco después de él entró Dhaka el persa, uno de los más extraños seres que allí se daban cita. Tenía tres cabezas y miles de escorpiones recorrían su cuerpo. En algunos de los presentes incluso provocó un escalofrío. Una cosa era la extravagancia y la exageración, y otra cosa era Dhaka.

Entraba ahora el temido Engai Na-nyokie, dios vengativo de la muerte, adorado por los masáis, y tras él venían otros: Taivadu el malgache o Ukulunkulu el zulú, el que dispone de la vida y la muerte.

Uno de los últimos en llegar fue el que entre la mayoría era el más odiado y, aunque nadie lo reconociese, el más temido. Nacido del cuarto sello, resumía a los otros tres. Al abrirse las puertas apareció el caballo pálido. El jinete se llamaba Muerte y el infierno lo seguía de cerca. Bajó del caballo y entró lentamente en la sala. Todos estaban a la expectativa. Lo miraban con

inquina, con recelo, con desprecio, con envidia algunos, y otros, los más sabios, con admiración.

Se dirigió hacia donde se encontraban Hades y las Moiras, Osiris, Vanth y Charún, y, sin mediar palabra, se sentó a la espera del comienzo.

Coatlicue los observaba con ferocidad. Odiaba el no ser considerada, aun siendo diosa, digna de sentarse con aquellos gigantes y que sin embargo se lo permitiesen a aquel que no era ni dios ni demonio, ni siquiera ángel o espíritu, aquel ante el que todos se apartaban y al que ella, siendo tan depravada y gustosa de sacrificios, no igualaba en poder.

Las últimas que llegaron fueron Papaya e Itustaya, aquellas que como las Moiras griegas determinaran el destino de los hititas.

Durante unos minutos permanecieron los grupos arengados en torno a conversaciones tóxicas y ponzoñosas, casi todos hablando del jinete:

—¿Quién se creerá que es? —decían algunos.

—Es indignante que un ser de esa calaña se siente en un trono igual al de un dios —decían otros.

La jerarquía era algo muy importante para los dioses venidos a menos y no podían soportar que en aquella reunión espíritus, ángeles y demonios ocuparan en igualdad una silla dentro del gigantesco círculo de los seres de la muerte. Pero especialmente disgustaba el jinete, porque, no siendo nada de lo anterior, poseía igual o mayor poder que un dios y era, sin duda alguna, el más temido por los humanos, que siempre lo llevaban en la mente. No como algunos de aquellos dioses, que no eran más que mitos y estatuas de museo.

Empezó a oírse un sonido continuado, el roce incesante y circular de alguna pieza metálica sobre el borde de una campana. El sonido duró varios minutos. Anunciaba el momento en que las puertas se cerrarían y no se abrirían más hasta el término de la reunión con el resultado definitivo que había sido previsto,

hecho que no se cumpliría, si tenemos en cuenta los acontecimientos posteriores.

Todos lo conocían, aunque nadie hubiera hablado nunca de ello. Mientras se cerraban las puertas y el sonido permanecía, todos, dioses y no dioses, se saludaron, uno por uno, presentando sus respetos ante los demás, cosa que para algunos de aquellos altivos dioses fue como una puñalada directa al corazón y el orgullo.

Ya hacía un rato que la inmensa puerta negra del Niflheim se había cerrado y sellado con dos aldabas. Los corrillos, antes en animadas conversaciones, ahora esperaban tensos y expectantes. Si alguien no había llegado, ya no podría entrar.

Poco a poco el tono de las conversaciones que aún continuaban fue decayendo hasta que el silencio absoluto se hizo en la sala. Hel levantó la cabeza, se dio cuenta de que había estado dormitando desde hacía un rato. Todos la miraban directamente.

La diosa de la muerte y anfitriona en su reino, el Niflheim, les instó a que tomaran asiento. Al principio, todos permanecieron estáticos como si no la hubieran escuchado. Aún más, algunos parecían no haberle entendido siquiera.

—Siéntense, por favor —repitió Hel con un todo más elevado y autoritario.

Es dado en estas reuniones que la masa social no atienda a razones de autoridad. Cuando la mayoría de los que se reúnen son dioses, los egos pueden jugar papeles muy importantes.

Sí, el ego es importante, pero la posición en la bancada lo es más aún. Algunos empezaron a pensar en que, si no elegían el sitio pronto, podría tocarles junto a algún dios que detestaran. Empezaron los forcejeos, los codos, los perdone usted y los no ha sido nada, los con su permiso, esta está reservada, hasta que buscarse una buena posición se convirtió en un combate declarado, abierto y ridículo. Sobraban sillas, pero el miedo a sentarse junto a alguien más desagradable que uno mismo convirtió la búsqueda de asiento en un juego peligroso.

Hel se echó la mano a la frente. No podía creer el espectáculo que estaban dando aquellos magníficos de la muerte. Se reprochaban como niños que se habían pedido tal sitio, que siempre te tienes que salir con la tuya, que si es que tú eres mejor que yo... Golpeó tres veces con la maza... y se hizo el silencio. Todos se sentaron, unos conformes, otros no tanto y los demás, enojados e insatisfechos con silla que les había tocado.

Hel esperó un instante. El hemiciclo permanecía en silencio salvo por algunas toses, crujidos de madera y reposicionamiento de nalgas —quien las tuviera—.

Así es como quedaron ubicados todos en aquel círculo de la muerte:

Hel, por ser la anfitriona, quedaba justo enfrente de la puerta en un trono mayor y más elevado. Hacia su izquierda venían Hades y las Moiras, que ocupaban los cuatro primeros tronos. Osiris, Vanth y Charún, venían después y les seguía la Muerte en el octavo trono. Después estaban Samael, Ura, Abou-Jaria y Ariman, sentados allí por estar cerca del jinete, por ser este tan denostado como ellos mismos. Seguido se encontraban Shiva, Durga, Ina y Kala, seguidos de Engai na-nyokie, Ah Puch, Coatlicue, Mictlantecuhtli, Anguia y Dhaka. Luego venían Itustaya y Papaya, las hititas, y a su izquierda Nergal, Alatu, Tagotis y Tameobrigo. Cerrando el círculo, Ukulunkulu, Taivadu y, a la derecha de Hel, se situaba Zeernerbooch como último ocupante de los tronos.

Hel se levantó e inició la reunión con la siguiente fórmula:

—Poderosos, dioses de la muerte, les presento mis respetos. También a todos los demás, demonios, ángeles, espíritus... jinete —dijo inclinando la cabeza hacia la Muerte, que ni tan siquiera la miró.

Hel carraspeó dos veces. Se sentía incómoda. No nerviosa, solo incómoda por tener que ser la anfitriona. Bajó la vista a la mesa. Niflheim, Hogar de la Niebla. Madre mía, pensó, qué tontería de reclamo publicitario.

Acarició con sus putrefactos dedos la carta que les había llegado a todos y cerró los ojos un segundo, como queriendo anticipar lo que esa misiva iba a representar de aquí en adelante.

—Bien —comenzó—, todos debéis tener la carta, así que omitiré su lectura, pues ya sabéis para qué nos hemos reunido aquí.

Observó un instante al foro y este le dio su aprobación mediante imperceptibles asentimientos y gestos de «puede continuar».

—Está bien. Está claro cuál es el fin. Decidamos pues el medio.

Por el rabillo del ojo vio una mano alzada. Pertenecía a Ukulunkulu, aquel que disponía de la vida y de la muerte para los zulúes de África.

—Espere un momento, Ukulunkulu. El turno de intervenciones se abrirá de inmediato.

—Es que yo no tengo la carta —interrumpió el africano.

—¿Cómo? —preguntó Hel extrañada.

—Que no me ha llegado la carta —repitió el dios africano.

Hel hizo una pequeña pausa. Si tuviera tensión arterial, la tendría para reventar.

Resopló por la nariz notando un poco de congestión y siguió.

—¿Y cómo es eso? ¿Cómo es que tiene conocimiento de esta reunión si no ha recibido la carta?

—Pues, en realidad —comenzó atropelladamente Ukulunkulu—… al salir del despacho me he encontrado con Engai-na-nyokie y me ha comentado que si me iba con él. Le he respondido que sí. Pensaba que era para tomar algo, y eso.

—Ya veo —comento Hel con un cinco de irritación, en una escala en la que uno es «rabieta» y diez «enajenación».

# LA CARTA

Simón el Rompeculos, cartero de la oficina número III del infierno, comenzó su recorrido diario tan o más infeliz que de costumbre.

Llegó a la primera vivienda, metió la mano en la saca de las cartas y leyó el remitente:

Uukulunkulu, entregar *en mano*.

Se orinó encima nada más terminar de leer. «Buena la he hecho», se dijo.

# EN TAGARTERA

Había pasado una hora desde que Darkia huyera despavorida y Max aún permanecía en la misma posición, acechando a la nada, conteniendo el irrefrenable deseo de destrozar a la muchacha. No permanecía así por gusto. Una furiosa lucha interna se había desatado, alcanzando un equilibrio que contenía el ataque de furia desencadenado por la muerte de aquel pequeño insecto, la efigie de la muerte.

La mariposa aún permanecía en el suelo. De vez en cuando rodaba sobre sí misma movida por la suave brisa del atardecer. Quería animarla a volar.

El cuerpo de Max se relajó y fue adquiriendo la habitual parsimonia que solía acompañarle. Cuando recobró la compostura, se sentó un momento sobre la piedra. Aspiraba grandes bocanadas de aire, las contenía durante unos segundos en los pulmones y soltaba el aire lentamente, concentrado en su yo reconocible. La piedra todavía olía a la muchacha.

Recapacitó. ¿Qué le había pasado?

Durante toda su vida, desde que tenía uso de razón, tuvo visiones nefastas sobre el mundo. Lo sabía, cuando se alteraba, cuando se enfadaba, pero también simplemente cuando venían. Muchas veces se presentaban sin ningún detonante, sin causa alguna. Entonces veía cómo, de algún modo, pasaban cosas catastróficas. En ocasiones eran incendios que devoraban el mundo entero mientras la tierra se abría en grandes heridas por las que

salían seres infernales, sombras malvadas y abyectas que atormentaban a la gente con sus fechorías.

Otra vez había sido un tremendo diluvio. Lo recordaba con claridad, como si pudiera acceder a ese vívido recuerdo cada vez que quisiera. Él estaba en medio de un páramo. La bóveda celeste se había ennegrecido con tremendas nubes de tormenta. Miraba al cielo, caía una primera gota que él recogía con la palma de la mano. Después, sin más aviso, una cortina de agua empezaba a caer de forma brusca. Se veía luego a sí mismo en el centro de una ciudad. El agua anegaba las calles y no paraba de crecer. Por las callejuelas adyacentes, ríos de lodo provocaban corrientes que arrastraban a la gente y a todo lo que se encontraba en su camino.

Desde la cima de una montaña, las aguas de escorrentía se unían en ramblas, y las ramblas en ríos gigantescos y furiosos que no respetaban altura alguna; todo en el mundo era arrasado. Finalmente, sobre un mar lleno de escombros, Max caminaba mientras veía como algunas personas, aún con vida, pedían auxilio. Recordaba muy bien sus caras.

Había otra donde la gente se arrastraba en un mundo gris y pantanoso. Infestados de mosquitos y llenos de yagas, parecían enfermos y desquiciados. Había visto inmutable cómo un grupo de hombres se comían a un niño. Lloraban, pedían perdón por lo que estaban haciendo, pero se lo comían. En la lejanía, unas mujeres, igual que espectros malignos, maldecían a aquellos hombres y los apedreaban. Algunos se exponían abiertamente al castigo queriendo expiar su culpa, pero no hay perdón en todo el mundo que pueda aplicarse a tal calamidad. La enfermedad los devoraba a todos. Miles de cuerpos se aplastaban en pilas bajo nubes de moscas. Había visto al mundo destruirse de mil maneras, y lo peor de todo es que sentía cierto placer al tener aquellas visiones.

Se levantó de la roca y se sacudió el cuerpo. Comenzó a caminar parsimoniosamente de vuelta a Tagartera. El camino no era

muy largo. Empezaba a anochecer y las primeras estrellas mostraban su luz. La población se situaba en lo alto de una pequeña colina. A esas horas, ya tenía las farolas encendidas, y pudo ver desde la entrada del pueblo cómo los viejos iniciaban su éxodo diario en busca de la cena a mesa puesta y una butaca para tomar el fresco junto a los vecinos a los que odiaban.

Inició la subida al núcleo del pueblo y se alegró de no cruzarse con nadie. La calle transcurría por una antigua terrera que se dividía en dos tramos ascendentes de la misma longitud. En el primero, la parte izquierda daba a la antigua terrera, ahora un jardín paupérrimo con unas pocas plantas secas, flores mortuorias y unos cuantos dientes de león que se aferraban a la baldía tierra desesperadamente. La parte derecha tenía una muralla de albarrada que evitaba el continuo caminar de aquellas tierras arcillosas.

Al llegar a la curva de la calle, esta giraba ciento ochenta grados y se encaminaba a la plaza del pueblo. Ahora la muralla quedaba a la izquierda y a la derecha una ristra de casas en diversos estados de conservación, medio encaladas, casi propicias al derribo y apretujadas las unas contra las otras. Desde allí podía verse parte de la plaza. En las paredes blancas de las casas se reflejaba una luz naranja parpadeante. Casi ni se preguntó el motivo, lo podía adivinar. En el pueblo todo era insoportablemente predecible.

Llegó a la plaza y decenas de ojos se posaron en él con desprecio. Fluía un tumulto de gente que no dejaba ver lo que allí sucedía, pero ya se sabe, en el pueblo todo era muy predecible. En pleno centro de la plaza se yergue, desde siempre, según se dice, la estatua de uno de los hijos predilectos del municipio. En bronce, en una escala colosal para el tamaño que tuvo en vida y con gesto erudito, Axel von Hasseldecker sostenía una probeta en alto que miraba al contraluz eternamente. La otra mano reposaba en el bolsillo de una gruesa chaqueta de metal. Su calva reflejaba

el parpadeo de la luz de una ambulancia. A sus pies, junto al pedestal de mármol negro que había donado en su tiempo otro de los personajes eminentes de Tagartera, un tal Casimiro Ródano, según constaba en la placa del pedestal, estaba el valiente sargento de la Policía de Tagartera, Esteban Carrizo, con una mano en alto y la otra sobre la funda del arma reglamentaria. Detrás, el médico del pueblo, la enfermera y el conductor de la ambulancia con sus uniformes de trabajo azulados y naranjas. El médico, don Patricio de la Cuesta, era una persona respetable y con grandes conocimientos, sobre todo en lo referido a alcoholes y narcóticos. Hacía su trabajo muy eficientemente, cuando se le encontraba. La enfermera, una extranjera venida de un país del que ni el nombre se recordaba, era una persona alta y varonil. Se decía de ella que había sido atleta olímpica, levantadora de peso, más concretamente. Su peinado con cortes simétricos imposibles seguramente había estado alguna vez de moda en algún lugar. Uno que no era del mundo conocido. Después estaba el conductor de la ambulancia, nadie recordaba nada destacable de él.

Los vecinos, con horrendas prendas veraniegas, se arremolinaban en torno al tumulto vestidos con chanclas, bermudas de flores, camisetas extragrandes, camisas abiertas que dejaban las desparramadas barrigas al aire, batas a rayas verticales sujetas apenas con un par de botones y demás aberraciones a las que se presta la gente cuando el calor aprieta un poco. Todos seguían mirando a Max, que avanzó con los ojos fijos en el suelo. Ya sabía lo que pasaba, pero nunca estaba de más cerciorarse de las cosas.

—Alto ahí, muchacho —dijo en tonalidad paleta el sargento de la policía— ni un paso más, si en algo aprecias tu vida.

Había usado lo que él llamaba el talante Wayne, con firmeza y severidad, una pose sacada de los antiguos wésterns que había visto mil veces.

Max pasó junto a él sin hacer caso de la advertencia. El policía fue girando sobre las puntas de los zapatos al tiempo que el chico

caminaba. El médico y sus dos ayudantes se apartaron a la llegada de Max, pero no dejaron de mirarlo. Cuando ya estaba a unos pocos metros de aquel organismo tumultuoso que se había formado en torno al banco, el grupo se abrió como una flor tropical. De ella salió el mayor representante municipal, la autoridad máxima, la excelencia local, el cisne mórbido del alcalde que con calculada teatralidad y una marcada cadencia en sus palabras advirtió:

—¡Tú, bribón, hampón! Por fin te atreves a dar la cara, ¡sinvergüenza! —gritó con el puño en alto y la papada temblando grasientamente como un flan.

Max lo miró sin expresión en el rostro, lo que el alcalde entendió como un reto.

—¡Sargento! ¡Sargento! Detenga a este miserable en el acto.

El sargento Esteban Carrizo jugueteó con las esposas, miró al suelo indeciso y se acercó al muchacho.

—Señor alcalde, no es que quiera poner en entredicho su autoridad, pero ¿en base a qué quiere que detenga al muchacho? Que sepamos no ha hecho nada, que sepamos, claro.

—Casi seguro que la ha drogado —dijo *sottovoce* el alcalde.

—La ha tocado —arremetió el cura—. La ha tocado ¡maliciosamente!

—O la ha pegado —dijo el sacristán—. No olviden que también se baraja esta opción.

«No esperaba menos», dijo una voz en la cabeza de Max. Desde luego, no se puede aburrir uno en este pueblo. El nivel de estupidez es supino.

Un Jaguar de color verde metalizado, con las luces largas puestas, llegó a la plaza y aparcó en la puerta de la iglesia. Por un momento distrajo la atención del reparto, pero pronto volvieron a su foco de atención principal.

—Pero, señores, todo eso son suposiciones. La muchacha no ha dejado nada claro con sus respuestas y, además, no hay ninguna

denuncia interpuesta. No puedo detener al muchacho solamente porque se les antoje.

—Así va este país —dijo el maestro de escuela don Gimeno, un hombre de una moral y rectitud intachables. Un gran maestro a la antigua usanza, de cuando los niños aprendían algo en la escuela, no como ahora, que salían como monos adictos al tabaco, a la pornografía, a los aparatitos y a los asesinatos, según sus propias palabras.

—Le exijo, no, más aún, le ordeno, como primera autoridad y bajo mi responsabilidad, que detenga a este malhechor —exclamó el alcalde, venido a más al verse rodeado del cura, el médico y el maestro del pueblo. Faltaba el boticario, pero estaba de vacaciones en la Costa Roja.

—¿A quién van a detener? —dijo una voz femenina y suave pero firme.

—A este delincuente —contestó el alcalde señalando acusadoramente con su dedo índice.

—Y blasfemo —añadió el cura, sin motivo aparente.

—¿De qué se le acusa? —preguntó la dama.

—Señora, ¡ah! Es usted —dijo con desdeño el alcalde—. La doctora Harsvort.

—Es Hesworth.

—¿Y esta quién es? —preguntó uno con peinado en cortinilla que había vuelto para el periodo estival. Decían de él que era de los más tontos del pueblo cuando se fue a la gran ciudad en busca de fortuna y que había vuelto siendo más tonto todavía.

—La loquera —respondió otro al que por apodo le habían puesto el Talento.

—¿Quién le ha dado vela en este entierro? —preguntó el alcalde.

—Me han llamado los servicios médicos.

El alcalde miró furibundo al médico, que elevó los hombros como diciendo «yo no sé nada». Y era cierto, no sabía nada, bueno, no recordaba nada, que es casi lo mismo.

—Dicen que había una persona en estado de *shock*, una joven —explicó la doctora.

—Si me lo permiten —interrumpió el médico—, sospecho que la verdadera trama de la historia no hila demasiado con el caso de Poirot. No obviemos que el argumento no resuelto se planteó en marzo —dijo sin tener nada que ver con nada de lo que antes se hubiera dicho en el planeta.

Una especie de rubor generalizado recorrió las caras de los presentes. Ni siquiera Max, ajeno a casi cualquier sentimiento humano, pudo evitar el calorcillo que provoca la acumulación de humor en los vasos sanguíneos que recorren la cara.

—¿Está bien el doctor? —preguntó el alcalde a la viril enfermera, dando por hecho que sentía cierta indisponibilidad.

—Vamos, don Patricio, ya está. Quizá le vendría bien sentarse un ratito —comentó la enfermera agarrándole con cariño por los hombros.

El medico abrió de par en par los ojos y fijó sus pupilas en algún lugar del universo, Aldebarán, quizá.

Max, impertérrito, contemplaba la escena siguiendo con la mirada, ora unos ora otros, con el ánimo decaído. Sentía cómo la muchedumbre, en un cono de estupidez sublime, le absorbía la energía. En su mente, ahora calmada tras la explosión iracunda de esa misma tarde, aparecía la imagen de sí mismo en la que a cada momento se consumía más y más.

La doctora Hesworth hizo contacto visual. Ya se conocían bien. Al menos él a ella. La doctora había puesto todo su empeño y conocimiento en analizar psicológicamente al muchacho por petición del colegio y más tarde de sus padres, de sus padres adoptivos, para ser más exactos, aunque él ignoraba tal cosa, pero algo se le escapaba, no llegaba a completar el puzle incoherente que era el muchacho. A veces uno ve un objeto, pongamos: un vaso. Es un objeto de los más cotidianos, pero al mirarlo uno percibe que tiene algo extraño, es más o menos como todos los

vasos; una base ancha con un cuerpo cilíndrico y traslucido y una obertura en la parte alta por donde vierte el contenido.

¿Ves una asimetría? Quizá no. Puede que sea algún defecto en el cristal y no en la forma, que tenga una pequeñísima grieta, que el borde sea irregular y cortante, puede ser que el cristal contenga burbujas, que la base esté deforme. No lo sabes, simplemente tiene algo extraño.

Esa era la sensación que la doctora Hesworth tenía cada vez que se enfrentaba a Max.

—¿Dónde está la joven? —preguntó la doctora.

El sacristán, el veraneante con el peinado de cortinilla y una anciana del tamaño de un coche pequeño, alzaron los brazos como en una danza clásica y señalaron a la multitud que rodeaba el banco.

Aquel organismo compuesto por decenas de personas comenzó a transformarse. En el centro apareció algo semejante a una boca que se fue abriendo y creando una garganta. Al final de esa garganta extraña, sentada en el banco, mirando fijamente a Max, estaban Darkia y Marina madre, que la abanicaba con la solapa de una caja de cartón. Las pupilas de Darkia se contrajeron hasta el tamaño de un alfiler. Su tez, pálida y grisácea se transformó en una máscara mortecina. Abrió la boca en un gesto horrible y enfermizo del que fue surgiendo un alarido espeluznante.

El gritó crecía, aumentaba, envolvía a los presentes en un tono agudo y estridente que los obligó a taparse los oídos para no enloquecer con el miedo y el desasosiego que transmitía. Cerraban los ojos y apretaban los dientes. El grito rompía el aire y penetraba en los oídos y el alma, la secaba. La agotaba, el dolor iba más allá de lo físico. Transcendía desde lugares oscuros y vulgares.

La tía abuela Marina consiguió llegar hasta Darkia y taparle la boca, con los ojos desencajados y el dolor recorriéndole partes que jamás había sentido. Intentaba consolarla.

Darkia puso los ojos en blanco y empezó a retorcerse con espasmos brutales que le hacían crujir los huesos y las articulaciones. El grito se apuró y escapó como un trueno que parte el cielo en dos y de repente, nada. El silencio. Yacía inconsciente sobre su tía abuela Marina, que miraba asustada a Max. El muchacho permanecía en pie observando tranquilamente.

Poco a poco, los presentes fueron recuperándose del aterimiento que les había provocado aquel grito espeluznante. La doctora Hesworth, sobrecogida por la escena, miraba con el cuerpo tenso a la chica y a Max. Jamás había vivido algo parecido. Había cosas que escapaban a la mente y el entendimiento humano. Esta estaba más lejana que la más lejana de las cosas inexplicables.

A la doctora aún le temblaba el cuerpo cuando se acercó a la chica que reposaba lánguida y con la respiración alterada sobre su tía abuela. Le puso la mano sobre la mejilla: ardía.

Pudo ver cómo, bajo los parpados, la muchacha movía frenéticamente los ojos Estaba horrorizada. Parecía despierta en otro mundo, desesperada por lo que estaba viendo.

La madre de Darkia, sentada en el banco junto a ella en estado de *shock*, se levantó con dificultad y se acercó con los ojos llenos de lágrimas a Max, que permanecía de pie a pocos metros. Se plantó ante él temblando:

—¿Qué le has hecho a mi hija? —preguntó con los dientes encajados.

Max elevó, casi imperceptiblemente, los parpados inferiores. Un gesto muy sutil e involuntario que cambió su expresión radicalmente. Permaneció en silencio.

La madre de Darkia golpeó con todas sus fuerzas la cara del muchacho, que apenas se inmutó. Para Max la escena se desarrollaba como si su cuerpo fuese un títere más de aquella absurda tragicomedia. Aunque estaba allí, en la plaza, rodeado de decenas de personas que le observaban y con la madre de

Darkia golpeándole la cara, su yo, él mismo, su esencia, estaba en una habitación oscura, tan dentro de su cabeza que dudó si podría alguna vez encontrar el camino de vuelta. De pie en aquella habitación oscura, que había aislado todos los mundos de su yo interior, una sombra oculta le dijo con su misma voz:

—¿Qué le he hecho?

# LA NOCHE

Max llegó a casa ausente de sí mismo, perdido en su interior, encerrado aún en una caja negra muy adentro en su mente. Aunque era consciente a un nivel básico, físico, barajaba ahora varias consciencias que actuaban a la vez, unas en las profundidades oceánicas del subconsciente, otras secundarias que le aconsejaban y distraían, y otra más elemental que le era útil a la hora de observar qué sucedía a su alrededor y responder si le preguntaban.

Sus padres, dos ancianos de cara bondadosa y aspecto bonachón, lo esperaban. Marian, su madre, sentada en una silla de conglomerado y remates de concha, miraba cabizbaja una taza de té humeante. Vestía una bata de color rosa pálido bajo un delantal blanco. Estaba un poco pasada de kilos y tenía los cabellos blanquecinos, además de un volumen exagerado debido a la permanente. Había sido siempre una madre sacrificada, casi una mártir. Su padre, Dasser, permanecía en pie junto a la madre apoyando una mano en el respaldo de la silla. Tenía la cara ancha y cuadrada y casi no le quedaba pelo. Unas gafas gigantescas de pasta negra le achicaban los ojos y le daban un aspecto un poco cómico, pero Max no podía negar, ni en lo más profundo de su ser, que había sido un padre cariñoso y atento.

Max permaneció callado en la puerta de la cocina con la cabeza casi tocando el marco. Su madre levantó la cara. Por su mejilla rodaban unas dolorosísimas lágrimas, que a Max no le conmovían. Aun así, el corazón de Max se compungió levemente y casi estuvo a punto de ir a abrazar a su madre, pero se contuvo.

—Tu madre está muy triste —dijo Dasser con voz ronca y apagada.

El silencio permaneció impregnando la vieja cocina de madera agarrado a cada uno de los objetos que la atestaban.

—¿Qué ha pasado, hijo mío? —preguntó Marian afectada.

—No lo sé —respondió Max.

—Dicen que has atacado a Darkia, la hija de Marina.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó el padre.

—No sabría decirte, papá.

—Siéntate, hijo mío, siéntate aquí con tu madre y conmigo —le pidió poniendo la palma de la mano sobre una vieja mesa de imitación madera que había rescatado de la basura del viejo casino del pueblo.

Max avanzó y se sentó frente a ellos. La mesa estaba cubierta por un mantel a cuadros azules y en el centro, una fuente de frutas resistía la colonización de las pequeñas moscas de la fruta. Dasser cogió otra silla y se sentó. La luz, proyectada desde arriba por una lámpara regulable propiciaba un aspecto sombrío y derrotado.

—¿La has llegado a tocar?

—No.

La madre estalló en otra dolorosa llantina.

—¿Qué ha sucedido entonces? ¿Serías capaz de explicarlo? —sugirió Dasser.

—He sido yo. No el yo de ahora, el que está sentado en esta mesa, sino el que va por dentro.

Dasser hundió la cabeza entre las manos. La madre se levantó de la mesa y se agarró al fregadero, redobló el llanto desconsolado apretando los ojos y los dientes. El exceso de grasa en todas las partes de su cuerpo hacía que temblara como gelatina. Dasser se quitó las gafas, se pasó la mano por los cansados ojos y observó a Max sin que los gruesos cristales distorsionaran su mirada.

—Max, hijo… —comenzó.

—No soy vuestro hijo ¿verdad?

El llanto de la madre cesó, miró por la ventana y vio la noche estrellada, la luna llena se proyectaba tras los árboles de una colina cercana y los dotaba de una especie de aura blanquecina y misteriosa.

—No, aunque siempre lo serás —respondió Dasser sin más rodeos.

La madre volvió a la mesa.

—Max, hijo, aunque no seas nuestro hijo biológico, siempre serás nuestro hijo.

—¿Cómo? —preguntó Max.

Con la mirada ausente, fija en un aplique luminoso junto a la humilde puerta de entrada, el padre de Max se transportó a otra época, una donde todo era más sencillo, donde la juventud empezaba a perderse, pero conservaba la ilusión de la inmortalidad. Había amanecido soleado, la casa estaba a medio construir y, aunque Marian había insistido en que terminaran el tejado, Dasser prefirió seguir con el emporchado. Soñaba que, ese mismo día, pudieran ver el sol ponerse por la colina de los pinos, tomando una limonada desde su porche recién terminado. La mañana pasó rápidamente y, sobre las tres de la tarde, una nube apareció por el inmenso sur, más allá de la costa, en el horizonte lejano.

Una suave brisa comenzó a alborotar las hojas caídas y a levantar el polvo depositado en el suelo.

Avanzada la tarde y la nube se había convertido en una masa gigantesca y negra, cargada de rayos y relámpagos que proyectaban luces y sombras terroríficas sobre los árboles y las casas. Aunque el viento arreciaba y rugía con furia desatada, Dasser decidió subirse rápidamente al tejado para poner las tejas que faltaban. Si la tormenta traía lluvia, y parecía que la traía, iban a tener cataratas cayendo por toda la casa en unos minutos. Marian

le gritaba desde abajo que no importaba, que se bajara de una vez, ya secarían el agua como fuera.

La lluvia llegó arrolladora y fría.

—Baja ¡ya! —gritó una vez más Marian, cuya voz se perdía en el ulular del viento furioso.

El vestido de flores azules y blancas, empapado de agua, se adhería a su hermosa figura mientras se recogía los bajos de la falda y los mantenía pegados a las piernas. Dasser bajó un instante antes de que el viento hiciera volar la escalera, que desapareció rodando ladera abajo en espectral silencio. Corrieron a refugiarse en la casa. Tuvieron que empujar entre los dos para poder cerrar la puerta, el viento empujaba violentamente empeñado en mantenerla abierta. Los cortes de luz comenzaron. Tagartera tenía unas líneas muy precarias en aquellos tiempos, se decía de ellas que cuando meaba un piche se iba la luz.

A oscuras y con la tormenta arreciando, prepararon unas tazas de café en un infiernillo a gas y se sentaron a la mesa de la cocina a tomarlo. Encendieron unas velas para dar un poco de luz y prepararon todos los cacharros que tenían a mano, pronto comenzarían a filtrar las goteras como si estuviese lloviendo dentro. La luz de las velas titilaba y hacía danzar las sombras. Fuera, la oscuridad total era asaltada cada poco tiempo por espectaculares rayos y estrepitosos truenos.

Dasser vio cómo un círculo grisáceo se iba formando en el techo justo por encima de una de las ventanas. Se acercó y colocó debajo un cazo. La gota hizo un sonido metálico al caer en el recipiente. Se incorporó y se asomó por la ventana. Un rayo iluminó con su fulgor blanco toda la calle.

—¿Pero…qué? —rezongó con voz alterada.

—¿Has dicho algo, cariño? —preguntó Marian.

Dasser miraba fijamente los escalones del porche. Le parecía haber visto algo. Podría ser cualquier cosa que hubiera arrastrado el viento, pero juraría, se dijo a sí mismo, que era el capazo de un niño.

Un nuevo relámpago iluminó el exterior.

Lo había visto de nuevo. Puso las manos sobre el cristal de la ventana y acercó la cara todo lo que pudo. El cristal se llenó de vaho y le impidió ver lo que había fuera. Dasser abrió la puerta de la casa, el viento entró con la furia de un leviatán y apagó las velas.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó Marian desde la cocina.

La mujer vio cómo su marido desaparecía tras la puerta. A oscuras fue tanteando con las manos hasta que notó la cera de una vela, aún tibia. Intentaba encenderla con una cerilla, pero el fuego se resistía a prender. Escuchó entrar a Dasser y cómo, tras él, se cerraba la puerta. El viento desapareció del interior de la casa y pudo encender por fin la vela. Se acercó a la puerta. Dasser se echaba encima de algo que había traído consigo de la calle. Al acercar la lucerna vio, dentro de un capazo de mimbre, la cara de un niño rollizo y sonriente. Se miraron preocupados. Ellos no habían podido tener hijos. Era propio de aquella época que los hijos de las *hermanas* se criaran con las tías. La vida era muy difícil.

Cuando la gente preguntaba, Max era el hijo de la hermana de Marian, que había emigrado tras la gran guerra en busca de una vida mejor. Después había quedado embarazada de un señorito que no reconocía al niño. La hermana, desgraciadamente, tuvo que enviar a su hijo con Marian y Dasser, que lo cuidarían como si fuese su propio hijo. Más tarde, al parecer, la hermana murió lejos, en el extranjero, víctima de un *desgraciado accidente* en una fábrica tras una protesta sindical.

Eso era lo que la gente sabía en el pueblo. Marian y Dasser no pudieron tener hijos, así que criaron al niño diciéndole que era su propio hijo. Aprendía de manera asombrosa. Al principio, en los primeros años de su vida, era un niño alegre y sonriente, pero cuando cumplió tres años algo sucedió una noche. No paraba de gritar, se arañaba la cara, se golpeaba contra las paredes. Cuando Dasser y Marian llegaron a la habitación, estaba deformado por

los golpes y sangraba profusamente por los arañazos que se autoinfligía.

Intentaron calmarlo, pero nada funcionaba. La cara de Max estaba desfigurada en una mueca horrible. Sus ojos se habían transformado. Ahora sus pupilas ocupaban casi la totalidad del globo ocular y en él se dibujaban formas extrañas que se retorcían y rabiaban por salir.

A partir de aquel día, fueron en progresión las ocasiones en que Max se *transformaba.* Lo habían llevado a médicos especializados e intentaban explicarles lo que sucedía, pero nadie les creía. Incluso habían tenido algún que otro problema porque la gente empezó a pensar que maltrataban al niño.

De vez en cuando, Max llegaba con animales muertos. Cuando eso sucedía, estaba fuera de sí, como si el cuerpo fuese una vaina ocupada por otro ser. Marian sufría muchísimo con todo aquello. No obstante, insistían en criar al niño con todo el cariño que podían darle, pero él fue cayendo poco a poco en una actitud indiferente, tranquila, pero ajena a todo lo que le rodeaba, insensible y ausente. Dentro de su corazón, el niño amaba a sus padres, pero los sentimientos humanos le eran extraños, incomprensibles. Lo habían llevado a varios psicólogos y psiquiatras, pero eran incapaces de determinar causa alguna para aquel comportamiento. Algunos incluso se habían negado a atenderle, hasta que dieron con la doctora Hesworth. Lo había tratado en múltiples ocasiones, hasta que casi se había dado por vencida.

Así fueron pasando los años en un equilibrio precario que en algún momento alcanzaría su punto de no retorno. Era su hijo, lo querrían y apoyarían toda la vida, pero sabían que antes o después haría algo horrible. Casi se sentían agradecidos de que, fuese lo que fuese lo sucedido aquella tarde entre él y Darkia, solo hubiera sido una especie de advertencia, pues siempre pensaron que, llegado el día, Max aparecería arrastrando el cuerpo sin vida de alguien.

Tras contar toda la historia, los padres se fundieron en un abrazo con Max, que sintió un cierto calor humano recorriéndole el cuerpo, más cercano al agradecimiento que al amor.

Dentro de la habitación negra, en lo profundo del subconsciente, Max se había conmovido, pero en las capas superfluas, donde actúan lo cotidiano y lo banal, solo notó un leve cosquilleo.

Se acostaron aquella noche arrancando a Max la firme promesa de que hablaría con la doctora Hesworth, que iría tantas veces fuera necesario hasta descubrir qué le pasaba. A él no le importaba demasiado, ya sabía lo que le pasaba, quería saber quién era. Por qué era.

# UNA VEZ EN UN BAR

Max no solía frecuentar ningún bar. Le parecían sucios, atestados de humos que se adherían a la ropa y la piel como un virus a una célula, y de personas que habían perdido la mayor parte de las cosas que los componen por dentro. Había probado el alcohol. Como método deshinibitorio, tenía alguna utilidad práctica. Por lo demás, era una cosa horrible y cara que detestaba. Acudía a ese bar porque allí aún se conservaba una vieja máquina de videojuegos a la que llamaban «los marcianitos». Le gustaba echar una partida de vez en cuando destruyendo a los invasores que descendían ordenadamente pantalla abajo para intentar conquistar... lo que fuera aquello que representaban los grotescos gráficos pixelados de la parte inferior de la pantalla. Era relajante y abstracto.

Aquel día, Madame Butterfly, como se hacía llamar la dueña del café-bar Blackened conocido como «el bar de la placeta», estaba de un humor excelente, teniendo en cuenta que consideraba su vida la mierda más grande de la historia y que su obesidad mórbida le agriaba el carácter aderezándolo con diabetes, colesterol, dolor de piernas debido a su pastosa circulación y una cara tan redonda como una hogaza de pan de pueblo.

Su humor se veía alterado cuando Max iba al bar, no sabía por qué. Quizá porque compartían el gusto por los bichos. Por eso se hacía llamar Madame Butterfly, por eso y porque había sido prostituta y *madame* después en un prostíbulo al que solo solían asistir gañanes, hombres de bien y estúpidos niñatos mongólicos con una picha diminuta y el cerebro ausente.

Max tomaba un café con nata en una mesa redonda. Era uno de sus pocos caprichos en la vida. Madame Butterfly discutía con un viejo la nueva política del gobierno, que consistía en subir los impuestos para ofrecer menos servicios. Era una constante que la irritaba; la nación se sustentaba en un sistema de estratos económicos cuyos valores residían desde antaño en el despotismo, el nepotismo, el amiguismo, la corrupción y el engaño en cada uno de sus estratos y clases, señalando, cada uno de ellos, al estrato más cercano y débil.

Desde el pobre que se hacía pasar por inválido, hasta el rico que se hacía pasar por empresario, todos daban un pellizco al pan. La única diferencia estaba en el tamaño proporcional del pellizco. En cada clase social, la corrupción funcionaba de igual manera, funcionaba como guía de uso y aprovechamiento de los capitales.

Mientras el viejo y Madame Butterfly se voceaban por algo relacionado con unos jornales que el primero vendía a un empresario de la sandía y que este le firmaba para que no trabajara a cambio de una parte del subsidio, la puerta se abrió. La noche caía sobre Tagartera, un hombre atravesó a duras penas la entrada del bar Blackened conocido como «el bar de la placeta» y se sentó en un taburete. En la televisión, unos corresponsales, repetían, por enésima vez, las máximas del día. Día tras día y año tras año, las mismas noticias. El hombre del taburete miraba sonriente a Madame Butterfly que le preguntó que qué demonios quería, agitada tras la conversación sobre subsidios.

—Una jarra de cerveza fría —respondió con amabilidad el señor. Se quitó la gabardina, la dobló y la puso sobre el mostrador. Con gran ceremonia se quitó el sombrero años veinte de color gris y lo dejó sobre la gabardina.

Los parroquianos observaban con curiosidad al recién llegado. No se había visto nunca aquella cara por allí y eso provocaba cierta inquietud en la gente, que gustaba más de ver

caras conocidas. El hombre era una mole. Las ropas se le pegaban tanto al cuerpo que parecían a punto de romperse por las costuras.

—Aquí tiene su cerveza. Parece necesitarla —comentó Madame Butterfly.

—¿Y eso? —respondió el desconocido.

—Tiene usted la cara más roja que he visto en mi vida, y le digo que he visto unas cuantas.

El desconocido amplió aún más su sonrisa.

—Sí, es algo natural en mí, una especie de alergia al mundo.

—¡Ja, ja, ja, ja! —rio Madame Butterfly con las carnes trémulas—. Me cae usted bien.

El desconocido se bebió la jarra al trago y pidió otra.

—Viene usted sediento —observó la dueña del bar.

—Y que lo diga.

—Perdone mi desconsideración, pero, si no le pregunto, algunos de mis clientes empezarán a reventar como ciquitraques. ¿Qué hace usted por estas tierras? No parece de por aquí.

Algunos de los presentes respiraron aliviados. No podían soportar más el anonimato de aquel hombre gigante ni la intrigante inquietud de su presencia. El forastero volvió a sonreír y comenzó su historia.

—Me llamo Stanas Proviciakis y me dedico a la venta ambulante. En concreto vendo elixires, ya sabe, para que crezca el cabello.

—¿Y funciona? —preguntó un parroquiano al que le quedaban unos pocos hilachos de pelo que le colgaban grasientos sobre la frente.

—¿El negocio o el crecepelo?

—El crecepelo —dijo el hombre.

—No —respondió Stanas Proviciakis.

Madame Butterfly estalló en una carcajada que le hizo salir cerveza por la nariz.

—¡Me encanta este hombre! —exclamó—. ¿Tiene esposa? Si no, le propongo ahora mismo matrimonio. Ja, ja, ja, ja.

—No, no tengo esposa, pero tengo un hijo.

—Oh, vaya marrón —dijo divertida Madame Butterfly—. Ya no estoy en edad de zagales.

Max levantó la cabeza. El hombre le estaba mirando.

—¿Qué tal, muchacho? —se dirigió a él.

Max volvió a agachar la cabeza y se zambulló en sus pensamientos.

—Max —dijo Madame Butterfly—. Te han preguntado. Sé educado y responde.

El muchacho no movió ni una pestaña.

—Estos jóvenes de hoy en día —comentó Stanas Proviciakis sonriendo—. No se preocupe. Dígame la cuenta, por favor.

—Tres pavos.

—Tome. —Dejó dos billetes de cien sobre el mostrador—. ¿Llega con esto para invitar a todos estos nuevos amigos? —preguntó Stanas haciendo un barrido con la mano que incluyó a todos los parroquianos.

—Desde luego, pero no hace falta…

—Insisto —sentenció el vendedor de elixir crecepelo.

«Gracias». «Un buen hombre». «Ya no quedan caballeros como él», fueron algunas de las cosas que se escucharon entre los aclarados de garganta, las toses y los suspiros beodos. Stanas Proviciakis cogió la gabardina, se la puso con dificultad, se calzó el sombrero y se levantó. La cabeza casi le rozaba el ventilador del techo que aireaba las miserias de los presentes. Max vio cómo aquel coloso salía por la puerta milagrosamente. Era la primera vez que veía a su verdadero padre, pero nunca lo sabría.

## LA DOCTORA HESWORTH

—¿Cómo te encuentras, Max? —preguntó la doctora Hesworth con su libreta amarilla de notas ya preparada para atestarla de garabatos ilegibles. Siempre apuntaba todo, o esa impresión tenía Max. Parecía como si cualquier respuesta fuese a desvelar un misterio insondable.

—Bien.

Se encontraban en una sala casi vacía en los bajos del ayuntamiento de Tagartera. Había sido habilitada para los servicios sociales y otras mierdas, en palabras del propio alcalde. En la pared que quedaba a la derecha de la entrada había un póster de un gato. Debajo, escrito en letras mayúsculas: franqueza. Max jamás comprendió el significado.

Aparte de las sillas que ocupaban, y de una vieja mesa metálica de despacho rescatada del archivo histórico, la habitación solamente contaba con una estantería repleta de libros con diseños horribles y poco apetecibles: *Psicología social*, *Psicología de la personalidad*, *Psicología de la conducta*, *Un acercamiento a los rasgos psicópatas según el Dr. Pastoure*, *Freud* y un largo etcétera de libros sobre el tema, amén de las cajas archivadoras jaspeadas con diferentes expedientes. El de Max sobresalía por la parte alta. Era la única caja roja de toda la estantería. No tenía ningún significado especial, solo, que era roja.

—Darkia está en estado de *shock*. No quiere hablar con nadie, ni siquiera conmigo o con su madre.

—Lo siento.

—¿Lo sientes?

—Bueno… —dijo Max impávido.

—Max, el arrepentimiento es algo natural en las personas. Siempre nos preguntamos qué hubiera pasado si hubiéramos procedido de otro modo. A veces hacemos cosas, sea por acción u omisión, y después nos arrepentimos. Creemos que, si hubiéramos actuado de otra forma, todo habría salido de otra manera, mejor. Si volvieras a ayer mismo, ¿harías lo mismo? Darkia está aterrorizada.

—Si todo aconteciese tal cual sucedió, seguramente, pasaría lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque es inevitable —respondió Max. Miró al techo. Una polilla revoloteaba tercamente contra el tubo fluorescente que proporcionaba un aire lúgubre a la habitación.

La doctora hizo una pausa. Era un truco psicológico barato. Sabía que el silencio a menudo incomoda a las personas y que esto les hace alargar el tema. En esos momentos, la gente suele hablar de más. Pero eso no era un problema para él. Podía permanecer allí toda la tarde sin decir esta boca es mía.

—¿Qué sucedió, Max? ¿Me lo puedes contar?

—Salí a caminar, como hago casi todas las tardes, y me distraje en mis pensamientos…

—¿Te refieres a tus mundos *alternativos*?

La doctora sabía que interrumpir cuando un paciente empezaba a hablar era funesto, pero quería entender la historia desde el principio.

—No, me refiero a mis pensamientos —respondió Max.

—Continúa.

Max relató muy brevemente lo sucedido.

—¿Por qué crees que reaccionaste así, Max? —preguntó la doctora.

—No tiene que decir mi nombre cada vez que se dirija a mí. En esta sala solo estamos los dos.

—¿No quieres que diga tu nombre, Max? —repitió la doctora.

Max permaneció en silencio.

—Prometiste colaborar, Max.

—Sí.

—¿Cómo te sentiste?

—No recuerdo haber sentido nada en particular.

—¿Sentiste ira?

—Sí, más o menos.

—Puedes explicarme eso de «más o menos».

—Algo me impulsó.

La doctora hizo una involuntaria mueca.

—Eso es muy interesante, Max. Te refieres a algo como un detonante para tu comportamiento o a algo dentro de ti, una motivación, un anhelo, un impulso sexual.

—Dentro de mí.

—Hum, ¿quizá una voz? ¿Oyes voces?

El muchacho no respondió.

—Max, intento ayudarte, pero para ello tienes que querer que te ayude.

—Lo comprendo, señora, pero no necesito ayuda.

—¿Tienes dolores de cabeza o se te olvidan las cosas?

—A veces, como a todo el mundo.

—Ya veo. Max, la gente está asustada, pero yo sé que no has hecho nada. Han reconocido a Darkia. No tiene ni un solo roce. Sé que tú no la has tocado. Pero algo pasó, algo que la ha dejado catatónica, paralizada mentalmente. ¿Sabes lo doloroso que es eso para ella y para los que la rodean?

—Fui yo, doctora. Es mi verdadero yo.

—¿Qué pasó, Max? —dijo en un ruego Hesworth.

—Me abrí.

Mientras tanto, en el piso de arriba del ayuntamiento, un hombre negro de casi dos metros de altura, vestido, a pesar del calor, con chaqueta americana con coderas y unos pantalones de algodón blanco, se presentó con exagerada formalidad.

El alcalde salió de su despacho contrariado por la interrupción.

—¿Quién es este? —preguntó al conserje, que se dedicaba a hacer fotocopias con exasperante parsimonia. No solía estar el muchacho de recepción, cuya ausencia, en todos los sentidos, era constante.

—Samuel N'Gaye, dice ser —respondió el conserje.

—No queremos ningún CD, ni zapatillas de imitación. Lárguese, por favor. La atención al público es de ocho a tres de la tarde. ¿Por qué tengo que hacerlo yo todo en este ayuntamiento?

—Ya se lo he dicho yo —intervino el conserje.

—Soy el doctor Samuel N'Gaye. Había quedado con la doctora Hesworth.

—¿El doctor qué? —preguntó el alcalde—. Pero si es negro.

—¿Qué? —preguntó el doctor Samuel.

Una mosca se posó en la cabeza del alcalde y permaneció varios segundos frotándose las patitas y succionando la piel muerta del cuero cabelludo del edil.

—Conserje, acompañe a este señor —ordenó atropelladamente el alcalde mientras desaparecía tras la puerta del despacho.

«Un doctor negro —se dijo a sí mismo—. Cómo está el mundo».

## EL DOCTOR SAMUEL N'GAYE

—Max —dijo la doctora—, este es mi colega y doctor Samuel N'Gaye. Es una eminencia mundial en hipnosis regresiva.

Max se levantó de la silla y saludó cortésmente, estrechando la mano del doctor eminencia.

—Max, para lo que queremos hacer, nos tienes que dar tu permiso por escrito. Tus padres ya han firmado.

—No son mis padres.

La doctora transfiguró su rostro hirsuto al asombro.

—Así... que te lo han dicho.

—No, yo lo averigüé.

—Si no es indiscreción, ¿cómo lo averiguaste?

—Anoche me di cuenta —respondió Max fingiendo pesadumbre.

—¿Te molesta? —insistió la doctora.

—No, me alivia.

—Me sorprende lo que dices, Max. ¿Por qué sientes alivio?

—Pues... no sé por qué siento alivio. ¿Por qué se siente el alivio? —preguntó.

—Bueno, se siente alivio... —dijo la doctora acercándose un poco a él— cuando nos liberamos de una preocupación, por ejemplo.

—Pues entonces debe ser por eso.

—¿Y qué te preocupa?

El doctor Samuel N'Gaye permanecía en silencio como un tótem de ónice. Se había quitado la chaqueta y remangado la camisa.

—La desaparición de las abejas —respondió Max.

—Sí, es cosa grave —dijo levemente alterada la doctora—. ¿Te vas a prestar a la hipnosis?

—Sí.

—Bien. Excelente, Max. Si nos perdonas, tenemos que hablar en privado un minuto.

La doctora Hesworth y el doctor Samuel N'Gaye salieron por la vetusta puerta azulada. Dejaron un curioso rastro. Los perfumes de ambos se mezclaron en un olor dulzón y pesado, demasiado empalagoso, en realidad; acaramelado y excesivo. Max sintió repulsión al tragarlo. La boca le sabía a rosas, lavanda y vainilla, como la ingle de una churrera que acaba de acicalarse con toallitas en un baño público a las tres de la mañana.

Desde la habitación, Max podía escuchar el murmullo de la conversación, pero no distinguía sus palabras. El peso del diálogo lo llevaba la doctora.

—Gracias por venir, doctor Samuel.

—Llámeme Samuel a secas —contestó el hombre con agradable voz de bajo.

—El chico es imposible. Lo he tratado varias veces a lo largo de los años, desde que era solo un niño, de hecho. No puedo enfrentarme sola a esto.

—¿Qué sucede?

—No sabría decirle. A veces pienso que no es de este planeta. He llegado a creer que tiene trastorno de identidad disociativo. O una esquizofrenia inclasificable. Hasta he pensado que es un psicópata. Pero no llega a encajar en nada de ello. Es como si tuviera una personalidad concéntrica.

—Explíquese, no comprendo —dijo el doctor Samuel con entrecejo fruncido.

—No lo tengo muy claro —comenzó Hesworth con un asomo de duda—. A veces habla de sí mismo como si no fuera él, como si en el centro de ese círculo concéntrico de capas

estuviera él, un yo oculto que se proyecta hacia afuera, otros yoes, más… dóciles.

—¿Una personalidad dominante? ¿Múltiple? —preguntó Samuel agarrándose a lo conocido.

—No, no exactamente.

—Se refiere a varias personalidades o…

—Me refiero a varias versiones del mismo individuo, exactas y diferentes, pero en distintos niveles de profundidad, de autonomía y de consciencia.

—Interesante —dijo sin entender nada el doctor Samuel N'Gaye—. Sea lo que sea, vamos a verlo en unos momentos.

Volvieron a la sala. Max casi dormitaba sentado en una vieja silla de colegio. El doctor Samuel acercó la silla de la doctora a Max y se la ofreció.

—Quizá te encuentres más cómodo en esta. Está acolchada —comentó el doctor con sequedad, ofreciéndole un viejo sillón de oficina tapizado en cuero negro y retales multicolor.

—Estoy bien aquí, pero me sentaré ahí —respondió Max.

—Si quieres quédate en esa silla, pero creo que estarás más cómodo en esta otra.

—Sí, usted estará más cómodo, así que me sentaré en esa —sentenció Max.

El doctor miró con extrañeza a Hesworth. Aún no conocía a Max. No sabía si era una provocación o una irracionalidad.

Pero Max sí lo conocía. De hecho, tenía la sensación de conocer a todo el mundo. «Cuando alguien te ofrece algo —recordó Max—, debes cogerlo para que no se ofenda, aunque a veces no», le habían explicado. Por ejemplo, si te ofrecen una limonada en casa de un amigo, lo educado y conveniente es aceptarla y tomarla con gusto. Si te ofrecen por ejemplo dinero, no es educado, porque el dinero no se acepta. Max no comprendía el concepto ni la diferencia, pero sabía que, cuando alguien ofrece algo de manera formal e insistente, en realidad quiere imponer

su criterio, salirse con la suya. Por eso, es mejor hacer las cosas que intentar explicar por qué uno no las hace. Lleva menos tiempo.

—Relájate, Max. Vamos a comenzar con la hipnosis —dijo la voz pausada del doctor Samuel—. ¿Sabes lo que es?

—Lo sé —afirmó el muchacho, adaptando su cuerpo al sillón de oficina.

—Cuando escuches mi voz, te sentirás profundamente relajado. Ahora vamos a subir una imaginaria escalera de veinte escalones. Cuenta desde veinte hasta cero según asciendas. Comienzas a subir. Te sientes pesado. Te sientes relajado. Te sientes seguro.

La voz del doctor se volvía monótona y grave, un sonido aplastante en el que Max se fue concentrando. Vio una escalera que ascendía, conforme subía un peldaño contaba hacia atrás, diecinueve, dieciocho, un escalón, un número, trece, doce, once, diez, nueve, escalón a escalón, ocho, siete, seis. Al final de la escalera había una puerta blanca y lisa entreabierta de la que escapaba una tenue luz rojiza. Siguió ascendiendo. Escuchaba la voz del doctor de fondo, como el viento que está por venir que hace revolotear las hojas de los olmos, le sugería tranquilidad y seguridad. Llegó al último peldaño.

—Cero —dijo en un susurro inconsciente. Estaba sentado en el sillón, con el cuerpo caído y las piernas estiradas.

Cogió el pomo de la puerta, empujó y pasó. Al otro lado se extendía un páramo negro y yermo abarrotado de extraños seres. Puso un pie en aquel mundo incoherente. El suelo era suave y frío. Junto a la puerta, al otro lado, un yo desfigurado le saludó:

—Pasa, aquí estamos bien.

Era él mismo, el que había asustado a Darkia durante el paseo, en lo que se había transformado y logrado contener durante una hora, hasta que se recluyó en lo más profundo del ser. Amorfo y grisáceo, le invitaba a adentrarse en aquel mundo cavernoso.

Max avanzó y observó. Seres huesudos y deformes se movían retorciéndose y se acercaban a un lago amarillo. Un ser gigante, que la vista no alcanzaba a ver por completo, hizo temblar el suelo con sus pisadas. Un huesudo antílope de patas y morro alargados pastaba, no, devoraba una especie de pulpo de tres patas que luchaba por no ser tragado. Cerca de ellos, pletórico, un círculo espinoso recorría la ensangrentada espalda de un simio con las mandíbulas de un cocodrilo. El círculo espinoso succionaba la sangre a su paso dando brincos y revueltas. Un ser plano y alargado planeaba por encima del lago, en el centro de su cuerpo. Unas patas puntiagudas se abrían y cerraban. Bajo él, una forma cilíndrica, como un tubo digestivo vuelto del revés, movía sus vellosidades y era arrastrada por una leve brisa. Era todo razonablemente bosquiano.

—Max —llamó el doctor Samuel.

—¿Qué?

—Vamos a viajar en el tiempo, hasta el momento en el que te encontraste con Darkia.

Max abrió los ojos de par en par.

—Déjalo —dijo con voz ronca.

—No, Max, relájate. Estás relajado. Solo quiero que vayamos a ese momento. Es un momento agradable, un sitio agradable. ¿Qué haces?

—Veo una esfinge de la muerte. Se ha posado en el cabello de Darkia.

—¿Una esfinge de qué? ¿Qué es? ¿Puedes describirlo?

—Es una mariposa.

—¿Y qué sucede después?

—La ha aplastado con las manos.

—Y eso te ha enfadado.

—A mí no.

—¿A quién, Max?

Max empezó a temblar. Con los dientes encajados y la cara en un esfuerzo atroz, abrió los ojos. Se contorsionó y lanzó varias

dentelladas al aire. El doctor buscó a Hesworth con la mirada. La doctora se encontraba paralizada en una esquina de la habitación. N'Gaye propinó un par de palmadas en el rostro del muchacho y lo sujetó por los hombros.

—Despierta, Max. ¡Despierta! —gritó el doctor Samuel N'Gaye.

Max despertó sentado en la silla con los nudillos blancos de apretar las manos contra los brazos del sillón.

—¿Cómo te encuentras, Max? —preguntó el doctor Samuel con el pulso acelerado.

—Tenso, la verdad —respondió Max aún con gesto rígido.

Le acercaron un vaso de agua.

—Creo que debemos dejarlo por hoy. ¿Te apetecería seguir mañana, Max?

—Vale.

—Pues entonces mañana nos vemos —dijo amablemente la doctora Hesworth.

Max notó un deje nervioso en su voz.

—Sí, vendrá bien un descanso.

Cuando Max salió, los nervios arrollaron la compostura de la doctora Hesworth.

—Samuel, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Ha sido peligroso?

—Bueno... —El hombre se sentó en la vieja silla de colegio que, demasiado pequeña para su estatura, le hacía parecer una gigantesca mantis religiosa sentada sobre un dedal—. No es muy usual.

—¿A qué se refiere con que «no es muy usual»? —preguntó histérica la doctora.

—Pues a que nunca había visto una cosa semejante.

—¡Jooooder! —exclamó la doctora, y se dejó caer abatida en el sillón.

—Creo que hemos avanzado demasiado rápido, que deberíamos dar rodeos, ver cómo se siente, cómo reacciona. Que baje la guardia y después ir al meollo del asunto.

—¿Meollo? —dijo, extrañada por una palabra tan poco profesional, la doctora.

—Sí, todo ha sucedido demasiado rápido. Pero mi conclusión es que hay algo que bloquea a Max. Una personalidad reprimida, un trastorno obsesivo, personalidad múltiple, un trauma.

—Es posible. Discúlpeme por mi comportamiento, doctor Samuel. No es propio de mí. He perdido un poco los papeles —dijo recogiéndose el pelo y estirando la camisa de blanco satén hasta que se ajustó perfectamente a su esbelta figura.

—No la culpo —dijo el doctor, que estiró el brazo en el aire y abrió la palma de la mano. Temblaba.

# EL MUNDO DE UN POCO MÁS ALLÁ

Max ignoraba lo que había sucedido durante la hipnosis. Recordaba haber estado en un mundo infernal lleno de seres extraños, pero no le resultó desagradable, en absoluto. Aún más, le había resultado familiar, casi acogedor. Cuando despertó de la hipnosis estaba tenso, aunque extrañamente relajado al mismo tiempo. La doctora Hesworth había perdido el color de la cara y hasta el doctor Samuel, negro como el hollín, parecía haber palidecido. Ojipláticos ambos.

Había cenado con papá y mamá en el patio de la casa. Mamá Marian había preparado una exquisita receta en base a unas cuantas pechugas de pollo, unas manzanas verdes y soja. Estaba deliciosa.

La luna llena reinaba esa noche sobre las estrellas. La claridad era tal que podían verse perfectamente las colinas de alrededor con todo detalle, recortados los árboles contra el cielo oscuro. En algún lugar, se encontraba la puerta a otro sitio. Sus padres, conocedores de lo poco agradable que le resultaba a Max hablar sobre sí mismo, evitaron en la medida de lo posible el tema de la reunión con la doctora Hesworth. Le preguntaron, casi por educación, qué tal había ido. Él respondió que bien y que otro doctor le había hecho hipnosis. Papá Dasser respondió que sí, lo sabían, habían firmado el consentimiento, y Max respondió que sí, que lo sabía y que él también había firmado. Eso fue todo. Observaban plácidos el avance de la luna en la inmensa cúpula nocturna.

Max decidió irse temprano a la cama. Había hecho planes para el día siguiente. Se acostó y el mundo desapareció por un rato. A este lado, en los dominios de Morfeo, también se está bien.

Se levantó al despuntar el día, sobre las siete de la mañana. El camión de la basura, incomprensiblemente, recogía los contenedores a esa hora con un estruendo insoportable. La mayoría de las mañanas ejercía como diana, como un repugnante despertador repleto de residuos orgánicos, toallitas y pilas para Tagartera. Max pensaba que era uno de los motivos por los que la gente tenía tan mal carácter, pero lo comprendía.

Se preparó un bocadillo de atún con tomate natural y una gran botella de agua fresca. Lo metió todo en una bandolera y se asomó a la habitación de sus padres. Mamá seguía en la cama. Papá estaba en el baño, afeitándose:

—Mamá, me voy de excursión. No me esperéis para comer.

—¿Dónde vas?

—Al Maimón —dijo señalando por la ventana hacia la inmensa mole que constituía el pico más alto de Tagartera.

—Ten cuidado, hijo mío —dijo con rostro de mártir su madre.

A Max no le gustó el tono doliente de su madre. A veces parecía un alma en pena, demasiado emocional, exageradamente atormentada por todas las minucias del mundo, pero hizo un esfuerzo y sonrió. Sabía por experiencia que sonreír a la gente hacía que afrontaran las cosas de manera más positiva. Había ensayado la sonrisa muchas veces y le salía bastante bien. No bien del todo, pasable. Un día había asustado a un niño insoportable, un gordo consentido que berreaba porque mamá, una estirada esnob urbanita, no quería comprarle no sé qué libro de una tortuga karateca o un mono kung fu, no recordaba muy bien. El niño, colorado al extremo del soponcio, gritaba y pataleaba. Una de las patadas se la llevó Max. Max recordó a su madre, que le había dicho de pequeño: «Tienes que ser amable con los demás,

sonríeles», a colación de dos puñetazos que Max había propinado a un niño por tirarle al suelo un polo de hielo.

Pues bien, Max sonrió al niño gordo lo mejor que supo. El niño gordo dejó de llorar y, días más tarde, extrañados todos porque no quería salir de su habitación, dijo a su madre que le había sonreído un monstruo.

—Lo tendré —terminó Max con la sonrisa puesta a su madre.

Esta vez, al parecer, fue convincente.

Salió de casa y se encaminó, presto, hacia el monte Maimón. Quería evitar cruzarse con gente y sus halos de contradicciones, envidias y ambiciones.

Bajó a la playa por una terrera cercana y eligió el camino de los acantilados de Johan. Le habían puesto ese nombre por un capitán de barco que evitó un desastre ecológico hacía bastantes años, haciendo encallar su barco contra un arrecife antes de que este se hundiera y vertiera miles de litros de productos químicos peligrosos al mar. Años más tarde se descubriría que encalló el barco, borracho como una cuba, cuando pretendía deshacerse de los productos químicos en el mar, pero el nombre se quedó, en honor y deshonor, del viejo patapalo de Johan.

El camino de los acantilados de Johan era el más complicado para ascender al monte Maimón, pero también el más espectacular y, sobre todo, por donde no te cruzarías con nadie al que le quedara un trozo de juicio sano.

Cruzó la playa con paso vivo, aún no había casi nadie. Solamente pudo observar, cerca de los acantilados, a una joven tumbada boca arriba en toples. Tenía unos pechos grandes y bronceados. Se aplastaban contra su cuerpo y se desparramaban por las axilas y costillas. Se recreó, para su sorpresa, en las turgentes protuberancias de la joven y encaró el ascenso de los acantilados con buen humor y la entrepierna risueña.

El camino era muy peligroso, un cartel corroído por el salitre advertía de la prohibición de paso, pero, durante siglos, los

pastores y las gentes del pueblo lo habían utilizado pues, aunque era el más duro y arriesgado, también era el más corto para ascender al monte. Se trataba de una vereda de unos cuarenta centímetros de ancho que discurría por el mismo borde del acantilado de piedra. Comenzaba a pie de playa e iba ascendiendo hasta una altura cercana a los cien metros. Bajo los acantilados, unas rocas picudas surgían del mar como tridentes de Tritón dispuestos a ensartar a quien se atreviera a adentrarse en sus dominios. La pared era blanca y traicionera. De piedra dura en muchos sitios y de terrosa arena en unos pocos. Anclados cada pocas decenas de metros, colgaban unas argollas que, en el pasado, abrazaron una gruesa cuerda a la que se asían los valientes senderistas. Hoy solo quedaban unos pocos retales de soga podrida.

Una gaviota apareció ingrávida a la altura de Max. La sensación le provocó un golpe de vértigo que notó especialmente en el estómago y los testículos. Por un momento apoyó la mano contra la pared del acantilado, respiró hondo y se repuso. El viento lo llamaba, quería que aprendiera a volar: desde aquí, saltando, volarás conmigo, le decía. Le agarraba por los hombros, le seducía. Max se contuvo.

Continuó avanzando por el estrecho camino, intensamente concentrado en no pisar ninguna piedra suelta ni tropezar con ninguna raíz traidora. En su avance, apenas podía avistar unos pocos metros adelante. El acantilado iba girando y ascendiendo cada vez más inclinado, lo que dejaba un campo de visión muy reducido donde sus pies ocupaban una pequeña parte, el sendero y la pared otra y la caída hacia una muerte segura, la mayoría.

Lo peor del camino aún no había llegado. En la parte más alta, donde la vereda se hacía más empinada e intransitable, se observaba perfectamente la caída hasta el agua, sin velos ni consuelos, un espacio abierto e inasible donde cualquier tosido, cualquier flatulencia, cualquier mosquito en el ojo, cualquier

cosa minúscula, podía desencadenar un vuelo hacía el averno. Las olas chocaban bravías contra la base del acantilado, allí abajo, en el lugar más violento de Tagartera, ni los moluscos se atrevían a ir. En ese lugar, a unos cien metros de altura, anidaban dos colonias, una de gaviotas, tramposas y pendencieras y otra de albatros, grandes y territoriales.

Las gaviotas y los albatros formaban una tremenda algarabía. Constantemente surgían reyertas entre las dos especies, reyertas entre miembros de la misma especie, reyertas entre los del mismo género: era un constante graznar, aletear, molestar, altercar, atacar, pisar y picar. Y reyertar.

Las plumas flotaban por doquier y acababan posándose entre las plantas espinudas que crecían al borde del acantilado. Su imponente coronación rocosa parecía una inmensa almohada blanca que se hubiera descosido y hubiera desparramado sus plumas de oca en la fiesta de pijamas de la joven Mary Anne. Max caminaba con sumo cuidado intentando no acercase demasiado a ningún nido. Al pasar, los albatros abrían las alas y los picos amenazadores. La envergadura de más de tres metros de esos magníficos animales acobardaría a cualquiera, en esta ocasión, Max no fue una excepción.

Logró atravesar la colonia de aves sin demasiados percances, nada más grave que algún picotazo en la coronilla cuando se había despistado. Una gaviota, el equivalente a un irlandés en humano, le había atacado a traición y le había dejado un punto de sangre justo en el remolino de la coronilla. Sobre el acantilado se expandía un llano repleto de pitas y aloe. El paisaje parecía sacado de periodos ya pasados, arcaicos, donde reinaban los grandes lagartos, los insectos gigantes y las preciosas coníferas.

El esfuerzo del ascenso había hecho mella en Max, cuya forma física se había deteriorado un poco en los últimos años, pero la brisa marítima y el espectacular paisaje hicieron que recobrara el aliento y el empuje. Le hacían sentirse bien. Atravesó

el bosque de pitas con el mar a su espalda, comenzó el ascenso al monte Maimón. Era un coloso de roca que interrumpía la línea del mar al este de Tagartera. Con casi dos mil metros de altura, reinaba sobre todas las demás montañas, que parecían montículos en comparación. Había surgido hacía miles de años, según se decía, cuando la falla sobre la que se levantaba Tagartera se movió y una de las placas tectónicas se desplazó salvajemente sobre la otra causando un terremoto de proporciones inimaginables que hicieron surgir nuevos acantilados y montañas, y que modificó para siempre la línea de costa de la zona. Ese era el motivo por el que la montaña, colonizada ahora por los pinos, matojos, ciervos y jabalíes, se encontraba llena de antiquísimos fósiles de animales marinos desde el pie hasta la cumbre.

La primera fase del ascenso transcurría por una barranquera a las que las aguas de escorrentía habían ido dando forma durante cientos de años. Por ella bajaba un pequeño hilo de agua de un nacimiento que Max conocía bien de sus viajes por los mundos paralelos a la realidad cotidiana. Le extrañaba que aún no hubiera aparecido alguno de sus amigos por el camino a pesar de que llevaba un buen rato caminando.

Se adentró en el bosque de pinos que llegaba casi hasta la cima de la montaña. Observó atentamente. Sus oídos habían captado un levísimo sonido.

—¡No saludes, hombre! —dijo una voz a la espalda de Max.

Max se giró, sorprendido.

Una especie de mapache, vestido con unos desarrapados ropajes de cuero curtido caminaba tras él con un cuenco lleno de brasas.

—Buenos días, Dante —saludó Max—. ¿De dónde sales?

—Estaba ahí mismo —respondió Dante el mapache señalando con su minúsculo dedo índice en dirección a un almecinero.

—¿Dónde vas con las brasas? Vas a conseguir que arda todo el bosque.

—No, ya sabes que no —dijo el mapache levantando el cuenco—. Las brasas irán con Dante allá donde Dante vaya.

Dante había aprendido hacía muy poco a encender fuego y estaba entusiasmado con su nueva habilidad y, aunque sabía hacer fuego frotando dos palos, no era demasiado hábil, así que prefería llevar siempre unas ascuas en un cuenco.

—¿Cuál es tu camino, joven Max? —preguntó el mapache caminando junto al muchacho.

—Voy a la cima.

—¿A la cima, muchacho? ¿Qué se te ha perdido allí? —dijo con curiosidad el mapache.

Max caminó durante unos instantes valorando la respuesta. Dante era un gran amigo. Habían cruzado juntos los bosques de Astaroth y el desierto de Gumba. Habían presenciado la guerra de los Mouthanth y hasta navegaron en la goleta Santa Trinidad en la incomparable odisea de Ram al Gul cuando descubrió Gaulía, un nuevo continente que se extendía al sur del océano de fuego y del cabo de Ilidiana, que resultó que estaba habitado desde hacía miles de años, pero hay cosas que deben quedar en el interior. Bien lo sabía él.

—Busco respuestas —respondió Max.

Durante un rato anduvieron los dos cuesta arriba, en silencio. Dante conocía bien a Max. Había subido muchas veces a la cima y le había acompañado en muchas de ellas, pero esta vez, esta vez algo le decía que era un camino para uno solo. El muchacho parecía preocupado, sonreía sin ganas, hablaba poco. Él no era así, al menos en esta parte, a este otro lado.

—Quizá no lo encuentres, viejo amigo —advirtió el mapache fijando la vista al frente. Aunque era un ser de una inteligencia limitada, era, sin embargo, astuto y audaz en su pensamiento. Intuitivo, podría decirse.

—Es posible, pero voy a intentarlo. Llevo algo conmigo que le hará aparecer —respondió Max.

—De todas maneras, es un chalado —insistió Dante.

—Eso da lo mismo. El viejo Duck siempre tiene una respuesta.

—No siempre a la pregunta formulada —advirtió Dante.

El viejo Duck era un mito, una leyenda en aquel bosque y en todas las tierras, por lejanas que estuvieran, que Max hubiera visitado.

Era un místico, un maestro, un santo, un marrano, un asceta, un ermitaño, un loco, y era difícil de encontrar. Solo aparecía cuando él quería aparecer y si realmente su ayuda era necesaria. Había quien había pasado días enteros en la cima y no había conseguido ver, siquiera, un excremento del viejo Duck.

Cruzaron el angosto paso de Agh-Teste. Allí reinaban los enanos, seres huraños y ambiciosos que pasaban los días guerreando para, por la noche, juntarse a tomar hidromiel de 95,3º hasta que caían rendidos al alcohol. Al día siguiente, la resaca propia de su alcoholismo les hacía ser más belicosos y gruñones, con lo que cualquier cosa acababa en pelea y alcoholismo. Una vez hubo una guerra de enanos contra sombras. Guerreaban mientras tenían fuerzas y volvían al alcohol a consolarse y curarse. Los estrechos pasos por los que era habitual su presencia olían peor que un estercolero, nunca se daban un baño, eran reacios al agua, rancios en la higiene, así que no hacía falta esconderse mucho de ellos, cuando uno andaba cerca, se le olía a un kilómetro.

Se encontraron con La Garde, un enano comerciante, amanerado al modo de los enanos, el único con que se podía parar uno a hablar sin acabar a martillazos. Tenía fama de ladrón y de timador, y la fama era justificada. Te vendía a su madre a cambio de un cuchillo oxidado y de hoja roma si se lo proponías.

—Véndeme a ese mapache pulgoso —le propuso a Max con cara de insaciable avaricia, mientras arrancaba un trozo de carne de un muslo de trasgo y lo masticaba meramente antes de tragarlo. Era vomitivo—. Para qué te vale un saco de pulgas semejante.

—¡Eh! —respondió enojado Dante el mapache—. Estoy intentando solucionarlo. Es un problema congénito.

—No puedo venderte algo que no es mío —dijo Max entre risas.

El enano elevó las cejas con cara de sorpresa. De ellas saltaron varias liendres:

—¿No es tuyo? ¿No es de nadie?

—Yo soy de mi propiedad, maldito enano pirado —afirmó el mapache.

—Entonces te compro a ti —le propuso el comerciante.

—¿Cuánto me darías —preguntó interesado el mapache.

—Venga, Dante —dijo aburrido Max—. Tenemos que continuar.

—Eh, larguirucho —gritó el enano desde la lejanía. Su aliento aún se intuía en la distancia—. Si te hartas de él ya sabes dónde venir.

Max saludó indiferente con la mano en alto y prosiguió el camino. Se cruzaron con varios trasgos que los miraron desafiantes, pero intentaron evitarles. Los trasgos eran como los enanos, pero en feo, y olían aún peor. Tenían un sistema social basado en la escatología y el canibalismo propio de alimañas descerebradas. Habitaban cuevas hasta que estaban tan sucias y llenas de cadáveres que tenían que abandonarlas para infectar otras. La propia naturaleza, tan sabia ella, los despreciaba: «Ojalá hubierais muerto al nacer», les hubiera dicho si tuviera consciencia.

Alrededor del mediodía llegaron a la cima. En lo alto del monte había un punto geodésico y junto a este una pequeña chabola hecha de maderas, ramas y chapas de metal.

—Desde aquí estás solo, amigo —le dijo el mapache con cara culpable.

—Ya has hecho más de lo que debías, Dante.

Se dieron la mano como tantas veces habían hecho y Dante desapareció entre la espesura del bosque unos cientos de metros abajo. Dante no soportaba al viejo Duck: habían sido amigos desde la infancia, pero Duck le había traicionado y humillado.

Primero, cuando tenían unos dieciséis años se había liado con su hermana y, año y medio después, había hecho un trío con su hermana y con Linda, de la que Dante estaba locamente enamorado. Qué más se puede decir.

Max se asomó a la vieja cabaña. Estaba vacía. Expelía un olor rancio y sucio. Durante años, el viejo Duck había habitado la chabola sin limpiar ni un solo día. Sobre capas de legumbres y fideos apisonados había cientos de capas de restos de comida, huesecillos de aves, pieles de conejo, hojas de roble, cráneos de trasgo, ropa de duende, larvas, exoesqueletos, insectos desconocidos, fluidos sospechosos, costras, roña y otras mugres.

Esperó toda la tarde y el viejo no apareció, pero tenía un arma infalible.

Sacó de la mochila el bocadillo que había preparado por la mañana y dejó la mitad en lo alto del punto geodésico. Volvió a sentarse mirando la puesta de sol.

—Todos los días se repite —se escuchó mientras desenvolvía el papel de aluminio.

—Sí, es preciosa —contestó Max.

—Es preciosa cuando la ves una vez, pero todos los días...

El viejo Duck daba cuenta de su parte del bocadillo con voracidad.

—No me gusta el atún —gritó.

—No te lo comas.

—Ya me lo he comido, solo digo que no me gusta el atún. ¿Qué te trae por aquí, jovenzuelo?

—Tengo un problema.

—No, ningún problema. Los problemas no existen —aseveró el anciano.

—Sí existen, Duck, porque yo tengo uno.

—¿Y tú existes?

—Sí.

—Ah, vale, era una prueba —dijo el anciano.

Se levantó y comenzó a caminar hacia el oeste, donde el sol se ocultaba lentamente en un naranja enfermizo. Max lo siguió. Durante unos minutos anduvieron en silencio, contemplando cómo la noche echaba su manta sobre el día y las estrellas comenzaban a brillar tímidas en el crepúsculo. Las luciérnagas danzaban creyendo que eran nubes y las nubes lo hacían sabiendo que lo eran.

Llegaron a un pequeño recoveco del bosque donde un minúsculo lago surgía de un manantial del suelo. A su alrededor, una explosión de flora invadía las orillas y una miríada de insectos revoloteaba sobre sus cristalinas aguas intentando depositar los huevos. Los crustáceos observaban en la quietud, tensos, sumergidos, intentando depositar un mosquito en su estómago. Era un oasis, un vergel, las flores, de formas insinuantes y vivos colores, adornaban lujuriosas las orillas del lago y las plantas de inmensas hojas, verdes y exuberantes se cerraban sobre él en una cúpula orgánica y vegetal que regulaba su propia temperatura, que en esos momentos era tropical y húmeda.

Duck se sentó junto a la orilla arenosa del lago y sumergió los pies en el agua. Enseguida, dos manchas oleosas e irisadas surgieron alrededor de sus pies.

—Hace calor, joven —dijo, sonriendo con su único diente hacia el cielo.

—Joder, Duck, vas a conseguir matar a toda la población del bosque —comentó de forma desacostumbradamente soez Max.

—Ho —suspiró el anciano.

Un animal, un coargudo o similar, estiró su felino cuerpo desde la rama de un frondoso árbol y se dejó caer al otro lado del minúsculo lago. Permaneció agazapado en el suelo con sus enormes orejas triangulares alerta a cualquier sonido y los ojos fijos en el anciano y el joven de la otra orilla del lago.

Poco a poco, dando pequeños pasos casi imperceptibles, se fue acercando a la orilla y, sin quitar ojo a los dos humanos, agachó la

cabeza hasta estar a la altura del agua, la olisqueó y retrajo la cabeza con gesto de repulsión. Brincó y salió corriendo. Se detuvo, miró atrás un segundo fijando la vista en el anciano y emitió un sonido silbante y arisco que dejó entrever sus finos y largos colmillos. Parecía realmente enfadado.

A Duck no le sorprendió. Casi todos los animales del bosque se quejaban de su pobre higiene. El viejo se cruzó de piernas y empezó a frotarse los pies con una piedra. Caían trozos de piel tan grandes como torreznos, que flotaban un instante en el agua y después se hundían hasta que algún pececillo se daba un festín nocturno.

—Los peces no le hacen ascos a nada. Qué seres tan increíbles —afirmó el anciano.

—Hay algo dentro de mí —comenzó el chico.

—Será cierto, digo yo —respondió el anciano mirando las estrellas—. ¿Te refieres a vísceras y todo eso o...?

—Me refiero a algo malo.

—Verás, joven Max, lo malo ni es malo ni es bueno, a decir verdad. Las cosas no son ni blanco ni negro.

—Ya —interrumpió Max—. Eso de que hay muchos grises entre ambos.

—Hay muchos grises, pero también muchos otros colores. El rojo, por ejemplo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No mucho, que el rojo es otro de los colores que hay —dijo Duck con aire distraído.

—Perogrullo.

—Perogrullo, no perogrullo o zurullo. Lo que sucede, sucede y ya está.

—Pude haberle hecho daño a la chica.

—Max, es cierto, pudiste haberla matado. No sé qué es eso que escondes, pero cada uno es lo que es. No lo podemos evitar.

Max enarcó las cejas y suspiró. Esperaba mucho más. Esperaba una respuesta. Esperó una respuesta.

—¿Qué soy? —dijo a la noche estrellada, casi para sí mismo, tumbado sobre la maleza con los brazos cruzados tras la nuca.

—No lo sé —dijo el viejo maestro.

—No sé ni para qué te pregunto —dijo Max contrariado.

—Teniendo en cuenta que soy imaginario…

## LA CARTA (SEGUNDA PARTE)

—Como uno de los presentes no ha tenido la oportunidad de leer la carta —dijo enérgicamente Hel, refiriéndose al percance con Ukulunkulu—, voy a leerla en voz alta por si se *hibiera,* quiero decir, hubiera dado el caso de que alguno más de ustedes no la ha recibido. O no la ha leído —añadió, sabedora de que sus señorías eran poco dados a casi nada, por ejemplo, a leer. Así le iba a la Delegación—. Comienzo, dice así:

> Estimados reguladores de la muerte:
>
> Es conocido por todos que la humanidad se ha desviado de su propósito. Mucho tiempo llevamos sabiéndolo y callando ante tal comportamiento.
>
> Dicha humanidad, como creación de todos los dioses mayores, fue concebida con el fin de la adoración a las deidades, del respeto a las religiones, del cumplimiento del dogma, de la alabanza a lo divino, del temor a lo prohibido, de la redención de las almas. Por desgracia, los seres humanos, que dan sustento a la gracia divina, han olvidado y en muchos casos matado deliberadamente la fe en nosotros, sus creadores y amos.
>
> Así, no solo no siendo útiles, sino convertidos en un molesto e insidioso problema, se convoca con carácter de urgencia a dioses, demonios o cualesquiera otros señores de la muerte para poner fin a la humanidad.

Esta convocatoria es irrenunciable e irrevocable y, por lo tanto, en un plazo de diez días hábiles, tendrán que haber decidido por mayoría simple el destino de la humanidad. Esto es, su destrucción.

Sin más, un cordial saludo.

La carta no la firmaba nadie.

Hel dirigió su mirada directamente a Ukulunkulu para ver si este había comprendido su contenido. Vio que miraba muy atento y que asentía con la cabeza.

—Pues esta es la carta —dijo Hel dirigiéndose a todos—. Ya saben por qué estamos aquí.

Otra mano se alzó. Ahora era Ina la polinesia.

—¿Sí? —dijo Hel, ya cansada.

—¿Va a haber descanso para el café o algo?

## EN EL HEMICICLO

—Todos sabemos por qué estamos aquí hoy, pero no está de más que lo recuerde, ya que tengo el privilegio de ser la anfitriona de tan grandioso día. —Shiva torció el gesto—. Hoy es el día en que se determinará el fin de la existencia humana. Por eso, todos los que gobernamos alguna parcela del Reino de los Muertos nos damos reunión, con el fin de acordar cómo daremos forma a ese fin. Antes de empezar a proponer métodos efectivos, debemos abrir un turno de objeciones a tal empresa, aunque siendo todos como somos cabales y coherentes, supongo que nadie tendrá ninguna objeción.

Shiva se levantó inmediatamente.

—Sí, Shiva la radiante, diosa hindú de la destrucción; háblanos —fue como la anunció Hel.

—No sé —empezó— el motivo exacto por el que estamos hoy aquí. La destrucción del ser humano no es posible porque la muerte no es el fin de la existencia, sino un cambio a una nueva forma. Qué pretendéis pues, ¿convertir a toda la humanidad en una nueva especie? ¿Transformarlos tal vez a todos en ciempiés?

—No —interrumpió Coatlicue la Azteca—, pretendemos hacerlos desaparecer de la faz de la Tierra, lo dice bien claro la carta —advirtió, intentando ridiculizar con la evidencia el desconcierto de Shiva y buscando la aprobación de los cercanos.

Durga la hindú, acompañante de Shiva, se levantó encolerizada para mostrar su expresión más amenazadora y feroz. El cabello negro le caía suelto sobre los hombros. En cada uno de

sus mil brazos armaba con flechas los arcos que portaba y el tigre que la acompañaba mostraba sus dientes feroces de indignación.

—No vuelva a interrumpir a Shiva la radiante o se las verá con mis arcos y mis flechas —advirtió a Coatlicue.

—Por favor —dijo Hel—, tengan calma. Shiva, ya sabes cuál es el fin que se nos ha encomendado. Es nuestro destino, y el del hombre.

—No tiene por qué —replicó esta—. Los dioses hindúes no lo permitirán.

Coatlicue se levantó tomando la palabra.

—Es irónico que, siendo las dos representantes del hinduismo, diosas de la destrucción, vengan con moralinas ante lo que mejor saben hacer; destruir al hombre.

Durga la hindú, que aún permanecía en pie dio la réplica:

—Nosotras, diosas de la destrucción, no lo hacemos por mero capricho como hicieran los griegos y aun diría que vosotros, aztecas y mayas; si no recuerdo mal, se organizaban cacerías humanas para satisfacer vuestros gustos, y el hambre del pueblo —dejó caer hiriente. Miró fijamente a Coatlicue con sus tres ojos y continuó—. Mi función es destruir al hombre y lo que lo rodea. Sin embargo, nuestro fin no es una destrucción demoniaca como vosotros pretendéis, sino un paso para la regeneración del universo.

Se puso en pie Ah Puch el maya:

—Mucha es la gracia que me hace tu discurso —le dijo a Durga que ya se sentaba—. La destrucción es la destrucción, y evidentemente, ello conlleva un nuevo orden en el universo. Por lo tanto, os rogaría a ti y a Shiva —dijo omitiendo el nombre de Durga a propósito como una falta de respeto y un desafío— que no os entrometierais en la forma en que cada uno da el orden a su universo —terminó irónicamente.

Hel cortó la discusión tomando la palabra.

—El fin de esta reunión está claro, y los dogmas de cada uno de nosotros no podrán impedir que se lleve a cabo —advirtió

refiriéndose a Shiva y Durga—. Además, ningún dios, por poderoso que sea, puede influir en nuestra decisión, ni podrá interponerse o revocar la sentencia. El tema que tratamos es la muerte y ello solo nos concierne a nosotros, dioses y reyes de los difuntos, demonios ejecutores, ángeles del camino o espíritus dadores. Así, esta será una discusión estéril si continuamos por esos derroteros. La decisión ya está tomada. Solo hace falta decidir cómo se ejecutará —sentenció.

Taivadu el malgache se irguió de su trono.

—Podemos enviar a ejércitos de diablos para que acaben con los seres humanos —propuso, deseoso de ser él, con sus ejércitos demoniacos, quien fuese el afortunado de destruir la humanidad.

Se escuchó en la zona que ocupaban algunos de los más abyectos demonios un tumulto de desaprobación. ¿Cómo podía ser que ejércitos de demonios menores tuvieran privilegios ante aquellos que ellos representaban? Taivadu el malgache miró hacia Ura, Samael, Abú-Jaria y Ariman, los denostados, identificando en ellos el foco del tumulto y las mofas.

—Quizá —empezó Taivadu— podríamos preguntarles a los que no reinan, por ejemplo, a Ura el babilónico, del que se dice que ya ideó un plan para acabar con la humanidad.

Ura se levantó.

—Desde luego, queridísimo Taivadu, fuese o no cierto lo que de mí se relata, sería, sin género de duda, más original que lo que vos proponéis.

La tensión era evidente entre todos aquellos seres que pretendían, unos más que otros, la gloria de la presente contienda.

—Podría ser Durga la hindú —comenzó Mictlantecuhtli, acompañante de Coatlicue— con sus artes de destrucción y sus mil brazos armados quien diese fin a los humanos.

No era una proposición formal, sino más bien una mofa por la anterior batalla dialéctica que sostuvieron ambos bandos. Durga le dedicó una mirada asesina.

Hel se vio forzada, una vez más, a interrumpir la reunión.

—Os lo pido por favor, poderosos y demás. No tiene sentido que ninguno de nosotros, dioses o no, luche por la gloria de la batalla. Recordad que el fin es destruir al ser humano, por tanto… ¿quién reflejará las hazañas de quien ejecute a la especie? Nadie, evidentemente, así que… ¿de qué sirve que unos y otros peleéis por ser ejecutores o por quedar por encima de los demás? Nadie podrá alabaros después.

La mayoría de los que formaban el círculo quedaron pensativos. No habían barajado esa variante. Se convertía ahora, pues, en un engorro el tener que destruir a la especie si no iban a obtener después los triunfos y vítores, respetos y ofrendas de los seres inferiores. Así es como funciona el ego de lo divino.

—De cualquier modo —dijo Coatlicue la azteca mientras se levantaba—, quisiera saber, para que me quede claro de una vez por todas, qué es lo que pintan en esta reunión seres que, por destino, no son dioses. Debiera ser esta una decisión de los dioses y no de espíritus, diablos y jinetes —terminó, señalando con desprecio a la Muerte.

Algunos de los que opinaban de igual manera se levantaron en algarabía. Hel se elevó sobre la tribuna una vez más y pidió cordura, mientras a su izquierda se alzaba Hades y todos callaban. Hades era respetado y su sabiduría, aunque caprichosa, era venerada.

—Parece ser —empezó con voz grave— que algunos de los que son adorados como dioses no comprenden, o lo que es peor, hacen como que no entienden la situación en que nos encontramos. ¿Alguno de vosotros se ha preguntado por qué ha llegado el momento del fin de los días? —Algún incauto hizo por responder, pero la gélida mirada de Hel y la intimidante mirada de Hades lo contuvo—. A lo largo de los siglos ya ha pasado otras veces: Pompeya, Sodoma y Gomorra o las inundaciones en la práctica totalidad de las religiones que cada uno defendemos

como Noé en los cristianos, Utnaphistim en los babilonios, Tata en los aztecas y otros muchos. No es cuestión de que les descubra lo que ya conocen. ¿Por qué estamos aquí? —continuó—. Porque nadie cree ya en nosotros. Somos mitos y leyendas, estatuas y grabados, llaveros, películas de dibujos. Si hemos perdido el respeto y el miedo de los hombres, ya no nos hacen falta. Por lo tanto, como diría Shiva la dichosa y Durga la destructora, es el momento de regenerar el universo.

—Sí —dijo Coatlicue—, pero eso no responde mi pregunta ni atiende mi queja.

Hades la miró directamente y respondió.

—Ya no somos temidos, querida. Ya no somos adorados. ¿Qué poder nos queda pues? Siete tronos a mi izquierda está tu denostado jinete. No lo llames así, su nombre es Muerte, y su propio nombre lo indica. —Este permanecía impasible aun siendo el tema de discusión—. Él es el único temido hoy en día y, por lo tanto, el más poderoso de todos nosotros.

Un gigantesco estruendo recorrió las bancadas. Se montó una terrible algarabía indignada, víctima del sacrílego dios griego, enrojecida ante las polémicas palabras que Hades acababa de pronunciar.

—¿Más poderoso que un dios? —gritaban por un lado.

—¡Hades ha enloquecido! —gritaban por otro.

—¡No eres digno de ser hermano de Zeus! —exclamó alguno.

—¡Sacrílego, provocador, indigno!

Hel volvió a poner orden como pudo. La reunión se le escapaba de las manos y Hades continuaba su alocución.

—¿No os dais cuenta? Nosotros, dioses de la muerte, gobernamos los terrenos de los difuntos, los infiernos… pero él es, lo dice su nombre, él es la muerte, no quien la imparte, no quien la decide, no es quien la gobierna: es la muerte en sí.

Todos quedaron mudos. Otro nuevo descubrimiento en aquella reunión de grandes, y no es que, no lo supieran, simplemente

es que no lo aceptaban. Era una verdad a voces conocida por todos, pero silenciada también, es como las calamidades que uno evita decir porque el hecho de no nombrarlas hace ver como que no pasan, pero pasan, pasan a todas horas.

—¡Bien! —exclamó Ah Puch el maya aplaudiendo, después de que la sala se silenciase—. ¿Por qué no son pues los jinetes quienes destruyan la humanidad? ¿No gobiernan ellos las enfermedades, las guerras, el hambre y las fieras? ¿Para qué nos hemos reunido aquí entonces si son ellos los que todo lo pueden?

Ahora fue Hades quien habló.

—No he pretendido sugerir que tengan que ser ellos los que lleven a cabo la sentencia. Solo me he permitido dejar bien claro de dónde partimos, pero conozco de vuestro avieso gusto por la sangre —dijo refiriéndose a los dioses aztecas y mayas—. Así pues, proponed vosotros otras medidas o métodos y, como lo he sido yo, seréis también escuchados.

Zeernerbooch el germano comenzó a hablar antes que los dioses aztecas y mayas:

—Siempre hemos sido considerados, ya desde la antigüedad, unos bárbaros, no solo por nuestra cultura, sino también por nuestros métodos. La barbarie solo es la acción que desde fuera se juzga como exagerada o desmesurada, pero ¿qué es lo que pretendemos nosotros? La barbarie ahora es la única forma que tenemos de terminar con la especie. La matanza, la destrucción y la sangre, esa es mi propuesta.

Y se sentó.

A los más feroces les gustó la idea. Algunos de ellos eran tan sanguinarios que veían más una diversión que una obligación en la tarea que les ocupaba, y aquella reunión era solo un trámite con tal de conseguir unos momentos de diversión total y un sádico orgasmo final.

Se levantó Vanth la etrusca, que hasta ahora no había intervenido y dijo:

—Todos conocéis de mi carácter atroz. Cualquier método que se proponga será aceptado por nosotros los etruscos, pero, con todos los respetos, poderoso Zeernerbooch, tú no has propuesto nada. Abogas por una muerte violenta, está bien, pero ¿cómo ha de ser esa muerte? Nada claro has dejado en tu exposición ese aspecto.

—Deberían ser en sacrificio —advirtió Coatlicue, excitada ante la idea de realizar millones de inmolaciones en su honor.

—Pretendes pues… —continuó Vanth— ¿que realicemos millones de sacrificios, uno por uno, para cada humano que puebla la tierra? ¿Cuánto nos llevaría?

—No creo que tengamos prisa alguna —respondió Coatlicue.

—¡Mandémosle un lagarto gordo! —exclamó excitado Ukulunkulu, como si hubiera tenido la mejor idea desde el nacimiento del universo.

—Ya estamos con los lagartos —se escuchó decir a alguien.

Ukulunkulu era conocido por su afición a los reptiles. No se sabe hasta dónde llegaba la filia. En sus tiempos mozos, mandó a un camaleón a la tierra para que les dijera a los hombres que nunca morirían, pero el camaleón, lento él, tardó tanto tiempo en llegar que Ukulunkulu cambió de idea y mandó entonces a un lagarto para decirles que sí morirían, decidiendo así el destino de los hombres.

Así va la cosa. Esta gente no se anda con chiquitas.

—¿Un lagarto? —intervino cínicamente Coatlicue—. Hay que exterminar a la humanidad, no montar un circo.

El pobre Ukulunkulu palideció.

—¿Y qué propone Coatlicue? —preguntó Hel—. Si puedes concretar un poco.

—Han olvidado con quién están tratando. Propongo sacrificios una vez más, hasta que no quede ni una de esas ratas despreciables.

Shiva se puso alerta. Las ratas eran sagradas para ella. Si bien, no podía negar que eran un poco despreciables.

—Les hemos dado todo —continuaba la diosa maya—. La enfermedad para que apreciasen la salud, el dolor para que valorasen el placer, la torpeza para que disfrutaran de la virtud: todo. Deseo y propongo el sacrificio para que paguen con sangre la ofensa irreparable que han cometido —terminó con la voz de una fiera.

De nuevo, voces de aprobación entre los dioses aficionados a estos métodos. Se escuchó entonces la voz de Hades como un trueno que silenció la sala.

—¿Y cuánto tardaríamos en exterminar a la humanidad con ese método? ¡Más de lo que se tardó en crearla!

—¡Ya habló el gran dios! —gritó Coatlicue cargada de odio y rabia con los ojos en dos llamas iracundas—. Te recuerdo que eres un olvidado, como todos. ¿Acaso no quieres que esos trozos de carne paguen por la injuria?

—No hemos venido a ajusticiar a nadie. El juicio ya se ha realizado. Estamos aquí, os repito una vez más, para decidir cómo acabar con la humanidad. Nada más.

—Qué locuaz —dijo despectivamente la diosa maya asintiendo mientras recorría con la mirada todo el hemiciclo—. ¿Y quién ha decidido tal cosa? ¿Lo sabes tú, Hades?

—Quizá haya sido el «gran dios» —respondió hiriente, repantigado en su trono.

Hel se tapó los ojos con las manos y se frotó la frente con gran pesar. Ahora sí que se iba a montar un circo. Tres intervenciones, solo tres han tardado en liar la gorda.

—¿El «gran dios»? —rugió Coatlicue con los ojos desencajados—. Eso es una blasfemia intolerable. Si ese va a ser el derrotero que va a tomar esta reunión, me niego a seguir aquí ni un minuto más.

La sala estalló en gritos de aprobación y abucheos de reprobación. El guirigay se extendió sin control por todos y cada uno de los tronos del hemiciclo. Pronto empezaron a reprocharse

unos a otros, a voz en grito, lo errado de sus convencimientos y creencias. Los sentimientos afloraron y las opiniones empezaron a tener filo.

Hades sonreía desde su sillón. Una vez más, ponía en evidencia a Coatlicue, inflamable como ella sola.

Desde la tribuna principal, Hel le reprochaba con la mirada la acción que acababa de realizar. Sabía que esto no iba a ser fácil, pero comenzar con esta piedra lo hacía no difícil, sino imposible.

Hace unos cuantos miles de años, surgió un conflicto teológico irresoluble que había acabado en un cisma teórico que no encontraba equilibrio y hacía de la convivencia cotidiana un infierno cuando se presentaba en cualquier conversación entre deidades.

Algunas mentes, tan brillantes como ociosas, sugirieron que si los diversos dioses habían creado el universo con todas las cosas que contiene ¿quién creó a los dioses que habían creado el universo y todas las cosas que contiene? Apareció así, entre algunos de los dioses, la teoría de que debía haber un dios superior a todos ellos que les hubiera dado vida y propósito, así como el poder de crear.

En un principio todo ello fue visto como una excentricidad por la mayoría de los dioses, pero pasados los milenios esta teoría fue cobrando fuerza y adeptos, creciendo en número y radicalidad, ortodoxia, practicantes y defensores, hasta el punto en que casi el treinta por ciento de los dioses creían en el Gran Dios, uno superior a todos ellos que los guiaba y cobijaba en infinito amor e inabarcable sabiduría.

El problema era que muchos creían en ellos mismos como los creadores de la, valga la redundancia, creación. Los egos, que pesaban más que los sucesos, hacían que negaran con total rotundidad al Gran Dios. Se negaban a ser seres inferiores a cualquier cosa. Surgieron posturas enfrentadas ferozmente y ni unos ni otros cedían un ápice en ellas.

Huelga decir que ya habían surgido posturas contrarias al Gran Dios que obedecían a la postura del Superdios, único y verdadero dios de dioses y de todas las cosas materiales e inmateriales. Aún eran una minoría, pero ya cobraban fuerza, al igual que la rama de dios Único o la del Hipodiosido, aunque abundar en todo ello sería demasiado largo para poder afrontarlo con garantías en este relato. Les remito, si me permiten el abuso, a un libro escrito por mí mismo: *La deidad entre las deidades: del ateísmo al hipodiosido. Una mirada transversal*. Editorial Magnus. 1973.

Hades era agnóstico al respecto de las creencias en el Gran Dios o corrientes similares más o menos ortodoxas y radicales, pero poder disfrutar de un espectáculo como aquel bien valía el comentario o alguna que otra reprimenda que estaba seguro se llevaría en uno u otro momento.

—Exijo que se retracte de ese comentario de inmediato o los verdaderos dioses, no esos que creen haber sido creados por un fantoche inventado, abandonaremos la sala —exclamó Ah Puch realmente enfadado, lo que hacía que sus cascabeles tintinearan como el trineo de Santa Claus.

Casi todos los dioses del continente americano eran detractores radicales de la creencia del Gran Dios, así como los del continente europeo. Los principales valedores y defensores de esta creencia eran, en su mayoría, africanos, pero había fervientes devotas como Coatlicue, que era una de sus principales representantes.

—¡No, no, no, no! —gritó Abú-Jaria ángel de la muerte mahometano—. Es una cuestión de fe irrefutable la existencia del Gran Dios y, por tanto, o se respeta su verdadera existencia, o seremos nosotros los que abandonemos esta pantomima.

Hel golpeó con los nudillos sobre la mesa tres veces intentando llamar la atención de sus pueriles señorías. Insistió otras tres veces más y la sala empezó a silenciarse. Hel pudo entonces hablar:

—Lo voy a decir, aunque es una cosa que deberíamos dar por entendida. No hemos venido a debatir tampoco la existencia o no de lo que llaman el Gran Dios. Esa no es la cuestión. No nos desviemos del tema principal de esta mesa: nuestra misión es destruir a la humanidad, proponer, y no quiero tener que volver a repetirlo, un método eficaz y económico para ello y no pelearnos como niños por cada tema que pueda surgir desde ahora hasta que lleguemos un acuerdo.

Un zapato voló de un extremo al otro de la sala y acabó golpeando a Charún, el acompañante de los muertos etruscos, justo en el medio de la cara. Después el zapato dio dos vueltas en el aire y fue a terminar su viaje en medio de la mesa del hemiciclo. La nariz de Charún era una proyección en forma de gancho que ocupaba una tercera parte de su rostro. Se tocó dolorosamente y vio que un hilo de sangre salía de uno de los orificios. Aquella probóscide comenzaba a hincharse. Pronto alcanzaría el tamaño de un buque pequeño.

Tras un silencio expectante, la sala estalló en un pandemonio de puñetazos, cabezazos, coces, tirones de pelo, mordiscos, esputos y frases hirientes cual acero candente.

# LA PAUSA

Después de que un zapato volador impactara en la nariz de Charún y se montase una brutal intifada con puñetazos traicioneros, patadas en las zonas nobles, esputos envenenados, pueriles tirones de pelo e insultos varios, Hel ordenó un receso, una pausa para la reflexión y una llamada a la calma. Hizo hincapié en que fuese para estos fines y no para sembrar la semilla del rencor, cultivar una venganza calculada de la que brotaran los frutos del odio y los retallines de la indignación.

Charún fue agraviado, en realidad, más en la estima, en el epicentro emocional, que en lo físico. Aunque no es esta una cuestión a la que restar importancia, algunos dioses, la mayoría incluso, acostumbrados a la adulación, admirados, adorados y temidos, se convierten, tras cualquier mínimo incidente, en seres depresivos y taciturnos. Los datos lo reflejan con claridad; el índice de intentos de suicidio entre los dioses y diosas ha subido en los últimos siglos, siendo destacable y alarmante, entre los dioses que, digámoslo así, han perdido en los últimos milenios toda su relevancia hasta quedar extinta su religión.

El dato arroja que el 6,32 % del total de intentos de suicidio entre la población del infierno son dioses de algún tipo, lo cual es una barbaridad, pero, teniendo en cuenta que no pueden morir, repiten en multitud de ocasiones, con lo cual el dato, en apariencia, es exagerado. Esto les cuesta a las arcas del estado 6 478 000 avn. (avernos: moneda oficial en la actualidad de la república), lo que equivale, aproximadamente, a una mamada.

De modo que, teniendo en cuenta todos estos datos, un zapatazo en la cara de un dios, habida cuenta que este dios está venido un poco a menos, puede salirle caro a la República del Infierno, que si bien tiene una clientela —y con clientela me refiero obviamente a contribuyentes— de miles de millones de personas (más perros y gatos, desde la polémica modificación de la Ley 3.40, por la que se aceptaba que también tienen alma aunque un poco más escurridiza que la de los humanos, debido a su desconocimiento de la propia posesión de tal esencia), no está la república para ir tirando cohetes los días no festivos, ni atando perros con longanizas a bocas de incendio de plata.

Charún se había ido indignado y humillado a su habitación en el Hotel Indira Lakshmi, ubicado dentro del complejo turístico del Nilfheim. Colgó de una percha su chitón y una especie de cofia que portaba como sombrero. Se observó en un espejo *vintage* mientras se quitaba las alhajas y pendientes. Tenía la nariz como una patata, aunque ya no sangraba. Suspiró y se tumbó sobre un *chaise longe* blanco con motivos egipcios que ocupaba uno de los lados de la habitación principal de la *suite*, copia indistinguible de las demás *suites*, todas con las mismas vistas y orientación. Todas tenían el mismo suelo de mármol, las mismas alfombras persas. Mismo mobiliario y servicio de canales de televisión. Todas tenían los mismos sirvientes esclavos y servicio de prostitutas, putos y chaperos.

No es que fuera poca cosa para sus ilustres invitados, es que nada era suficiente para ellos. Cualquier cosa, la más mínima diferencia en el trato, cualquier sutil detalle en la habitación o incontrolado privilegio que afectara a uno y no a otros, podía dar lugar a orgullos heridos, comportamientos irracionales o a barraqueras diabólicas.

Aún se recuerda la mítica barraquera de Foresti en el «Congreso Internacional para la Regulación del Uso de Porteros Automáticos Humanos: uso indiscriminado y elevación de los

escalones de 1943 (según la era cristiana)». Sucedió que, después de una dura controversia en la que muchos de los asistentes estaban a favor de la prohibición del uso de ascensores al personal laboral humano que ejercía como portero automático, en resumen, que tuvieran que subir las escaleras del edificio para llevar el mensaje al solicitado y después bajarlas para reportar la respuesta al solicitante en el portal del edificio. Foresti se había mostrado contrario a esta medida. Él era partidario del uso de ascensores, pero condicionado a que pudiera agredirse al portero automático humano según el tipo de noticias de las que fuera portador. Dicho de otra manera, poder golpear al aparato, como es uso y costumbre, cuando el mensaje no es el que uno espera o incluso es contrario a nuestros intereses.

Bien, una vez había terminado la reunión y la mayoría se había salido con la suya, que era prohibir el uso de ascensores, Foresti había llegado al hotel enrabietado, había subido a su habitación y había llorado encorajinado por haber perdido. Cuando de repente sonó tres veces la puerta: toc, toc, toc.

Foresti se enjugó las lágrimas y entreabrió la puerta. Era Hathor, la bellísima diosa egipcia (salvo por las orejas de vaca; a veces se convertía en vaca completamente, y ya no era tan bellísima, salvo para los toros u otras vacas) que masticaba, con alegría, un caramelo.

—¿Cómo estás? —le preguntó, después del disgusto que Foresti se había llevado en el congreso.

—¿Qué es lo que comes? —respondió este obviando la pregunta de Hathor.

—Un caramelo de chocolate y menta. Estaba sobre la almohada de mi habitación cuando llegué.

Foresti miró su cama. No había ningún caramelo sobre la almohada. Miró entre las sábanas, debajo de la cama. Nada.

Lo siguiente que sucedió fue el desalojo de las siete plantas superiores del hotel Indira Lakshmi. Foresti le había prendido

fuego porque se sintió ofendido, desatendido y olvidado por el servicio de habitaciones. Así se las gastaban. Por ello Hel, insistió una y otra vez en que las habitaciones fueran exactamente iguales.

Charún se levantó, dio un breve paseo por la terraza y se había ido al dormitorio. Se sentó en una magnífica cama hecha de polvo de estrellas y acordes disonantes y llamó al servicio para que le sirvieran un trago de buen licor. Su sabor azufrado le daba un toque especial, pero le molestaba la presencia de la sirvienta. Prefería estar solo, por lo que la invitó, muy amablemente, a saltar por el balcón, aunque la chica, espabilada como ella sola, salió por la puerta. Encendió la televisión. Satanás aparecía en ella rodeado de cientos de periodistas que le increpaban con los micrófonos a punto de tenerlos casi dentro de la boca.

—No sé nada todavía, así que no puedo valorar la noticia en estos momentos. Solo sé que la Delegación de la Muerte ha convocado una reunión urgente y, por lo que parece, es muy muy importante y muy, muy, muy especial.

De todos es conocido que Satanás es un gran mentiroso, así que los periodistas no tomaron muy en serio las declaraciones: podían ser verdad, mentira o todo lo contrario. «Devolvemos la conexión a nuestros estudios centrales, desde Infernalia, Ignida Santos. Un saludo». Dijo la periodista del Canal 666 que apenas tendría dieciocho años.

«Vaya mierda de día», insinuó Charún torciendo el gesto de la boca, que quedó en aspecto apopléjico. Dio un último y largo trago y acabó la copa de licor. Se sirvió otra. Algo empezaba a rondarle la cabeza.

La infamia del zapatazo no podía quedar sin respuesta y por fin le había venido a la mente el modo de desquitarse. La venganza sería calculada, pero atroz. Nadie en la historia había preparado un plan tan maquiavélico. Se le iluminaron los ojos pensando en el desarrollo. Podía visualizarlo. Su boca torcida en gesto molesto se fue convirtiendo en una sonrisa amplia.

—¡Ja, ja, ja, ja! —rio provocando un estremecimiento en el personal del hotel—. ¡Ya lo tengo!

## EN EL HEMICICLO OTRA VEZ

Sentados, en una calma tensa, se contenían los presentes, esperando el golpe de mazo que inauguraría la sesión. Habían entrado todos en silencio y con gesto inquisitivo. Plácidos en apariencia, hervidos en consciencia.

Hel, que esta vez había traído un mazo para poder golpear la mesa en caso de barullo o la cabeza de alguien en el mismo caso, golpeó una y solo una, no tres ni cinco como algunos han contado después, sobre la mesa del trono principal del hemiciclo.

—Se abre la sesión —dijo lánguida.

Había pasado mala noche. Un pensamiento recurrente, rumiado —la bronca entre varios de sus colegas— la había asaltado a primeras horas de la noche y no la había abandonado ya hasta el alba. Estuvo jugando al buscaminas, pero no sabía cómo funcionaba. Solo pulsaba sobre una de las cuadriculas intentando descubrir por qué unas veces había números y otras veces bombas. Ridículo.

Un zapato comenzó su vuelo en su visión periférica para situarse en su visión central. Era marrón, y cruzó la visión periférica del lado opuesto de nuevo. Hel giró la cabeza buscando la trayectoria del zapato. Lo localizó y vio, un instante después, cómo el zapato colisionaba contra la cabeza de Ukulunkulu.

—¡Chúpate esa, beato de mierda! —gritó Charún, que sostenía el par izquierdo del zapato volador en su mano derecha.

Los primeros puñetazos y agarrones no se hicieron esperar.

Hel golpeaba insistentemente con el mazo sobre la mesa. La maza se desprendió del mango y rodó por el tablero de nogal

hasta caer al suelo. Hel, no obstante, seguía golpeando como si el martillo mantuviera su integridad.

—¡Se suspende la sesión! ¡Se suspende la sesión, he dicho!

Lo dijo. Consta por escrito de la taquígrafa.

# LA REUNIÓN

El ego de los dioses es incontable —e inconmensurable—. Podría compararse con la estupidez humana, que es muy recurrente, pero la compararemos con la labia de un tonto. Incontable —e inconmensurable—.

Hel se había tomado un bote de Prozac con una botella de *whiskey*, un acto harto demodé, pero que, sin duda, seguía funcionando. Se notó morir, pero no lo hizo. No podía.

Sentada en un *chaise longue* de cuero blanco de la sala de estar de su habitación del hotel, desparramando su ánimo y su cuerpo y un poco mareada a causa del intento de suicidio, se acercó, impulsándose apáticamente con los pies, arrastrando la espalda sobre el cuero del *chaise longue*, hasta que la cabeza quedó a la altura de un antiguo teléfono negro que adornaba una mesita de marfil y oro blanco. Todo mantenía un aire hortera, entre tengo demasiado dinero para gastar y cómeme el coño en un polígono.

Marcó el seis, el tres y otro tres en la rueda del teléfono. Sonó. Daba llamada. Hel puso los ojos en blanco un instante, se masajeó el puente de la nariz. Se le desprendió un trozo de carne. Lo miró despreocupada.

—Buenas noches, servicio recepción del Indira Lakshmi. Le atiende Aurora —respondieron al otro lado de la línea.

—Sí, hola, Aurora.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

—Quiero hacer llegar una nota a las habitaciones 456, 654, 095, 793 y 001.

—Para eso tiene que llamar al servicio de correos del hotel. Le paso con ellos.

—No, solo… —Hel se quedó con la palabra en la boca, por el altavoz del teléfono sonaba el *Canon* de Pachelbel. Parecería que los teléfonos solo pudieran reproducir esa canción.

Durante un minuto treinta y dos segundos sonó el maldito *Canon*, y después, una voz que se saltaba todas las eses de todas las palabras dijo: *todah nuehtrah lineah ejtan ocupáh. Mantengaze a la ejpera* y le atenderá uno de *nuestroh ajenteh*.

El *Canon* retomó su anodino cuatro por cuatro en re mayor durante unos minutos.

—Buenas noches, servicio de recepción del Indira Lakshmi. Le atiende Aurora —dijo otra vez en recepción Aurora, la recepcionista.

A Hel le pilló por sorpresa.

—Eh ¿hola? —preguntó tontamente Hel sintiéndose estúpida al instante siguiente.

—Sí, hola, le atiende Aurora, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, Aurora, acabamos de hablar, por lo de la nota que quiero hacer llegar a…

—Ah, sí. Dígame, quiere hablar con el servicio de correos del hotel. ¿Es eso? —dijo atentamente Aurora, la recepcionista.

—Sí, bueno, quiero enviar una nota, pero en el servicio de correos, con quien usted me ha pasado, no responden —explicó Hel.

—De acuerdo. Le paso otra vez.

—¡Noooooo! —gritó Hel, pero la palabra se le quedó en el aire.

*Canon* de Pachelbel. Cuatro por cuatro, re mayor.

—Hola, buenas noches, servicio de recepción del Indira Lakshmi, le atiende Aurora —sonó al otro lado del teléfono.

—Hola —dijo Hel, después hubo un silencio. Un largo silencio—. Aurora. Acabo de hablar con usted para enviar una nota…

—¿Ha hablado con correos? Tiene que hablar con ellos —se apresuró a exponer Aurora, la recepcionista.

—No contestan.

—Ah, mire, pruebe en el 666 57…

Hel desapareció del *chaise longue* de cuero blanco dejando un humillo negro que flotaba pesadamente en el aire circundante y se retorcía sobre la alfombra de leopardo de las nieves que acompañaba al *chaise longue* y la mesa de marfil muy adecuadamente.

Apareció en la recepción del Indira Lakshmi, donde Aurora, la recepcionista, terminaba de nombrar los últimos números del teléfono de Ramón Úrsula, encargado de comunicaciones del servicio de correos del hotel. Cuál fue su sorpresa cuando se encontró cogida por las solapas de su traje de chaqueta rojo y zarandeada por la mismísima Hel. Se defecó en las bragas, pero ese era el menor de sus problemas.

—¡Coge y escribe! —gritaba Hel fuera de sí—. ¡Coge y escribe! ¡Ahí mismo! —Señaló un plano turístico del Nilfheim—. ¡Ahí mismo y ahora mismo! ¡Escribe!

—Pero ¿qué pongo? —preguntó azulada Aurora, la recepcionista.

—¡Escribe ahí mismo! —Hel seguía golpeando con la uña del índice de su mano derecha el plano turístico—. Grandes del inframundo, debido a los bochornosos acontecimientos acaecidos esta misma tarde os convoco a una reunión y consulta urgentes en mi habitación. Ruego puntualidad. Hel. ¡Me cago en la hostia puta!

Aurora, la recepcionista, transcribió lo más rápido que pudo y con letra de pánfila de instituto todo lo que Hel había dictado acaloradamente. Hasta se partió una uña, que quedó depositada, con su rojo rubí prostituta, sobre el mapa escrito en grafía titubeante y enmarañada.

—La llevas tú misma, ¡tú misma! A las habitaciones 456, 654, 095, 793 y 001.

—Sí, señora.

—Ahora mismo.

—Sí, señora.

Coatlicue, Hades, Osiris, Shiva y Vanth recibieron una nota, escrita en papel verjurado de doscientos cuarenta gramos color blanco roto rugoso donde se leía:

> Grandes del inframundo, debido a los bochornosos acontecimientos acaecidos esta misma tarde os convoco a una reunión y consulta urgentes en mi propia habitación. Ruego puntualidad. Hel. ¡Me cago en la hostia puta!

La muchacha que hizo la entrega, una chica cincuentona y pechugona, embutida en un traje de chaqueta rojo, con el pelo rubio y muy largo que decía llamarse Aurora y trabajar en la recepción del hotel, olía tremendamente a mierda. Y le faltaba una uña, para más señas. En eso estuvieron de acuerdo después todos. En lo que no llegaron a coincidir era en la hora y lugar de la reunión, pues en la carta no aparecía. Ese descuido fue uno de los motivos por los que Hel estuvo a punto de explotar durante esa noche. Reía histérica tan pronto como le venía e iba la ira. Se bebía un vaso de ginebra al trago tan pronto como se tomaba unas aspirinas para paliar el dolor de cabeza. Había rogado puntualidad, pero nadie aparecía por la habitación. Fueron llegando, a lo largo de la noche, uno a uno los invitados, cada uno a una hora distinta. Algunos traían una botella de vino o queso. Otros no. Qué poca elegancia.

Aunque el salón estaba repleto de sillones, sillas, sofás y todo tipo de mobiliario para aposentar las nalgas; Hades, Osiris, Shiva y Vanth se sentaron apretujados en el *chaise longue* de cuero blanco.

—Toma asiento, Coat —le ofreció amablemente Hel a Coatlicue a la que llamaba Coat desde que eran niñas y habían ido al colegio juntas.

—Gracias, estoy bien así. De pie, se entiende.

—Como quieras. ¿Queréis tomar algo? —preguntó Hel como buena anfitriona.

—Pues… —comenzó Hades.

Pues claro que querían. Los dioses siempre quieren tomar algo. Una copa, una vida, algo. Servidos cada uno con una copa del mejor *whiskey* del mueble bar, lo cual iba a salir por un pico y medio, se volvieron a apretujar en el *chaise longue*.

—Bueno —comenzó impaciente Coatlicue—. ¿A qué se debe este repentino arranque de «parlamentación»?

Todos miraron con interés a Hel.

Como sabemos, el ego de los dioses es incontable —e inconmensurable—. En su cabeza medio bella medio podrida, Hel había trazado un escueto plan: reunir a los dioses de la muerte más influyentes y también más agitadores. El solo hecho de verse allí, en una habitación, alimentaría su ego hasta extremos en los que se convencerían de que, sin ellos, el propósito sería inalcanzable: irrealizable.

—Amigos, por decir algo —dijo Hel irónicamente—. Esto que ha pasado no se puede repetir. Sé que nos dividen abismos avernales —Todos miraron a Hades y Coatlicue—, pero hemos de lograr enterrar las viejas disputas, coser las heridas abiertas, engrasar la maquinaria, bueno, ya sabéis, en pos de finalizar nuestro propósito. Debemos poner todo el ahínco en ello. Para ello os he convocado. Sois los dioses más respetados y admirados —prosiguió Hel, a sabiendas que un poco de adulación siempre lubricaba el estrecho agujero por donde tenía que penetrar el mensaje—. Os pido consejo, consejo y moderación. ¿Qué podemos hacer para evitar estas desagradables disputas que han surgido y que nos alejan de nuestro propósito?

A Hel le dolía la cabeza debido al alcohol. Le sorprendió poder haber formulado una pregunta tan coherente.

—Bueno, para empezar —respondió Coatlicue, pero fue interrumpida por Hades.

—¿Qué disputas?

—¿Ves? Siempre haces lo mismo —gritó Coatlicue—. Me interrumpes, me faltas al respeto, me ninguneas.

—Chicos —dijo Vanth—, dejemos las trifulcas amorosas para otra ocasión.

Shiva y Osiris sonrieron entre dientes. Qué malicia.

—¿Qué has dicho? —esputó Coatlicue histérica mientras se agitaban sus collares de corazones y su falda de serpientes.

—He dicho lo que he dicho —sentenció Vanth.

—¡Basta! —interrumpió Hel levantándose bruscamente de la silla que ocupaba y tirándola de espaldas—. ¡Basta de niñerías! Por favor.

Su cerebro se movió dentro del cráneo tal cual lo haría una piedra en una caja de zapatos. Tuvo náuseas y notó como por los intestinos un tsunami se iba deslizando. Tuvo que forzar el esfínter.

—Yo tengo una idea —dijo ingeniosamente Shiva.

Unos miraron a otros. Otros miraron a unos. Después de que cada par de ojos hizo contacto con todos los demás pares de ojos de la habitación y esperando muy poco de lo que Shiva pudiera decir, pusieron, de dos en dos, sus ojos en la diosa hindú. Excepto Vanth, que puso sus mil ojos.

Shiva, con la cara de un niño la mañana del Día de Reyes, hizo una pausa queriéndose hacer la interesante, sembrando la impaciencia en el misterio que desvelaría en un instante. Cuando creyó que había esperado lo suficiente para que resultara imposible resistir la intriga, dijo con voz en grito:

—¡Una fiesta!

Los presentes volvieron a mirarse unos a otros buscando descifrar la respuesta a la proposición. Unos a otros se consultaron un instante con la mirada.

—¡Bien, una fiesta! —gritaron en coro los presentes.

Y es que había pocas cosas que gustaran a un dios más que una fiesta; la fiesta era a un dios lo que una mierda de perro para otro perro. Un flipón.

—¡Buah! —dijo Osiris—. Una fiesta. Me has dejado helado, Shiva, lo reconozco. No pensaba que ibas a salir por ahí.

—Sí, con globos y tarta… y cocaína —propuso alegremente Vanth.

—Bueno, mejor sin globos —dijo Hel.

—Sí, quizá mejor —dijo Vanth dando la razón a Hel—. ¡Pero con putas y rameras!

—¡Síiiiiiiiiiii! —dijo entusiasmado Hades saltando sobre el *chaise longue* con los puños en alto—. ¡Fiestaaaaaaaaaaaaa!

La noche continuó relajadamente. Unas copas en la terraza, unos puritos, una cena ligera en base a cigotos de mamut —aún quedaban algunos en el infierno—, testículos de mono, moscas azules y crisopas revueltas y rata podrida. Esta última era muy apreciada. S e atiborraba de veneno a una rata bien engordada hasta que reventaba de dolor. Después se la dejaba pudrir en un lugar húmedo y oscuro, para que conservara todos sus jugos. Cuando empezaba a manchar el suelo con fluidos varios, era el momento de servir. Jugosa y tierna.

Hades se acercó al frigorífico a coger una cerveza. Había bebido demasiado licor y empezaba a tener ardores. Esperaba que la cerveza se los avivara un poco. La luz de la cocina estaba apagada. Solo la pequeña bombilla de la nevera iluminaba tenue la figura de Hades.

—Hades —dijo un susurro.

Hades miró a su espalda. Allí no había nada. Pensó que lo había imaginado. Cerró la puerta del refrigerador y tras la puerta apareció una silueta negra y atractiva.

—Hel, joder, ¿de dónde sales?

—Quería hablar contigo, un momento, a solas.

—¿Y qué se te pasa por esa pútrida cabecita? —preguntó Hades no muy equivocado.

—Quizá —comenzó Hel—, y solo digo quizá, que conste. Pero, quizá, podrías intentar, bueno, reparar, arreglar si quieres, lo tuyo con Coat.

—Supongo que lo estás pasando mal con todo esto —respondió Hades—. O debes de haberte comido un aborto, porque eso es lo último que haría en esta puta vida. Bueno, ya me entiendes —terminó Hades. Ya se sabe que los dioses ni están vivos ni muertos. Era una forma de hablar.

—Bueno, quizá si hicieras esto por mí —propuso Hel—… yo podría luego hacer algo por ti. Solo necesito que la engatuses un poco, te la lleves al huerto, que no aletee mucho, que tenga algo en lo que pensar. Solo hasta que esto pase y yo, después —dijo pasando el índice por la prominente barbilla de Hades—, te devolveré el favor. Con creces.

—Me gusta cómo piensas, Hel —respondió Hades—. Eres pérfida. Me gusta cómo piensas.

## EL DOCTOR N'GAYE

Max caminaba parsimoniosamente, con un particular arrastre de pies, dirección al cuchitril que el Ayuntamiento había habilitado a los servicios sociales. Era una tradición nacional, gastar millones en nuevos edificios para mantener unos servicios igual de incompetentes que siempre. En este caso, habían logrado unos servicios incompetentes en unas instalaciones insalubres. Récord.

Por las calles, las persianas dejaban asomar ojos y las paredes oídos. En esas ocasiones, el círculo de yoes que Max contenía se relajaba, casi deseaba dejar escapar aquello que contuviera. Le resultaba difícil entender el comportamiento de la gente, especialmente el interés desmedido que una gente mostraba en otros para ciertas cosas y el desinterés tan inmenso para otras. Casi siempre se correspondía con una proporcionalidad inversa a la importancia del asunto.

La humanidad, esa cosa pastosa y orgánica que se movía en masas de estupidez supina y que infectaba todas las rocas y arenas. Sí, eran harto molestos, aunque también tenían cosas buenas, por ejemplo, su gran capacidad de *autoextinguibilidad*. Eso les hacía tolerables. Y lo más gracioso, si es que se podía emplear esa palabra, era que ellos lo sabían. Por otra parte, tenían muchas cosas desagradables. Irritantes en extremo. Entre lo más irritante se encontraban los vegetarianos de herencia forzosa. Estos son los vegetarianos que obligan a ser vegetarianos a sus retoños. Max recordaba una conversación entre una madre y un hijo.

—… y en el cumpleaños no vayas a comer carne ¡eh! El chorizo es carne también —ordenaba histéricamente la madre con el dedo en alto, el bolso cruzado y la razón nublada.

—Que no —respondió el niño de siete años, ausente de la conversación.

—Bueno, ni se te vaya a ocurrir. Nosotros no comemos carne —repitió insistente la madre.

—Ya —respondió el hijo devanándose los sesos al intentar diferenciar el yo del nosotros que su madre había unificado al incluir a toda la familia como un único organismo que no come carne.

Eso sucedió un día en que Max había ido a la piscina municipal porque su cuerpo estaba a un grado de la combustión, pero esa conversación le deprimió un poco y tuvo que irse a casa. Hoy era otro día. Era el día en que se enfrentaba una vez más a la hipnosis del doctor N'Gaye, aunque mientras tanto, no estaba de más ocupar la mente en las soporíferas cotidianidades de la humanidad.

Llegó a la plaza Mayor. Era día de mercado. No se acordaba. Las gentes de Tagartera y de su ámbito de influencia, esto es: unos cuatro o cinco —seis para ser concretos— pueblos aún más pequeños que Tagartera y dieciséis pedanías casi despobladas. Las buenas gentes se movían como hormigas de un puesto a otro toqueteando el género, soltando risotadas espontáneas y charlando distendidamente. Se ha de aclarar que las buenas gentes de la plaza eran las buenas gentes de género femenino, con sus vestidos veraniegos —alargados hasta otoño— de estampados azulados que apenas sujetaban los desbordantes senos que habían cultivado a base de queso y tocino. Y verduras por la noche. Y magdalenas por las mañanas.

Las buenas gentes de género masculino se resguardaban del sol matutino —o eso decían— en el bar de la plaza. Desde primera hora con la barrecha en mano, seguido de un segundo café

con coñac, seguido de una copa de coñac o anís, de un chato de vino con boquerones, de diez vasos más de vino con un cacahuete y un par de cervezas para aligerar la carga. Todo ello en torno a una partida de mus o de dominó. Bastante conocían ya al sol de las largas mañanas de almendra y trigo. Gentes sencillas, buenas gentes, gentes corrientes, humildes gentes.

Sí, una vez más, sí. Gentes sencillas, que se lo pasaban como un mono.

Y mientras todo esto acontecía de semana en semana en la plaza del pueblo, unas veces con boina y borrego, otras en mangas de camisa, inalterablemente, los comerciantes ambulantes ingerían decenas de litronas hasta las doce de la mañana cuando, envueltos en un vapor alcoholizado, empezaban a desmontar los puestos y a guardar el género en furgonetas destartaladas con tres millones de kilómetros. Las mismas mojamas, los mismos bacalaos secos, los mismos quesos sudorosos. Ollas, camisetas, baratijas, correas, bolsos, pijamas, edredones: eran *nuevos*.

Todas esas buenas y felices gentes fijaron sus pupilas en Max. Una escena magistralmente orquestada. Algunas buenas gentes elevaban el mentón en gesto de indiferente superioridad moral. Otros entrecerraban los ojos desafiantes, pero todo, todo, parecía funcionar con normalidad, excepto por un silencio contenido, un murmullo que no terminaba ni de arrancar ni de morir.

Las buenas gentes miraban de reojo. Parecían estar comprando tomates y lechugas a los agricultores locales. Como si se estuvieran probando un nuevo y aún más horripilante vestido estampado. Casi parecía que le interesaran las ofertas y gangas que los comerciantes vociferaban. Un foráneo hubiera creído que los hombres en el bar seguían jugando al dominó beodamente. Lo cierto es que en ese instante no existía nada más en el universo ni en el pensamiento que la presencia de Max. El alcalde, vestido con su traje blanco de algodón se pavoneaba por entre los oriundos del lugar, cacareando, era el pollo más gordo del corral.

—Se te va a hacer tarde, muchacho —comentó estúpidamente.

Ja, ja, ja, ja. Comenzó un estallido de carcajadas de entre todos los palmeros que lo rodeaban. Eran tan entrañables.

Max cruzó la plaza sin decir nada. Quizá algún día las pagaría todas juntas, pensó, aunque por norma general los desgraciados suelen pasar por el mundo sin castigo.

Se dirigió hacia el ayuntamiento. Un hombre lo miraba fijamente, no con una fijación disimulada, sino directa y clara. Temió que quisiera dirigirle unas palabras. El hombre, con un uniforme amarillo fosforito se apoyaba, agotado, sobre el mango de una escoba de cerda gorda e incólume. La escoba estaba impecable gracias a la extrema vagancia del sujeto.

—¡Eh, chaval! —dijo con voz aguardentosa mientras el cigarro se movía al son de sus labios dejando caer pavesas—. Yo estoy contigo. A los chochitos hay que darles un poco de caña de vez en cuando. ¿Que no?

Max notó cómo por sus ojos se derramaba un odio puro y templado.

—A mí no me mires así, chaval. ¿Es que te crees mejor que yo?

Max siguió su camino.

—¡Eh, chaval! —gritó el abnegado trabajador de los servicios de limpieza de Tagartera—. ¡Que te jodan, violador de mierda!

Después de difundir su bravuconada a los cuatro vientos, miró sonriendo al populacho que abarrotaba la plaza, esperando la aprobación de sus congéneres. El alcalde y los palmeros rieron a carcajadas. Qué felicidad sintió aquel hombre escoba al ver que la máxima expresión del poder local aprobaba su comentario. Era todo tan entrañable.

El hombre escoba se sintió en una nube. Se sintió caer a través de los esponjosos y dulces celajes algodonosos sobre los que juguetean querubines de pelo rizado, henchido de orgullo. El cielo lo albergaba en toda su extensa grandiosidad. Su corazón

palpitaba al son de mariposas que aleteaban camino de su estómago. Quizá algún día pudiera formar parte del corro de personajes que rodeaban al alcalde. «Quizá algún día», se dijo a sí mismo ensoñado.

Ahora tenía un trabajo de seis meses. Por ello cobraba poco menos de ochocientos pavos al mes, de los que ni uno solo era ganado con el sudor de su frente. De todos esos pavos, ni uno solo iría a una cuenta de ahorro o a la manutención de su hija. Todos y cada uno de ellos serían intercambiados por bebidas alcohólicas, tabaco y marihuana. Cuando el día seis del mes no le quedara ni uno solo de los pavos, se dedicaría a incriminar en diversas conspiraciones a los vecinos no alcohólicos de lugar. Favorecidos, enchufados y comepollas, les diría. Hijos de papá, suertudos. Tendría que pedirle a su anciana madre doscientos pavillos, de una paga de seiscientos, para unos gastillos. Se lo devolvería *cuando pudiera*. Pero una cosa estaba clara. La escoba no se movería y quizá, algún día, formara parte del séquito del alcalde.

Esta era la mayor tradición de nuestro glorioso país. Una costumbre tan ancestral como las cuatro fuerzas naturales (o cinco, ya veremos). Las fuerzas políticas ofrecían miseria a cambio de adoración con la oportunidad de recibir un poco más de miseria si rendías la suficiente pleitesía. Así, la miseria era repartida cicateramente haciendo creer que quizá, si les adorabas con el suficiente entusiasmo, algún día saldrías del cubo de la basura para entrar en el contenedor de basura.

Max atravesó la cortinilla de canutos que habían colgado del marco de la puerta del ayuntamiento para que no entraran las moscas. La cortinilla, en realidad, evitaba que salieran. Sintió el fresco aire que provenía de las oficinas a diecisiete grados. Se encontró con un funcionario.

—Hola —saludó amablemente Max, tal cual le habían enseñado desde pequeño—. ¿Han llegado la doctora Hesworth y el doctor N'Gaye?

—No lo sé —resolvió el funcionario administrativo que iba o venía a desayunar, iba, probablemente—. Ve a servicios sociales a ver.

Max se acercó a la puerta azul del triásico que daba paso a la sala de servicios sociales. La empujó, cedió un poco, pero no se abrió.

Volvió a las oficinas.

—Hola —saludó otra vez—. La puerta está cerrada.

—Un momento, un momento, voy a ver —respondió el muchacho de recepción, dejando el periódico sobre una mesa repleta de papeles. Cogió el teléfono y marcó tres números. Miró a Max. «¿Ves? Estoy haciendo algo», le dijo con la mirada.

Alguien respondió al otro lado de la línea telefónica:

—Sí, dime —dijo la voz.

—Hola. Soy Jacinto. Oye, escucha: ¿por dónde andas? —dijo el recepcionista Jacinto, más conocido por el primo tercero de la mujer del alcalde y también como Jacinto «el tontolculo».

—Estoy ahora en el cementerio.

—¿Cómo en el cementerio? Bah, oye, ¿no teníais que ir a la ferretería por las piezas de la general?

—Pues ya hemos vuelto. Estoy ahora en el cementerio, qué quieres que te diga.

—No, nada. Oye, ¿puedes venir un momento al ayuntamiento?

—¿Para qué ahora? Que me pillas en el quinto pijo.

—Bueno, tú ven.

—Me cago en la hostia, Jacinto. Venga, voy para allá.

Jacinto, el recepcionista, colgó suavemente el teléfono y cogió el ratón de su ordenador, abrió un documento y comenzó a teclear sobre lo que parecía una especie de certificado de algo. Imprimió el documento y traspuso por la puerta de la secretaria. Se escuchó un leve murmullo y volvió a salir. Se sentó en su silla.

—Puedes sentarte si quieres mientras esperas —dijo el tontolculo.

Max se giró y vio seis destartalados sillones de oficina acolchados en escay marrón que hacían las veces de sala de espera. A tres de ellos les faltaba al menos uno de los brazos y sobre dos no podía decirse, sin faltar a la verdad, que estuvieran tapizados siquiera. A los quince minutos llegó el operario con un mono azul empapado de pies a cabeza.

—¿Qué es lo que pasa Jacinto *pa* tanta prisa? —preguntó el operario.

—Nada —respondió Jacinto—. Para que abras la puerta de los servicios sociales, que está cerrada y el chaval no puede entrar. Que espere allí a la loquera.

El operario miró al chaval y después a Jacinto. Entró en uno de los despachos, sacó la llave de un cajón, bajó a la planta de abajo y abrió la puerta. Después dejó la llave en el mostrador del ayuntamiento y se fue con cara de pocos amigos.

—Eh, que la llave no estaba ahí —protestó Jacinto—. Es que manda cojones.

Se levantó, recogió la llave y la depositó en el cajón.

—Puedes esperarles en la sala de servicios sociales si quieres.

Max se levantó y fue a la sala.

Allí seguían, mirándose una a otra el viejo sillón de despacho y la silla del colegio. Eligió la silla. Esperó durante unos diez minutos. El suelo, de losas de algún tipo de conglomerado, evocaba extrañas figuras que se agarraban, saltaban, se caían o tomaban el té. Dentro del aburrimiento de la espera, fue un divertimento total.

La puerta azul se abrió y entraron el doctor N'Gaye y la doctora Hesworth.

—Disculpa, Max —dijo con cierto apuro la doctora—. No había dónde aparcar, con esto del mercado.

La doctora llevaba cogidos contra su pecho varios tacos de folios desordenados, una chaqueta a cuadros colgando del brazo y el pelo despeinado. Parecía que viniera de, bueno, de follar.

El doctor N'Gaye también parecía fatigado, un poco descolocado. Quizá, torcido.

Se debía, por supuesto, a que las buenas gentes les habían atosigado desde que habían entrado a la plaza con preguntas y exigencias. Marina madre, con la cara harinosa y unas ojeras como velódromos, el raciocinio en una cuerda floja poco tensa, los había zarandeado pidiendo justicia, ese principio moral que tiende a dar a cada uno lo que merece en función a su clase social, que aplican los jueces y no los psicólogos o terapeuta. Pero, dado el caso, bien estaba pedir justicia, sobre todo ante unos hechos aún desconocidos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó educadamente el doctor N'Gaye.

—Bien, ¿y usted? —respondió Max con exquisitas formas.

—Bueno, bien también. Un poco acalorado. Aquí la gente es un poco… —Hizo una pausa pensando en el adjetivo que no hiriera a nadie—. Intensa.

Max sonrió. Le hacía gracia cómo la gente intentaba no ser hiriente cuando quería serlo.

—Sí, hace un poco de calor —afirmó Max.

—Entonces —intervino la doctora, recompuesta y con las manos entrelazadas a la altura del pecho—. ¿Qué te perece, Max, si comenzamos? —se dirigía a él, pero miraba en dirección al doctor N'Gaye.

Max miró al doctor y cruzaron la vista.

—Me parece muy bien —respondió.

—Bien, Max, primero cambiemos de silla. ¿Qué te parece? —comenzó el doctor.

—No tienen que preguntarme qué me parece todo. Cambiamos de silla y ya.

—Max, el doctor solo intenta ser amable —le riñó la doctora Hesworth.

—Perdón. Sí, cambiemos de silla. Quizá en esta esté más cómodo —señaló el viejo sillón de despacho con un noble ademán.

El doctor se sentó en la silla de colegio con el respaldo hacia delante. La doctora se situó en una esquina de la habitación. Quería interferir lo mínimo posible. Era una mera espectadora.

—Bien, Max —dijo con mucha seriedad N´gaye—. Ayer, la sesión no fue tan bien como esperaba, no te quiero mentir —Aunque mintió, pues había sido un desastre.

Max asintió. Durante un momento permanecieron en silencio, observándose. El doctor parecía estar pensando las palabras correctas.

—Hubo una resistencia.

Las palabas se acomodaron en la habitación. La doctora cerró las cortinas de un pequeño ventanuco que daba a un patio interior y la habitación quedó casi a oscuras. Solo unos pocos haces de luz entraban por entre los huecos de una persiana veneciana diminuta. Las palabras se deslizaron por los rayos de luz como volutas de humo. Después se pegaron en la pared y se quedaron allí como una molesta humedad.

—Antes de comenzar la hipnosis, me gustaría que habláramos de lo que ocurrió —propuso el doctor con la intención de que Max se relajara antes del proceso—. ¿Qué te parece?

—Me parece bien. —Se sintió como un detenido al que le preguntan una y otra vez por un nombre. No le parecía bien, ni mucho menos, pero había prometido colaborar, y eso es lo que haría.

—Estupendo, Max. Ya sé que estarás harto de que te lo pregunten, pero ¿podrás contarme lo que sucedió?

Max relató, con infinita paciencia, todo lo que recordaba de aquella tarde, incluso le habló de su mundo imaginario: que estaba imaginando a un dragón cuando apareció Darkia; que después le propuso acompañarlo y que a pesar de que no le apetecía no supo negarse, pues le habían dicho que sería descortés y

tenía que ser amable con la gente que era amable con él y con la que no también; que Darkia no paraba de hablar y hablar; que no había ni un instante en que no estuviera diciendo una palabra, ni siquiera había pausas entre palabras. Contó que vio bajar la mariposa y que después aplastó a la Esfinge de la Muerte que se había posado en su coleta y entonces fue cuando perdió el control.

—¿En algún momento la tocaste? —preguntó el doctor con los ojos fijos en una libreta de notas.

—Bueno, dos o tres veces nos rozamos. Íbamos caminando juntos.

—No me refiero a si te rozaste…

—¿Se refiere a si la agredí?

—Sí.

—¿O la violé?

La doctora Hesworth se movió inquieta en la esquina de la habitación.

—Max, no te estoy acusando de nada.

—No.

—No, Max, no te acuso de nada.

—Lo sé, digo que no la toqué, ni la agredí, ni nada.

—Me han dicho que te gustan mucho los insectos.

—Sí.

—¿Crees que pudo ser por eso por lo que te violentaste?

Max hizo una pausa. Él también necesitaba las palabras correctas. Miró la pared que tenía en frente. En la esquina derecha, casi como una sombra, lo observaba la doctora Hesworth y sobre ella las palabras que se habían quedado en la pared. Hubo una resistencia.

—No.

Era la palabra más acertada.

—Max, tú mismo has contado cómo te enfrentaste a ella y que eso provocó que se asustara.

—Sí, es cierto, pero no yo.

El doctor levantó la vista de la libreta de apuntes.
—¿Quién entonces?
Max enarcó las cejas.

## SIGUE EL DOCTOR N'GAYE

—Estás relajado. Siente cómo tu cuerpo pesa... Tus parpados pesan... Cada vez estás más y más relajado. Ves una escalera. Al final de esta hay una luz, cálida y agradable. Vas subiendo y contando en voz alta cada peldaño que asciendes. Uno, dos, tres. Te acercas a la luz. Cuatro...

El doctor N'Gaye había comenzado la hipnosis. En una de las esquinas, a la doctora Hesworth la asaltaba su sistema nervioso, que tomó el control de todas las funciones corporales, especialmente de los esfínteres. Max escuchaba a lo lejos la grave voz del doctor mientras ascendía por las escaleras imaginarias, pero al final de ellas no había ninguna luz. De nuevo una puerta blanca entreabierta, como en la anterior hipnosis, apareció ante él.

—Pasa —invitó una voz destrozada tras la puerta—. Estás en tu casa. Este es tu hogar. *Ta maison*.

La voz era afilada y ronca. Sonaba como si le hubieras aplastado la tráquea a alguien con un martillo después de hacerle tragar cien litros de queroseno y una cerilla.

Max entró. Tras la puerta, una pradera roja y arenosa se extendía hasta un lago negro. Era un mundo abovedado de cielo oscuro. Allí, de nuevo, formas grotescas se retorcían, gateaban, se arrastraban o deslizaban. Un ser narigudo y pajizo, desnudo de pies a cabeza, con la piel arrugada y casi traslúcida, lo saludó inclinando la cabeza.

Era él.

Max se adentró en la pradera blanda y pegajosa. Estaba oscura y un árbol negro a la izquierda del lago era la única vegetación que podía avistarse, aparte de cuatro paupérrimas briznas de hierba que brotaban de la arena rojiza.

Un ser panzudo y enclenque, con unas piernas desproporcionadamente largas y delgadas, se acercaba al lago. Era él. Se agachó hasta tocar con una de las garras la superficie del agua. Parecía viscosa y densa. El dedo se le quedó impregnado de aquel líquido. Se lo llevó a la boca y lo saboreó. Volvió a meter la garra en el lago cuando un ser de color oscuro y con unas grandes mandíbulas que se abrían de forma vertical le arrancó un brazo de una dentellada. Era él.

La forma enclenque huyó mientras reía a carcajadas.

Al fondo del paisaje abovedado se abrían dos grandes oquedades luminosas. Por ellas se veía pasar un paisaje rocoso. Junto a la orilla oeste del lago, una figura grisácea y familiar observaba con atención a través de las aberturas.

La figura era alta y delgada. Sus codos abrían hacia atrás y sus muñecas rotaban casi trescientos sesenta grados, pero lo más desagradable eran sus dedos. Huesudos y afilados, tenían tres falanges y se movían tanto hacia delante como hacia atrás. Jamás hubo algo tan antinatural. Sus caderas eran anchas. Desde la pelvis nacían dos protuberancias óseas de las que salía el fémur, que estaba recubierto de una piel rugosa y escamosa. Las rodillas, al igual que los codos, se doblaban en las dos direcciones, lo que al caminar le daba un aspecto destartalado y terrorífico. No podía verle la cara, pues posaba de espaldas a Max, pero ya podía imaginar su rostro. Era él.

Cerca había otro que hubiera podido confundirse con su sombra, si no fuera porque permanecía de pie junto al ser diabólico en vez de proyectarse sobre el suelo.

Era una bruma antropomorfa, humo negro y enfermizo que apenas mantenía juntas sus partículas. Oscilaba, se expandía y

volvía a tomar forma humana. En el centro de su cabeza, dos ojos rojos y redondos brillaban. No estaban ni delante ni detrás. Estaban justo en el medio de la cabeza, ingrávidos y maléficos. Era él.

Ambos seres, terrible el primero y abyecto el segundo, observaban con atención lo que se veía a través de las dos oquedades del fondo.

Un riachuelo apareció en ambas. La pequeña hilera de agua se fue agrandando. Parecían estar acercándose. Junto al riachuelo, había juncos y cañas verdes, adelfas y retamas. Tras ellas, una imponente pared de roca se elevaba hasta el cielo.

Ahora la dirección cambió drásticamente y se vio una alameda al final de un cauce medio seco. El arroyo corría por la parte derecha del cauce. El resto eran todo piedras rodadas, trigueras y cardos. Al fondo, sobre una de las curvas del río, despuntaba contra el cielo una de las paredes de roca. Sobre las rocas, una inmensa figura se había posado y olisqueaba el aire.

—¡El dragón! —gritó Max.

La forma demoníaca de anchas caderas se giró. La bruma permaneció tal cual estaba, pero Max sabía que lo observaba también. Sonrieron y volvieron a mirar por las oquedades.

«Estamos viendo lo que sucedió aquella tarde —pensó Max—. Estamos viendo por mis ojos».

De súbito apareció Darkia.

—¿Qué pasó después?

La voz venía de muy lejos, apenas era un eco. Era grave y parsimoniosa. Procedía del otro lado del espacio abovedado. Llegaba desde fuera de esta caverna sanguinolenta y salvaje. Se trataba del doctor N'Gaye. A la pregunta del doctor, la mente de Max respondió con más imágenes que se veían a través de las oquedades que eran una alegoría de sus ojos. Una representación, casi fiel, de lo que había sucedido.

Max se vio paseando, en primera persona, con Darkia al lado. El sonido, que llegaba lejano y asordinado, rebosaba de la

voz de Darkia, casi como una orquesta sinfónica afinando, sonidos dispares, agudos y graves, estridentes, dulces y metálicos. Todos se confundían en una riada de palabras atropelladas, risas, exclamaciones.

La sombra negra comenzó a oscilar y encresparse como una llama. Del techo de la caverna comenzaron a caer grandes gotas de un líquido rojizo, similar a la sangre, pero en extremo pegajoso que convirtió el suelo arenoso en un lodazar intransitable.

—Continúa, Max. Estás muy relajado —se escuchaba cada vez más a lo lejos, perdido en otra línea temporal, en otro plano espacial.

El otro ser, grisáceo e innatural, seguía moviendo las muñecas frenéticamente, girándolas a ambos lados y retorciendo sus dedos de tres falanges adelante y atrás.

Darkia seguía hablando sin parar. Max comenzó a sentirse alterado. Recordó el estado de ansiedad e ira al que lo condujo Darkia hacía apenas dos días y que había desencadenado este laberinto indescifrable que crecía en su cabeza. Por las oquedades seguía viendo a la joven. Ahora se había sentado en una piedra al borde de un camino que discurría junto al cauce seco. El sol comenzaba a ocultarse tras las imponentes paredes rocosas del cañón que el agua había socavado durante miles de años. El viento soplaba suave, en una brisa otoñal que hacía danzar las cañas, los juncos y las adelfas al son de una melancólica despedida nocturna.

Por fin, un errático trazo blanco surgió desde las sombras de las quebradas. Siguió su curso obligado por el recuerdo hasta posarse en los cabellos recogidos de la joven de la piedra. Darkia ni siquiera se percató.

El mundo le vino entonces a la cabeza. Era para Max una receta demasiado simple. Una receta carente de gracia, falta de sal. Una mezquina mezcla de sabores y olores a cada cual más repugnante, pero, por algún motivo, respetable. Por eso, de sus

sueños y visiones más vívidas aún no había surgido una llama o una cuchillada que acabara con ella.

Hace millones de años, unas moléculas se juntaron y formaron membranas que las aislaron del medio natural. Ahí pudieron desarrollarse con un mayor sosiego para plantarle cara a lo inerte. A lo largo de eones fueron mutando, cada vez con más complejidad, para llegar un día a ser dioses de la Tierra, a decidir el destino de este solitario y asqueroso planeta. Todo eso era una realidad, pero Max estaba ajeno a ella. Dentro de la caverna, donde los seres y las sombras se retorcían en una línea de tiempo infinita, se sentía cerca de algo. Cerca de sí mismo. Distinto a una célula evolucionada pero también de un primate alopécico.

—La chica estaba sentada en la roca y la Esfinge de la Muerte se había posado en su cabeza. ¿Es así? ¿Cómo te sentías, Max? —volvió a preguntar la voz lejana del doctor N'Gaye.

Max recordó que la gente siempre pregunta demasiado.

—Estaba alterado. Al ver la mariposa, sentí tranquilidad. Me sentí ordenado.

—¿A qué te refieres con «ordenado»?

—Me sentí armonizado, me sentí encajar. Sabe, un organismo está compuesto de millones de células. Pues yo me sentí como si, por primera vez, todas mis células se hubiesen puesto a funcionar.

Al otro lado de la caverna, en un mundo muy lejano y aún más distinto, el doctor N'Gaye miró hacia la esquina color salmón del cuchitril que el Ayuntamiento de Tagartera le había cedido para la sesión de hipnosis. En ella, cobijada en las sombras, aterrada en las penumbras, se encontraba la doctora Hesworth. La mirada del doctor N'Gaye iba dirigida a ella. Sus ojos se encontraron y entraron en comunicación. «¿De qué coño está hablando?», dijo la mirada de N'Gaye. «¿A mí me lo preguntas? No tengo ni puta idea», respondió la mirada de Hesworth.

Max, dentro de la oscura caverna de su mente, vio, a través de las cavidades que representaban el pasado, cómo Darkia aplastaba la esfinge de la muerte, que caía entre la arena y los cantos rodados, e intentaba, instintivamente, alzar el vuelo con sus alas rotas.

La caverna tembló. El oscuro líquido que formaba el lago en medio de la planicie rojiza se llenó de pesadas ondas. La sombra, que oscilaba con más rapidez, estalló y se difuminó en una bruma oscura.

El otro ser, el grisáceo de aspecto demoniaco, arqueó la espalda y se zambulló en el lago. La caverna seguía temblando y de la tierra, del lago, de las sombras y del árbol, de todos lados, surgían seres que se dirigían a las oquedades queriendo atravesarlas. Una cosa similar a un ciempiés del tamaño de una persona chocaba enloquecida contra algo que impedía salir por las ventanas al pasado. Un engendro de ocho patas, tullido y deforme, mordía al ciempiés con aire de locura. Otro, apenas un compás antropomorfo y luminiscente, saltaba y se chocaba con aquella pared invisible. Eran decenas, miles de seres indescriptibles los que se agolpaban unos contra otros. Al otro lado, Max pudo ver en primera persona las manos de aquel ser, él mismo, que se abalanzaba sobre la joven Darkia deteniéndose a escasos centímetros de su cara y a punto de devorarla.

Darkia veía un ser grisáceo de articulaciones inhumanas y con un rostro cenizo desencajado de ira que se parecía a Max; que era Max. De sus ojos amarillentos y lechosos parecían querer escapar, así como de una maldición estrusca, miles de seres infernales que se agolpaban unos sobre otros en una horda enloquecida.

—¿Quién era, Max? Relájate. ¿Qué pasó? —decía la voz en su cabeza.

Al otro lado de la barrera de lo inhumano, en la pequeña sala de servicios sociales, Max sudaba y temblaba violentamente. N'Gaye lo cogía por los brazos intentando que no cayera al suelo.

—¡Basta ya, doctor! —gritó Hesworth aterrada desde la esquina—. Le va a dar algo.

La doctora Hesworth corrió en auxilio de Max.

—¡No, doctora! Está a punto de… ¿Quién eres, Max? ¿Qué es lo que sucedió?

La doctora Hesworth cogió al doctor por el cuello y tiró con todas sus fuerzas de él. Era un hombre corpulento, la doctora fracasó en su primer intento, pero siguió insistiendo hasta que se quedó con el cuello de la camisa en las manos.

Max se puso en pie.

—¿Max? ¿Quién eres? —preguntó el doctor desquiciado.

—Esto soy —dijo Max con una voz espeluznante. Una voz compuesta de millones de voces. Voces antiguas. Heridas. Sangrientas. Rotas. Salvajes. Contenidas. Desbordadas.

Las caderas de Max se ensancharon como las patas de un insecto. Sus rodillas y codos se doblaron hacia atrás y sus muñecas empezaron a girar frenéticamente a la izquierda y a la derecha. Su cuello se estiró más de veinte centímetros y las vértebras se marcaron como espinas sobre su piel color ceniza.

La doctora se petrificó contra una esquina de la habitación. Max abrió los ojos, amarillentos y lechosos, y se encaró con el doctor. En las pupilas de Max vio cómo parecían querer escapar miles de seres indescriptibles. N'Gaye corrió hacia la puerta, giró con torpeza el pomo y empujó con todas sus fuerzas. No se abría. Miró a sus espaldas. Aquel ser imponente lo miraba con curiosidad. El doctor volvió a empujar la puerta con mayor insistencia. Seguía atrancada.

En un estado de enajenación, mucho más allá de la raya de la cordura y la locura. En una línea lejanísima donde los miedos ancestrales anidan. Allí se encontraba ahora el doctor, que comenzó a gritar y a patear la puerta. Volvió a mirar al monstruo y vio cómo alzaba una mano en su dirección. Le señaló con el índice. Digamos que era el índice. De entre los ocho dedos que

tenía en cada mano, había una posibilidad entre ocho de que así fuera.

El doctor se abalanzó con la cabeza contra la puerta cual ariete medieval. Chocó con estrepito. La puerta cedió unos centímetros, pero conservó su sólida integridad.

N'Gaye, mareado y sangrando profusamente por la cabeza, volvió a patear la puerta.

—Doctor —dijo la voz del monstruoso ser que lo señalaba—. Es hacia dentro.

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhh! —gritó N'Gaye destrozándose la garganta y tirando del pomo hacia dentro. La puerta se abrió con un quejumbroso chirrido y el doctor escapó corriendo por el pasillo como alma que lleva el diablo.

Cruzó la cortinilla de la puerta del ayuntamiento. Casi estuvo a punto de estrangularse con ella. En la plaza, las buenas gentes observaban perplejas al doctor atravesando la plaza como una centella negra que pulverizaba el récord de los cien metros lisos, bajándolo en más de dos segundos.

El alcalde, con su traje blanco de algodón, no pudo evitar su propia mezquindad:

—Cojones con el negro. Correr sí se le da bien.

Las carcajadas estallaron hasta allá donde la voz del alcalde había hecho presencia. El médico, sentado en una antigua mesa de madera de pino, sostenía una bebida revitalizante de cuarenta y seis grados en la mano derecha. Bufó:

—Bah, no tienen respeto por nada. —Se tragó el vaso como si fuera agua y se levantó—. ¡Levanta! —ordenó al conductor de la ambulancia, que se sentaba a su lado con una cerveza llena en la mano y dos vacías en la mesa—. Que tenemos una urgencia.

La doctora Hesworth había perdido el conocimiento justo cuando el doctor N'Gaye se había lanzado como un ariete contra la puerta del despacho. No lo recobraría hasta unos días más tarde, si bien es una licencia muy generosa el decir que la recobraría,

pues, desgraciadamente, los acontecimientos la marcarían de por vida, no para mal en todos los casos. Por ejemplo, la pobre doctora había padecido, desde que le llegó el periodo a los once años, de un estreñimiento severo. Ni siquiera las ciruelas con kiwi y cereales con sabor a cartón le habían aligerado ese pesar. Ese pesar desapareció tras estos acontecimientos relatados, desde ese mismo instante. La doctora, cagada hasta los tobillos, empotrada contra una esquina de la sala de servicios sociales de Tagartera, viviría el resto de su vida entre las tinieblas de la locura y las lobregueces del miedo en la casa de su madre, pero nunca tuvo que volver a comer ciruelas.

En su enajenación, escribió un informe sobre lo ocurrido que nadie creería. Fue archivado en la caja que corresponde al expediente. Un par de colegas estudiaron el caso en las siguientes semanas, concluyendo que había sido un tremendo error el procedimiento elegido.

# EL DOCTOR N'GAYE (EPÍLOGO)

El doctor N'Gaye pasó por su piso de Amatricia, una pequeña ciudad situada a unos cincuenta kilómetros de Tagartera, famosa en el mundo entero por sus coles y por tener el mayor índice de nacimientos con ausencia de uñas en los pies. Cogió su pasaporte y el dinero que pudo reunir en unos minutos. Se lavó la cara y se cambió de camisa.

Bajó al *parking*, arrancó su BMW M3 y salió en dirección este: todas direcciones, salida 153. En la R-50, salida 3, tomó dirección aeropuerto/centro comercial Naranjo el Llano.

Una media hora después, minuto arriba minuto abajo, llegó al aeropuerto y dejó el vehículo en la parada de taxis. Los taxistas, con la educación exquisita que les caracteriza, se lo echaron en cara tan moderadamente que hasta una prostituta albanesa se sonrojó. El doctor, evadido, ni siquiera escuchó los insultos. Un sonido agudo le perforaba la cabeza y unos ojos lo miraban. No tenía tiempo para taxistas.

Se acercó al mostrador de la compañía Air Save, la más importante del país. Había recibido ayudas estatales por valor de 1 173,18 millones para su saneamiento. A cambio, solo había despedido a tres mil quinientos trabajadores y prejubilado a quinientos más. Un acto de generosidad incuestionable que la hacía no solo la primera empresa aeronáutica del país, sino la más respetada por los líderes políticos y la más usada por la población.

—Quiero un billete en el primer avión que salga hacia Comba ba —dijo atropelladamente N'Gaye.

—¿A Comba ba? —preguntó extrañada la joven tras el mostrador—. No hay ningún avión con destino Comba ba. Es un país en guerra. Ninguna aerolínea pasa por el espacio aéreo de Comba ba.

—Un billete, a donde sea —replicó N'Gaye.

—Bueno, hay uno a Austin, Texas. Tiene dos plazas libres. Han llamado a última hora para cancelarlas. Pero es en clase C, No sé si usted cabrá en esos asientos.

—Sí quepo.

—Austin está muy lejos de Comba ba. ¿Es usted de allí?

—No. Digo sí.

—Es una pena lo que está pasando en su país.

—No, no es nada.

—Bueno... van más de ocho millones de muertos.

—Ya, pero eso no es nada —dijo el doctor con los ojos de Max grabados a fuego en los suyos.

—¿Cómo puede decir que no es...?

—Deme un puto billete a Austin, Texas. ¡Coño ya!

—Vale, señor, pero no tiene que ser tan grosero.

La muchacha tecleó en su terminal.

—Pasaporte.

N'Gaye dejó el pasaporte sobre el mostrador.

—¿Quiere usted comida en el vuelo?

—No.

—Dura doce horas.

—Entonces sí.

—Bien —dijo con cara circunspecta la joven—. Aquí tiene su billete. Son quinientos treinta y siete con dos. El vuelo saldrá en veinte minutos. Puerta dieciséis.

N'Gaye cogió el pasaporte y el billete de avión y dejó un fajo de billetes en forma de bola sobre el mostrador.

La muchacha lo contó pacientemente.

—Aquí hay seiscientos ochenta y cinco euros —dijo la muchacha.

—Quédeselo. Cómprese un dildo —dijo el doctor.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha extrañada.

El doctor ya se había dado la vuelta y caminaba a grandes zancadas hacia la puerta dieciséis.

Tardaría tres meses en llegar a Comba ba, después de ocho vuelos y dos barcos. Llegó al puerto de Otanga, una de las principales ciudades de Comba ba. Desde allí, sobornó a un regimiento de la facción del presidente Aristóteles Moblengue para que lo sacaran de la ciudad y lo llevaran a la región de Ur'l, en la mismísima sabana, donde habitaba su tribu, los urls (de pronunciación ururles).

Allí aceptó de buena gana el puesto que su padre, el jefe de la tribu, le había ofrecido hacía ya diez años, cuando decidió escapar a la gran ciudad y después embarcar para Europa. El puesto en sí era de prestigio, el de chamán y curandero. Era un honor ser chamán y curandero, después de jefe, era el cargo más importante. Los urls eran una tribu orgullosa y se decía que la más importante que hubiera existido jamás, tanto por su fuerza como por su valentía, aunque en el resto del mundo nadie los conocía.

N'Gaye aceptó el cargo, se despojó de sus ropas europeas y afeminadas y se atavió con la máscara ceremonial, la falda de esparto típica y las pinturas fastuosas propias de un cargo de su relevancia. Escogió una vara de baobab como herramienta mística que abriría el camino a la magia, los espectros, el mundo de los vivos y el de los muertos. Esa herramienta mágica lo acompañaría toda la vida y sería, además, un puente para comunicar con los dioses pantera, leopardo, ñu, bovino y rastrojo. Si bien, aunque eran dioses poderosos, sabía que no tenían nada que hacer. Había seres, más allá del propio allá, en el cercano acá y ni en uno ni en otro, que eran infames y monstruosos. Sus dioses, eran una birria en comparación.

El resto de su vida lo dedicó a educar en la nueva creencia del monstruo demoniaco que había traído de su estancia en Europa,

concretamente, de lo acontecido en la sala de servicios sociales del ayuntamiento de Tagartera. En pocos años, este antidios, este demonio oscuro, se convirtió en el principal miedo de los urls, por el que se sacrificaban como ofrenda dos tercios de las reses de la tribu cada año, esto es, unas ocho reses al año.

El día de Max'otomo la Tagartera, como es allí conocido este monstruo demoniaco, se celebra cada seis de septiembre según calendario gregoriano.

# LA FIESTA

Una fiesta organizada por los dioses no es una cosa cualquiera. Uno nunca sabe el derrotero que puede llegar a tomar, pero las cosas se organizan, voto a Satán, como Dios manda.

Un acontecimiento tan relevante y de tanta pompa como el que se estaba organizando en el salón Majestic del hotel Indira Lakshmi no sucedía todos los días, ni todos los años. Los dioses, tan pícaros ellos, gustaban de celebrar fiestas temáticas pues, siendo dioses y llevando la tan pesada carga de no hacer gran cosa durante siglos, milenios quizás, se cansaban de ser ellos mismos, así que era mejor adquirir otros roles que apaciguaran su dolorosa responsabilidad.

Se había decidido que la temática de la fiesta fuese la mezquindad, dos puntos (como estos «:»), humanidad. Habían pensado que era un tema de lo más apropiado y recurrente. Ya que estaban reunidos con el propósito de extinguir a la humanidad, ¿qué mejor que hacer una despedida a lo grande disfrazados de humanos? Una paradoja preciosa.

Los dioses se toman muy en serio sus papeles en las fiestas. Una vez, siendo la fiesta de temática perruna, hubo un dios, Mitra el persa, que se disfrazó de Golden Terrier y estuvo con esa personalidad casi dos siglos. Lo encerraron en una perrera durante siete años y le daban de comer casquería de cabra. «Hasta aquí ha llegado la broma», dijo un lunes cualquiera. Así se las gastan.

Para ir disfrazados lo más correctamente posible, los dioses de la muerte habían echado mano de algunos de los mejores

diseñadores y modistas del infierno, así como de multitud de niños de aspecto asiático que trabajaban noche y día para que todo estuviera preparado. Estos niños tenían algunas ventajas evidentes respecto a cualquier otro tipo de persona. Eran pequeñitos y comían poco, eran bastante dóciles y, además, casi ni cobraban. No se engañen. Estamos hablando del infierno, que quede claro.

Se habían utilizado las mejores materias primas, nobles metales, telas y piedras preciosas para que la noche de la fiesta todos lucieran espectacularmente humanos. Eso sí, los dioses, en su benevolencia infinita, habían pensado poner una cajita de donativos para la financiación de la construcción de un hospital en la zona de Hang Shou, uno de los barrios más pobres y asiatizados del infierno. Esa sería una buena historia para contar, ya que, de los ochocientos tres mil millones de avernos que se recaudaron, se acabaron invirtiendo unos treinta mil, que sirvieron para desbrozar el solar donde se debía construir el hospital y ahí se acabaron los fondos. Lamentablemente, entre los sueldos de quienes gestionaban la asociación sin ánimo de lucro, los gastos en viajes y hoteles, la mordida de los funcionarios y representantes políticos y sindicales, así como los pagos en licencias y proyectos, deslucieron bastante el acabado del hospital. Sería una buena historia, pero no tenemos tiempo. Recordemos, una vez más, que hablamos del infierno.

En el salón de fiestas no faltaba de nada. Habían reproducido con notable éxito algunas de las grandes obras de la humanidad en esculturas de hielo. Estaban la Torre Eiffel y las pirámides. También la Estatua de la Libertad o el Coliseo romano. Algunas de las cosas que engrandecían a la humanidad. En una esquina, por ejemplo, habían representado los barracones de Austwitzh y, en la esquina opuesta, una magnifica fuente expulsaba algún tipo de elixir al tiempo que recreaba la explosión de Hiroshima. Pero lo más espectacular era un diorama gigante mecanizado donde

Pizarro y sus tropas masacraban aztecas y escupían viruela. Un poco más allá, Cook y Drake, antecesores y descendientes, con lujosa botonadura, exterminaban indios y transportaban hombres y mujeres esclavizados, hacían grande su nación: eran también grandes logros de la humanidad.

Una barra, también de hielo, con la forma de la Muralla China, atravesaba todo el local; a la derecha, según se entraba. Tras la barra, decenas de camareras pechugonas y de camareros en pajarita, y cuando digo en pajarita me refiero a solo en pajarita, se preparaban para la intensa noche. Era difícil evitar que algunos, con el roce, el ajetreo y la moral ciertamente relajada que se estila en el infierno y entre la profesión, no acabaran sin una cierta excitación en sus partes pudendas. Para ello, Abbadón, un demonio tipo saltamontes de cabeza humana, con cola de escorpión y una coraza de cuero, había inventado y patentado una especie de cilindro con ganchos interiores que laceraban el pene durante la erección. Había tenido un gran éxito al principio, cuando muchos bares de copas, hoteles y discotecas los habían adquirido para sus trabajadores, pero pronto se habían acostumbrado y ahora se había convertido en una moda *bondage* que era lo más de lo más. Así que había incluido en el nuevo modelo unas descargas eléctricas. De poco había servido, pues aún incrementaba más el placer. Finalmente, y para que sus camareros y camareras no se acabaran follando a todos los clientes, les habían taponado los orificios, pero no saben en el infierno lo que un humano es capaz de ingeniar. No diré cómo, pero la lujuria seguía desatándose cada noche en cada bar y local de infierno.

Del techo del local colgaban decenas, centenares de lámparas de araña que iluminaban acogedoramente la sala. Entre las lámparas, largas tiras de seda dibujaban un cielo colorido y por las paredes, cortinas de agua se deslizaban y eran iluminadas con colores cambiantes y tenues que otorgaban un aspecto mágico al lugar.

Distribuidas con exquisito gusto, las mesas, con manteles blancos y repletas de los aperitivos más exquisitos como paté de chileno, corteza de melón, cría de araña podrida al Oporto, liendres en escabeche, plumas de pollo mojado o pelo de vagabundo, dibujaban una galaxia gastronómica inconmensurablemente deliciosa. Los seres humanos, con sus mentes obtusas y sus gustos atrofiados, no sabrían degustar, mucho menos apreciar, los exquisitos manjares que los dioses ingerían. Había bebidas como para llenar una piscina olímpica y drogas de todo tipo. En cada mesa se repartían espejos y cucharas con mecheros, pastillas con toda suerte de dibujos, papelitos con extraños sabores, minerales cristalinos y hojas de a saber qué plantas.

Pero la joya de la corona se ubicaba en el escenario del fondo de la sala. Un trío, con un organillo y dos vocalistas, una joven y guapa y otra ya entrada en años y que algún día fue delegada de clase y reina del baile, berreaban sobre el estridente órgano que aporreaba, un hombre de unos dos metros que peinaba calvas y lucía un finísimo bigote acabado en perilla que rodeaba sus labios de besugo. Tocaba como si le hubiesen partido los dedos a martillazos. Las chicas intentaban con sus voces descoordinadas y chillonas tapar el ruido que emitían los bafles conectados al organillo, conformando una sinfonía estrepitosa que llenaba el local con sus ecos abigarrados. Sobre ellos, seis focos de luz parpadeaban lentamente sin seguir el ritmo de la música. Una pancarta en la que aparecían los tres músicos vestidos con trajes oscuros de lentejuelas sobre fondo de rosas y destellos colgaba de uno de los soportes de los focos y difundía y anunciaba el nombre del trío a los cuatro vientos: Trío Tarabulí. Con sus valses, sambas y pasodobles de inicio, estaban haciendo temblar el prestigio y los cimientos de la música universal.

Puede que hubiera gente que no entendiera el doble sentido del trío entre tanto boato y pompa. Entre tantos preparativos y lujos, disonaba en todos los sentidos, pero había sido la mejor

analogía que se les había ocurrido sobre la humanidad. El trío representaba fielmente la decadencia, cutrez y mezquindad de la humanidad, era en sí mismo: la humanidad.

Pero no todo era la desbordante indecencia de los tres músicos. Aunque ocupaban demasiado espacio tonal, había también varias zonas donde los asistentes más sesudos disponían medias sonrisas, se atusaban los bigotes, se tiraban del chaqué y, cómo no, se les caía el monóculo en su copa de Champagne.

Por allí, donde el oro relucía ostentoso y los papeles de la pared otorgaban un cierto olor a rancio, incluso olor a polilla, algunos eminentes dioses observaban cómo por la puerta principal entraban los jinetes. De entre los cuatro, destacaba como siembre Muerte. No se había disfrazado, lucía su habitual túnica negra y su guadaña a modo de báculo. Los otros tres, Hambre, Enfermedad y Guerra, vestían unos ridículos atuendos de fiesta. Guerra vestía un taje rojo estilo años sesenta con volantes y chorreras en la camisa. Se ajustaba a su poderoso cuerpo como un guante, quizá un par de tallas más no habrían estado mal. El prepucio se le marcaba en la entrepierna. Vestido de un elegantísimo negro, como era habitual en él, venía Hambre. De entre los tres jinetes, si exceptuamos a Muerte, era el mejor vestido. El traje le quedaba grande, por decir algo, no es por criticar. En los últimos milenios Hambre había perdido bastante peso. Decían las malas lenguas que era anoréxico, pero él siempre respondía que no tenía buen apetito desde que tomaba pastillas para la tiroides. El caso es que el traje le caía como una capa por el cuerpo, incapaz de llenar ni mangas ni perneras, aún mucho menos la camisa. Enfermedad vestía un traje años setenta, amarillo y acampanado en las perneras. Su rostro cenizo y enjuto no combinaba con el color del traje, mucho menos con el estilo, «pero ¿qué cojones? —había pensado antes de comprarlo—, es una fiesta de disfraces».

Se acercaron al corrillo en el que Hades declamaba con estruendo y carcajada sobre la historia del largo de la falda y una

comparativa analítica del largo de la toga y la casulla. Era un tema que enloquecía a los dioses antiguos.

Al ver llegar a los jinetes, algunos dioses se excusaron para ir al servicio o al bufé. Otros se acercaron a los camareros y empezaron a engullir canapés. Los jinetes no eran muy apreciados por algunos dioses, por decirlo suavemente. Por decirlo un poco más burdo, caían como una patada en los cojones. Era algo así como ese desprecio velado y contenido de las beatas para con los negritos, donde en público eran una lástima y en privado una plaga. Algo así era.

Pero para Hades no había problema. No solo era un provocador nato, también sabía que los tentáculos del poder se extendían mucho más allá de las etiquetas de cada cual. Así, era mejor tener amigos en todos los sitios antes que una peana en una plaza llena de yonquis y palomas.

A los jinetes poco les importó el comportamiento de los dioses. Como los jubilados, ellos ya estaban de vuelta de todo. Habían trabajado duro, muy duro y durante muchos años. Las guerras santas, la peste bubónica, guerras mundiales, la gripe española, la hambruna de la pequeña glaciación, la edad media, los ingleses. No acabaríamos nunca. Eran unos verdaderos currantes y, además, habían disfrutado con su trabajo, pero la humanidad había ido tomando carrerilla ella misma. Ahora no hacía falta destruir las cosechas, simplemente se reproducían tanto que no había alimentos para todos. Esa era la humanidad, una máquina de producir guerras, hambruna y enfermedades. Con todo, los jinetes seguían realizando sus trabajos, si bien de una forma más experimental.

Hades les había saludado con un amigable apretón de manos. El de Muerte fue un tanto desagradable, pero Hades lo disimuló, no sin una cierta torpeza.

—Señores míos —comentó Hades con empalago—. Dudé de si vendrían, pero veo que no se achantan ante estas viejas gallinas —dijo haciendo un barrido con la mano por todo el local.

Muerte miró a su izquierda con los ojos encendidos en una llama azul. Chasqueó los dientes una vez.

—No se preocupen, amigos —continuó Hades—. La aspereza de los dioses solo dura mientras permanece el decoro, pero el decoro desaparece rápidamente, sobre todo en las fiestas.

Los jinetes se miraron entre ellos.

—¡Camarero! —gritó Hades—. Traiga bebidas para mis amigos.

Los jinetes sonrieron.

—Eso es otra cosa —dijo Guerra.

Los jinetes sonrieron aún más.

Un camarero se acercó con una bandeja rebosante de vasos. Enfermedad cogió la bandeja de las manos del camarero y la dejó en una mesa cercana.

—¡Humo! —exclamó el jinete.

El camarero, con cara de gallina subnormal, permaneció junto a la bandeja.

—«Humo» significa que te vayas —explicó Hades.

—Ah —respondió el camarero. Se fue.

—Y bien, queridos amigos —comenzó Hades alzando una copa de Champagne con ojos de serpiente—, me he estado familiarizado con los estudios que están llevando a cabo. Por cierto, Hambre, creo que los resultados están siendo asombrosos en la muestra original.

—Oh, es usted un adulador. Simplemente es un pequeño experimento sobre la hambruna.

—No sea usted modesto. He leído su ensayo en *Sciencist Death*.

—Bueno, realmente es asombroso —reconoció Hambre—. Estoy consiguiendo que la mitad de la población muera con menos de treintaicinco años debido al hambre. Creo que una variable determinante fue la introducción de conflictos armados dentro de la hambruna generalizada.

—Es usted un genio.

—Por favor, va a hacer que me sonroje.

Hambre dio un largo trago hasta que vació la copa.

—Y usted, Enfermedad, siento decirle que no me he empapado tanto de su estudio. No obstante, creo que está teniendo unos resultados admirables.

Enfermedad levantó el dedo índice en señal de «espere un momento». Un correoso canapé de molusco con neumático se le había atragantado. No es que estuviera malo, no, pero sí un poco seco para su gusto. Sorbió un poco de cerveza de la copa y se aclaró la garganta:

—Sí, la curva de afección está disminuyendo, y eso son malas noticias, pero cuando introduje el virus se producía una mortandad altísima, casi del 90 %.

—Increíble —reconoció Hades asombrado.

Enfermedad arqueó las cejas y sonrió con modestia, quitándole importancia a la abrumadora consecución.

—Sí, realmente sorprendente —comentó Enfermedad—. No esperaba un éxito tan temprano. Además, hubo zonas en las que se llegaron a infectar casi el cuarenta por ciento de la población.

—Admirable, realmente admirable —subrayó Hades con énfasis—... y ¿cómo dice que se llama esa genialidad suya?

—Sida... Emmm, es un juego de palabras.

—Pero entonces ¿su muestra es en África? —preguntó Hades al conocer el nombre de la enfermedad.

—Sí.

—Y la muestra de Hambre es también África ¿no?

Hubo un momento de silencio. Enfermedad miraba a través de su copa. Las burbujas de gas deformaban el suelo y sus pensamientos se concentraban como un láser en una posibilidad. Una horrorosa posibilidad.

—No me fastidie —dijo finalmente Enfermedad, abatido—. Pero, si es así... la muestra no es representativa —dijo al unísono con Hambre. Se miraron estupefactos.

—¡Poderoso Zeus! Por lo tanto, son resultados alterados por el estudio paralelo. Puede que los resultados de uno estén magnificados por la acción del otro y viceversa: qué contrariedad —expuso Hades.

—¿Cómo elegiste el mismo continente que yo? —preguntó alterado Hambre.

—Yo no sabía de tu estudio. Elegí continente por orden alfabético.

—Válgame Dios —dijo Enfermedad mirando al cielo—. Yo simplemente cerré los ojos y puse el dedo sobre el mapa. Señalaba África.

—Han contribuido muy generosamente a la causa, aunque haya sido de manera casual —medió Hades quitado hierro al asunto—. En todo caso, no se desanimen. Nada han conseguido ustedes que no hayan hecho ya los países de occidente.

—Eso es cierto. Verdaderamente tienen una inventiva desbordante para destruirse —intervino Guerra.

—A veces —filosofó Hambre— me da pena pensar que vamos a destruir a la humanidad... ¿Hasta dónde podrían haber llegado ellos solos?

—Eso me pregunto yo también —comentó Hades, absorto en ese pensamiento—. Creo que son realmente originales. Capaces de destruir todas las especies de seres vivos a la vez, incluidos ellos mismos. A veces creo que la creación supera al creador.

—Sin duda, una reflexión muy acertada —sentenció Hambre.

—Sí... teniendo en cuenta... —Guerra vio interrumpida su disertación cuando Shiva, vestida con un vaporoso vestido rojo, lo cogió por las caderas y lo empujó, convirtiéndose, de ese modo, en la locomotora del tren que se había formado al son de la Tarantela.

Guerra se fue alejando del cuarteto filosofal a la cabeza del tren danzarín, mientras suplicaba el rescate con la mirada, pero ya nada se podía hacer. Dos dioses levantaban la pierna cuando

la canción marcaba cada final de compás. Luego, seguían el baile sobre el borde de la hoja de una afiladísima navaja que marcaba el límite entre la vergüenza y el esperpento. La canción interpretada en un compás *allegro*, progresaba hacia horripilantísimo y desvirtuaba, con cada nota, la magnificencia de cualquier creación llevada a cabo; desde el silbido de la nariz de un vagabundo, hasta la *Novena sinfonía* de Beethoven.

Por un momento, el cuarteto conformado por Hades, Guerra, Hambre y Muerte siguió el destino del quinto componente con un escalofrío en la espina dorsal. Después, cada uno, fijó la vista en nuevas inquietudes, a saber:

Muerte observaba cómo Engai na-Nyokie, uno de los dioses africanos, se subía al ridículo escenario e insistía en cantar con una de las vocingleras cantantes.

Guerra se fijó en una figura amorfa, que se acurrucaba en una esquina junto a una fuente de hielo sobre un charco de vómito.

Enfermedad regaló su atención a una nube blanquecina que iba dispersándose por todo el local. Se trataba de cocaína. Había tal cantidad que el lugar se asemejaba a una guardería después de una guerra de polvos de talco.

Muerte chasqueó los dientes. Le empezaba a doler una muela.

El trenecito se disolvió al finalizar la Tarantela. La cosa no mejoró, comenzó un tema *country* de un patetismo irritante. Muerte, en el interior de su cráneo, imaginó a unos cazurros desdentados y con los ojos repletos de endogamia, tocando con un banyo bajo un sol abrasador.

Los dioses fueron cogiendo posiciones en la sala mientras abotargaban sus cuerpos con toda clase de drogas, realizaban pases de baile ya desfasados, sonreían bobalicones y se gastaban inofensivas bromas. El plan estaba teniendo éxito, las asperezas se limaban con cada trago y cada nueva canción. Se desenmarañaban los líos con cada esnifada. Se acercaban las distancias con

cada polvo. De hecho, en uno de los momentos de mayor desparrame, llegó a haber en el cuarto de baño de caballeros dieciocho dioses y/o humanos en un único grupo orgiástico, en el que cada uno tenía una o más partes de su cuerpo metidas dentro de al menos una parte de otro cuerpo.

Un grifo, feo como un demonio, que algún dios había esculpido con una torpeza sublime, se paseaba patizambo por en medio de la sala. Desparramados por el suelo, varios dioses se retorcían intentando ponerse en pie. El olor era digno de mención. Era como si orinaras durante un mes en un saco de arpillera y lo dejaras sobre un lecho de cieno. Los dioses, entre otras muchas cosas en las que no destacaban, no destacaban tampoco en higiene y no era por la ausencia de ella, sino que la mayoría se componían de partes ya casi putrefactas, con lo que la peste era incontenible. Para ellos no era un problema, pues era su propio olor, pero queda dicho para que conste.

Las figuras de hielo de algunas de las maravillas que habían dicho construir los seres humanos se empezaban a derretir y el agua resultante del cambio de estado físico se empantanaba en varias partes del recinto. Algunos de los que pocas horas antes hacían chirriar los dientes al pensar en lo sucedido en el hemiciclo y la discusión sobre la existencia de Gran Dios (o Superdios, no queremos ofender a nadie) ahora se abrazaban y exaltaban no solo su amistad, sino la equidad y el propio privilegio de ser un dios, con todo lo que ello conllevaba en cuanto relación interpersonal, propósito filosófico y estado psicológico.

Hel, inmersa en el éxtasis grupal, bailaba y saltaba, reía y parloteaba como una adolescente en celo con una minifalda nueva. Pero, incluso dentro de la sugestión masiva de la fiesta, se detuvo un momento, dio un pequeño sorbo a su copa, observó cómo Hades se acercaba a Coatlicue y, con una imperceptible mueca de sus labios, sonrió.

Tiró la copa a sus espadas con un contenido grito de felicidad y caminó haciendo bailar su vestido negro de seda al son de sus caderas y sus nalgas. Plantaba cada pie tras el otro con firmeza, dejando que los tacones estilizaran sus largas piernas. Muchos y muchas fueron los que se giraron a su paso, y muchos y muchas de entre los muchos y muchas que se habían girado a su paso fueron los que dejaron caer un hilillo de deseo en forma de baba.

Llegó a la barra y se pidió un Martini seco, con un ojo dentro.

—Quizá me permitas que te invite a esa copa —escuchó decir a una voz a su espalda descubierta.

—Aquí es todo gratis, nene —respondió felinamente.

Al girarse esperaba ver algún dios enano y empalmado o un demonio escondiendo barriga y rascándose la entrepierna, pero era la Muerte.

—Oh, ¡vaya! —exclamó Hel—. La mismísima Muerte se digna a hablarme.

Hel no era racista, pero la parquedad de Muerte hacía creer a todos que era un estirado. O una estirada. Aún no se sabe a ciencia cierta a qué sexo pertenece, si es que pertenece a alguno. Es cierto que tiene algunos comportamientos profundamente relacionados con la masculinidad. Por ejemplo, monta en corcel, tiene predilección por armas cortantes ante el envenenamiento y se dice que es republicano de derechas, eso se dice, aunque sus convicciones morales flaquean a menudo, según quien lo conoce. Por otro lado, tiene un jardín de lirios.

Muerte chasqueó los dientes.

—No quería ofender —dijo Hel—. Es que me ha sorprendido.

—Ah —respondió Muerte.

—Reconocerás que no es muy corriente verte en estas situaciones.

—¿Y en qué situaciones es corriente verme? —preguntó Muerte.

—¿Por qué respondes a una pregunta con otra pregunta?

—¿Acaso te molesta?

—¿Te has leído el libro en el que pone que responder a una pregunta con otra pregunta te hace parecer más interesante?

—Sí —dijo Muerte bajando el cráneo.

—Anda, ven que te enseñe una cosa —dijo Hel llevándose a Muerte de la mano.

—Hijo de puta —dijo a voz en grito Hambre desde la lejanía—. ¡Muerte se ha ligado a Hel!

—¿Muerte no es una tía? —gritó Guerra beodamente.

—Joder, ¿no os gustaría estar en un prado mullidito entre esas dos? —propuso Enfermedad.

—¿Entre Muerte y Hel? —preguntó escandalizado Guerra.

—Sí.

—¿Con Muerte? —volvió a preguntar Guerra.

—Síííí —silbó Enfermedad.

—¡Joder, macho, estás enfermo! —se indignó Guerra.

—¿Porque es Muerte o porque es un tío? —preguntó curioso Enfermedad.

—Porque es una compañera de trabajo —explicó Guerra asombrado—. ¿Es que no te has leído la circular que nos mandó la empresa?

—¿Qué circular? ¿Pero de qué estás hablando?

—La circular, tío. La circular.

—¿Qué circular ni qué niño muerto? —espetó Enfermedad elevando los brazos al cielo.

—La circular B 16 punto tres: estarán permitidas las palizas y humillaciones tanto disciplinares, correctivas, como por afecto u odio. Se permitirán las relaciones interpersonales fluidas y el compadreo en pos de un mejor ambiente laboral, pero en ningún caso las relaciones sexuales o amatorias con compañeros y compañeras de trabajo (incluidos vehículos y animales). Eso es… —recitó Guerra de una tacada casi sin aliento.

—¡Pero si todo el mundo lo hace con todo el mundo! —exclamó Enfermedad.

—Fuera de la ley —dijo Guerra.

—Tú antes molabas —sentenció Enfermedad, mientras se derrumbaba borracho sobre una mesa llena de canapés y colillas. Gorjeó un par de sonidos ininteligibles y se desmayó.

Tras la batalla de Stalingrado, cientos, miles de hombres yacían entre charcos de sangre, en agujeros infectos, cráteres provocados por bombas, en trincheras o caídos sobre quicios de puertas o marcos de ventanas. La lluvia enmarranaba las calles y los edificios, esqueletos sin carne, edificios en ruinas, fuego y destrucción describieron uno de los esperpentos mayores de la historia de la humanidad. Pero, al lado de cómo quedó el local de la fiesta, podría haber pasado por un salero derramado sobre la mesa en una comida griega.

## HUBO UN DÍA DESPUÉS DE LA MAYOR FIESTA DE LA HISTORIA

Llevaba todo el día encerrada entre cuatro paredes blancas. Dos luces encandilaban y embriagaban mis sentidos, provocando que estos se dirigieran una y otra vez a ellas sin remedio. Por un lado, era una tortura, ¿qué podía hacer? Mi instinto miraba hacia las luces una y otra vez, por otro, el olor ácido hacía, al mismo tiempo, que no quisiera irme.

Mi olfato me guio hacia aquel delicioso aroma y caí a un profundo lago cenagoso. «¡Socorro! —gritaba con todas mis fuerzas—. ¡Que alguien me ayude!». No sabía cómo llegué hasta allí, ni siquiera si estaba viva o muerta o quién querría hacerme padecer todas aquellas calamidades.

Mi memoria estaba borrosa. Casi no recordaba nada de mi vida anterior. ¿Acaso había nacido allí mismo, en ese infierno en el que cada estímulo era una trampa? ¿Eran aquellos los famosos círculos del infierno de Dante?

El agua, viscosa, olía bien. Era como una de esas flores que emanan un delicioso olor a hormonas sexuales, que prometen un coito y te dan la muerte. A la vez que me ahogaba, deseaba beber y comer todo lo que allí se arremolinaba.

Intenté escapar apoyándome en una superficie dura, pero era resbaladiza y no pude agarrarme. Las fuerzas empezaban a flaquear. Manoteaba intentando asirme a algo que me permitiera flotar y tomar aire. Exhausta, sin una gota de fuerza, dejé de intentarlo y empecé a hundirme.

Vi una luz muy potente y cálida en la lejanía Comenzó como un punto lejano y fue conquistado el espacio hasta que lo iluminó todo. Con el último aliento anterior a la muerte, sacando fuerzas de donde no las había, salí a flote y pude coger un poco de aire. Sobre mi cabeza, un monstruo inmenso, un titán, apareció emitiendo gritos aterradores con los ojos desencajados.

Me miraba fijamente, me gritaba. ¡Ahhhhhhhhhhh! Temblando de miedo, intenté zafarme de aquella agua viscosa. De su boca surtió una catarata de ese glutinoso líquido. Paró un momento. Se tapó un agujero de la nariz y proyectó una gigantesca bola de mocos sobre mí. Después hizo lo correspondiente con el otro agujero. Sus ojos ensangrentados y llenos de lágrimas se abrieron como platos y, tras otro aterrador grito, una catarata de líquido viscoso cayó sobre la superficie del lago.

Por un momento, el titán desapareció de mi vista. Escuché un tremendo grito apagado por las paredes del cráter donde me encontraba atrapado. Inesperadamente, el agua empezó a caer sobre mí en un torrente descontrolado. Giraba con fuerza desmedida. Creí que era mi final, pero por suerte el remolino se llevó consigo todo aquel líquido pegajoso y pude flotar con mayor facilidad. Cuando el agua decreció, fui capaz de agarrarme a una de las paredes y comencé a escalar. Apenas había asideros, pero mi capacidad de escalada era cuando menos sorprendente. Me quedaba prácticamente pegado a la pared, una mano, después la otra, después una pierna. Lo importante es mantener la calma, templar los nervios, tomárselo con tranquilidad, ponerse objetivos cortos y alcanzables. Poco a poco me acercaba al borde del cráter, pero no dejé que mi pensamiento se centrara en eso. La respiración, cada nuevo paso, otro pequeño esfuerzo; eso era lo importante. Finalmente llegué al borde y pude ver cómo la habitación se extendía y se extendía casi infinita. Estaba totalmente iluminada. En una de las paredes había un gran hueco rectangular. A través del hueco podía atisbarse

otra habitación. Quizá allí estuviera el titán, pero era la única forma de poder escapar; era eso o nada.

Alcé el vuelo y me dirigí a la gran oquedad de la pared, la atravesé sin dificultad. Al otro lado se abría una habitación aún más grande, mucho más grande que en la que había estado encerrado. Olía como a inflamable.

El titán yacía tumbado sobre unos almohadones. Tenía una de sus gigantescas manos posada sobre la frente. Era un ser horrible con los ojos en la parte delantera de la cabeza, de color carne putrefacta y con solo cuatro extremidades. Olía apetitosa, pero pude contenerme, no me dejaría llevar por el delicioso arrebato del hambre. Supuse que era alguna clase de trampa, como la del lago pantanoso del cráter.

Me alejé todo lo que pude del titán. Volé rauda, pegada a una de las paredes, viendo pasar junto a mí infames reproducciones de seres similares al titán colgadas de la pared y objetos inexplicables que emitían luz o simplemente estaban allí, como expuestos sobre tableros de madera o cristal. Al fondo de la gigantesca estancia, divisaba otro gran hueco transparente. Recordaba al cielo, sabía que era tempestuoso a veces, pero otras, cuando estaba azul como ahora, era cálido y agradable. Por un momento sentí que lo había conseguido, que podría escapar de ese lugar horrendo, pero algo, un campo de energía de algún tipo, una fuerza inefable, impidió que cruzase al lado donde se extendía el manto celeste. Retrocedí y volví a intentarlo. Me di un fuerte golpe en la cabeza y quedé aturdida. Me posé sobre el campo de fuerza y descansé. Era liso y frío. Se extendía desde un extremo al otro sin dejar un solo resquicio abierto a la esperanza. Lo recorrí paciente. Estaba tan cerca, podía ver al otro lado. Las mariposas libres danzaban alegres. Las abejas y las avispas mantenían su perpetuo conflicto. Las copas de los árboles cosquilleaban sobre la barriga de la cúpula celestial. Las hormigas recorrían sus troncos preparadas para un

nuevo festín. Las mariquitas coqueteaban al tiempo que los pulgones, entrañablemente enfurruñados, las maldecían.

Alcé el vuelo una vez más. Ningún campo de fuerza, por intenso que fuera, iba a impedir mi huida. Mi determinación era inquebrantable. Con fuerzas renovadas y fiereza en mi ahínco, me lancé kamikaze contra mi invisible enemigo. Choqué brutalmente y perdí el conocimiento. Caí al suelo. Sé que caí al suelo porque cuando recuperé la consciencia el titán me atormentaba con una especie de arma blanca y flexible.

## HUBO UN DÍA DESPUÉS DE LA MAYOR FIESTA DE LA HISTORIA (SEGUNDA PARTE)

La boca le sabía a rayos. A rayos y a truenos. Pero más parecido a la mierda que a los rayos o los truenos. Había vomitado incontables veces. Sentía el cuerpo rígido y dolorido. A veces ardiendo, a veces congelado, apenas respondía a las órdenes de su inflamado cerebro.

—¡Ahhhhhhhhhhhh! —gritó Hel tapándose los oídos con las manos.

Un estruendo la impactó en los tímpanos primero y se había desplazado por los nervios auditivos después hasta hacer que su cerebro estallase en mil pedazos.

«¿Qué? —pensó—. ¿Qué está pasando?».

Otra vez el estruendo. Se revolvió entre los almohadones de la cama y levantó la cabeza. Sintió fuertes punzadas en el cuello y los hombros. Buscó, con los ojos, secos y arenosos, el lugar de donde pudieran provenir los pavorosos ruidos.

Una vez más, sonó. Los oídos casi ni podían tolerar el volumen de los estallidos. Miró en dirección al balcón y la luz la cegó, pero un instante antes de cerrar los ojos vio cómo una mosca intentaba atravesar estúpidamente el cristal para acabar chocando una y otra vez contra él.

Se levanto lastimosamente. Sus atrofiados músculos emitían aullidos de dolor y los huesos chasqueaban unos contra otros. Se fue acercando a la puerta corredera del balcón. La mosca colisionó una vez más contra el cristal y cayó al suelo. Hel cogió una hoja del bloc de notas de la mesita, cortesía del hotel, abrió la

puerta corredera del balcón e intentó recoger la mosca con el papel para lanzarla. El insecto, rebelde como él solo, alzó el vuelo e intentó atravesar ahora el otro cristal de la puerta. Nadie puede entender lo estúpida que puede llegar a ser una mosca, porque nadie somos mosca, excepto las moscas. Hel la atrapó contra el cristal con el papel e intentó desplazarla con el canto de este hasta el borde, pero la mosca se resistió. Era de una terquedad irritante.

Se le cayó el papel al suelo, intentó agacharse a recogerlo y la cabeza le dio un doloroso vuelco. Se incorporó con un leve mareo y la respiración agitada. Un acceso de vómito se abrió paso desde su estómago. Logró contenerlo. La mosca insistía en chocarse con el cristal. Lanzó la palma abierta y aplastó la mosca, que quedó pegada a la lisa superficie del cristal en un amasijo de tripas, patas y alas.

## HUBO UN DÍA DESPUÉS DE LA MAYOR FIESTA DE LA HISTORIA (TERCERA PARTE)

Redoblé mis esfuerzos, pero no pude atravesar el campo de fuerza invisible. El titán, después de ver mi osado intento de huida, se acercó con furia blandiendo una extraña arma. Logré desarmarlo y lanzar el arma al suelo. Iracundo, el titán lanzó un veloz ataque con toda la palma abierta y me impactó de lleno. La superficie de su mano era tan grande que, a pesar de mi velocidad, no pude evitarlo.

En esta carta, en mis últimos momentos de vida, viendo cómo la sangre y las tripas salen de mi cuerpo y con ellas la vida que contenían, recordé y añoré. Quisiera poder abrazar a mis millares de hijos y decirles que luché. Que su padre luchó con el mayor enemigo con que una mosca se ha encontrado jamás, que vencí, a mi manera, pues desde el principio no tuve oportunidad alguna contra tan formidable adversario.

He visto el cielo tan cerca, justo al alcance de mis manos y mis alas.

Solo lamento no poder haber estado una última vez con Clara, mi amor.

Te quiero, Clara.

## HUBO UN DÍA DESPUÉS DE LA MAYOR FIESTA DE LA HISTORIA (CUARTA PARTE)

Después de matar a la inmunda mosca y acabar con el estruendo que estaba montando, Hel se dejó caer, casi inconsciente, sobre la mullida cama. Sentía tal angustia que decidió marcar el número de recepción. El fresco material del auricular sobre su oreja la relajó medianamente. Sonaron cuatro tonos como cuatro bombas atómicas y una voz contestó al otro lado.

—Recepción de Indira Lakshmi. ¿En qué podemos ayudarle?

—Cállate la puta boca y escúchame. Si hablas me encargaré personalmente de que el infierno sea un infierno para ti.

Silencio al otro lado del teléfono.

—Soy Hel. Escribe en una hoja: «Se aplaza indefinidamente la próxima reunión en el Nilfheim. Descansen y mediten. Atentamente, Hel». Lo mandas a todas las habitaciones reservadas por la Delegación de Muerte.

Colgó el auricular y volvió a acostarse.

## ALAN P. O'SHEERE, EL VIAJERO

Alan P. O'Sheere, abreviando, el señor O'Sheere, era un australiano de ascendencia escocesa, católico de toda la vida. Tenía su residencia en Camberra, aunque pasaba más tiempo en Sídney. Era un hombre ya adentrado en la madurez. Podría decirse que se había adentrado tanto que había rebasado la vejez. Desde joven tuvo un gran talento para los negocios, supo invertir pacientemente y también arriesgar cuando fue necesario, para amasar, según algunos, una de las mayores fortunas del mundo, aunque no se supiera a ciencia cierta cuál era su patrimonio real. Pasaba desapercibido entre todos los magnates y nuevos ricos del mundo. Era un hombre cauto y solitario, de los que nunca habían salido en una revista y raramente en un periódico. Si alguien hubiera visto una foto suya habría pensado que era un tío no del todo feo que, casualmente, aparecía en la imagen por un motivo cualquiera y se habría olvidado de su rostro en el mismo instante. Su mayor cualidad, sin duda, había sido su indescifrable identidad y su inadvertida presencia en el mundo.

No todos sus negocios habían sido limpios. Había coqueteado con el tráfico de armas y con la corrupción a escala global, pero la mayoría de sus inversiones habían sido navieras, pescado congelado, petróleo y telecomunicaciones.

Era un hombre poco corpulento, delgado, de cabellos pelirrojos meticulosamente peinados, nariz aguileña y altura media, tirando a alto. Cuando llegó a casa de Roberto, parecía un duque perdido en la campiña. Vestía una chaqueta de *tweed* de un

marrón verdoso, pantalones marrones y corbata tierra a cuadros azules sobre camisa blanca, intachablemente planchada. Arrastraba tras de sí una maleta con ruedines embarrada hasta el tirador.

Roberto lo miró de arriba abajo y sonrió. No, no eran homosexuales, pero se tenían un gran aprecio. Su relación de amistad había nacido hacía ya casi treinta años, cuando el señor O'Sheere, según él mismo había relatado en una de las escasas ocasiones en las que conversaban, sintiéndose alterado por el devenir de las cosas, abrumado por el transcurrir de los días, arrebatado, aplastado por las responsabilidades y el poder, había decidió dejar todo a un lado para dedicarse a la contemplación. Buscó en revistas sitios con encanto, poco poblados, poco turísticos, poco desarrollados e incluso con poca cultura y había encontrado un sitio perfecto: Tagartera.

Cuando puso por primera vez un pie en Tagartera, le pareció un pueblo desolado, envejecido, deprimente, pero, aun así, demasiado lleno de gente y de las cosas que le sucedían a esa gente.

Comió en una tasca, el bar de la placeta, una olla de nabos, según le describieron los lugareños. Un sabor extraño, potente, local. Allí preguntó si alguien alquilaba una casa que estuviera en el campo. No quería comodidades, solo tranquilidad y soledad, aislamiento y olvido. A los lugareños de cualquier parte del mundo se les ponen los pelos como escarpias cuando un extraño llega a un lugar para estar solo y tranquilo. Se disparan las alarmas y circulan las sospechas.

Roberto estaba aquel día en la tasca, tomando un café cargado, como a él le gustaba, antes de ir al corral a sacar las cabras. Apoyado sobre la barra, miró de soslayo al extranjero y se quedó con su cara. O'Sheere salió del local algo decepcionado y se dirigió, tal cual recordaba, a una parada de bus situada en la travesía del pueblo. Cruzó las calles empedradas de Tagartera, la solitaria plaza mayor y bajó una diabólica cuesta en dirección a la parada.

—*Pué* ser que yo tenga algo *pa usté*.

O'Sheere se detuvo en mitad de la cuesta. La voz venía de un callejón conquistado por unas pocas sombras.

—Usted estaba en la tasca ¿cierto? —preguntó O'Sheere. Siempre había sido muy observador.

—Cierto, tiene *usté* la vista como un halcón, debo de reconocerlo —respondió Roberto saliendo del callejón.

—¿Y qué es lo que tiene usted para mí?

—¿Le apetece andar unos cuantos kilómetros, carapanocha? —preguntó el pastor.

—¿Con un paleto desdentado como usted? —respondió sin un ápice de mordacidad O'Sheere—. Por supuesto.

A Roberto le gustó que no se amedrentara lo más mínimo. Le pareció que aquel finolis carapanocha tenía reaños y para Roberto, un hombre criado por la naturaleza, los reaños eran muy importantes, casi lo más importante.

Durante unas seis horas caminaron cuesta arriba por caminos de tierra y después veredas de animales. Subieron y subieron bordeando acantilados cerca de las playas, quebradas cerca de los ríos y cortados en las paredes de las montañas. Pasaran por donde pasaran, O'Sheere tuvo la impresión de que un paso en falso le haría caer al menos cien metros. Durante el trayecto apenas cruzaron unas pocas palabras que no merecen la pena ser escritas, algo así como: «¿*Tié usté sé*?», «No mire abajo» o «Ya falta poco». Siempre faltaba poco y siempre parecían caminar al borde del averno. «Ya falta poco», podría decirse, era la coletilla del tal Roberto. Cada hora, más o menos lo decía. O'Sheere no llegó a comprender nunca cuál era el criterio que Roberto seguía para medir las distancias. «Falta poco» hace seis horas no era lo mismo que «falta poco» media hora antes de llegar.

Giraron por la escarpada falda de una montaña. La cima se veía todavía lejana. Advirtió que el clima semidesértico de Tagartera se había convertido en un vergel brumoso, lleno de humedad y de

árboles que rodeaban las zonas de pasto. Al final de una llanura, se erguía una destartalada *casa* con diversos estilos arquitectónicos, todos ellos unidos por el principal: ruinoso. Tenía un porche de madera a distintas alturas debido a las diferentes medidas de los maderos que sujetaban el emporchado. Una de las esquinas de la casa era de piedras y argamasa. El resto de las paredes parecía parte del decorado abandonado de un viejo wéstern. Junto a la casa había dos cruces. Roberto notó que el extranjero las miraba.

—Aquí reposan los restos de mi padre y de mi madre. Y de tres o cuatro perros también.

—Qué espanto —replicó O'Sheere.

—Hum, *algunoh* de esos perros eran más hombre que *usté*.

—No lo dudo.

Tras un silencio cómodo, en el que los dos fueron dejando que las palabras se alejasen montaña abajo con el aire frío que la cima dejaba caer, Roberto se giró dando la espalda a la casa. Respiró hondo, llenando los pulmones de aire puro y de recuerdos nostálgicos.

—¿Qué le parece a una flor como *usté to* esto? —dijo proyectándose hacia el horizonte, como si todo lo que se divisara desde las alturas del monte Maimón perteneciera a su persona.

—He visto cosas muy espectaculares —advirtió O'Sheere, dejando pasar el capote.

—¿Como esta?

—Pocas —reconoció el extranjero.

El monte Maimón era uno de los lugares más privilegiados del planeta. Desde donde estaban, a pocos metros de la cima, se divisaba hacia el sur un inmenso mar azul donde las ballenas se dejaban ver saltando fuera del agua algunas veces. Los albatros y las gaviotas proseguían su eterna briega y las nubes interrumpían el cielo con formas algodonosas.

Hacia el este se elevaba la cima puntiaguda del monte Maimón con algunas zonas de nieve, preciosas y deslumbrantes,

acogían los días terribles, tercas tormentas que se anclaban a las puntas altas de la montaña. Hacia el oeste continuaba la montaña y el bosque. La densidad de la arboleda hacía que caminar entre ella fuera claustrofóbico. Tenía varios lagos que se alimentaban unos a otros y que hacían florecer una gran cantidad de especies vegetales más propias de los trópicos que de Tagartera. Más allá comenzaba el desierto, que se extendía amarillento hasta donde alcanzaba la vista. Al norte continuaba una cadena montañosa y entre las montañas y cerros se atisbaban minúsculos campos de cultivo que habían ido ganando a la montaña, siglo tras siglo, piedra a piedra, las gentes del lugar. Un arcoíris coronaba el cielo... Bueno, esto último es mentira, pero el resto es tan cierto como que hay dios. Dioses.

—¿Y la casa? —preguntó Roberto aún absorto en el paisaje.

—Es una cochiquera ruinosa.

—¿Y bien?

—Me encanta. Me quedaré por un tiempo.

O'Sheere sacó un fajo de billetes de los que no caben haciendo cazo con las dos manos y lo depositó sobre una piedra plana a los pies de Roberto. Cogió otra piedra y la puso sobre el fajo de billetes para que no se volara con la brisa.

—Supongo que tendrá suficiente con esto —supuso el extranjero.

—Con ese pastiche podría comprar *to* el pueblo —dijo Roberto sin apartar la vista del horizonte.

—¿Pero tiene usted suficiente? —preguntó O'Sheere a su nuevo amigo.

—Lo tengo.

—Espero que no sea usted un casero celoso —le advirtió O'Sheere.

—No me verá por aquí. Me voy con las cabras al monte para toda la semana.

—Excelente.

O'Sheere cogió su antigua maleta de cartón y se despidió con un simple gesto de las cejas. Se giró y se dirigió a la destartalada casa por el estrecho camino de piedra que llegaba hasta la empalizada que cercaba el monstruoso jardín de la entrada.

—¿Sabe? —comenzó el pastor—. Dicen que los pelirrojos son hijos de Satán.

—La gente dice muchas cosas, querido amigo.

—¿Y qué dice *usté*?

El pastor se había girado y miraba con la profundidad de un exorcista a los ojos del empresario extranjero.

—Que el infierno es demasiado dulce.

El pastor meditó un instante la respuesta. Después estalló en estruendosas carcajadas. Cogió el dinero de la piedra, se lo metió por el cuello del jersey, recogió sus aperos y se fue camino abajo tronchado a carcajadas.

O'Sheere entró en la casa. Ni siquiera tenía cerradura. La vista era desoladora. La vivienda consistía en una única estancia donde se encontraba una vieja cocina de leña, una estufa también de leña y una chimenea. De leña, ajá. A la derecha de la habitación se situaba el dormitorio, que consistía en mesita de noche estilo rústico y cama de lana de hierro forjado. Sobre la mesita había un crucifijo. A pesar de que O'Sheere era católico, cogió la cruz y la tiró por el hueco de una ventana. Una mesa grande presidía la estancia con unas pocas sillas alrededor. Una mecedora permanecía inquieta junto a la chimenea. Por lo demás, todo eran trastos de cocina, herramientas y aperos colgados en las paredes tipo quinqués, velones, cuerdas, quintales, esparto, sierras, cuadros de gente muerta o almireces oxidados.

El suelo era de madera. Por entre las tablas crecían algunas plantas y las hormigas habían colonizado la mayor parte, pero serviría. Quitó las maderas que cubrían los marcos a todas las ventanas. Pocas tenían un cristal sano. Le dio igual. El frío no era un problema, aunque prefería el calor. Colgó unas raídas cortinas

de florido estampado que encontró apelmazadas y humedecidas en una esquina de la sala. Por ellas corrían numerosos animalillos con variados juegos de patas, pero también serviría.

Durante los primeros días se dedicó a adecentar la vivienda. En una única ocasión se acercó al pueblo, compró todo lo necesario para pasar una temporada a solas y un carro de obra de una sola rueda. Y desde Tagartera, con todo cargado en el carro, subió hasta la casa. La mujer de la tienda, de nombre Joaquina, le preguntó que dónde se hospedaba, pero, obteniendo el silencio por respuesta, pensó que el extranjero no le había entendido, así que no volvió a preguntar. Sí quedó agradecida de la generosa propina que le dio. Algo así como el mil por ciento sobre la compra.

Una vez terminados los arreglos de emergencia de la casa del monte Maimón, el señor O'Sheere, Alan P. O'Sheere, se sentó en la mecedora del porche y se encendió una pipa, y allí estuvo, durante tres días, meciéndose en la butaca y fumando.

Pero eso había sido hacía casi treinta años. Ahora, frente a su amigo Roberto, se saludaron y dieron un fraternal abrazo. Se preguntaron por la salud, por la familia que ninguno tenía, por la vida en general. O'Sheere le ofreció el fajo de billetes habitual, pero Roberto se lo despreció. Ya iban muchas veces. O'Sheere había hecho más rico al pastor de lo que él nunca hubiera llegado a imaginar, solo por dejarle pasar algunas temporadas en la casa del monte Maimón. Como amigos, ya no podía aceptar más su dinero, hacía años que no lo hacía.

—Lo dejaré en la piedra, como siempre —le informó O'Sheere.

—Y el viento se lo llevará —advirtió Roberto.

—Bueno, alguien lo aprovechará.

—Sigues igual que siempre, viejo amigo. Por ti no pasan los años, aunque parezcas una picha mojada, maldito pelirrojo hijo de Satán —aduló Roberto—. Sin embargo, yo empiezo a ver el final.

—Irás al infierno, maldito paleto blasfemo.

—Sí, y seguro que tú estarás allí.

Rieron mientras se volvían a abrazar.

—Bueno, amigo, ya te dejo en tus insondables cavilaciones. Me marcho. Dentro de una semana nos veremos.

—Veo que por fin te has leído un libro. Insondables, dice —se burló O'Sheere.

# CORRE

La *casa* del monte Maimón (a la que se le atribuye generosamente el título de «casa») seguía tan destartalada como siempre. O'Sheere había pintado unas cuantas veces las paredes, puesto cristales y postigos, arreglado el tejado y cambiado algunos maderos, e incluso así daba la impresión de que un lobo asmático podría derribarla de un soplo sin esforzarse demasiado. Pero O'Sheere estaba encantado con ella. Era miserable, mal construida, fea, endeble, carcomida, fría, húmeda e incluso poco luminosa. Pero tenía una propiedad que pocas casas poseen, acaso algún templo olvidado, y era la lejanía.

La casa del monte Maimón estaba apartada de todo, sin camino para vehículos y una vereda intransitable hasta para algunos animales de pezuña como único acceso. La lejanía a todas las cosas se amplificaba con el susurro de las cosas naturales, libres de la brea de los ruidos mecánicos y artificiales. Estaba tan aislada de todo que en el imaginario de O'Sheere se había convertido en un viejo castillo encantado, silencioso y apacible.

Cuando pasaba una temporada en ella, le gustaba caminar por los montes, barrancos y ramblas contemplando la vida pasar. Ese había sido el propósito inicial y, treinta años después, no se había modificado ni un ápice.

Había aprendido a reconocer las plantas y los animales. También aprendió a reconocer los cambios naturales y las modificaciones del clima, pero, sobre todo, había aprendido a reconocer la belleza del mundo. Comenzó con una pequeña guía

de fauna y flora que había adquirido, tostada por el sol del escaparate, en una tienda de *souvenirs* del pueblo. En sus primeros paseos, cuando aún le aterraba encontrarse con alguien, cosa que había ocurrido tres veces en treinta años, caminaba sin destino por el simple placer de contemplar. Se detenía a observar cómo las hormigas, trabajosamente, incansables, transportaban en miniautopistas repletas de tráfico, semillas, flores y otros animalillos que habían tenido la calamitosa suerte de encontrarse con ellas. Era el ciclo de la vida. Se paraba a observar las plantas, sobre todo las flores y cómo las abejas, con un instinto atávico, recolectaban el polen para luego hacer la deliciosa miel.

Entre las plantas y los árboles, su preferida era la lavanda. Se sentaba junto a una y le hablaba. Le contaba cosas importantes. Cosas que serían dignas de escribir en un libro y recordadas para siempre. Y la lavanda, paciente y atenta, escuchaba cada palabra que le susurraba y correspondía con su delicioso aroma.

Aunque las cosas grandes tienen la propiedad de asombrarnos por su magnitud, O'Sheere siempre había preferido las pequeñas. Las cosas pequeñas, las estructuras en las que se sustentan, las formas que adquieren, el modo en que se desenvuelven; era como visitar un planeta donde la vida se hubiera desarrollado en una línea evolutiva diferente a la nuestra, a la que conocemos los mastodontes bípedos y nuestra concepción del mundo.

Cualquier cosa pequeña era asombrosa, una araña que esperaba pacientemente en su tela a que otro animal cayese. Un ciempiés compuesto de decenas de segmentos que se articulan como por arte de magia. La forma en que el filamento de una flor crece y se distribuye dentro de los pétalos. Un escarabajo empujando incansable una bola de heces. Una oruga devorando golosamente una hoja de hierba. Una geometría y una aritmética que pasaba inadvertida a las desmesuradas medidas de la concepción humana.

O'Sheere pasaba días enteros contemplado el mundo. No llegaba a comprender todo lo que veía, pero creía haber llegado a comprender una parte del mundo, la parte del mundo que tiene importancia.

A pesar de todo lo que había visto, hay cosas para las que uno no está preparado, por muchas cosas minúsculas que haya observado o por muchas moles gigantescas que haya escalado.

Había una parte del monte Maimón que gustaba especialmente a O'Sheere. Durante casi un kilómetro, una llanura se extendía, escondida tras el bosque de pinos, desbordante de vida, hasta que un precipicio la seccionaba. Cualquier persona poco hábil y aún más, poco atenta, se exponía a despeñarse si no ponía atención, pues la llanura continuaba al otro lado de aquel brusco corte por el que discurría un río casi seco, pero la perspectiva del caminante creaba una ilusión óptica en la que no parecía haber ninguna discontinuidad entre las dos partes de la llanura y, solamente cuando uno estaba al borde mismo, veía el mundo quebrado y una caída de más de ochenta metros. Allí se había sentado muchas veces con los pies colgando por el precipicio y visto la desbordante cantidad de vida que se desarrollaba en sus orillas.

Muchos animales grandes, desde zorros hasta ciervos, aprovechaban la noche para ir a beber en el hilo de agua que pasaba por el cauce. A veces se conmovía al ver a esos animales que parecían salir de la nada y desde lo alto de la quebrada, los sonreía. Pero un hilo de agua esconde mucho más que eso. Pequeñas tortugas entraban y salían, se posaban en las piedras con los batracios y se alejaban lo más posible de las molestas ratas. Los renacuajos se disponían en círculos, con las cabezas juntas y formaban mandalas negros en los pequeños recovecos calmos del riachuelo. Infinidad de insectos combatían y tomaban posición para depositar sus huevos y buscar alimento mientras los pájaros se refrescaban en la orilla.

Todo eso y mucho más pasaba, cuando por la curva del río apareció un muchacho, alto y desgarbado, casi gris. Caminaba entre los cantos rodados del río, apartando juncos y zarzas. Por su aspecto, nadie hubiera dicho nada especial de él, más allá de advertir su desatinado caminar, salvo si no fuera porque iba charlando animadamente con un mapache bípedo.

O'Sheere se fijó bien en el mapache. Lo veía, pero no estaba allí. Puso todos sus sentidos en ello. Se movía, hablaba, caminaba, reaccionaba a los comentarios del muchacho y, sin embargo, no estaba allí del todo. Su contorno se difuminaba y volvía a tomar solidez. Parpadeaba, como una mala proyección cinematográfica. A veces, cuando el muchacho miraba en otra dirección, el mapache atravesaba las rocas y las plantas como un espectro. Su juicio le dictó primero que debía ser una proyección de algún tipo. ¿Quizá un espectro? Los mapaches no tienen alma. ¿Un mapache bípedo y parlanchín? Llegó a la conclusión de que era una proyección de la mente del muchacho, un amigo imaginario, si así lo quieren entender. Él lo podía ver. Ambos se reían de algún comentario que había hecho el muchacho. El mapache se frotaba la barriga y se retorcía de tanto reír. Se los veía felices.

Tras ellos dos, por el recodo del río fueron apareciendo otros seres. Esta vez ni tan agradables, ni tan afables, pero mucho más tangibles. Los había de todo tipo. Fueron rodeando a la pareja y adelantándose.

—¿Pero qué coño...? —susurró para sí mismo O'Sheere.

Había seres de todas las formas y colores, formas horridas y horridos colores. Un ser del tamaño de un árbol, del que nacían cien cuernos en su cabeza se empleaba con la rama de un árbol, intentando partirla. Había un ser grisáceo, antropomorfo y viscoso se dedicaba a molestar a una rata. La azuzaba con una rama mientras la rata chillaba irritada y brincaba rabiosa.

Un ser de nueve patas, chepado y huesudo, de piel seca y brillante, mordisqueaba el caparazón de una tortuga que se había

resguardado dentro hasta un mejor momento. Otro se deslizaba por el agua como un pulpo, perseguía a los renacuajos y levantaba el fango del suelo. Salía a la superficie, chapoteaba con una risa estridente y después seguía camino con su maldad. Entre los que más destacaban, había una inmensa criatura de unos cien metros de altura. De ella colgaban miles de barbadas tiras de piel parecidas a lianas carnosas. Su cabeza se erguía al menos veinte metros desde el lugar donde se encontraba O'Sheere. Pisaba allí donde creía que haría un mayor destrozo. Caminaba imponente, lento, asombroso.

Así, cientos de seres inmundos se dedicaban a aterrar y hacer el mal a lo largo y ancho del cauce del río, mientras el muchacho y el mapache permanecían ajenos a todo ello. Esos seres no estaban en el mismo plano que el mapache, ni en el mismo plano que el muchacho o el propio O'Sheere, estaban en un plano más infame y real. Parecían seres salidos del mismo infierno, demonios.

O'Sheere se levantó con lentitud y olfateó el aire. Efectivamente, olía a azufre y a cieno. En el paladar notaba un cierto regusto a maldad y vicio. En sus oídos, chillidos constantes y desagradables se entremezclaban con el crujir de las ramas y los bufidos de los animales. Se sentía petrificado. Había visto muchas cosas en la vida, muchísimas cosas y muy raras, pero una legión como aquella, jamás. Dio un paso atrás, asustado, intentando desaparecer del campo de visión de aquellos seres. En ese mismo instante, el muchacho lo miró directamente.

—Mierda —dijo O'Sheere en un susurro.

No podía dar crédito a su torpeza. Se había interpuesto mínimamente en la trayectoria del sol con el muchacho y este, al ver el cambio en la luz, miró hacia arriba. El muchacho hizo visera con la mano sobre los ojos para que no lo deslumbrara el sol y todos los seres lo imitaron.

El mapache, que caminaba junto al muchacho, fue desapareciendo como una nube de vaho, hasta que no quedó nada de él.

En ese momento, todos los seres empezaron a correr frenéticos en dirección a O'Sheere. Unos saltaban, otros reptaban o se retorcían grotescos por el suelo, pero todos corrían afanosos en la misma dirección. Se toparon con la pared de la quebrada. Eso no los detuvo. Comenzaron a escalar desesperados. Se amontonaban unos sobre otros y los que llegaban últimos. Subían por encima de los primeros. La pila de cuerpos cada vez era mayor y ya alcanzaba más de veinte metros.

O'Sheere echó un último vistazo al muchacho. Tras él, se había abierto lo que le pareció una puerta que iba cambiando de fondo. Había fuego. Miles de personas ardían en ríos de lava. El magma surtía a borbotones desde volcanes en erupción. Ahora cambió. El mar, con unas olas gigantescas, tomaba el mundo arrastrando todo lo que encontraba por el camino. Sobre las olas, agarrados a maderos, plásticos y todo tipo de basura, algunos supervivientes gritaban horrorizados. Otra vez cambió. Miles de moscas cubrían los cuerpos de los seres humanos que, llenos de pústulas y heridas infectadas, se tambaleaban moribundos sobre cadáveres podridos. Parecía una pandemia mundial. La tierra se secó entonces. En la puerta aparecieron campos áridos y estériles. El sol caía como fuego sobre ellos y unos pocos humanos masticaban briznas de hierba intentando alimentarse con lo que podían. Alrededor de ellos, las bestias se lamían los hocicos esperando el banquete.

—No puede ser —dijo entre dientes O'Sheere—, no me jodas. ¡Lleva el puto apocalipsis a sus espaldas!

Ya había visto suficiente. Se giró y echó a correr como alma que lleva el diablo, o como alma a la que persiguen los diablos, para ser exactos.

Aunque la pendiente no era excesiva, su viejo corazón palpitaba al máximo de pulsaciones. Saltaba por encima del esparto y de las aliagas. No le importaba estar arañándose las piernas. La boca le sabía metálica y los pulmones ardían como una chimenea

nuclear. Las costillas le atenazaban los órganos internos y los muslos flaqueaban. Intentó hacer desaparecer todos aquellos síntomas de la vejez y se esforzó en correr y correr, correr sin parar, huir de la terrorífica horda.

Por el borde del acantilado aparecieron los primeros seres con los ojos desorbitados y las bocas apretadas en gesto iracundo. Corrían entre gruñidos y gritos con una determinación diabólica. O'Sheere se detuvo. No tenía ninguna posibilidad de escapar. Eran muchos, eran violentos y eran demonios. Él era un pobre viejo que amaba la lavanda. Fijó la vista en los que habían llegado hasta el borde y se disponían a darle caza. Había más de cincuenta dirigiéndose hacia él. Algunos ya casi podían saborearlo. Los cuatro más avanzados se golpeaban entre ellos, se mordían y se empujaban, disputándose el primer puesto, el primer bocado. Ya estaban a menos de cinco metros, cuatro.

Saltaron casi al unísono con las fauces abiertas y las garras estiradas.

Un halo de color azul eléctrico envolvió a O'Sheere y se desvaneció, desapareció dejando unas pequeñas chispas azules relampagueantes y a las plantas del suelo meciéndose como si se despidieran amargamente de él.

Los demonios cayeron sobre el espacio que antes había ocupado el viejo. Comenzaron a escarbar, a arrancar plantas y raíces, a levantar piedras y a gruñirse entre ellos mirando asombrados en todas direcciones.

## UN DESAYUNO ARRUINADO

Coatlicue, la diosa azteca, vestida informal y con una relajada sonrisa en la cara, esperaba sentada en la terraza del café 4410, en la avenida Yahvé Jódete. Era unos de los cafés más prestigiosos de Satania (distrito norte). Solía ser frecuentado por dioses y demonios de la clase alta y arribistas empedernidos. Todo el que se las daba de ser alguien, quería estar en aquel café un domingo por la mañana.

Un camarero se acercó a la mesa que ocupaba Coatlicue y le preguntó qué deseaba con la estúpida sonrisa de un galán inconsciente.

—Ya hemos pedido —respondió la diosa.

El camarero miró hacia dentro de la cafetería y vio a Hades en la barra. Se apoyaba con un codo sobre la madera labrada mientras una camarera delgada y torpe, que en vida había estudiado magisterio musical y no había aprobado nunca las oposiciones, le servía dos cafés y unos churros aceitosos. Hades se volvió coquetamente y saludó con la mano a Coatlicue. Esta le respondió con una sonrisa juvenil en los labios. Bajo la sombrilla del bar, con una suave brisa agitando su vestido de seda, la diosa Coatlicue se sentía feliz.

Al otro lado de la avenida Yahvé Jódete se alzaba un imponente bloque de oficinas de estilo brutalista. Era gris, con ventanas cuadradas que se distribuían simétricamente por toda la fachada. Apenas se distinguía detalle alguno que no fuese una línea recta que se cruzaba con otra línea recta, acaso algún trozo

de metal apareciendo por un desconchado de la pared. El edificio era deprimente por fuera, pero lo era aún más por dentro: habitaciones de unos seis metros cuadrados de paredes verdosas, iluminadas por tubos fluorescentes que parpadeaban continuamente y por los reflejos azulados de pantallas de ordenador antiguas y amarillentas. Daban ganas de pintarlo con una base de pintura de Prozac.

Allí dentro, en la planta dieciséis, en una habitación con una puerta expresamente construida para que no cupiese una silla de ruedas y una ventana tapiada con ladrillo naranja del seis que daba a un patio interior lleno de latas de bebidas energéticas y de plásticos de bollería industrial de la marca La Mamma Fornica, la preferida de los obesos, los prediabéticos, los que tenían un problema de metabolismo y los gordos de mierda en todo el infierno, sentado sobre un sillón de oficina verde algo deteriorado, se encontraba Josué. En vida había sido un mojigato atontado. Asistía todos los días a misa de siete y hacía de monaguillo cuando el trabajo desbordaba al párroco, que eran casi todos los días, porque tenía mucho trabajo intentando escaquearse del poco trabajo que tenía.

A Josué le habían asignado un puesto de administrativo en una distribuidora de juguetes sin sello de calidad por pánfilo e inútil. A menudo pensaba lo poco que había disfrutado de la vida y meditaba sobre los pecados que había cometido una y otra vez, sin encontrar una tacha en su expediente moral. Una vez se había masturbado pensando en la señora Julia, un ama de casa de cincuenta y tantos años, turgente y apretada, que era asidua a la iglesia. No había llegado a eyacular y después había estado más de seis horas llorando y arrepintiéndose. Quizá fuera por eso por lo que estaba allí.

En esos momentos, con la pantalla proyectando un haz azul sobre su rostro, Josué metía, uno a uno, los precios y el *stock* de los productos de la empresa juguetera. Minuto tras minuto, hora

tras hora, los días se pasaban registrando pedidos, precios y *stock*. La pantalla tenía una luminosidad excesiva. Había probado con todos los mandos para bajarla, pero sin dar con ningún botón ni opción alguna para modificarla. Industrias Taímicas de Noutrec, segundo fabricante de pantallas de ordenador del infierno, las había construido a conciencia. El objetivo era que los trabajadores acabaran con la vista hecha trizas. Lo conseguían.

Mientras seguía con ojos desprovistos de vida la pantalla del programa de gestión en el apartado de artículos / etiquetas / *stock*, sobre la esquina sur del despacho, junto a una percha que había rescatado de la basura y por la que le habían hecho pagar nueve mil avernos. Unas pequeñas motitas de luz, como diminutos púlsares que se consumieran en un instante, comenzaron a brillar junto a su raída chaqueta de cuero negra. Josué observó con curiosidad la esquina. Le parecía haber visto algo, un extraño fenómeno, pero sus ojos carbonizados solo atisbaron la oscuridad.

Otra vez aparecieron las lucecillas y se movieron por el aire como semillas de diente de león al son del viento del ocaso. Josué agudizó la vista entrecerrando sus ojos de borrego y percibió el leve brillo de las luces. Mientras, en la pantalla del ordenador, cientos de anuncios de pornografía y venta de artículos abarrotaban las trece pulgadas donde se proyectaban los datos de surtido de la juguetería. Josué lo detestaba. Lo hacían para distraer al trabajador y tentarle, pero hasta el momento él no había picado. Fue cerrando todos los *banners* y ventanas publicitarias sin apartar la vista del fenómeno de la esquina.

El fulgor de las motitas de luz fue en aumento. Curioso, Josué se levantó de su asiento y se acercó hasta la percha. Levantó la chaqueta, la sacudió: nada. Solo un viejo tique del bus. Se disponía a colgarla cuando un potente fogonazo de luz apareció ante él, expeliendo pequeñas motas de luz azul que se quedaban adheridas a las paredes de la habitación. De entre el potente foco de luz surgió una figura que le cayó encima. Josué quedó tumbado en el

suelo con un hombre pelirrojo y bien vestido sobre su estómago. Se lo quitó de encima y se incorporó. El hombre parecía desorientado, se agarraba la garganta con una mano y con la otra hacía un gesto apresurado.

—Aggggaaaa —decía el desconocido con la voz rota.

—¿Aga? —preguntó Josué.

—Aaggaaaaaaaa —repitió el señor pelirrojo, haciendo el universal gesto de beber de un vaso.

—¡Ah! ¡Agua! —dijo Josué como si hubiera ganado una partida del juego de las películas—. No tengo. Solo tengo esta bebida energética sabor a babas —comentó, señalando al escritorio, donde una lata azulada destacaba como único objeto personal.

El hombre corrió hacia la mesa y se bebió la lata al trago. Chasqueó un par de veces los labios y se volvió.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En el infierno, dónde va a estar.

—En el infierno, sí, pero ¿qué parte?

—En la empresa Atroz Juguetería S.D.C.

—Atroz Juguetería —mencionó pensativo el señor pelirrojo—, en la cien con la cuatro.

—No, en la avenida Yahvé Jódete —lo corrigió Josué.

El recién aparecido enseñó los dientes y se humedeció los labios con la lengua.

—¿Tienes más bebidas? —preguntó.

—No señor.

—Bien, gracias por tu ayuda.

El hombre salió corriendo por la diminuta puerta. Josué jamás volvió a verlo. Quedó allí en pie, pensativo y solitario. «¿Por qué habrá venido al nfierno?», se preguntaba.

El hombre pelirrojo, O'Sheere, descendió por las escaleras con la garganta seca e irritada. Dos minutos después cruzaba el *hall* de entrada al edificio de la famosa juguetera y salía a la avenida Yahvé Jódete. El tráfico era denso y rápido. Las normas no

estaban hechas para el infierno, pero aun así se atrevió a cruzar la avenida. Fue dando brincos de un carril al siguiente, esquivando los vehículos que le pitaban y a los taxistas que lo saludaban tan amablemente como solo ellos saben hacer. Algunos incluso abrieron la puerta para ver si podían golpearlo. Llegó al otro lado de la vía, frente al prestigioso café 4410. Entró corriendo a la terraza. Un mastodonte intentó detenerlo cogiéndolo de su chaqueta de *tweed*. O'Sheere se deshizo de la prenda y siguió avanzando.

Al otro lado de la terraza, Coatlicue vio cómo un tipo menudo —para el tamaño que tiene un dios— y desesperado corría evitando a los camareros y volcando mesas a su paso. Los clientes se apartaban temerosos y asqueados. Un humano entre ellos, qué escándalo. El hombre se bebía todos los vasos que encontraba en su camino. «Debe ser un perturbado, un alcohólico, o peor, un abstemio redimido», pensó Coatlicue, a la que le gustaban las escenas dramáticas y sangrientas. Esta tenía toda la pinta.

El hombre corría mientras miraba en todas direcciones. Fijó la vista en Coatlicue y se lanzó corriendo hacia ella. La diosa se dio cuenta y tranquilamente se levantó de su butaca. Alzó la mano en dirección al homúnculo pelirrojo con una sonrisa en la boca.

El hombre llegó a la mesa con la ropa hecha jirones y arrasando con todo lo que se interponía en su camino. Al llegar a la mesa de la diosa, se apoyó con los dos brazos sobre el mantel, agachó la cabeza e intentó recobrar el aliento. Respiraba agitado. Cogió un vaso de sangre de hormiga y se lo bebió al trago tan apresuradamente que el valioso líquido le chorreó por la comisura de los labios. Los viajes dimensionales provocaban una insaciable sed.

—Eres repugnante —comentó Coatlicue.

—Coat… —comenzó a decir el hombre, cuando de la manga del vestido de la diosa salieron despedidas como flechas decenas

de serpientes que hincaron sus colmillos en varias partes de su cuerpo. Tenía serpientes en el cuello, las mejillas, los hombros, el pecho, por todas partes. Empezaron a inyectar su mortífero veneno, pero el hombre aguantó estoico.

Un guardia de seguridad tamaño rinoceronte agarró por el cuello al hombrecillo e intentó reducirlo, pero este seguía en pie como si nada.

—¡Parad! —gritó una voz desde la puerta de entrada del Café 4410.

Por un instante todo el mundo quedó congelado, nadie movía ni un dedo. Hades avanzaba por entre los destrozos de la terraza con paso decidido y majestuoso.

—Suéltale ahora mismo —ordenó al guarda de seguridad.

El guarda obedeció y se alejó caminando hacia atrás, inclinado en una reverencia.

—Hades, cariño, ¿conoces a este despojo? —preguntó la diosa Coatlicue, retirando las serpientes que se deslizaron por el brazo extendido hacia el interior del vestido.

—Sí, es un buen amigo —respondió el griego.

El hombrecillo pelirrojo se arrancó los jirones de ropa que le quedaban. Su piel empezó a cuartearse y agrietarse. Se desprendía como tierra seca. Su cuerpo fue aumentando de tamaño, sus músculos torneándose y tomando un color verdoso. El cabello, colorado y quebradizo, se tornó negro y vigoroso. Cuando la transformación cesó, su figura era un portento de belleza y fuerza.

—¡Osiris! —gritó sorprendida la diosa.

El dios egipcio permanecía desnudo frente a ella, se balanceaba exhausto mientras se recuperaba de la transformación. Miró en dirección a Hades y después a Coatlicue. Repitió el gesto en varias ocasiones. Su respiración era agitada. Aún se recuperaba. Las trasformaciones consumen muchísima energía, pero, sobre todo, una parte del alma de los dioses, que después

se va regenerando poco a poco. La transformación en ser humano, inferior en cualquier comparativa y de menor elevación que un dios, hace que el cuerpo deba adaptarse al humano y, por tanto, a la inversa sucede de igual modo. Es similar a la metamorfosis de un insecto, por ejemplo, de larva en mariposa. Conlleva un proceso complejo en el que un cuerpo despreciable se transforma en otro realmente bello, pero en un dios no solo se transforma la materia sino todo aquello que compone el ser, desde el alma, a la propia consciencia, con lo que se necesita un periodo para asimilar dichos cambios.

—Tenéis que ver esto —consiguió articular Osiris.

Coatlicue miró alrededor suyo y, con los brazos extendidos, preguntó:

—¿Ver qué?

—Mierda —Osiris hablaba para sí mismo—. Tenéis que ver esto, joder.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó Hades preocupado. Se preguntaba qué podía alterar tanto a un dios tan poderoso.

—¿No te habrás metido alguna mierda peligrosa? —preguntó Coatlicue.

Los dioses eran propicios, dada su aparente inmortalidad, a experimentar con productos, digamos, poco recomendables. La vida, cuando no se tiene consciencia del fin, puede volverse muy aburrida.

Osiris la miró indignado.

—No, Coat, no. Tenéis que ver esto. Y tenemos que avisar a Hel y a los demás.

Hades se acercó a Osiris y lo cogió por los hombros. Lo miró fijamente a los ojos y vio en ellos reflejados el miedo. Un dios con los ojos suplicantes.

—Llama a un taxi, Coat. Nos volvemos al hotel —dijo Hades seriamente afectado.

—Me habías prometido el día —replicó ella—. Solo está borracho o algo peor.

—Te lo ruego, Coat, no montes una escena —le suplicó Hades.

—¿Que no monte qué? —Los ojos de la diosa se comenzaron a iluminar con un blanco terrorífico—. Esto es muy típico de ti. ¡Te atreves a decirme que no monte una escena! —Los papeles tirados por el suelo y los manteles de las mesas comenzaron a agitarse—. ¿No habrás montado tú la escena? ¿Cómo sabía este pendejo que estábamos aquí?

Osiris la miró desafiante.

—¿Cómo lo sabías? —gritó Coatlicue furibunda.

—Porque es aquí donde trae a todas sus putitas la mañana siguiente —respondió Osiris.

La boca de los presentes se abrió de tal modo que sus barbillas tocaron el suelo, figuradamente.

Coatlicue sofocó el fuego blanco que la envolvía en cólera y se sentó con los ojos perdidos en la butaca que tan plácidamente había ocupado un momento antes. Volcó la mesa de un empujón y el ruido de los cristales rotos acompañó al de los motores y las gomas de los vehículos que continuaban su fluir, indiferentes a la escena.

Hades reprendió con la mirada a Osiris.

—No hay tiempo, de verdad, tenéis que verlo —insistió este último.

Unos minutos después, los tres dioses compartían un taxi camino al hotel Indira Lakshmi. Hades había llamado a Hel y le había contado lo ocurrido y que Osiris, muy alterado, le había pedido que se reuniesen. Hel había llamado a los de confianza, que aparte de Osiris, Hades y Coatlicue, a la que tras lo ocurrido sería imposible de excluir, eran Vanth la etrusca y Shiva la hindú.

Las tres, aún con el cuerpo resacoso, esperaban en el lujoso recibidor del hotel la llegada de los otros tres dioses. Se sentaron

en unos sillones de exoesqueleto de abeja. Eran muy cómodos y mullidos. Hel se preguntó cuántas abejas podían componer un sillón entero y cómo demonios habían juntado unas con otras. Divagaba sobre ello cuando por la puerta entraron Hades, que aguantaba a Osiris por los hombros, y Coatlicue; ambos con cara de pocos amigos.

Hel se adelantó y ayudó a Hades.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Vanth la etrusca.

—Ha aparecido con forma humana. Se ha transformado —explicó Hades.

—Sí, era bastante feo —añadió Coatlicue.

Hubo un corto silencio que interrumpió el propio Osiris.

—Acercadme al sillón —pidió.

Lo sentaron con cuidado en uno de los sillones de abeja.

—Tengo sed.

Shiva se acercó al café bar del hotel y pidió una botella de agua séptica. Osiris se la bebió de un trago y su tez verde apagada se fue avivando hasta que tomó un color similar al que solía tener normalmente, como un verde refulgente.

—Tenéis que venir conmigo y ver lo que yo he visto —se apresuró a decir el egipcio nada más acabar el último sorbo de agua.

—Pero ¿dónde? ¿Qué has visto? —preguntó turbada Hel.

—No sé decirlo. Era el fin —respondió Osiris con la vista perdida.

Los dioses se escrutaron las caras. Unos miraban a otros con preocupación.

—¿Dónde? ¿Dónde has visto tal cosa? —dijo asustada Shiva.

—En el otro lado. En el mundo de los humanos.

—Imposible —inquirió Vanth.

—Es muy posible, querida amiga. Un joven, de aspecto desprendido e inofensivo. Portaba el fin tras él, lo vi claramente. Y le acompañaban miles de seres inmundos que me atacaron.

—¿Que te atacaron? —preguntó Shiva con los ojos como platos.

—Me atacaron a mí: Osiris.

—Debieron confundirte con un humano, sin duda —dedujo Hel.

—No, lo vi en sus ojos. Sabían que era un dios y aun así me atacaron.

Durante un instante todos meditaron sobre la historia que les estaba contando Osiris.

—Quizá —comenzó Coatlicue— esta sea la oportunidad que estábamos esperando.

Los demás dioses fijaron su vista en ella.

—Si ese ser es lo que Osiris dice que es, quizá sea una señal. ¿Debemos destruir a la humanidad y se nos presenta un arma para hacerlo?

—Me sorprendes, Coat —respondió Hel—. Para bien, tengo que decir.

Hel se levantó del sillón y anadeó por el *hall*, pensativa.

—Coat tiene razón —afirmó súbitamente—, y debemos ir a ver a ese ser.

—Pero si atacó a Osiris, por qué no iba a hacer lo mismo con nosotros —preguntó Shiva, a la que le daba mala espina la idea.

—Seremos seis —inquirió Vanth.

—Pero y si… —continuó Shiva.

—No podrá con seis dioses. Dudo mucho que pueda con uno —afirmó Coatlicue con claro desdén.

—Yo creo que es mejor tratarlo en el hemiciclo —insistió Shiva.

—¿Vienes o no vienes? —sentenció Hel, harta de procrastinar el deber.

Un cuervo se posó en una rama al otro lado del inmenso cristal panorámico del *hall* del hotel y desayunó una oruga blanca y jugosa.

—Voy —dijo Shiva, finalmente.

# EL MUNDO

Unas horas después, cuando Osiris ya había recuperado las fuerzas, se reunieron en la habitación de Hel. El propio Osiris estaba sentado en un sillón de cuero blanco. Ya notaba circular dentro de sí el torrente vital propio de los dioses, un algo, intangible y vigoroso que les recorría el cuerpo y emergía, en ocasiones, en forma de halo de diversos colores. Vanth miraba por la ventana de la terraza. Las nubes amarillentas surcaban el cielo rojizo del infierno. Era un espectáculo realmente impresionante. Por debajo del piso que ocupaban las habitaciones de los dioses, era casi imposible ver la megalópolis. La inmundicia y la polución creaban una densa boina grisácea que impedía a los viandantes contemplar el cielo y a los privilegiados, ver la miseria.

Shiva se apoyaba con medio culo en el pico de una mesa y movía las piernas, nerviosa. La idea de ir al mundo de los humanos no le entusiasmaba de por sí, pero si era verdad que había un ser que podía atacar a un dios, eso... eso la aterrorizaba. Se mordía las uñas y jugueteaba con el caño de agua en forma de cascada que brotaba de su cabeza.

Hades se tumbó en la cama. Meditabundo, se había dejado llevar por los más básicos instintos y hurgaba con el índice, indiferente a todo, a la condición humana y a la de los dioses, dentro de su cavidad nasal, buscando un moco que se había ido formando a medias entre el polvo acumulado en las formaciones pilosas de la nariz y las sustancias esnifadas. El moco estaba adquiriendo categoría de estalactita. Había que acabar con él ya, o

patrimonio se le adelantaría y lo protegería con un nombre como. Formación geológica espeleotema depositaria nasal protegida.

Coatlicue fumaba en la terraza. Le daba vueltas a la frase «porque es aquí donde trae a sus putitas el día siguiente». Le dio la vuelta otra vez: «siguiente día el putitas sus a traer donde aquí es porque». Pero no sacaba en claro nada. Le dio otra vuelta más. *«Etneiugis aid le satitup sus a eart ednod iuqa es euqrop»*. Nada. Exhaló una larga bocanada de humo azulado. Se contorneó contrastando contra el rojo del cielo y se esfumó. Las mariposas le habían revoloteado como hacia siglos en el estómago. Y después, como siempre pasaba con Hades, chocaba con una pared de roca. La frustraba. La irritaba. La ponía loca de furia. Pero lo amaba. Silenciosamente y en las entrañas.

Darse cuenta de que lo amaba la deprimía. Se apoyó en la barandilla de la terraza. «¿Qué pasaría si me tirase al vacío?». «No pasaría nada—le respondió su conciencia—. Solamente te estamparías contra el suelo y te levantarías un rato después con los huesos molidos. No puedes morir. O eso te han dicho. Solo harías el ridículo, y una grandeza como tú no puede mostrar tal debilidad. Al menos te han dado la razón, han admitido que tu idea de utilizar a ese supuesto ser que ataca a los dioses para acabar con la humanidad es una buena idea. Después de lo sucedido en el hemiciclo, donde ningunearon tu fe y a ti misma, es un paso». Levantó la cabeza y miró hacia la habitación. Al otro lado del cristal, Vanth, la etrusca, le hizo un leve gesto con la cabeza. Coatlicue respondió con otro similar y entró en la habitación.

—¿Dónde está Hel? —preguntó al ver que era la única ausente.

Hel estaba sentada en la taza del váter. El alcohol deshidrata, y la deshidratación provoca estreñimiento. En alguien para quien el estreñimiento era una seña de identidad, aquella situación reseultaba extremadamente atascada y embarazosa al mismo tiempo, pues, como a cualquier hijo de Dios, como suele decirse,

le cuesta hacer de estómago cuando en la habitación contigua hay cinco personas (dioses... o lo que sea) que además guardan un silencio sepulcral.

Hel apretó intentando no hacer ruido por ninguno de sus orificios, pero nada. Su cara, reflejada en el espejo del lavabo, se había ido enrojeciendo con el esfuerzo. Una pequeña vena del ojo bueno no pudo resistir más la presión y estalló cubriendo de rojo sangre una pequeña parte del globo ocular.

—Mierda —dijo para sí misma.

Alargó el brazo todo lo que pudo, levantando los glúteos de la taza para apartar la cortina de la bañera y darle a la ducha. Apretó con todas sus fuerzas y una pequeña bolita, del tamaño de una canica diminuta, cayó al agua del retrete con el consiguiente ruido de inmersión. Blup.

Al otro lado de la pared, Hades comentó:

—Ha puesto la ducha para que no la escuchemos cagar.

Al salir del baño, Hel notó el comentario navegando por el aire. La frase fluía.

—¿Estáis preparados? —preguntó genéricamente para que su frase embarrase a la anterior.

—Impaciente —respondió Hades.

—Una cosa —comenzó Osiris—. No podemos ir con nuestro aspecto real al mundo de los humanos.

—¿Por qué no? —reparó Coatlicue.

—Porque nos reconocerían, evidentemente —sugirió Hel.

—Pero si nos transformamos en humanos, o peor, en animales, nuestro poder será ínfimo. Hasta un humano podría hacernos lo que quisiera. No digo ya ese espeluznante ser del que nos ha hablado Osiris —protestó Shiva.

—No habrá peligro —explicó Osiris con gesto experto—. Los seres humanos son, en general, bastante pacíficos y estúpidos. El sitio al que vamos es un pequeño pueblo. Lo habitan gentes sencillas, algunas en extremo ignorantes. Digamos que son como

cabras, sí. Más o menos. Sus ojos están vacíos. No saben de nada. Alguna vez puede que te topen, pero no es la costumbre.

—Curioso —interrumpió Vanth.

—Sí, se vuelven maleables y dóciles a diversos propósitos, por ejemplo y máxime; dinero y sexo.

—Son realmente repugnantes —inquirió Coatlicue.

—Por ello, no debemos temerlos. Tampoco amarlos, no vayamos a entendernos mal. Hay algunos con una cierta nobleza e incluso con signos de una inteligencia primitiva, pero solo debe preocuparnos el joven desgarbado y sus centenares de yo qué sé qué.

Osiris se puso en pie y prosiguió.

—Debemos camuflarnos. Ser un humano más. Mimetizarnos hasta el punto de ser indistinguibles. Hola, buenos días —saludó Osiris con galantería y reverencia al aire con un ademán teatral—. Hola, buenos días, hemos de responder.

—Hola, buenos días —repitió Vanth ensayando.

—Hola, buenos días —respondió Hel.

—Parece sencillo —dijo Hades animado.

—Sí, bueno, ya os he dicho que son bastante simples, pero atención —alertó Osiris—, también son astutos y desconfiados, más aún con los extranjeros o con los desconocidos.

—Ayayay —se quejó Shiva—. Yo no sé si voy a saber.

—Tranqui —la animó Hades—. Es como… mira, así.

Hades se levantó de la cama de un brinco y quedó en pie con los brazos en jarra. De él empezaron a brotar unas pequeñas lucecitas azuladas que parpadeaban y se movían plácidamente a su alrededor. Al momento, un aura azul eléctrico lo cubrió hasta que el fulgor fue tan intenso que se perdió dentro de la luz. Otro momento después, la luz desapareció y, donde estaba el imponente dios Hades, rey de los muertos, ahora había un ser humano calvo y rechoncho, con barba de una semana y hombros anchos. Tenía los brazos peludos como un oso y vestía con unos

pantalones chinos subidos hasta el pecho, además de una camisa azul arrugada y sudada. Las gafas de pasta negra no le favorecían, pero le daban un toque de lo más realista. Era tan real que a algunos les provocó cierto repelús.

—Hola, soy Donald P. Ampsey, corredor de bolsa y agente de seguros. Tengo una inmobiliaria en Florida y trescientos nichos en propiedad —dijo Hades transformado en su personaje.

—Oh, lo haces fenomenal —dijo Shiva dando saltitos emocionada.

—Ahora yo —dijo Vanth.

Las luces invadieron su cuerpo durante unos instantes y después desaparecieron atenuando su intensidad. Una despampanante morena de un metro ochenta y cinco centímetros, pechos turgentes y firmes y casi desprovista de ropa, más allá de un ceñidísimo vestido negro que apenas cubría desde los pezones hasta el pubis, se presentó ante los demás dioses.

—Mi nombre es Tirana, soy de Estambul, Turquía, y diseño ropa además de tener mi propio canal de YouTube.

—Qué fuerte —dijo Hades—. Está como un cañón.

Vanth, transformada en Tirana, se contorneó graciosamente por la habitación y se sentó en un sillón con un exagerado cruce de piernas.

—Paso de los hombres —dijo Tirana arrugando los labios—. Sobre todo, de los calvos y gordos.

—Au —se quejó Donald, como si le hubieran dado una estocada con un florete.

—Me toca —dijo Hel.

Tras las luces, apareció una jovencita gótica. Medias negras hasta los pálidos muslos, minifalda negra, camiseta de Cradle of Filth y chupa de cuero con unas cuantas chapas horteras. Llevaba un collar de pinchos en el cuello, los ojos excesivamente maquillados y el pelo negro aplastado contra la frente se posaba grasiento en sus hombros huesudos y quebradizos.

—¿Quién eres? —preguntó interesada Shiva.

—A quién le importa —respondió la Hel transformada en la joven gótica.

—A mí —comenzó Shiva—. A mí me importa.

—¿A ti te importa? ¿Realmente te importa? ¿Dónde estabas cuando murió mi padre? ¿Dónde estabas cuando ingresaron a Ralph por una sobredosis de heroína? A ti no te importa nada salvo tú misma.

Hubo un incómodo silencio.

Plas, plas, plas...

... Donald, el gordo, comenzó a aplaudir efusivamente.

—Ha sido acojonante. Lo has bordado —exclamó.

—Gracias —dijo Hel saludando al público—. Por cierto, me llamo Avril y soy de Pittsburg, Pensilvania. Estudio en el St. Cyril. Soy virgen y la muerte me importa una mierda.

—Por un momento me has hecho sentir fatal —comentó afligida Shiva con las manos cruzadas sobre su pecho azul.

Avril hizo una pompa con su chicle de fresa ácida y se sentó en la esquina de la cama.

Osiris fue el siguiente. Inició la metamorfosis que debía transformarlo otra vez en el señor Alan P. O'Sheere, con su pelo rojizo y su traje de *tweed*, esta vez a cuadros marrones sobre fondo gris oscuro y corbata color tierra.

—Soy el señor O'Sheere. Llevo más de treinta años visitando Tagartera, el pueblo donde vamos a ir. Soy australiano, de ascendencia escocesa y millonario.

—¿Llevas treinta años visitando el mundo de los humanos? —preguntó escandalizada Shiva—. ¿Por qué?

—Bueno, al principio era solo para asilarme de la pesada carga de ser un dios. Pero fui descubriendo los placeres de ese mundo, no de los humanos, sino del mundo. Construí un personaje plausible y gané mucho dinero para poder vivir como yo quería. Hace treinta años, mirando una revista, vi que Tagartera

era una de las zonas más deprimidas y aisladas del planeta y me presenté allí con una maleta y esta identidad. Alquilé una cochiquera de cortijo y he vivido allí por temporadas…

—¡Joder! —exclamó Hel—. Te lo habías guardado bien.

—Es un poco ofensivo —importunó Coatlicue.

—Bueno —expuso Osiris cabizbajo—, todos habréis tenido momentos de debilidad.

—Sí, pero de treinta años… —sentenció Vanth.

—Es que… quizá lo entendáis cuando estemos allí —resumió Osiris cabizbajo.

—Bien, ¿qué más da? —comenzó Shiva destensando la situación—. Me toca a mí.

Se concentró en medio de la habitación. Quería convertirse en alguien con el que se pudiera identificar. En su cabeza se formaban caras y cuerpos. Personalidades y circunstancias que envolverían a lo físico y lo dotarían de veracidad.

Las luces empezaron a parpadear en torno suyo. El halo de luz fue incrementando su potencia hasta que desapareció a la vista de los demás. Poco a poco la intensidad del fulgor fue disminuyendo. Ante ellos apareció un joven con el pelo castaño y liso peinado todo hacia un lado. Parecía la representación pictórica de una ola en la cultura japonesa. Tenía algunas mechas rubias, labios carnosos y ojos perfilados. Dos aretes negros colgaban de dos pequeñas orejas un poco despegadas. Vestía unos pantalones ajustados color salmón y una camiseta de cuello de pico azul ancha y medio arrugada.

—Hola —saludó, con cierto amaneramiento.

Los presentes se mantuvieron a la espera. Notó que todos se fijaban en él con expectación contenida. Se sonrojó un poco.

—Soy Dani —se presentó—. Tengo dieciséis años. Nací en Barbados, pero vivo en Barcelona desde niño. Soy, bueno…

—No tengas miedo. Dilo, cariño —lo animó Tirana desde un sillón junto a la cristalera de la terraza.

—Soy gay —declaró el muchacho, y se echó a llorar.

—Vaya telita —esputó Donald con toda su alopecia y gordura.

Hel, Vanth y Coatlicue, las dos primeras transformadas en sus avatares, la chica gótica, Avril, y la espectacular mujer de piel morena, Tirana, corrieron hasta Dani y lo abrazaron.

—Ya está —decía Avril—. Tu vida debe de haber sido un infierno.

Coatlicue le acariciaba un brazo y le abrazaba al tiempo.

Tirana, mientras abrazaba al muchacho, lanzaba una mirada asesina a Donald.

—No sé cómo puedes ser tan despreciable, Hades. Eres un insensible —gritó contenidamente.

—¡Eh, alto ahí! Es parte de mi personaje. Soy de ascendencia italiana. Será posible… —se defendió Donald con la papada temblando—. Si el chico es una nena que lo sea, pero aquí que no venga a picar. A ver si me entiendes.

—Siendo griego. ¡Qué vergüenza! —replicó Coatlicue.

—Joder con las gatitas. ¡Que soy italiano! Italiano de Florida, eso sí.

Coatlicue se apartó del terceto consolador y unas luces empezaron a envolverla. El halo de luz la cubrió y al remitir apareció una jovencita, preciosa, un poco entrada en carnes, con un vestido púrpura demasiado ceñido para considerarlo de buen gusto y unas botas militares.

—Qué tienes que decir a esto, maldito italiano seboso.

—Bueno, mi panchita —dijo Donald en perfecto español imitando el acento mexicano—. Estás *pa* comerte, mamita.

Sin mediar palabra alguna, la chica le soltó una bofetada que lo sentó de culo en el suelo. En su cara se marcó una pequeña mano de color rojo rubí. Le ardía.

—Pues soy Amor, tengo quince años y me crie en Juárez, estado de Chihuahua. No terminé el cole. Entré en los Estados Unidos de América en una furgoneta y después me fui a Los

Ángeles para ser actriz, pero en San francisco, durante una audición, que resultó ser para una película porno, hicieron una redada y me detuvieron. Estoy en un centro de inmigración a la espera de ser deportada.

Donald, desde el suelo, con su orgullo de macho herido, pero no muerto, elevó los hombros despectivamente. «A mí qué me importa», dijo su expresión corporal.

—Te lo tienes bien merecido —gritó Dani con los ojos llenos de lágrimas—. Por ser un borde.

—Basta, basta ya —dijo O'Sheere aplacando las iras—. Este comportamiento pueril es a lo que me refería. Los seres humanos son así. Exactamente así.

—Bueno, entonces es que lo estamos haciendo bien —intervino Amor.

—No, no lo estamos haciendo bien —negó O'Sheere—. No debemos volvernos imbéciles ni tontos de remate. Debemos ser como ellos, sin ser ellos.

—En realidad, nosotros somos un poco así también, ya que sale el tema —introdujo Avril.

—¿Te refieres a nosotros como humanos o a nosotros como dioses? —preguntó Donald.

—Sí... ¿a qué te refieres? —dejó caer Tirana sospechando.

La noche empezaba a caer sobre el infierno. El rojizo del cielo mutaba a un granate pesado que bañaba todo de un tono sanguinolento. Las primeras luces de la ciudad empezaban a brillar en el horizonte. Una ligera llovizna comenzó a caer embarrando las calles y taponando las pluviales atascadas de basura. El sistema de alcantarillado y pluviales de Satania era un desastre. Lo peor en ingeniería hidráulica que se hubiera visto jamás.

—Pues me refiero a que somos como ellos —afirmó Avril.

—¿Un dios es igual que un humano? ¿Eso es lo que estás afirmando? —preguntó Donald.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Tirana—. ¿Un dios igual que un humano? Creo que esto se nos está yendo de las manos. La transformación le ha afectado a la cabeza.

—Yo no estoy afirmando que un dios sea igual que un humano —aclaró Avril—. Estoy diciendo que nos hemos estado comportando como ellos.

—No me lo puedo creer —dijo Donald.

Durante unos instantes permanecieron en silencio. La habitación se había oscurecido con el paso del día a la noche. Amor se encendió un cigarrillo y exhaló una profunda calada.

—Quizá tengas razón —dijo O'Sheere rompiendo el hielo—. Los acontecimientos de los últimos días no están a la altura de lo que se nos requiere.

Aunque era difícil de reconocer para un dios, en lo profundo de la psique de cada uno de ellos sabían que era verdad. Se habían comportado como chiquillos malcriados, desatendiendo sus deberes y blandiendo el ego como espadas en duelo.

—Creo que deberíamos recapacitar, pensar profundamente —comentó O'Sheere tranquilizador—, pero antes tenemos que solucionar un problema.

Con los brazos extendidos y las palmas de las manos abiertas, el señor O'Sheere, con el alma de dios ya adaptada y apretujada dentro del cuerpo humano, con ese trazo infinito de energía que compone la esencia de los dioses, contenido en un cuerpo de carne y hueso revestido de *tweed*, se colocó en la posición adecuada para viajar de una dimensión a la otra. Los demás dioses, con sus cuerpos humanos, se fueron uniendo pensativos, hasta que formaron un círculo, cogidos de las manos.

La habitación palpitó un par de veces. Después comenzó a vibrar como si un gigantesco Orfeo utilizara la estructura como una caja resonante de algún extraño instrumento musical. Todo tembló y se contrajo. Volvieron a aparecer las luces azules y

danzaron. La sala implosionó, concentrando toda la energía alrededor del círculo de dioses.

Una luz cegadora deslumbró a los dioses.

Ante ellos, una cúpula azul con nubes blancas irradiaba una luz insoportable. Sentían el peso de sus cuerpos arrastrado violentamente por la acción de la gravedad. Pisaban suelo irregular, lleno de piedras y de plantas y también de animalillos que correteaban y saltaban de un lado a otro.

—¿Así es como ve un humano? —preguntó extrañada Amor.

—Sí, bueno, más o menos. Nosotros vemos mucho más allá que un humano —le explicó O'Sheere.

—Es horrible ser humano. Mi cuerpo pesa una tonelada y el sol de este mundo quema como el fuego de Belenos —se quejó Avril.

—Debéis ser pacientes. Tenéis que acostumbraros a los cuerpos y a este mundo. ¿Nunca habíais estado en el mundo de los humanos?

—Pues claro que sí —afirmó Tirana—, pero hace centenares de años. ¿Para qué íbamos a venir?

O'Sheere pasó por alto el comentario y empezó a caminar poco a poco acostumbrándose a la física del planeta Tierra.

—Deberíais hacer lo mismo. Si no, os costará aún más habituaros.

—No puedo, tengo demasiada sed, y el cuerpo no responde demasiado bien —expuso Amor.

—Sí, qué sed —reafirmó Avril.

A sus espaldas se levantaba, por decirlo de algún modo, el cortijo del monte Maimón. Su destartalada arquitectura no hubiera pasado ni por escombrera. Los dioses no estaban acostumbrados a malvivir, ni siquiera a sufrir un poquito. Ni siquiera a tener un guisante bajo veinte colchones.

—Madre del gran dios —exclamó Amor—. ¿Es un barracón de la guerra civil española?

—No, es mi cortijo —respondió inocentemente O'Sheere sin coger la ironía—. Dentro hay agua.

Amor arqueó las cejas y elevó el labio inferior. Estaba conforme, al menos de momento. Echó a correr con torpeza entre las bojas, las retamas y las aliagas en dirección al cortijo. Con el arrebato, ni se dio cuenta de que se estaba rasgando el vestido y magullándose las piernas con las matas secas que la rozaban. Pensó en lo zafio que era aquel cuerpo y lo rápido que se cansaba, pero no le importó. La promesa del agua era más que suficiente para mover los setenta kilos, en su mayoría huesos, piel y grasa, de su nuevo cuerpo.

Los demás la siguieron impetuosamente. Notaban la sequedad que recorría el cuerpo. Era como un caracol atravesando unas salinas en pleno verano, pero peor. Al entrar en la cabaña cortijo, vieron un depósito de agua blanco sobre una encimera de mármol desportillada. Cogieron lo primero que les pudiera servir como receptáculo y lo llenaron. Unos bebieron en una caja de madera, otros en vasos sucios, en zafas o en escupideras.

Un par de horas después todos, excepto O'Sheere, estaban vomitando y defecándose encima.

—A partir de ahora —dijo O'Sheere en tono paternal—, deberíais consultarme antes de hacer otra tontería.

—Me arden las entrañas —gritó Avril en cuclillas. Vomitaba y defecaba al tiempo que se raspaba sus partes nobles contra plantas afiladas como guadañas—. ¿Esto es morirse?

—No lo sé —respondió O'Sheere—. No he muerto nunca del todo.

Al otro lado del cortijo se escuchó un alarido. O'Sheere dejó a Avril y Dani andando en cuclillas mientras abonaban la maleza con diversos fluidos y corrió a ver qué era lo que sucedía ahora.

—¡Me sangra el chocho! —gritó Amor con los ojos desencajados y el cuerpo en completa tensión.

—¿Que te qué? —preguntó O'Sheere, perplejo ante tan vulgar expresión.

—¡No lo ves! —exclamó Amor adelantando su pelvis desnuda—. Me voy a desangrar. ¿Podemos morir si estamos transformados en humanos?

—Tranquila, muchacha —dijo riendo el señor O'Sheere—. No morirás por eso. Te ha venido la regla.

—¿La qué?

—La regla, un proceso de las mujeres. Es un sangrado que se produce cuando el óvulo que fue expulsado del ovario para ser fecundado no se fertiliza.

—Joder, el cuerpo humano es una mierda.

—Ponte un paño o algo —le propuso.

Dentro de la cabaña otra voz reclamó al anfitrión pelirrojo. Poniendo los ojos en blanco, dio media vuelta y marchó hacia la casa.

Donald, desnudo de cintura para abajo, se había arrimado a la chimenea, en la que ardía un ridículo fuego, para intentar calentarse. Por las piernas le corrían chorretones de heces secas que habían formado una especie de argamasa con los numerosísimos pelos que las poblaban. Sobre los tablones desnivelados del suelo yacían, tirados de cualquier modo, los pantalones con los calzoncillos enredados y manchados de mierda.

—Esto es indignante, no digo ya para un dios. No digo ya para un ser humano. Digo, y lo digo muy seriamente, hasta para una lombriz —comentó enojado Donald.

—En ese armario tengo algunas mudas. —O'Sheere señaló un viejo armario estilo colonial de madera maciza. Se acercó hasta el mueble y lo abrió. Dentro lucían, como fantasmas de otros tiempos, varios trajes de *tweed*, a cada cual más feo, y alguna ropa *sport* como, calcetas tirolesas, polos, calzones bombachos a la rodilla y camisas de cierre encordado—. Pero antes, lávate, te lo ruego.

Donald cogió unos pantalones *sport* bombachos de color caqui y salió por la puerta con el enfado sobre los hombros. Fuera, junto a una antigua caseta que albergaba el retrete, un bidón de cobre hacía las veces de bañera. El agua estaba helada, pero tendría que valer. Se sumergió de golpe y se frotó frenéticamente las piernas, la entrepierna, las ingles, el culo y los testículos y salió del bidón como un resorte. Sin secarse siquiera, se puso los calzones y entró de nuevo en la vivienda. Se sentó en una silla junto a la chimenea y empezó a mascullar frases ininteligibles.

Tirana se apartaba los cabellos mientras vomitaba en el fregadero. La escena era deprimente. Amor entró en casa con un gigantesco pañal artesanal, fabricado con una vieja cortina.

«Por todos los dioses», pensó O'Sheere.

—Escuchadme todos, mañana es jueves, el cuarto día de la semana. Los jueves, celebran un pequeño mercado en el pueblo. Bajaremos y compraremos todo lo necesario para vivir como humanos. También alquilaremos una casa cerca del pueblo. Aquí no podemos vivir los seis. Además, desde aquí, nunca localizaremos al muchacho.

La luna despuntó sobre la cima del monte Maimón, plena, iluminando los campos con su luz blanca. Las estrellas brillaban tenuemente a su lado. Todo parecía en calma.

# TAGARTERA

Se presentaron cual supervivientes del naufragio del Titanic, en medio de la plaza mayor de Tagartera, para estupefacción de los presentes. Cuatro andrajosos y pestilentes jóvenes de distintas razas, un hortera y aún más pestilente gordo y un estiloso anciano vestido con un traje de *tweed*, justo en el centro, junto a la estatua del predilecto Alex von Hasseldecker, que seguía mirando su probeta con ojos de ignorancia. Se apiñaban esperando a que los comerciantes ambulantes cerraran sus bocas de sorpresa y continuaran montando el decadente mercadillo.

Eran cerca de las siete de la mañana y unas pequeñas manchas de sol se colaban por entre las callejuelas. Tímido aquella mañana, el sol no despuntaba aún por encima de los tejados de las casas del pueblo. Los comerciantes ambulantes eran gentes *exquisitas* en su comportamiento. Tiraban desde lo alto de furgonetas y tartanas los hierros que formaban la estructura del tenderete, provocando tales estruendos metálicos que despertaban hasta las pedanías más lejanas. Se gritaban unos a otros por un palmo cuadrado de terreno. Se maldecían para generaciones posteriores y se defecaban en las anteriores, ya finadas casi todas. Todo ello acompañado de un característico olor a tabaco y aguardiente.

En esta Babel en miniatura, las diferentes razas, etnias y religiones convivían pacíficamente a partir de las diez treinta de la mañana cuando, de un fondo común, se adquirían decenas de litronas, habas y bacalao en salazón que servían de pacificador hasta la hora de la retirada. La retirada era siempre dolorosa y

ebria. Después de haber vendido una cazuela, un edredón, un pequeño limonero o incluso un poco de mojama, el día estaba echado.

Sobre las ocho y media de la mañana, ya estaban casi todos los puestos montados. Unas cuantas decenas de tenderetes con lonas, sábanas y cañizo se disponían alrededor de la plaza Mayor y las calles cercanas. Ya habían pasado algunas oriundas en busca del pan y de las mejores hortalizas. Arrastraban sus carros de tela a cuadros por los adoquines y se paraban a manosear todo el género. Se quejaban de cada precio que les decían, a lo que los comerciantes respondían siempre con aquello de: «Reina, me lo quitan de las manos».

En una sociedad basada en constructos cognitivos poco variables, esto, el mercadillo y sus roles, era lo más invariable del mundo. Podía caer un meteorito tres kilómetros más allá, pero la señora Mariquita, por llamar de alguna manera a la representante de toda la humanidad, bajaría por el pan y se pelearía por el precio de un kilo de tomates, sí o sí, hasta conseguir que la llamaran «reina». Era un juego que nadie ganaba jamás. Mientras, el marido de la señora Mariquita se acercaría, *deslomao*, a tomarse un chatito de vino al bar. Si este estuviera ya fallecido, Mariquita contaría, cada tres minutos, que, a su marido, que tanto descanso lleve como paz dejó, le encantaban los jueves de mercado. Ay, qué vida.

Durante estos cotidianos acontecimientos, la cuadrilla de seis dioses transformados en humanos fueron haciendo recados. Primero compraron unos cuantos vestidos para Tirana, la mayoría de colores que no deberían ni existir, como el azul marino o el gris claro, adornado en sus estampados con pequeñas florecillas blancas y botones de nácar. Eran vestidos para abuelas. En Tirana parecían *pret a porter* pornográfico.

Iban todos muy juntitos. No se alejaban unos de otros más allá de una losa. Miraban con cierta repugnancia y un poco de

temor a aquellas mujeres peleonas y recelosas, así como a los comerciantes, que enseñaban sus dientes llenos de queso y les mostraban telas, botes de encurtidos y gallinas vivas. O medio vivas, al menos. Los seis dioses se movían como una bandada de estorninos al atardecer. Si uno giraba a la izquierda, todos a una, giraban a la izquierda.

El segundo puesto que visitaron era una tienda de ropa de hombre. Allí adquirieron unos cuantos pantalones y calzoncillos para Donald, el avatar de Hades, un par de camisas y otro par de rebecas de lana. Se empeñó en comprar unas zapatillas deportivas en otro puesto que emitía un estentóreo reclamo asegurando la autenticidad de las marcas. El cosido y pegado de las zapatillas era tan malo que bien podría haberlo hecho un topo adiestrado, pero Donald se empeñó en comprar unas Acliclas blancas. El señor O'Sheere le advirtió de que no pegaban nada con su nueva indumentaria de jubilado. Amor se lo advirtió también. Tirana hizo hincapié en ello. Dani y Avril insistieron, pero Donald no cedió, se compró las Acliclas y se las calzó allí mismo sobre unos calcetines con estampado de raquetas cruzadas.

Una vez acabado con Donald, fue el turno de Dani. El jovenzuelo no encontraba nada de su gusto en las tiendas de caballeros. Se quejaba de falta de glamur, color y diseño. Habían visitado al menos ocho puestos cuando Tirana, en un arranque de coraje, lo cogió de la mano y se separó del grupo. Durante dos horas habían estado dando vueltas por el mercado y no les había pasado nada. Así, a pesar de lo desagradable de la humanidad, parecían poco dispuestos a hacerles algo. Tirana lo arrastró hasta un puesto de ropa de mujer; más atrevida e informal y, sobre todo, divertida. Era un poco campesina, por decirlo de algún modo, pero aun y con esas, era lo más *cool* que había por esos lares.

Los mercaderes y los viejecillos que se arremolinaban en torno a los trozos de sol que caían en las calles seguían con la vista a Tirana y su vestido de abuela ceñido, enseñando la carencia de

dientes a cierta edad. Sonreían burlones y contenidos, pensando en que no sabrían ni por dónde empezar con aquella tiparraca y, sin embargo, expresando *sotto voce*, sus lides como amantes.

Las damas, por el contrario, observaban un súcubo infame. Una prostituta turca. Una pelandusca sifilítica. Una buscafortunas comebraguetas. Una zorra descarriada. Una buscona y descarada puta, que se contorneaba para provocar a sus maridos y meterles ideas raras en la cabeza. Se creía aquella morena, pensaban ellas, que las demás no habían sido jóvenes. ¿Consideraba que no habían tenido cada parte del cuerpo donde debía estar? ¿Qué se había creído, que era la única mujer del mundo? Y aquel afeminado. Seguro que ese eunuco enano querría atrapar en sus redes homosexuales a sus hijos. Querría verlos postrados a cuatro patas. Seguro que se dejaba dar por atrás a cambio de nada, solo por gusto. Estaban seguras de que aquel jovencito de malvivir les echaría drogas a sus hijos en las copas y en los cigarros, quizá incluso les echaría drogas en las rayas de cocaína que se tomaban sobre el capó del todoterreno en el descampado junto a la discoteca, para llevárselos al catre y convertirlos en maricones perdidos. Se persignaban, rechinando los dientes. y acudían al Dios Nuestro Señor. Ojalá, pensaban con sus beatificas mentes, ardieran en el infierno como una tea mojada en queroseno. Por el bien del mundo, claro, por amor al prójimo. Así se pronunciaban las mentes enfermas de *amor* y *religiosidad*.

Dani compró unas cuantas prendas de dudoso gusto —y de incomprensible combinación— a un gitano. Le dejó buen precio, si lo comparamos con un vestido Gucci manufacturado en Taiwán por una niña de seis años. Si lo comparamos con lo que cuesta sacarlo de un contenedor de ropa, no era tan buen precio. Pero Dani se fue la mar de contento. No tenía un concepto muy claro del valor del dinero en este mundo de humanos, por lo que le pareció un precio más que justo.

Tirana y Dani se habían relajado un poco. Interaccionar con aquel buen hombre de la tienda de ropa femenina los había animado. No había sido para tanto, no fue tan difícil. Volvían agarrados por el brazo y con un danzarín caminar. Las miradas, para bien o para mal, o para mucho más mal, los seguían de nuevo.

Se unieron al grupo que en esos momentos adquiría en un puesto unos cuantos vestidos y un pequeño bolso para Amor, la joven mexicana. Antes habían estado en una tienda del pueblo, donde una señora les había atendido tan amablemente que los había descolocado. Habían comprado unas cuantas compresas y la dependienta les había dado a probar unos encurtidos hechos por ella misma. Aquellas bolitas negras con un hueso en medio no sabían demasiado bien, pero el excesivo sabor a sosa caustica les recordó un poco a los sabores típicos del infierno. A Amor pronto la embargó la nostalgia y acabaron comprando un bote de ocho kilos de aceitunas. Las peores del planeta. Amor las devoraba a puñados como si fueran golosinas en la comunión de una familia obesa. Avril solo compró unas medias. De todo lo que había en el mercado, lo más próximo a lo que le gustaba vestir eran unas tapaderas cromadas para las sartenes de las migas.

O'Sheere no necesitaba nada. Junto a él portaba, muy bien pegada al cuerpo, la maleta con la que treinta años antes había llegado a Tagartera. Dentro, unos cuantos objetos de aseo y tres trajes, con sus camisas y sus mudas, impecablemente dobladas.

Se reunieron otra vez en el centro de la plaza. El sol ya había tomado la mayor parte de ella y brillaba sobre la estatua del más famoso hijo del municipio: Alex von Hasseldecker, que había descubierto no sé qué cosa, en no sé qué época, que servía para yo qué sé qué.

Cargados de bolsas se dirigieron al Blackened, el bar de la placeta, como era conocido en por allí Al entrar se produjo un efecto *saloon*. Este efecto es aquel en que la pianola deja de sonar y todos

los parroquianos se giran a la vez para observar, con cara de pocos amigos, cartas en mano y *whiskey* en buche, a los forasteros que acaban de entrar por la puerta.

O'Sheere, principal conocedor de la cultura humana, encabezaba la expedición. Oteó el horizonte y vio a Madame Butterfly, cuarenta años más vieja que hacía treinta años. La recordó, recordó cuando llegó a Tagartera. Había comido una olla de nabos en esa misma tasca. Entonces no se llamaba Blackened, esas *modernuras* vinieron después, pero la *madame* ya andaba por allí en aquellos tiempos pretéritos, cuando Tagartera era una aburrida escombrera. Exactamente como hoy día.

—Que me lleven los demonios —susurró Madame Butterfly con su ahora pelo tintado de rojo y sus cientos de kilos de más. Las costuras reforzadas apenas contenían la avalancha de carne que empujaba desde dentro. O'Sheere y el grupo se acercaron a la barra. El pelirrojo anciano australiano de ascendencia escocesa apoyó el codo recubierto de *tweed* sobre la barra y el tejido absorbió rápidamente el líquido indistinguible que fluía sobre ella.

—Señorita, estamos buscando una casa. Una casa tranquila. Pagaremos bien —expuso O'Sheere.

—Por el mismísimo Satanás —blasfemó la dama—. No puede ser. ¿Es usted el mismo cuero viejo que vino hace treinta años para alquilar una vivienda aislada?

—El mismo, señora.

—Sigue usted igual. ¿Qué ha hecho? ¿Ha pactado con Satanás? ¿O le van más los dioses?

La pandilla de dioses se removieron incómodos. Tosieron disimuladamente y se achicaron en sus cuerpos humanos intentando disimular, lo mejor posible, su esencia divina.

O'Sheere se afirmó sobre la barra con medio cuerpo y sonrió nervioso.

—Ni lo uno ni lo otro, yo creo más en esto —dijo depositando una bolsa llena de monedas sobre la barra.

—¿Estamos en el medievo? —preguntó la *madame*.

—¿Cómo dice?

—No sé, ¿quién lleva hoy una bolsa llena de monedas?

—Pues… —Miró alrededor suyo y vio la cara de terror de sus congéneres—. Yo la llevo. ¿Sabe quién alquila una casa o no?

—Yo misma. Te alquilo una casa.

—Coño, qué casualidad —dijo sorprendido Donald.

—¿Dónde está? Queremos que esté un poco a las afueras —explicó O'Sheere.

—Bueno, está en la parte alta. En el pueblo, pero casi fuera —respondió la *madame*.

Los dioses juntaron las vistas intentando leerse las mentes. Cada uno pensó una cosa diferente, pero eso no lo sabrían jamás los demás.

—Está bien. ¿Cuándo podemos verla? —preguntó el pelirrojo australiano.

—Ahora mismo, si les viene en gana.

—Ahora mismo es un buen momento —espetó Amor.

Madame Butterfly pasó un trapo asqueroso por la barra de mármol. Casi quedó peor de lo que estaba. Dejó un cierto olor rancio y amargo cercano al vómito de un niño por sobredosis de tarta de limón.

—Esperen un momentito —les pidió la camarera y regente de la tasca bar Blackened.

Desapareció por la puerta de la cocina, por donde la grasa salía casi con vida propia tanto en semilíquido como en suspensión, impregnando cada baldosa, trozo de madera, metal o mineral del bar. Al momento salió por la puerta sin el delantal y dando vueltas con un dedo a un llavero con un manojo de llaves. Abandonó la barra, cruzó el bar y la puerta. Al momento asomó por el marco de la puerta otra vez.

—¿A qué esperan? —dijo apremiando.

—Ah, sí, vamos —respondió O'Sheere, dando un pequeño respingo.

Siguieron a la mujer por la plaza:

—Está un poco retirada, pero supongo que es lo que están buscando. Tiene cuatro habitaciones y dos baños. No tiene muchos muebles, pero no tienen pinta de necesitarlos ¿me equivoco? —decía la mujer mientras los demás, a una distancia de metro y medio, seguían el bamboleo de sus carnes hipnóticas. Se movían a un lado y otro con cada paso como una bolsa de agua a medio llenar.

—¿Cuánto tiempo van a estar? —preguntó Madame Butterfly.

—¿Perdón? —dijo O'Sheere, apartando la vista del trasero de la mujer.

—Que cuánto tiempo van a estar.

—Pues, de momento, indefinidamente, si a usted le viene bien —respondió saliendo del ensimismamiento.

—Hum —bufó la dama.

Caminaron cruzando el pueblo. Subieron varias cuestas hasta que llegaron a una zona donde las casas escaseaban. Madame Butterfly se dirigió a una de ellas, rodeada por una empalizada exterior con un jardín abandonado. La casa era grande, de dos plantas, con tejado de teja roja y blanqueada por fuera. Tenía buen aspecto en general. Otra cosa distinta era por dentro. Al entrar les recibía un salón amplio con una cocina americana. Gozaba también de buena luz, pero las paredes, de gotelé, estaban llenas de humedades y desconchones. Presidiendo el comedor, una chimenea de ladrillo visto barnizado y unos cuantos palos podridos en una cesta de mimbre. Una mesa de pino y tres sillas conjuntadas más dos de plástico blanco. En una de las esquinas de la habitación había una televisión Grundig del año en que Matusalén hizo la comunión y un sofá y dos sillones de imitación cuero marrón agujereado por mil quinientos sitios. En el suelo, junto a una cristalera corrediza que daba a otro patio, un

jarrón con flores muertas daba la impresión de que hubieran enterrado a alguien allí mismo. En la cocina, los cacharros propios de cocina. Eso era todo.

Les hizo un *tour* por la casa:

—Desde el salón se entra al garaje. Es esa puerta de ahí —dijo señalando a una puerta de contrachapado con pomo dorado a la que le faltaban cuatro centímetros para llegar al suelo—. Y también se sube a la planta de arriba, donde están los dormitorios y los cuartos de baño.

La mujer subió con trabajo por las escaleras de mármol agarrándose a la baranda de madera.

—Y esta es la planta de arriba —continuó explicando—. Las puertas de la izquierda son todas de dormitorios. Eso os lo repartís vosotros. Las de la derecha son cuartos de baño, excepto la última, que es de la terraza. El precio es de ochocientos pavos semanales —dijo usureramente.

—¿Semanales? Me parece un poco exagerado. Le daré cuatro mil al mes —dijo O'Sheere con una sonrisa socarrona, sacando diez mil pavos y depositándolos en la mano de la *madame*—. Esto valdrá para el primer mes, espero.

Madame Butterfly contó el fajo de billetes en un santiamén. Intentó metérselos por el escote en el sujetador, pero no cupieron. Dividió el taco en dos y se metió la mitad junto a cada teta.

—Son ustedes buena gente —respondió, mientras bajaba las escaleras—. Muy buena gente. Pueden quedarse cuanto quieran.

Se encendió un cigarrillo negro y desapareció.

—¡Le has pagado mucho más de lo que pedía! —advirtió Dani.

—Primera lección: los humanos son maleables y ambiciosos. El dinero abre todas las puertas en este mundo.

—¿Te refieres a puertas… puertas o puertas metafóricas? —preguntó el muchacho barcelonés, dubitativo.

—Me refiero a todo, piernas, agujeros de bala, mentes obtusas y sí, puertas.

—… Y bien. ¿Ideas? —preguntó O'Sheere.

Después de repartirse las habitaciones y los armarios, se reunieron en el comedor. Caía la noche, los perros aullaban, las lechuzas ululaban, las cabras balaban y las vacas mugían. En general, cada animal hacía lo que le tocaba. Encendieron la chimenea. Se acercaba la Navidad y en Tagartera el frío comenzaba a apretar los machos. Habían puesto el sofá frente a la hoguera y todos, excepto O'Sheere, que permanecía de pie, se apretujaban en las tres plazas.

—¡Qué recalco! —gritó Tirana braceando para evitar el contacto con Donald.

—Eh, yo me senté el primero —respondió este.

—Ya, te sentaste el primero, elegiste habitación el primero, te duchaste el primero… —lo acusó Tirana.

—¡Basta! Queridos. Queridos dioses. ¿Cuál es nuestro objetivo?

—Dominar a la humanidad —respondió Donald.

—No, estúpido. Acabar con la humanidad —dijo burlón Dani.

—Por favor… ¡por favor! —suplicó extenuado O'Sheere mesándose los alborotados cabellos colorados—. Es encontrar al muchacho. Encontrar al muchacho.

Desde que llegaron, no habían parado de discutir. Que si este ha gastado el agua caliente, que si aquella ha dejado la ropa tirada, que si el otro no para de tirarse pedos, que si la otra ha cogido la cama que yo me había pedido. O'Sheere intentaba que se centraran en la misión que les ocupaba, pero todos, incluida

Avril, el avatar de Hel, la más cabal de todos, se habían abandonado a la condición humana.

Había dibujado en una de las paredes con un carbón de la hoguera un retrato del muchacho. Se parecía como una pera a un huevo frito, pero al menos había guardado las proporciones. Es irritante cuando no se guardan las proporciones.

Señaló a su obra con el índice ennegrecido por el carbón.

—El muchacho. Encontrarlo es nuestro objetivo. ¡Buf!

Se alejó de la chimenea y se sentó en una silla de madera.

—Ya se ha enfadado, por tu culpa —susurró acusador Dani dirigiéndose a Donald.

—¡Claro, la culpa del homófobo racista, gordo, cabrón, calvo, italiano de mierda! —exclamó el homófobo, racista, gordo, cabrón, clavo, italiano de mierda, Donald, tirando las gafas al suelo.

O'Sheere se levantó de la silla muy despacio y se recolocó la chaqueta a cuadros.

—Necesito un respiro —confesó—. Voy a darme una vuelta.

Salió de la casa con su característica elegancia, evitando que la puerta hiciera el menor ruido. Desde el horrible jardín de la vivienda, miró al monte Maimón. Por allí, en las alturas, estaría su añorado cortijo casi caído, donde disfrutaba de la soledad del tiempo, que pasaba lento y denso, acompañando la armonía de la tierra. Inspiró hondo. El aire estaba helado y los primeros copos de nieve empezaban caer, aún no cuajaban. Estiró la mano, unos cuantos copos se posaron con suavidad en la palma. Se subió las solapas y el cuello de la chaqueta y comenzó a caminar calle abajo.

Las farolas emitían una luz amarillenta, casi anaranjada, y tenue, tan suave que casi no se posaba en las cosas. Caminaba cuesta abajo con cierta dificultad. El suelo estaba resbaladizo por la aguanieve, y el frío lo estaba convirtiendo en una pista de patinaje. Se detuvo un momento en un pequeño descampado desde

el que se veía una rambla. El agua corría parsimoniosa entre las piedras, los juncos y las cañas. Añoró el monte Maimón y poder sentir cómo el mundo transcurría.

Reanudó su caminata sin rumbo. Agradecía que no hubiera nadie por las calles.

Descendió una cuesta que tenía las farolas apagadas. Al fijarse en un farol tipo palacio de hierro forjado vio, siguiendo un anclaje de la pared, decenas de adornos con forma de estrella, renos, gordos barbudos con trajes rojos y bombillas diminutas sin orden aparente. De repente las luces se encendieron todas a la vez a lo largo de la calle, formando un espectáculo luminoso formidable y O'Sheere, sorprendido, dio un paso atrás, resbaló sobre una placa de hielo y cayó de espaldas. Notó cómo todo el aire de los pulmones escapaba de golpe y se quedó sin respiración durante un instante.

—¡Eh! ¿Está bien?

O'Sheere se incorporó sobre los codos.

—¿Está bien? ¿Necesita ayuda?

Desde la esquina saliente de una de las casas de la enrevesada calle, un operario del Ayuntamiento hacía equilibrios sobre una escalera demasiado pequeña para su propósito, que era alcanzar el cuadro de luces donde se encendía la iluminación navideña de esa calle.

O'Sheere hizo un gesto con la mano y asintió con la cabeza. Se levantó del suelo y se sacudió los copos de aguanieve de la chaqueta y el pantalón.

—¡Joder! —dijo para sí mismo—. Tengo que empezar a fumar.

Caminó con precaución por la cuesta y pasó junto al operario. Al parecer, estaban probando las luces de Navidad.

—Y todo por el puto Jesús —dijo malhumorado—. Ni siquiera es un puto dios.

Llegó a la plaza Mayor. La estatua del ilustre Alex von Hasseldecker casi había desaparecido bajo los copos de nieve. Los niños

recogían la que se acumulaba en los bancos para hacer guerras de bolas. Otros rodaban grandes bolas con la intención de construir muñecos de nieve. En general, parecían felices, pero eso no consoló a O'Sheere. En realidad, le daban igual los niños. Es más, casi no podía soportarlos. Le recordaron a la pandilla de dioses pueriles que tenía en casa. Miró enojado la puerta del bar el Atún con Patas, sobre la puerta, un atún con patas se convertía en uno de los esperpentos mayores que O'Sheere hubiera visto nunca. Al otro lado de la plaza estaba el Blackened, pero no le apetecía ahora enfrentarse con un nuevo interrogatorio de Madame Butterfly.

Se acercó a la puerta y retiró una cortina de canutillos. Dentro, casi en la penumbra, pudo ver un bar que parecía sacado de una novela medieval. Entró. Los parroquianos, como de costumbre, lo miraron con el gesto torcido y ojos llorosos debido al humo del tabaco, el exceso de alcohol y las penas acumuladas. Se sentó en la barra del bar. El camarero se acercó. Era un enjuto hobbit, mezcla de hombre lobo y tortuga.

—Qué le pongo —dijo con una fina voz de niño cantor.

—Una bebida fuerte —respondió O'Sheere al estilo Bogart.

El camarero se giró como una bailarina de caja de música y enfiló el camino al botellero con un notable cojeo. Cogió una de las botellas de la parte alta de la estantería y volvió, tac, tac, con su ruidoso caminar. Sirvió una copa de absenta y se volvió al fondo de la barra, donde imperaban las sombras. El bar estaba en silencio, salvo por un programa de hípica que estaban emitiendo en la televisión, pero todos los parroquianos parecían absortos en sus propios pensamientos. O'Sheere se fijó con disimulo en cada uno de ellos. Allí parecían estar representadas todas las clases sociales de Tagartera. En una esquina, un hombre alto y bien vestido dejaba asomar el llavero de un Porche por el bolsillo tomaba un *gin-tonic* en copa ancha. Parecía un empresario venido a menos. El alboroto de su cabellera daba a entender que llevaba allí un buen rato. Alrededor de una mesa, tres hombres

de mediana edad se ahogaban en sus vasos. Olían como una leonera y eso teniendo en cuenta que estaban a unos seis metros. O'Sheere no quiso ni pensar lo que sería estar sentado con ellos. En otra mesa, unos jóvenes macarras comenzaban una conversación sobre quién era el mejor guitarrista. Vestían de negro, con pantalones rajados y chalecos con parches de grupos como Metallica, Iron Maiden o The Misfits. Menuda juventud.

—Un buen servicio militar es lo que les hace falta a esos inútiles —comentó un viejo que había sentado en la barra—. Si yo fuera el presidente…

Dejó la frase en el aire. O'Sheere interpretó que, si él fuera el presidente, aquellos jóvenes greñudos harían el servicio militar, pero no lo tenía muy claro.

—¿No es cierto, amigo? —preguntó el viejo.

O'Sheere miró hacia el otro lado de la barra y no vio a nadie salvo el pequeño camarero tortucánido. Supuso que se dirigía a él.

—Es posible —contestó lo más rudo que supo.

—Sááá —soltó el viejo, queriendo decir sí, y se tragó un vaso entero de coñac.

Golpeó la barra con el vaso y, como salido de la nada, el camarero se lo llenó hasta el borde.

—Pon uno para mi amigo —le dijo.

El camarero se postró ante O'Sheere con la botella en la mano y la vista enfrentada.

—¿Se va a terminar la copa o quiere que esté aquí hasta mañana? —espetó con su voz de ruiseñor convertida en sable venenoso.

O'Sheere se tomó el pequeño vaso de absenta. Una bomba nuclear cayó en su estómago y el infierno se desató en las entrañas. Contuvo la tos todo lo que pudo.

—Está fuertecito, ¿eh, marinero? —comentó jocoso el camarero mientras llenaba el vaso hasta derramarse.

—Por Mussolini —brindó el viejo alzando el vaso.

—Por Mussolini —respondió O'Sheere, sin saber quién era ese tal Mussolini. Pensó que podía ser algún familiar fallecido hacía poco.

El viejo bebió de nuevo el vaso de un solo trago. O'Sheere vio cómo el gaznate subía y bajaba acompañado de los pellejos que le colgaban al viejo del cuello. Después sonrió y exhaló una tormenta alcohólica regodeándose en el placer ardiente de la bebida. O'Sheere lo imitó. Bebió hasta que no quedó una gota de aquel líquido marrón asqueroso dentro del vaso. De inmediato, cayó al suelo por segunda vez en la noche.

Cuando abrió los ojos, un corro de caras le sonreían. Allí estaban el extraño camarero hombre-lobo-tortuga, el viejo alcohólico, el empresario venido a menos, los tres hombres que olían a tigre y los jóvenes *heavies*. Se intentó levantar, pero por algún motivo el corro no se dispersaba. El motivo era que es mucho más divertido un hombre inconsciente tirado en el suelo que uno que no lo está.

Finalmente se pudo poner en pie. Todos seguían aparentando querer ayudarle. En realidad, solo querían estar en primera fila por si volvía a caer. Sería una anécdota para la posteridad.

—¿Está bien, amigo? —preguntó el camarero—. Ha caído como un taco. Se ve que no está hecho para la bebida.

—Este cuerpo no aguanta nada —respondió O'Sheere con la lengua hinchada. Al parecer, se la había mordido al caer.

—Es usted un carcamal —advirtió el viejo fascista.

—No lo sabe usted bien —comentó O'Sheere—. ¿No tendrán por ahí un cigarrillo?

Uno de los chavales le dio uno. O'Sheere dejó sobre la mesa un billete de cien pavos.

—¿Quiere otro? —dijeron a coro los muchachos melenudos.

—No, pero me quedo el mechero.

O'Sheere se encendió el cigarrillo, que le provocó un acceso de tos. Dejó otro billete de cien sobre la barra y salió por la

puerta. Intentó disfrutar de cada calada, aunque sabía asqueroso. No comprendía por qué a gran parte de la población le gustaba tragar humo. Aun así, se lo fumó hasta el filtro y lo tiró sobre un montón de nieve que los niños habían acumulado junto a la esquina del ayuntamiento. Se dio un corto paseo por la plaza y se enjuagó la boca con un puñado de nieve. Era refrescante, pero empeoraba aún más el regusto que le había dejado el tabaco. Quería sentirse como los protagonistas de algunas películas que había visto hacía muchos años. Quería sentirse deprimido, enamorado, abandonado. Quería perderse en el alcohol y fumarse un cigarrillo con la nariz sangrando. Quería sentirse incomprendido, duro y atormentado. Quería poder responder como el acero fundido, estar impasible ante el peligro, ser frío como el hielo, pero no conseguía más que sentirse cansado. Lo mejor sería volver a la casa. Antes compraría tabaco. Lo hizo en una diminuta tienda de *souvenirs* que lo vendía ilegalmente.

Caminó con los hombros encogidos por el frío. La nieve arreciaba y las calles estaban casi en total oscuridad. Eligió otro camino para volver a casa. Caminaba tranquilo, sin deseo de llegar pronto. Miraba de reojo por las ventanas de las viviendas habitadas. Vio por una cómo un anciano le daba de comer a una anciana. La mujer parecía estar en otro mundo. Percibió que estaba muy enferma. El hombre le daba de comer y después le limpiaba la boca. Maldita humanidad.

Se encendió un cigarro y lo tiró a las dos caladas.

Por otra ventana unos niños daban saltos sobre un sofá. Uno llevaba un pijama amarillo y el otro unos pantalones color gris sin la parte de arriba. La madre fue a regañarlos. De pronto apareció el padre y empezó a saltar también en el sofá. La mujer parecía increparlos, pero en realidad se partía de risa. Siguió caminando, cruzó dos calles y vio otra ventana con los postigos abiertos. Mientras pasaba, se percató de que estaban poniendo un abeto y lo decoraban con tiras de colores y luces. Debía ser

alguna tradición o algo así. Lo había visto más veces. Comenzó a subir la cuesta que conducía a la parte alta del pueblo donde habían alquilado la casa.

En una pequeña casa, a través de la ventana, observó cómo un hombre mayor colocaba un abeto. Sacó un cigarro de la cajetilla, lo golpeó contra el cartón como había visto hacer alguna vez y se lo puso en los labios. Lo encendió con una gran calada.

—Ahí no, cariño —dijo una voz femenina—. Ahí tapas toda la ventana.

El hombre movió con esfuerzo el árbol, que tintineaba cargado de adornos.

—¿Aquí? —dijo el hombre tapando aún más la ventana.

—¡Qué tonto eres! —dijo la mujer divertida.

—¡Así entonces!

El hombre había dejado el árbol tumbado sobre el altillo de la ventana.

La mujer estalló en carcajadas.

—¿Quieres ponerlo bien de una vez? —dijo intentando contener la risa.

El hombre arrastró el árbol y lo apartó de la ventana.

O'Sheere le dio una calada al pitillo, pero lo que vio tras la ventana le hizo expulsar el humo de golpe y escupir el cigarro entero. Al otro lado del cristal, en medio del salón, sentado a la mesa, estaba el joven que había visto en la quebrada acompañado de centenares de seres, a cada cual más extraño que el otro. Junto a él se hacinaban cientos de entes. Sobre la mesa, tirados por el suelo, subidos a la lámpara, amontonados contra las paredes. Todo estaba lleno de seres extraños, pero los dos ancianos no parecían verlos. Por tercera vez O'Sheere cayó al suelo esa noche. Esta vez porque se había tirado junto a un seto que adornaba la valla de la casa, justo un instante antes de que el muchacho mirara por la ventana. Sobre la nieve, O'Sheere permaneció quieto como una roca. «Sé una roca», se dijo. «Ahora soy

esquisto», repitió como un mantra. Un par de minutos después, con el valor un poco recobrado, se asomó por encima del seto y entre la valla de madera y pudo ver al chico. Los dos ancianos parecían sus padres. Los seres extraños pululaban por la casa como si estuvieran en otra dimensión invisible a los humanos.

Arrastrándose por el suelo, salió del campo de visión que ofrecía la ventana. Miró calle arriba. La siguiente casa era la que habían alquilado ellos.

—Es mi puto vecino —dijo en un susurro agónico.

# TODOS EN UNA CASA

O'Sheere abrió la puerta de entrada de la casa alquilada, la cruzó como una centella y se apostó de espaldas tras ella. Su respiración era agitada y su traje, pudieron observar atónitos los demás inquilinos de la casa, estaba inconcebiblemente desbaratado sobre su cuerpo. Los cabellos se habían convertido en llamaradas ingobernables que se orientaban hacia todos los puntos cardinales como chuzos endemoniados. Estaba sucio. Y mojado.

Los demás habían anidado junto a la chimenea y habían sacrificado en avanzadilla a Avril, que con su aspecto gótico se presentaba, brazos en cruz, ante O'Sheere.

—Hemos estado pensando en todo —comenzó a explicar la depresiva muchacha—. Cómo nos hemos comportado como dioses y cómo lo estamos haciendo ahora como humanos…

—Calla —gritó contenido O'Sheere. Señaló en dirección a la pared norte del comedor—. ¡Está ahí!

Los demás miraron en la dirección que indicaba el brazo de O'Sheere. Fijaron la vista en la pared, observaron el papel estampado con flores marrones y sinuosas formas geométricas que la decoraba. La ventana con la persiana a tres cuartos y un cuadro de una gitana posando con una escopeta de caza y varias perdices muertas alrededor.

—¿Qué coño te ha pasado? Estás horrible —comentó preocupada Avril, más por la salud mental de su homólogo que por su estado físico.

—Está ahí mismo, al otro lado de la pared —insistió.

Avril se acercó a ella, la tocó esperando no sabía muy bien qué. Estaba fresca y rugosa. Se asomó por la ventana y divisó el pueblo en la oscuridad.

—Aquí no hay nada.

—El chico, el chico. Los seres extraños y el chico —repitió obsesionado O'Sheere.

—¿Los que te atacaron en la montaña? —preguntó aterrado Dani.

—Vive al lado. Es nuestro puto vecino —desveló por fin.

Donald, el calvo gordo del que se había vestido Hades, alzó su corpachón de una silla de enea y corrió presto, ondulando hacia la ventana. Los demás lo siguieron. Con las narices aplastadas contra el cristal, observaron la vivienda contigua.

Se advertía la escasa luz que escapaba por una ventana lateral de la casa junto al patio trasero. El resto del edificio estaba a oscuras. Permanecieron unos minutos hasta que una bombilla se iluminó justo enfrente de ellos. Era una señora mayor. Se acercó al fregadero, llenó un vaso de agua y bebió sorbito a sorbito hasta que vació el vaso. Lo dejó en el fregadero y se marchó.

—Creo que esa debe ser la madre de ese monstruo —dijo O'Sheere.

—¿Por qué no salimos a verlo? —sugirió Donald.

—¡Ni hablar! —dijo con un mínimo hilo de voz Dani.

—No, tenemos que marcar una estrategia —dijo consecuentemente O'Sheere.

Una luz se encendió en la segunda planta de la casa del muchacho. Por la ventana se podía distinguir un cuadro, más o menos horrible, de unos muchachos jugando en la playa. Era tan horrible que el autor había pintado barcos que parecían la mitad de un aro de cebolla y las rocas de un acantilado cercano a la playa podían pasar por King Kong agazapado.

El chico apareció en la ventana por el lado derecho.

—¡Ahí está! ¡Ese es! —señaló O'Sheere.

El muchacho se detuvo un instante frente a la ventana, rascó algo del cristal y siguió su camino.

—Parece un espárrago flácido —comentó Tirana, no demasiado desacertada y con bastante decepción.

—Sí, no parece muy peligroso, O'Sheere. ¿Seguro que ese muchacho…? —decía Donald, cuando una miríada de seres, como un río de lodo de aguas fecales compuesto de seres de todas las formas, colores y tamaños concebibles comenzaron a desfilar por la ventana tras el joven.

Se movían como un único organismo, como una amalgama de células extrañas y cancerosas sujetas por un pegamento invisible. Ocupaban cada milímetro del pasillo, desde el suelo a las esquinas del techo avanzando indefectiblemente tras su caudillo.

Las caras de los avatares que encerraban el élan vital de los majestuosos dioses de la muerte habían empezado a cambiar de color, de unos saludables tonos rojizos chimenea y moreno latino a un blanco roto digno de la calavera seca de la mismísima muerte. Durante unos cinco minutos estuvo pasando sin cesar un desfile de entes frente a ellos, finalizando con unos cuantos seres del tamaño de un puño y de púas erizadas que saltaban hasta una altura de un metro mientras se peleaban entre ellos dejando un rastro de saetas puntiagudas, pelos y plumas que iban desapareciendo, difuminándose en la realidad, hasta hacerse invisibles incluso a los ojos de los dioses. Todo ello había dejado en estado de *shock* a las fundas humanas que vestían los dioses de la muerte, pero lo que siguió los hizo sentarse en el suelo y abrazarse entre ellos.

Un ser del tamaño de un edificio, con seis patas, centenares de mamas colgando de su vientre y miles de tentáculos, miles de miles de astas y millones de millones de plumas pétreas, se elevó desde una rambla cercana, rodeó la casa y se acurrucó junto a la ventana del dormitorio del joven. Se movió un par de veces intentando acomodar el cuerpo al terreno, miró por la ventana

del joven, resopló por sus gigantescas fosas nasales y posó la cabeza —o lo que fuera— sobre las patas delanteras con un dulce suspiro.

Ojipláticos, abrazados unos a otros, unidos casi al punto de la fusión, los avatares de dioses se desplazaron con lentitud, como un solo organismo dotado de doce piernas, seis cabezas y cero brazos, y se retiraron de la ventana. Un brazo nació del organismo y cogió la cinta de la persiana. Tiró de ella y fue bajando poco a poco, meticulosamente, apagando el ruido de la persiana al descender. Estiró y soltó. Estiró, el monstruo de la calle levantó la cabeza —o lo que fuera— y miró, con aire curioso, en dirección a la ventana. Estiró y soltó, estiró y soltó, estiró y soltó. La persiana se cerró. Donald se separó dolorosamente de la amalgama de humanos que habían formado y se puso en pie.

—La, la... La, la... —repetía.

Los demás lo miraron como una polilla miraría a otra chocar incesante e insistente contra una bombilla de ciento veinte vatios hasta caer rendida y destrozada por los golpes y, aun así, más loca por llegar a la luz.

—Basta —ordenó Avril—. Nos estás asustando a todos.

—La... la hostia puta. Por Cronos y Júpiter por... ¿que os estoy asustando? —dijo recobrando la lucidez el italiano malcarado—. ¿Estabas mirando por la ventana? ¿Has visto lo que yo he visto?

—Todos lo hemos visto —arrancó Tirana palidecida—. ¿Qué coño era eso?

—Es lo que os dije —comenzó el viejo O'Sheere—. Os lo dije.

Dani sollozaba en voz baja mientras Amor le mesaba los cabellos en estado catatónico.

—Nos tenemos que ir a la planta de arriba. Desde allí podremos ver lo que hace ese... lo que quiera que sea —propuso Donald.

Como un resorte, se levantaron del suelo y subieron escaleras arriba hasta llegar a la habitación de las chicas. Era una habitación

pintada al gotelé, sin ningún adorno sobre las paredes. Tenía dos camas de hierro antiguas, una mesita de noche estilo nórdico, un armario empotrado de madera de teca y una ventana de aluminio con cortinas rosas y estampado de flores blancas. Era tan deprimente que Hel, deprimida de por sí, estuvo a punto de fallecer al verla de nuevo. Echaron los colchones al suelo junto a la ventana, se sentaron encima y empezaron a observar por la rendija de la persiana.

Durante tres días y tres noches estuvieron sentados junto a la ventana, mirando por ella qué es lo que hacían el joven y su legión.

No hacía mucho. Salía, entraba. A veces se asomaba a la verja del jardín, orientado al este, por donde se trazaba el cauce de una rambla que apenas contenía agua, pero que había conseguido socavar las montañas circundantes en más de cincuenta metros.

Otras veces lo veían trasponer en dirección sur, subiendo una pequeña cuesta que coronaba un depósito de agua. Desde allí se encaminaba por un carril de tierra hacia una mole inmensa de tierra y roca que los lugareños —y O'Sheere— conocían como Maimón.

A veces marchaba apático hasta los contenedores de basura y allí echaba cada envase o resto en su correspondiente contenedor.

La habitación empezaba a oler como un pozo de brea. No se habían movido de los colchones ni para ir al baño, pueda imaginarse el lector cómo estaban los colchones y cómo estaban los cuerpos sobre los colchones y las ropas sobre los cuerpos.

Algún estómago clamó al hambre y a la sed.

O'Sheere salió del estado catatónico y obsesivo en el que habían entrado hacía tres días.

—Tenemos que comer —comentó agotado, casi extinguido en su viejo cuerpo.

—Y beber —dijo Dani, que había consumido sus fluidos interiores en lágrimas y saliva.

Bajaron al comedor cocina y devoraron todo cuanto encontraron.

Durante casi una hora solo se escucharon las mandíbulas triturando toda clase de alimentos y las gargantas tragando líquidos y sólidos. El sol avanzaba despacio sobre el tablero de madera de la mesa del comedor y las sombras se escondían tras los sofás y los cuadros de las paredes. O'Sheere miraba la pared abstraído en sus pensamientos. Notaba, en su espíritu de dios, el poder que encerraba aquel muchacho desgarbado. Se preguntó qué clase de ser era aquel. Nunca, en sus miles de años de existencia, había visto una cosa parecida.

Se levantó de la mesa sin decir nada y subió las escaleras. Los demás lo miraron sorprendidos.

—¿Dónde vas? —preguntó Amor.

—A ducharme —respondió secamente el viejo.

Entró en el cuarto de baño y se despojó de las ropas sucias haciendo un ovillo con ellas. Más tarde las tiraría a la basura. Se metió en la ducha y puso el agua a la temperatura más fría que pudo. Su cuerpo humano se tensó y empezó a bombear la sangre con fuerza. Resopló con coraje. Al salir de la ducha, pudo notar el confortable calor en su cuerpo debido al cambio de temperatura entre el agua y el ambiente. Se dirigió a su habitación y volvió a vestirse con un traje de *tweed* marrón.

Bajó al salón y se dirigió a la puerta de la calle.

—Me voy. Vosotros esperaréis aquí —dijo decidido.

—¿Dónde vas? No es justo que nosotros… —comenzó Amor contrariada.

—Es lo que es —interrumpió la queja de la chica mejicana—. Volveré en cuanto pueda.

—¿Has perdido la cabeza? —protestó Donald, pero el viejo australiano había desaparecido ya por la puerta—. Ha perdido la cabeza —concluyó.

# EL VIEJO Y VALIENTE O'SHEERE

Notaba la fuerza del muchacho cerca. Justo al otro lado de las paredes de la casa, unos metros más abajo. Encendió un cigarrillo bajo el emporchado de la casa que habían alquilado. Exhaló el humo. Estaba asqueroso, pero lo reconfortaba en cierto modo. Notó el tímido sol matutino del invierno calentar el *tweed* que vestía. Esto también lo reconfortó. No quería ni pensarlo, pero en su mente, muy adentro, donde están las cosas que no queremos recordar contando sus historias tristes, odiando las cosas innombrables y amando las inconfesables, una pequeña resistencia alentaba la idea de que le gustaba ser humano, que la vida tenía unos pequeños placeres, a pesar de los muchos miedos, que la hacían incontenible.

Abrió la cancela y salió a la calle. Apagó el cigarro y encendió otro. Se sentía mareado y nervioso. El miedo le atenazaba los músculos, pero se esforzó en seguir adelante. Permaneció unos veinte minutos de pie en la calle fumando un cigarro tras otro. A su alrededor, un nido de colillas empezaba a tomar forma. Pasados los veinte minutos, vio cómo el chico salía por la puerta de su casa, despidiéndose de su madre con un gesto distraído de la mano.

O'Sheere había aprendido a observar, entre otras, las pautas de las cosas. Una de las que había observado en los tres días que habían estado encerrados en la habitación de la primera planta era a la hora que el joven solía salir. Las nueve treinta de la mañana.

El chico lo miró de reojo, pero no saludó, prosiguió su camino calle abajo con el fin del mundo a sus espaldas y la legión de seres tras él, que tampoco le prestaron demasiada atención esta vez.

O'Sheere contuvo la respiración y reforzó el control de los esfínteres. Estaba aterrado. Por encima del tejado vecino, apareció la inmensa cabeza del ser que pasaba las noches junto a la ventana de la habitación del muchacho. Decenas de rojizos ojos redondos lo observaron por entre las astas, tentáculos y plumas. Bufó y se retiró tras la casa.

Las viejas arterias de O'Sheere estuvieron a punto de estallar. El corazón latía poderoso pero irregular. Exhaló el humo que llevaba reteniendo en los pulmones sin darse cuenta. Pasado más de un minuto, volvió a respirar.

La madre del muchacho apareció por la puerta y saludó.

—Buenos días, caballero —dijo sonriente.

—Bu… buenos días —respondió titubeante O'Sheere.

—Son nuestros nuevos vecinos ¿no?

—Eso parece. Sí. Correcto, señora.

—Pues aquí estamos, por si necesitan cualquier cosa.

—Gracias. Muy amable —respondió O'Sheere echando a caminar calle abajo.

Siguió de lejos al muchacho y su cohorte, mientras le remordía la conciencia por no haberle dicho a la madre del muchacho que también ellos estaban allí por si necesitaban algo. Ella se había ofrecido tan amablemente. Debía prestar atención a esas cosas. Había aprendido en sus muchos años como empresario que los humanos daban importancia a las cosas, especialmente a las que no tienen mucha importancia. Por ejemplo, para los jóvenes humanos, era mucho más importante aparentar que ser. Esa era la clave. Había entendido desde hacía muchos años que el hecho de que el ser humano pareciera inteligente, visto desde la lejanía, no significaba que lo fuera.

Llegaron a la plaza del pueblo. La algarabía de las gentes corrientes llenaba las calles iluminándolas de alegría y festividad. Parecía un pueblo diferente durante el día que durante la noche. En la plaza había un mercado de artesanía. Un coro navideño, vestido con ropajes de época, amargaba la existencia a los presentes, pidiendo limosnas para los niños pobres. La limosna era en parte para los niños pobres y en parte para pagar convites desde donde, miraban, condescendientemente, las fotos de niños llenos de mocos sosteniendo un juguete no homologado.

El muchacho caminaba como una palmera entre naranjos en dirección a la carnicería, junto al principal banco del pueblo, cuando sucedió un hecho insólito; increíble a la par que espeluznante. Una de las criaturas que le acompañaban se separó de la marabunta que formaba su corte y comenzó a dar saltos por doquier. Era un ser plano de color gris pulmón enfermo, compuesto de unos treinta segmentos corporales y diez patas en forma de aguja. Se movía zigzagueando entre los asistentes a la feria con una agilidad y velocidad vertiginosas. Se acercó hasta un puesto de salazones lleno de moscas que regentaba un hombre esférico con bigote estilo morsa y lleno de moscas a su vez. Atendía jovial a los clientes, que se agolpaban sobre el puesto disfrutando de las muestras gratuitas de mojama, huevas, sardinas, arenques y bacalao en salazón con habas. El ser grisáceo se acercó a la pierna del dependiente, saludó con una de las patitas a sus expectantes colegas, que le vitorearon, y se coló por la pernera del pantalón. El dependiente de salazones dio un respingo a la vez que se echó la mano al inmenso culo. Se hurgó disimuladamente.

Una anciana con un pañuelo de flores azules sobre la cabeza pidió medio kilo de mojama. El dependiente, con habilidad, esgrimió el cuchillo, cortó un trozo y lo puso sobre la balanza. O'Sheere vio con claridad cómo apoyaba el dedo índice sobre el borde de la balanza hasta que marcó quinientos gramos.

—Quinientos gramos —cantó el bigotudo del puesto de salazones.

Cuando soltó el plato de la balanza, la aguja de la escala de lectura volvió a cuatrocientos cuarenta y cinco gramos, pero, antes de que nadie se diera cuenta, el dependiente obeso había cogido el taco de mojama y lo había envuelto en papel de estraza.

La anciana pagó, colocó el paquete en el carro de la compra y se fue.

Los seres, expectantes, arrancaron en vítores. El tendero dio otro respingo y por la pernera del pantalón apareció el ser plano y grisáceo. Sus compañeros redoblaron los vítores al verle, hizo una escolopéndrica reverencia y se dispersó entre la multitud mientras todos lo zarandeaban y celebraban.

O'Sheere se quedó horrorizado.

—Son demonios —dijo para sí.

Mientras, otro ser, amarillento, con forma de larva bípeda, se alejó del grupo, que le seguía con la vista, emocionado.

Dos hombres fumaban en la puerta del bar Atún con Patas que desbordaba por el escalón de la entrada cabezas de boquerón, servilletas aceitosas, huesos de aceituna y palillos de dientes ensangrentados. Uno de ellos tenía un terrible acceso de tos. El otro, un calvo con unos pantalones de pana marrón y una chaqueta de lana lo miraba preocupado.

La larva con patas se acercó al calvo y traspasó su piel. El hombre se giró y miró en dirección a los demás camaradas. Enarcó las cejas. Sacó un cigarrillo y se lo ofreció al otro.

—¿Más? Estoy que me asfixio —comentó el hombre entre toses.

—Esto lo quita *to* —dijo el calvo con sonrisa maliciosa…

Se encendieron un pitillo cada uno. El hombre estalló otra vez en un ataque de tos mientras tiraba el cigarro al suelo y maldecía.

La larva bípeda apareció una vez más atravesando la piel del calvo. Todos le vitoreaban.

O'Sheere se acercó dos pasos más.

—La puta que los parió. Se dedican a poseer a personas para obligarles a cometer fechorías.

—¿Cómo dice? —preguntó un hombre mayor cuya tez se aproximaba al púrpura.

—Nada —respondió O'Sheere—. Hablaba solo, disculpe.

Se acercó un poco más al enjambre de demonios y se encendió un cigarro. Los demonios seguían entrando en el cuerpo de la gente y les hacían cometer bajezas. Uno había poseído a un librero que ofrecía libros y cómics de temática histórica. Un niño miraba con atención un cómic de Flash Gordon de edición antigua. Se había empeñado en comprarlo y había conseguido que su madre cediera. El librero cogió el libro y lo metió en una bolsa. El niño se fue tan contento con su cómic nuevo. Lo que no podría sospechar jamás es que el librero le había vendido el comic con una de las esquinas de la contraportada doblada. Una vileza indigna hasta para un demonio.

Otro de los demonios, que podría describirse como una sábila con pelo de panocha, se acercó a O'Sheere, que se mantuvo estoico y contuvo las ganas de huir. El ser le olisqueó la entrepierna. O'Sheere miraba a la lejanía. No quería desvelar que podía verlos, pero en la periferia de su campo de visión observó que el ser saltaba y se mofaba de él. El viejo hizo acopio de todo su valor para permanecer en pie, y no fue poco el que tuvo que reunir; casi todo el que había ido guardando desde que tenía uso de razón para alguna ocasión especial. Dio una calada profunda a un cigarrillo cuando el ser se abalanzó sobre él. Sintió cómo este había penetrado en su interior profundo. Se deslizaba por la conciencia invadiendo cada célula del cuerpo. En el momento en que iba a tomar el control, O'Sheere se proyectó a un mundo oscuro lleno de titilantes estrellas lejanas. El ser se encontró de bruces con Osiris, el dios. Por unos instantes confrontaron las miradas. Osiris desapareció sin apenas dejar constancia de que

alguna vez estuvo y el demonio salió a trompicones del cuerpo del viejo O'Sheere. Se escuchó un abucheo generalizado y hubo risas después. El demonio peludo se incorporó contrariado al grupo mientras los demás le daban pescozones y se burlaban de él.

La gente, en una plaza abarrotada, seguía colmando los puestos de comidas y artesanía, mientras la horda de demonios continuaba con sus trastadas. Cada vez eran más los que salían del grupo y se introducían en los cuerpos de los inconscientes vecinos.

De entre ellos avanzó uno. Era alto y espigado. Tenía una melena descontrolada y rojiza que le caía sobre los huesudos hombros. Su color era amarillento y de entre las piernas le colgaba un pene del tamaño de un mástil. De espaldas a un puesto de algo parecido a tripas fritas enrolladas en un palo, se encontraba una muchacha generosamente dotada de pechos. Vestía pantalón corto rojo y una camiseta de un antiguo evento, una exposición universal. Sostenía con desgana dos bolsas de plástico blancas llenas de fruta y embutido. El demonio se le acercó por la espalda con el miembro erecto y se introdujo en el cuerpo de la muchacha. La chica se balanceó imperceptiblemente y soltó las bolsas de la compra. Las manzanas rodaron por el suelo.

O'Sheere vio salir de la carnicería al muchacho con una bolsa y antes de que pudiera reconocerlo se mezcló entre la gente y se dirigió a casa. No podía esperar ni un minuto para contarles a sus compañeros lo que había presenciado.

# AMANDA O LA CHICA DEL DIEZ

Tagartera no ganaba para disgustos. Siempre había sido un pueblo borracho y pendenciero, incluso algunos predicaban las malas artes de sus gentes fuera de sus fronteras, pero había cosas y cosas.

Amanda finalizaría el bachiller dentro de unos pocos meses. Era una chica de metro setenta y dos, con dos kilos de más, pelo negro azabache recogido en una cola alta y un pecho portentoso. Atractiva, como todas las chicas lo son, a su manera.

La segunda cosa por la que era más conocida era porque había sacado nueve dieces seguidos en química, para desgracia del profesor Rutherford, el mayor hijo de puta de entre todos los profesores que había en el instituto Irina Tankova, la *madame* Curie de este, se la solía llamar. Rutherford no era su nombre real, era el apodo que le habían puesto en nombre del aclamado y famoso físico Ernest Rutherford, solo porque sonaba a cabronazo, no porque fuera buen profesor de Física.

La primera cosa por la que era conocida Amanda era porque no se le había conocido pareja alguna. Ni siquiera sus amigas, las más íntimas, tenían conocimiento de que le gustara algún chico. O alguna chica. Era una buena estudiante. Una buena hija. Una persona comprometida con el medio ambiente. Le apasionaba el arte. Adoraba a los gatos. Pero se aburría saliendo y parecía no tener sexualidad, en palabras de sus propias amigas.

Hasta las vísperas de Nochebuena de aquel año cuando, en un callejón cercano a la iglesia neoclásica de Tagartera, le había

practicado una felación a un viejo de sesenta y cinco años y, diez minutos después, había perdido la virginidad con Atticus Porter, un chico dos años menor que ella, que se había visto avasallado por el deseo desbocado de «aquella chica de las tetas gordas en la que había pensado alguna vez mientras se masturbaba», como él la conocía.

El cura del pueblo los había pillado y había montado en cólera no solo por el acto indecente, sino por haber mancillado una de las paredes de la iglesia. Iglesia que había sido mancillada, por otra parte, innumerables veces por él mismo.

La noticia había corrido como la pólvora por Tagartera. Había llegado a cada tasca y cada bar; a las farmacias y los estancos y, de ahí, directa a todas las casas del pueblo. También a la casa de O'Sheere y los demás.

Al parecer la chica no sabía qué le había pasado. Se sentía avergonzada y agraviada. No era ella, había contado. La madre, que venía siendo criticada por todas las demás madres del pueblo, iba de un lado a otro como si hubiera caído la bomba de Hiroshima. El padre había cogido la escopeta tres veces con la intención de comenzar la que hubiera sido llamada la Matanza de Tagartera, pero eso no llegó a suceder hasta dieciséis años después. De momento, se contenía, sentado en un sillón, callado como una tumba mirando la televisión.

Unas horas después del suceso, en su propia casa, sita en la calle Leones n.º 34, la habían vuelto a pillar, ahora con un pepino. La madre no había podido resistir esta segunda mancilla. Cayó víctima de un soponcio, como le solían llamar en esas tierras a un disgusto en grado sumo, debido a su propio carácter reaccionario.

La chica afirmaba que no sabía explicar qué le pasaba. O'Sheere sí lo sabía.

## AMOR, CIERRA LAS PIERNAS

O'Sheere, Amor, Tirana, Donald, Dani y Hel se encontraban sentados en la mesa de la cocina comedor con sus seis pares de brazos apoyados sobre un mantel cuadriculado en tonos blancos y azules. Tenían las ventanas cerradas, las caras cenizas y ojerosas, el ánimo decaído. Excepto el viejo O'Sheere, llevaban cuatro días encerrados en la casa sin saber qué hacer, acobardados y sin siquiera una triste baraja de cartas con la que entretenerse. Aunque tampoco conocían ningún juego de cartas, lo que era aún más frustrante.

O'Sheere les había relatado muy teatralmente cómo esos seres que acompañaban al muchacho —se llama Max, había aclarado Donald, que lo había escuchado cuando la madre le había llamado a la hora de la comida para que bajase a comer— se habían introducido en el cuerpo de la gente y les habían hecho cometer fechorías y maldades. Les había contado también cómo uno de ellos, similar a una sábila melenuda, había intentado entrar en su cuerpo humano. O'Sheere había concluido, pasada la experiencia que:

Primero, los demonios no podían verlos como dioses, así, la vez que le habían perseguido en el cañón de la Cerrá, lo habían hecho porque pensaban que era un humano al que podían poseer y no un dios al que estaban atacando.

Segundo, que podían penetrar en sus cuerpos humanos, aunque ya estuvieran ocupados por el élan vital, la transcendencia, la esencia divina y el alma de sus propios cuerpos de deidad.

Tercero, que, aunque pudieran penetrar, su presencia era más poderosa que la de los demonios dentro del cuerpo humano y, por lo tanto, podían rechazarlos.

Cuarto, que había un espacio, donde residían sus almas, que los demonios podían llegar a ver. Era ahí donde el demonio con forma de sábila y el dios Osiris se encontraron frente a frente, pero sospechaba que el demonio no supo reconocerlo.

Por último, casi extenuado por la intensidad del relato y la relevancia de sus deducciones, les había contado que la chica que habían pillado fornicando con un chico primero y un pepino después había sido poseída por un demonio. Lo había visto con sus propios ojos. Por lo tanto, se podía deducir que, si en el pueblo eso era un escándalo, se debía a que eran unos mojigatos, unos reaccionarios paletos. Se podía deducir también que, para constituir un escándalo de tales dimensiones, debía ser porque la acción como tal era inusual y extraña en esa chica. Y si era inusual y extraña en la chica podía deducirse que tenía que ver algo con la posesión de su cuerpo por uno de los demonios.

De todo lo que había contado O'Sheere, los demás se habían quedado con que los demonios podían penetrar en sus avatares humanos, pero ellos podían rechazarlos.

—Entonces —dijo Donald levantándose de la mesa y arrancando un gran trozo de salchichón de un solo bocado de la tripa que sostenía en la mano izquierda—. No pueden poseernos. No pueden hacernos nada.

—Bueno, no estoy seguro, pero yo pude rechazarlo —respondió O'Sheere.

Amor se levantó de la silla de un salto.

—Pues se ha acabado el enclaustramiento. Estoy harta de estar aquí encerrada y acojonada.

—Pero… quizá sea peligroso. Deberíamos asegurarnos —dijo O'Sheere, intentado retenerla.

—Ha salido hace un momento con toda la tropa al patio. Lo hemos visto por la ventana —expuso Tirana—. El muchacho, digo.

Amor, vestida con un top y una minifalda púrpura, ya estaba saliendo por la puerta que daba al jardín trasero y encendiéndose un cigarrillo.

Cerró la puerta de cristal y aluminio tras de sí y aspiró el agradable aroma del césped mojado. Avanzó hacia la valla metálica del fondo, tropezó con una goma de riego y cayó al suelo tras una prodigiosa voltereta. Quedó tumbada con las piernas de par en par junto a la valla que separaba las propiedades. Se sacudió unas pavesas del top y se quedó en silencio. La enredadera que crecía por entre los alambres entrelazados de la valla ocultaba la casa de Max, pero una figura se movía tras ella. Apartó despacio la yedra con el pie y apareció la cara de Max.

Amor gritó. Max gritó.

—¿Por qué gritas, pirado? —preguntó Amor.

—¿Por qué gritas tú? —preguntó él en tono pueril.

La cara de Max quedaba a pocos centímetros de las piernas de Amor y a la misma altura, debido al desnivel entre los dos patios.

—¿Qué hacías espiándome?

—No te estaba espiando —respondió el muchacho, que bajó la vista ruborizado.

—Eres un pervertido. Me estabas espiando.

—No, no es verdad, solo estoy regando. La pervertida serás tú.

—Pervertido, eres un pendejo pervertido. ¿No sabes que soy menor de edad?

—Pues podías ponerte bragas, si tan menor eres —respondió Max girándose y caminando apresurado hacia la puerta trasera de la casa.

—Ahhhhhhhh —gritó Amor cerrando las piernas.

Se levantó y echó a correr resbalando cómicamente hasta llegar a la puerta. Entró.

Los demás la miraban expectantes.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado? —quiso saber Tirana.

—¿Que qué ha pasado? Que quiero morirme —dijo entre sollozos Amor subiendo las escaleras con premura y encerrándose en la habitación.

# LOS VECINOS

Ding, dong, sonaron las notas mi, do; el timbre de la puerta.

O'Sheere se levantó del sofá. ¿Qué hora sería? Se había quedado toda la noche allí durmiendo y ahora notaba, en su viejo cuerpo humano, los estragos de la impostura del sofá que se hacía pasar por cama.

Se desperezó y caminó hacia la puerta con los huesos crujiendo a cada paso. De entre los sillones aparecieron varias cabezas llenas de arrugas de cojín, pelos aplastados contra la cara y ojos hinchados a medio abrir.

—¿Quién demonios llama a esta hora? —espetó Donald repantigado sobre un sillón.

—Eso pretendo averiguar —respondió O'Sheere.

Abrió la puerta con lentitud, dejando que el sol y las tinieblas se encontraran y se conocieran de modo natural. Por el hueco entraba el sol desbocado en una lámina de luz que se iba ampliando poco a poco. Dos siluetas aparecieron tras el marco. O'Sheere entrecerró los ojos para intentar distinguirlas, pero la potente luz matutina solo permitió ver dos sombras erguidas y apoyadas en el marco de la puerta.

—Buenos días, vecinos. ¡Esperamos no molestar!

O'Sheere avanzó y atravesó el quicio. Sus ojos tardaron un instante en acostumbrarse. Pudo distinguir la rechoncha figura de la madre de Max y al propio muchacho junto a ella como una torre de comunicaciones deprimida. El chico tenía las manos

metidas en los bolsillos y el rostro cabizbajo. No parecía apetecerle demasiado aquella reunión vecinal.

—Hola, vecinos —se apresuró a decir O'Sheere. Buscando en su memoria las convenciones sociales propias de estas situaciones, encontró un par de cosas que había leído en una revista de moda, o algo parecido, en una clínica dental de Camberra hacía más de veinte años. Esperaba que siguiesen siendo actuales—. Qué sorpresa tan agradable. ¿Qué les trae por aquí? Pero… qué modales los míos. Pasen, pasen, no se queden ahí. Se van a empapar.

La madre de Max miró al cielo, límpido y celeste. Reinaba el sol.

O'Sheere miró también al cielo. Mierda.

—Esto… se van a achicharrar —dijo casi en modo de pregunta—. Pero pasen, pasen, no se queden ahí. Aunque… la casa está hecha un desastre. Aún no nos hemos instalado del todo.

Max y su madre entraron y se presentaron a los demás, que se habían levantado y permanecían apiñados junto a la chimenea. Estaban todos menos Amor, que desde la noche anterior se había encerrado en su cuarto.

—Buenos días, yo soy Marian y el larguirucho es mi hijo Max.

—Hola —respondieron a coro observando la imagen del fin del mundo que Max portaba a sus espaldas.

Se movía en tiempo real, en una especie de abertura interdimensional con forma de puerta. A veces era oval y otras se distinguía cómo, en un lugar indeterminado de la tierra, un volcán estallaba lanzando millones de toneladas de rocas ígneas, ceniza y lava. En un pequeño pueblo situado al pie del volcán, unos diminutos humanos corrían despavoridos. La tierra se abría bajo sus pies y el magma manaba del fondo de la tierra. Los tejados de hoja de palma ardían como teas impregnadas en petróleo. La gente moría.

Al otro lado del salón, O'Sheere cerraba la puerta, presuroso. Una legión de demonios se apelotonaba junto a la entrada.

Donald miró inquisitivo a O'Sheere. Se inició una comunicación telepática no muy bien coordinada, pero efectiva, al fin y al cabo. «¿Por qué les has dejado pasar?», decían los ojos de Donald. «¿Qué otra cosa podía hacer?», respondían, los músculos tensos del cuello y la mandíbula de O'Sheere.

Avril se adelantó unos pasos y saludó con timidez.

—Y bien, vecinos... ¿Qué les trae por aquí?

Caminó con cautela hacia una de las ventanas orientadas al este, como si temiera que aquellas fieras se le abalanzasen en cualquier momento. La habitación estaba casi a oscuras una vez la puerta de la entrada había sido cerrada.

—Pues, al parecer —se arrancó ufana la madre—, este cabeza de chorlito tuvo algún incidente con una de ustedes. No la veo por aquí, por cierto —dijo escrutando el habitáculo.

—Ah, ¿sí? —preguntó Avril subiendo la persiana.

—Sí, eso me ha contado —respondió Marian.

—¡Ah! —gritó horrorizada Avril. Tras la persiana, los demonios se apretujaban contra la reja de la ventana.

—Bueno, no es para tanto, no fue nada. Una pequeña discusión. Pero Max se altera a veces con estas cosas. Y queríamos pedirles disculpas —dijo levantando una gran cesta de mimbre llena de viandas—. ¿No está por aquí la chica?

Donald levantó un dedo y abrió la boca dispuesto a decir algo. Desde la entrada, O'Sheere levantó una mano y le silenció. Déjame a mí, le dijo en la conversación telepática que mantenían.

—Está en su cuarto. Es que es un poco perezosa. Ya sabe, las jóvenes de hoy en día.

—Las jóvenes de hoy en día... ¿qué? —preguntó la madre de Max, pensando que la frase estaba incompleta.

—Que son un poco perezosos —terminó O'Sheere.

—Ah, sí. Lo son. Pero bueno, esto está un poco oscuro. ¿No serán ustedes vampiros? —preguntó la mujer avanzando dispuesta a abrir las persianas—. Hemos venido a conocerlos.

Hemos traído comida, así que vamos a presentarnos y a comer.

Por la cabeza de Dani, que hacía un esfuerzo sobrehumano por no transportarse al infierno, pasó el hecho de que podía referirse a comérselos a ellos. Sacudió la cabeza y expulsó ese mal pensamiento. O eso creía, pero había quedado adherido a una de las paredes de su imaginación como un cuerpo canceroso.

Marina abrió las persianas. Con grandes ardides, se acercó a la cocina, sacó de uno de los cajones un mantel y varios juegos de cubiertos y puso la mesa en un instante. Los dioses la miraban como si tuviera superpoderes.

Dispuso sobre la mesa pan horneado en casa, mantequilla y mermelada que ella misma elaboraba. Queso, jamón, salchichas, brotes de soja, una gran botella de leche fresca, huevos cocidos, embutidos varios y un termo con café.

—Lo siento, no tenía naranjas para el zumo —se disculpó.

—Esto es demasiado, señora Marian —dijo entre abrumado y aterrado O'Sheere.

—Nada, nada. Venga, siéntense y a comer. Vamos, Max, siéntate —le ordenó su madre. Max se sentó en la silla más cercana que tenía. Sentado era más alto que su madre de pie.

Poco a poco, con cierto apocado espanto, Dani, Tirana, Avril y Donald se fueron ocupando sillas dejando siempre una libre junto a Max. Marian se percató de que faltaría un asiento para la chica con la que Max había discutido la noche anterior. Buscó con la vista y no vio ninguna más en la habitación.

—Falta una silla. En el jardín hay más. —Abrió la puerta de aluminio del jardín.

—Noooooooo —gritó Donald.

Asustada por el grito, Marian se detuvo a medio salir. Los demonios aprovecharon para entrar como un torrente de agua desbordado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Solo quería coger una silla del jardín para la muchacha.

—No. No —balbuceaba Donald. Preguntó a O'Sheere con la mirada—. No coja del patio. Estarán sucias, eso, sucias.

—Ah, no importa. Ahora le paso un paño.

Cuanto más abría la puerta más demonios entraban. Ya estaban por todos lados. Sobre los sillones y el sofá. Sobre la barra de la cocina. Sobre los fogones y la nevera. Agarrados como salamandras a las paredes.

Los dioses, en sus avatares humanos, observaban aterrados. Al parecer Max no podía verlos, o simplemente los ignoraba.

O'Sheere se sentó junto a Max. Miró uno por uno a sus compañeros e intentó tranquilizarlos haciendo un gesto de negación con la cabeza. El gesto en sí no era muy tranquilizador, era el contenido del gesto: que no se os vaya la puta cabeza y ni se os ocurra transportaros al otro lado.

Entrelazó las manos sobre la mesa y se giró hacia Max.

—Y bien, muchacho, ¿en qué curso estás?

Observó cómo, a las espaldas del muchacho, el fin del mundo había cambiado. Millones de pájaros negros revoleaban bajo un cielo gris. Bajaban a tierra. El suelo estaba lleno de cadáveres extremadamente delgados. Tenían los ojos hundidos y las costillas y la pelvis muy marcadas. Los gusanos se desplazaban calmos por el suelo y por la piel de los cadáveres y los pájaros bajaban a comérselos. Un calor abrasador parecía obnubilar los sentidos con sus espejismos. La sequía parecía la causa de todo.

—Max no estudia. Bueno, estudia en casa —se anticipó a responder la madre—. Es que es un poco particular.

—¿Y qué estudias? —insistió O'Sheere—. Matemáticas. Literatura. ¿Religión, quizás?

—Religión, no —respondió el muchacho—. Un poco de todo.

Marian limpió la silla y la puso junto a la de O'Sheere. Este se levantó de la mesa y se acercó a la escalera.

—Amor, cariño, tenemos invitados —la llamó en tono paternal—. Se llama Amor, no es que yo sea tan empalagoso —quiso aclarar.

—Está claro. Parece usted un hombre rudo, pero sensible —aduló Marian.

—Bueno, señora Marian, tengo alguna que otra batallita que contar.

«Como cuando el cabrón de mi hermano Seth me asesinó y me descuartizó en catorce partes y las distribuyó por todo Egipto», se le vino a la cabeza.

—Estoy segura de ello. Un hombre con tanto mundo como usted.

Amor apareció por la escalera. Llevaba el mismo vestido que la noche anterior. Se había puesto bragas.

—Buenos días, muchacha —saludó O'Sheere atípicamente—. Ya habrás descansado.

—Sí —dijo ella de forma seca.

—Mira, tenemos visita. Creo que ayer ya conociste a Max. Ella es su madre.

—Hola.

—Hola, muchacha. Tengo entendido que ya os conocéis —dijo la mujer con la alegría que la caracterizaba.

—Bueno, fue un poco bochornoso —respondió Amor.

—Nada, mi niña, cosas que pasan.

Al parecer, la madre de Max ya conocía la historia al completo. Había pocas cosas que ella no supiera de Max. Entre las pocas cosas que no sabía estaba quién coño era su hijo.

Se sentaron a la mesa y, con la diligencia propia de las madres antiguas, Marian comenzó a servir a todo el mundo.

Comieron vorazmente. Los humanos no llegaban al nivel culinario de algunos de los mejores restaurantes del infierno y mucho menos a platos como «bebé de pato en confitura de mono», o «espuma de agua fecal estigia con extracto de juanetes

y escamas de piel muerta de lepra», pero no estaba nada mal. Le faltaba un cierto grado de exotismo. Los dioses estaban acostumbrados a los manjares más exquisitos, pero también a ciertas excentricidades que hacían la comida más interesante. Al enterarse Donald de que los huevos cocidos eran células de animales que en su interior estaban huecos y contenían el embrión de un nuevo ser de una especie determinada, y que su modo de preparación era meterlos en agua o salmuera hirviendo durante unos diez minutos hasta que el embrión queda, digamos, cuajado, le pareció que la cocina humana no estaba tan mal.

La señora Marian era una mujer a la que se empezaba a querer pocos instantes después de haberla conocido, a pesar de que había abierto la puerta del jardín por la que habían entrado decenas y centenas de demonios. Estaban un poco apretujados, pero habían conseguido dominar el pánico inicial. Los demonios no parecían hacer nada en concreto. Solo estaban.

El delicioso desayuno y la constante conversación de Marian habían distendido el ambiente hasta convertirlo en casi agradable. Les llenaba una y otra vez el plato. A Dani se le pasó por la cabeza que quizá lo que quería era engordarlos para después comérselos cuando estuvieran bien lustrosos. Aparcó ese pensamiento también.

—Pues, señora —comenzó Avril con una cara de satisfacción algo alejada de su papel de adolescente deprimida—, la verdad es que no se parecen nada su hijo y usted.

—Bueno, muchacha, Max es mi hijo, pero no es mi hijo biológico.

—Jovencita —comenzó en tono de reprimenda O'Sheere que había adoptado el papel de padre—, es la pregunta más impertinente que he escuchado en mi vida. Discúlpate ahora mismo.

En su cuerpo humano, Avril sintió cierta vergüenza. Lo que entre los humanos viene a llamarse «meter la pata hasta la ingle». En su consciencia de diosa sintió una ira contenida por ser reprendida.

—Lo siento, señora Marian…

—No pasa nada, señor O'Sheere, no la regañe. ¿Cómo podía saber que no era mi hijo biológico?

—Señora Marian, le pido disculpas si la hemos podido… —comenzó O'Sheere.

—Paparruchas, señor O'Sheere. Aunque ahora pregunto yo. ¿Qué trae por aquí a un grupo tan dispar como ustedes? ¿Son familia?

Entrecruzaron miradas.

—Bueno —comenzó Donald—, en realidad no somos familia. Más bien somos un grupo con una misión.

—Lo que quiere decir, señora Marian, es que somos un grupo terapéutico —aclaró O'Sheere.

—Ah, interesante.

—Sí —prosiguió Donald—, hemos venido a descubrir…

—Donald, por favor —lo interrumpió O'Sheere—. Mire, señora Marian, es difícil de explicar. Como sabe, he sido un hombre de negocios, he ganado mucho, mucho dinero, pero el dinero no lo es todo.

—Amén a eso —dijo Marian.

—No, claro. Estas chiquillas —dijo señalando a Amor, Avril y Tirana— y este muchacho —señaló a Dani— son mis ahijados. Muchachos con ciertos *problemas de identidad.* Este es Donald, mi asesor financiero.

—¿Y por qué están en Tagartera?

—Es un lugar tranquilo. Yo llevo viniendo ya cerca de treinta y cinco años.

—Pues sí que es tranquilo, aunque ahora, en Navidad, no tanto. Pero se agradece. La vida pasa tranquila en este pueblo. A veces muy tranquila. A veces ni siquiera pasa.

—Pues por eso mismo, la vida.

—No le entiendo muy bien —dijo confundida Marian—, pero parecen buena gente. ¿Conocen ya el pueblo?

—Casi nada —habló Tirana—. Apenas al llegar aquí, papá nos encerró en casa.

—Señor O'Sheere —riñó Marian—. No puede tener a estas jóvenes aquí encerradas. La vida es muy corta.

—Sí, poco queda —añadió Donald.

O'Sheere clavó sus ojos en los de Donald y lo achantó como a un perro malo.

—Tiene que dejar que desfoguen. Estos días el pueblo está animado. Quizá Max podría enseñarles…

Un impulso nervioso recorrió el cuerpo de Max. Había acompañado a su madre con desgana. Ahora le estaba metiendo en un nuevo berenjenal. Había estado bien calladito y educado a la mesa. ¿Por qué le hacía esto? Él sabía que su madre lo hacía por su bien, en teoría. Había leído en libros que las relaciones sociales eran muy saludables para el ser humano. Leyó también que, seguramente, una parte importante de la desmesurada evolución cognitiva y social del hombre se debía a las relaciones sociales tanto a pequeña como a gran escala. Lo había visto en series de dibujos animados de pequeño y en películas de mayor, pero él no soportaba estar con gente. La gente era rara y desagradable. Aquellos que estaban ahora con él no tanto, pero también.

—Sí, me encantaría conocer la playa —suspiró Amor.

—No… no es época de playa —dijo Max cortante.

—Hijo, eres más seco que la mojama.

—Pero es que… —dijo quejumbroso.

—Si es una molestia no importa —se apresuró a comentar Avril.

—No es una molestia, es que es un cabezón —respondió la madre.

—Está bien, las llevaré a ver la playa. —Max tenía que hacer unos esfuerzos más allá de lo conocido para tolerar estar con gente, y el solo hecho de pensar en que tendría que pasar por ello una vez más le hacía enfermar—. Pero no es época de playa.

—¿Hay una época para la playa y otra época que no es para la playa? —preguntó Amor, inocente.

—¿Pero de dónde has salido, muchacha, de una caverna? —dijo dicharacha Marian—. Ahora hace demasiado frío para bañarse.

—No hace tanto frío —dijo ella.

—Para bañarse en la playa sí, pero podéis pasear, visitar los acantilados.

—Pues yo me voy a bañar —insistió Amor.

—Y yo —dijo Tirana. Habían escuchado hablar de las playas de la tierra humana. En el infierno había playas claro, pero infestadas de medusas, caimanes de agua sulfurosa, tiburones, arañas de mar, los candirúes que se metían por el pene o la vagina a la más mínima, pirañacondas, patos dentados y dodos, que, extrañamente, no se habían extinguido, y seres que daban abrazos, *abrazos cariñosos*. Estaban deseando ir a una playa donde todo lo que había no mordía, envenenaba, penetraba o escupía.

—Vale —dijo pesaroso Max—. Nos bañaremos.

La imagen tras él cambió de nuevo. Un mar en calma se extendía largo. De repente, al fondo, surgió un abombamiento. Las aguas se levantaron como si bajo ellas hubiera detonado una colosal bomba. Sobre la fina superficie, donde las moléculas de agua prefieren establecer enlaces con ellas mismas y no con las del aire, corrió una onda expansiva fulminante. El mar se tiñó de rojo y las olas arrasaron la costa.

Dani miró con recelo a sus compañeros. Fijó la vista en el mural del fin del mundo que transportaba Max a su espalda; en los demonios que atestaban la habitación. Soltó un sollozo, pero nadie le prestó atención, como siempre. Se sentía como una mierda de albatros flotando en el océano.

—Pues entonces está hecho. Mañana Max os acompañará a la playa.

Poco después estaban recogiendo la mesa y los vecinos se marchaban.

—Parecen buena gente —comentó Avril.

—Joder, es el mismo Satanás. ¿Habéis visto lo de su espalda, la cosa esa que cambiaba? —exclamó Dani.

—Satanás no es. Yo lo conozco —respondió Donald.

O'Sheere permanecía pensativo:

—Mañana iréis con él. Seréis simpáticas. Agradables. Encantadoras. Descubrid todo lo que podáis.

# BREVE INTRODUCCIÓN DE LAS CATEGORÍAS DEMONÍACAS Y DE LA INTERDEPENDENCIA CON DEIDADES

*Breve introducción de las categorías demoníacas y de la interdependencia con deidades*, comenzó siendo un erudito artículo firmado por Kepler Rastrodof. Fue profesor de Geología en la Universidad de Hamburgo desde 1915 a 1941, cuando murió de una infección en el oído. Se libró, al menos, de combatir en la Segunda Guerra Mundial. Kepler era un hombre entusiasta e inspirado que se alargaba hasta los dos metros de altura, con lo que todos los trajes parecían estarle demasiado anchos. Se dice que tenía tendencias bisexuales, pero nunca fueron confirmadas. Participó en una gran expedición geológica a México en busca de un inmenso cráter que, se creía, habría provocado la extinción de los dinosaurios. Fue allí cuando se vio iluminado por su teoría de los demonios. Al principio no quiso contárselo a nadie, pues sabía que podía ser el fin de su carrera. En una carta se lo mencionó a su prometida, Marlina Karst, hija de una acaudalada familia de Brno. Ella, una mujer de inteligencia soberbia pero fuertes creencias religiosas, quedó escandalizada con la lectura. La muchacha, tras dos noches en vela pensando que su prometido se había vuelto loco, o peor incluso, había sido poseído, se lo comunicó a su padre, el honorable juez, azote de los malhechores, especialmente de los malhechores judíos, Alo Voltorous Krast Jr. Este rompió el compromiso con una carta escrita con tal furia que había quedado escrita más sobre la mesa que sobre el papel.

Dicen que Kepler se abandonó, durante su estancia en Latinoamérica, a placeres inconfesables, pero, sea esto cierto o no,

escribió el mencionado artículo que fue presentado, inexplicablemente, por primera vez el 1 de julio de 1932 en la Royal Society of Chemistry de Londres, dejando a todos los presentes desconcertados. Aunque las fuentes no sean muy fiables, contaba *sir* Robert Chancey (famoso y acaudalado tratante de pieles y tan aficionado a la química como a la caza) en su libro *Historia de la sociedad*, que, estando esa noche en la sede de la Royal Society of Chemistry, no había presenciado en toda su vida escándalo mayúsculo. Kepler tuvo que huir bajo la desaprobación de los presentes y alguna que otra patada en el culo.

El artículo, a pesar de pasar desapercibido para la ciencia e incluso convertirse en herejía ante las diferentes organizaciones religiosas, jamás sucumbió al ostracismo. Se perpetuó y fue ampliándose hasta conformar una obra de dos tomos y mil doscientas refinadas páginas que fueron impresas por Harold Editorial Company en 1935. El propietario, Harold Rey Brast, le debía un gran favor al padre de Kepler, pues, en la Primera Guerra Mundial, habían combatido juntos y, en más de dos ocasiones, le había salvado la vida.

De todo seleccionamos este breve extracto en la página 1102:

> [...] en conclusión, podemos diferenciar entre muchas clases de demonios a las que hemos llamado Carácter. El Carácter de cada demonio está asociado a una clase, similares a las clases sociales de los humanos. La diferencia es que entre los demonios no parecen, por lo que sabemos, darse los ascensos ni descensos en el escalafón social o Carácter.
>
> Se puede observar que su actitud no es maléfica. Dicho de otro modo: se aleja de la dualidad bien/mal de la tradición judeocristiana. He podido observar en miles de ocasiones, las cuales he venido documentando exhaustivamente en esta obra, que se comportan con diversos grados de tentación. Esto es, no parecen diferenciar el bien del mal, les es natural,

al parecer, su propio estado amoral. Presentan una gran tendencia a ocupar otros cuerpos, preferiblemente humanos. He deducido que toman el cuerpo del ser humano con predilección debido a su mayor elevación espiritual e intelectual. Cuando toman el cuerpo, sea cual sea el Carácter del demonio, suelen realizar acciones contrarias al espíritu humano. Parecen divertirles y entretenerles, en especial cuando se presentan en hordas. Entonces se jalean y animan. Pero he podido observar que es una actitud instintiva y poco mesurada. Tachar de maldad los actos de los demonios sería poco más o menos que tildar de vil o depravado al león por cazar una gacela. Más bien al contrario, parecen ser un contrapeso a las fuerzas divinas que actúan aleatoriamente con cierta bondad, pero más comúnmente con voluntariedad y malicia. Vehementemente.

El destino inefable de estos seres está ligado a su propia ascendencia. Tras las observaciones llevadas a cabo, estos seres, catalogados más por su actitud que su forma —pues no parece haber dos iguales— podría decir que, si bien tienen inteligencia, están, mayormente, atados a su instinto. Es por ello por lo que parece que la toma del cuerpo humano no es solo un divertimento, sino una forma de nutrirse. Los humanos representamos, en palabras sencillas, su alimento.

La composición de su esencia es un enigma. Estos seres parecen poder tener acceso al humano, pero el humano a ellos no. Su esencia habrá de ser estudiada en el futuro cuando se pueda establecer un primer contacto con ellos [...].

No obstante, se puede asegurar que no tienen un poder relevante o desmedido. Por lo observado, se introducen en el cuerpo y pueden desarrollar ciertos propósitos a través de los humanos, pero no pueden hacer nada por ellos mismos. Ignoro la procedencia de estos seres. Posiblemente sea el infierno, pero es solo una conjetura [...].

... se contradecía en cierto modo en las páginas siguientes:

> A pesar de todo lo dicho, en contadas ocasiones he podido ver presencias perturbadoras, algo alejadas de los principios que rigen a los demás. Más terroríficas. Más, podrían decirse, demoniacas. Pudiera ser un rasgo evolutivo, regresivo, de incapacidad o clase, no se puede asegurar. Es preferible no entrar en contacto con ellos. Es mejor ni siquiera seguir comentando nada al respecto —terminaba enigmáticamente.

Así daba el libro a su fin.

Kepler perdió todo prestigio como científico y geólogo. Pasó los últimos años de su vida (él no sabía que eran los últimos) en un pequeño sótano de la universidad organizando y clasificando la ingente cantidad de fósiles que habían descubierto en la expedición a México. No era su especialidad, pero resultaba mejor que la indigencia.

Se cuenta que alquiló un diminuto apartamento a las afueras de Hamburgo y que solía frecuentar el puerto tomando notas y sacando fotos. Dicen que se convirtió en una sombra, en un pájaro de mal agüero que los pescadores detestaban, pues les contaba historias de demonios que elevaban el ya de por sí desmesurado espíritu supersticioso de los pescadores a niveles de leyenda.

Aunque todo el mundo lo tomó por loco, Kepler dejó escrito en una carta que su obra no era conceptual, conjetural ni religiosa, sino que estaba basada en hechos observables y medibles. Años después, dicha obra fue retomada en dos corrientes a cada cual más esperpéntica. En 1980, una copia del libro llegó a manos de un líder satánico de Los Ángeles llamado Alexander Trappofino. Este interpretó erróneamente su contenido, entendiendo que Kepler establecía una superioridad de los demonios sobre los

seres humanos y los dioses. Su mensaje no se extendió demasiado. En 1981 fue asesinado por una de sus novias mediante el método de acuchillamiento continuado y un posterior eviscerado, tan apreciado en estos círculos.

La Iglesia Satánica se disolvió en 1983. El libro de Kepler, del que al parecer no se conservan más de tres ejemplares en el mundo, se puso a la venta en una exclusiva subasta en Sotheby's en 1985. La práctica totalidad de los asistentes desconocía no solo la existencia, sino el valor de ese libro. El volumen fue adquirido por la cantidad de un millón novecientas noventa mil libras. Hoy, descansa sobre la segunda balda de una estantería de formica, junto a los huesos exhumados de Kepler, en el salón de Stanas Proviciakis.

# UN DÍA DE PLAYA

Max se despertó temprano, con sabor a patata podrida en la boca. Debía tener una muela picada o haberse comido una polilla mientras dormía. El exoesqueleto peludo le provocó un repelús. Observó cómo los rayos de luz penetraban a través de la cortina y sintió su cuerpo aplastado por la obligación de acompañar a los nuevos vecinos a la playa.

Después de lavarse los dientes y observar sus ojos hundidos en el espejo, bajó y desayunó. Su madre le había preparado unas ricas tostadas como cada mañana. Le fastidiaba que fuese tan atenta. Él era incapaz de corresponderla.

Una casa más arriba, en la misma calle, la puerta se abrió y cruzaron cinco personas, una detrás de otra. Eran Amor, Avril, Tirana, Dani y Donald, que se había empeñado (este último) tercamente en acompañarlas. Eran las nueve de la mañana y, a pesar de ser invierno, el calor apretaba. Anduvieron unos pocos pasos calle abajo y llamaron a la puerta de Max. Sus caras contenían una sonrisa, todas menos la de Donald, que reflejaba hastío. Lo reflejaba, no lo sentía. Era la forma propia de amargar el día a los demás, cosa en la que se mostraba como un especialista consumado. La forma de vindicar su carácter áspero e hiriente.

Marian abrió con una sonrisa de oreja a oreja. En el fondo, esperaba que Max hiciera amigos, que por fin hiciera un amigo. O amiga. Oh, una amiga. Un latigazo entusiasta le recorrió el corazón. Que por fin hiciera, en suma, algo más que perderse por ahí hablando solo. Le preocupaba.

Max cruzó desganado el umbral de la puerta y saludó a los vecinos como le habían enseñado desde pequeño. Su madre había preparado una cesta de mimbre con comida para todos: pastel de carne, albóndigas de bacalao, tortilla de patatas, empanada de atún, tarta de zanahoria y fruta picada. «Guárdala al fresco», le había repetido dos millones de veces. Arrastraba la bolsa con desgana por el suelo de loza. Tras él, la habitual cohorte demoniaca. Parecían adormilados, lejos de la habitual algarabía que formaban.

Salieron a la calle. Una mujer entrada en los cuarenta caminaba con brío por ella. Al llegar a casa de Max echó a correr. Se detuvo y anduvo unos veinte metros más. Después comenzó a correr otra vez hasta que llegó al cercano colegio y entró sin saludar a los compañeros. Cada día era lo mismo. Max detestaba a esa mujer y su estúpida manía de correr, andar, correr. «Ojalá ardiera todo», pensó.

Comenzó a caminar calle abajo en dirección al camino de la Tortuga. Se llamaba así porque el Ayuntamiento había hecho una votación para ver qué nombre se le ponía al sendero que llegaba a la playa. En la votación salió, por amplia y socarrona mayoría, camino de las Tortugas Ninja Adolescentes Mutantes. Se quedó finalmente en el camino de la Tortuga.

Como todas las mañanas, Max se cruzó con un tal señor Barniere, que, como todas las mañanas, exhalaba el humo de un fétido puro y olía a colonia de litro. Era otra de las cosas por las que Max pensaba que prefería que el mundo se acabase violentamente, la mujer que corría, andaba y corría, y el hombre que fumaba y olía a colonia barata. Siempre, cada día.

Llegaron al camino de la Tortuga. Descendía serpenteante, entre una rala y escasa vegetación desértica y raquíticos árboles de secano hasta la playa. Las lagartijas habían colonizado el camino y se podían ver, tranquilas y somnolientas, sobre innumerables piedras a lo largo del camino. Descendieron sin prisa y

en silencio. Al pie del camino, comenzaban una serie de pequeñas dunas doradas que llegaban hasta la playa.

Era una costa impresionante de aguas cristalinas. No había nadie.

Tenía una anchura de unos doscientos metros. Hacia el sur se elevaban los impresionantes acantilados de Dulsorf, en homenaje a James Dulsorf, el más famoso saltador de acantilados de Tagartera. Había saltado una sola vez y fallecido. De piedra blanca, se elevaban más de cien metros sobre la costa que rompía en su base. Por su flanco ascendía el camino al monte Maimón colonizado por los albatros y las gaviotas en perpetuo conflicto.

Al otro lado de la playa la orografía era diferente. Como si brotaran del suelo, unas lenguas negras porosas se alzaban burlonas. Inmensas formaciones volcánicas que habían emanado de la tierra hacía millones de años, cuando Tagartera era un violento lecho marino repleto de seres de grandes dientes y morfologías imposibles. La arena era de un tono plateado y brillante, mezcla de los dos tipos de formaciones geológicas que acotaban el lugar.

A unos doscientos metros de la orilla, se elevaba sobre el agua una pequeña isla. Era una de las más grandes maravillas naturales del planeta, aunque muy pocos lo conocieran gracias a la desastrosa y a la vez beneficiosa gestión del patronato de turismo de la zona. Bajo su aspecto tropical, escondía una cúpula de más de cincuenta metros de altura sostenida en varias columnas rocosas que cobijaban una playa virgen de blancas arenas. En otros tiempos había sido guarida de piratas. Había muchos mitos sobre las riquezas que podían esconder, pero nunca se había encontrado nada, salvo miseria, botes de plástico y redes de pescadores, entre otras mierdas.

Llegaron a la orilla de la playa y se fueron sentando unos junto a otros con la vista fija en el horizonte.

Los avatares de los dioses vieron cómo los demonios que acompañaban a Max se dispersaban y corrían a molestar a los

albatros, las gaviotas de los acantilados y los cormoranes que secaban chulescos sus alas al sol sobre los salientes rocosos. Otros se acercaron a las formaciones volcánicas y hurgaban en los agujeros atormentando a los cangrejos, que parecían verlos, pues atacaban con sus pequeñas, pero poderosas pinzas, el aire como pretendiendo pinzar alguna extremidad enemiga. Eran como horribles niños.

La primera que se animó a hablar fue Amor, a la que se veía entusiasmada.

—¿Qué soléis hacer por aquí, Max?

Max quiso responder, pero la respuesta quedó atragantada. Pensó en las cosas que solía hacer la gente en la playa. Las que otros solían hacer en la playa, porque él no solía hacer nada.

—Es que no suelo venir mucho —contestó lacónico.

—Ya. Pues cuéntanos algo, ¿cómo se llama la playa? —insistió Amor.

—Le dicen la playa de la Montonera. Tiene una historia, sí.

En la espalda de Max se formó una imagen de nubarrones y relámpagos.

—Hace unos siglos, no se sabe muy bien por qué, dos de las mayores potencias navales se enfrentaron justo allí —dijo Max señalando en dirección a la isla—. Al parecer, un inmenso tifón se desató y, entre los cañonazos y abordajes de los barcos, los zarandeó como ramitas secas hasta que se hundieron. La tormenta duró varios días y, al amainar, cuando los lugareños pudieron bajar a la playa, se encontraron una montonera de muertos. Todos los marineros habían perecido en la batalla. Por eso le llaman a la playa la Montonera, porque en ella apareció una colosal montonera de cadáveres. Los pecios siguen allí, bajo las aguas.

—Qué triste —suspiró Amor.

—Solo es una historia. Seguro que ni siquiera es cierta —replicó Donald—. Esto es un poco aburrido. Creo que os voy a

dejar a las chicas —comentó maliciosamente incluyendo a Dani en el género femenino—, para que conozcáis mejor al mozo.

Se levantó con dificultad y caminó hacia los acantilados. El aire estaba enrarecido, olía a ozono. El agua, límpida y calma, resultaba apetecible, pero parecía electrizada. El cielo se había ido cubriendo de una lámina nubosa grisácea. El calor seguía apretando para esa la época del año.

Durante unos minutos permanecieron en silencio. Para los visitantes, la playa era una sensación singular. Los pequeños granos adheridos a la piel. La suave brisa proveniente del océano. Los rayos de sol tamizados por las nubes. Todas las sensaciones eran en extremo agradables y, con los ojos entrecerrados y las bocas abiertas, las disfrutaban sin dejar escapar ni una sola.

—¿Quién es Darkia? —preguntó de repente Amor.

Avril le soltó un disimulado codazo.

—¿Qué? Todas le queríamos preguntar.

Max enterró los pies en la arena y bajó la vista. Le dieron ganas de desmembrar a aquella chiquilla impertinente.

Las chicas y Dani disimularon mirando en distintas direcciones, como si la pregunta nunca hubiera sido formulada.

—Es una chica de aquí —respondió Max de súbito.

—Nos han contado —preguntó animada Amor, al ver que Max se prestaba al juego— que se ha quedado medio lela después de algo que sucedió contigo.

Max meditó seguir hablando del tema, pero ¿qué tenía que perder? Aquellas personas le caían mejor de lo que le hubiera caído nadie en su vida. Eran una máscara, como él. Un caparazón, una cáscara, un agujero con ojos al fondo. Eso le parecía.

—La asusté.

—¿Qué pasó? —preguntó Amor.

Max meditó una vez más, haciendo que el silencio se alargara entre el ruido de las olas y del viento, que encajaron a la perfección. No le apetecía hablar de eso. Se levantó y se alejó dos pasos.

—¿Y todos esos seres? —preguntó Dani señalando las formaciones rocosas donde las hordas de demonios jugueteaban.

—¿Qué seres?

Con la manga del jersey tapándose la boca, Dani señaló hacia los acantilados otra vez.

—Son gaviotas. Y albatros. Cormoranes —respondió Max sorprendido.

—No, esos no, los otros —insistió ovillado Dani.

—Creo que voy a bañarme.

No comprendía nada. Max caminó hacia el agua sintiendo la arena templada bajo sus pies. Con cada paso, los pies se hundían un poco en la arena y la notaban fresca bajo la primera capa calentada por los esquivos rayos de sol. Llegó a la orilla. Su carácter había cambiado levemente de molesto a enfadado. ¿Por qué le habían preguntado por Darkia? No le gustaba que le hicieran preguntas, y aún menos cuando no entendía lo que le preguntaban.

Durante un instante, se giró. Allí estaban las tres chicas y el muchacho. Le pareció que eran tan parecidos al ser humano como el ser humano lo era a una gallina. Fue una visión fugaz.

Continuó caminando hasta llegar a la orilla e introdujo los pies. El agua estaba fría. Las olas que rompían removían los pequeños guijarros depositados en la arena sacándolos fuera del agua y arrastrándolos después otra vez dentro. Se introdujo hasta las rodillas y saltó de cabeza, sumergiéndose por completo. La primera sensación fue de un frío intenso. Abrió los ojos bajo el agua. Pequeños peces del color de la arena huían de él, pero sus sombras, proyectadas sobre el fondo arenoso, los delataban.

Al salir de bajo el agua notó una plácida sensación de calor. Se tumbó boca arriba flotando y despejó la mente. Con los ojos cerrados y mecido por el agua que le impulsaba hacia arriba, percibió una inmensa fuerza que despertaba bajo el mar profundo.

## BAJO EL MAR PROFUNDO

Durante miles de años, quizá algunos millones, en otra era, la bestia se había tumbado sobre el lecho marino donde no llegaba ni un fotón. Cerró los ojos en la interminable noche de los abismos y se durmió. Su tamaño era tan colosal que no había ser viviente capaz de alimentarlo. Por mucho que engullera, jamás saciaría su hambre.

Bajo siete kilómetros de agua, se había acurrucado esperando el final. Su cuerpo era rugoso pero resbaladizo, compuesto por gruesas escamas del tamaño de una secuoya y de color rojo, el color que no llegaba a los abismos. Estaba tan cerca de ser un titán como de cualquier otra cosa. Nunca había tenido contacto con ningún ser humano. Por eso, cuando le llegó la primera llamada, hizo caso omiso.

La llamada persistió. Se desperezó abriendo los ojos y la mandíbula y buscó, con sus diez sentidos, el origen. Podía percibir cada ser vivo en un radio de cien kilómetros. En su mente se dibujaban unos pequeños puntos luminiscentes de diferentes intensidades y tamaños variados. Billones de billones de seres, desde la ameba a la ballena azul y entre medias, flotando sobre una minúscula pátina de agua, un ser incandescente emanaba la cantidad de energía suficiente para despertarlo.

Como un espectro, una proyección de su consciencia se desplazó saltando de ser en ser hasta llegar a una playa. Desde allí, con los ojos de un cangrejo, vio a un ser pálido, de suave piel y

cuatro raquíticas extremidades flotando boca arriba. Irradiaba una luz frenética y pesada, como un pulsar enloquecido.

Se acercó. En una línea de consciencia compartida, siendo uno el pensamiento del otro, se sintieron en su inmenso poder. La bestia de los abismos comprendía el estado desesperado de aquel ridículo, pero omnipotente ser. Se movió, allá en las fosas abisales, y la tierra se estremeció con él. Una colosal masa de arena enturbio el agua en kilómetros a la redonda.

Max abrió los ojos y aspiró una bocanada de aire. Su cuerpo se había acalambrado con una energía desconocida. Vio, con unos ojos prestados, el inabarcable fondo marino enturbiado por una descomunal masa negra. Le llegó un mensaje de forma abstracta y etérea. No sabía cómo, pero lo comprendía. El mensaje describía la destrucción instantánea. Por su cabeza había pasado muchas veces, nunca tan nítida y posible como ahora. Tumbado boca arriba, mirando la infinita línea que le separaba del otro extremo de universo, negó con la cabeza dos veces.

A muchos kilómetros de allí, la bestia de los abismos aplacó su furia y, como un perro bien amaestrado, se tumbó mirando a su dueño, esperando impaciente.

# EN LA PLAYA

—¿Por qué has preguntado eso? ¿Es que te has vuelto tonto o qué? —recriminó Tirana a Dani.

Este, aterrorizado desde que Osiris les hubiera contado, todavía en el inframundo, el encontronazo con el muchacho no había parado de imaginar formas en que un ser así podría acabar con sus vidas. Se había establecido en la paranoia.

—No lo sé, no lo sé. Esta ha sido una idea terrible. ¿Cómo ha podido dejarnos O'Sheere a solas con este monstruo? Miradlo ahí, flotando como una medusa. ¿Qué estará urdiendo?

—No está urdiendo nada. Y no digas urdiendo. Es una palabra... estúpida.

Amor no le había quitado ojo de encima a Max. A pesar de la horda de demonios que lo acompañaba y de aquella especie de proyección que representaba cada poco tiempo un final para el mundo, parecía un ser de lo más inofensivo.

Había rescatado, de entre las sábanas de un baúl, un viejo bikini amarillo con flecos. Cuando lo vio por primera vez la noche anterior, mientras buscaban toallas para ir a la playa, le había parecido la prenda más bonita que había visto nunca. Le venía un poco ajustado, probablemente fuera de la casera, Madame Butterfly, cuando pesaba unos cien kilos menos, pero, para la ocasión, le valía.

Se quitó su vestido lila favorito y quedaron expuestas sus trémulas carnes. Estaba un poco entrada en carnes, pero en su pueblo, allá en México lindo, era el cuerpo de una diosa.

Se levantó y notó el fresco entre los pliegues de su piel sudada.

—¿Vas a bañarte? —dijo escandalizado Dani.

—Mira, majadero. —Amor se giró convertida en Coatlichue—. Somos dioses. ¿Qué crees que puede hacernos un enclenque humano como ese?

Dani torció la boca. Se le ocurrían muchas cosas, pero no quiso pronunciarse.

—¿Has notado el sabor de las cosas? ¿Has notado cómo huelen? ¿Te has tocado ese pito del tamaño de un gusano que tienes entre las piernas? Aquí todo es mejor. Todo es peor también. Pero, mientras estemos aquí, vamos a disfrutarlo. Después: a destruirlo. —Su rostro se convirtió otra vez en la risueña y joven Amor. Sonreía cándida—. ¡Al agua patos!

Corrió como una amapola correría hacia un campo de trigueras. Tocó el agua con los pies y soltó un alarido.

Le pareció que estaba gélida. Sin embargo, se introdujo entera y buceó durante unos felices instantes. La sensación fue indescriptible. Se había sentido ingrávida y libre. Notó cómo los problemas y el tiempo mismo se diluían entre la masa fluida. Se acercó con sigilo a Max, que seguía flotando boca arriba y tenía los ojos cerrados. Parecía el joven cadáver de uno de aquellos marineros muertos en batalla hacía cientos de años. Coatlicue, encerrada en el cuerpo de la joven adolescente, distinguió los breves destellos de luz sobrehumana que emitía el cuerpo de Max. Olía a destrucción. Tal como puede oler un montón de algas muertas pudriéndose en la playa y como las algas. Así de inofensivo.

—Hola.

Max dio un respingo y se zambulló en el agua. Braceó esperpénticamente y asomó la cabeza como un reptil.

—Hola —repitió Amor.

—Hola —respondió Max, provocando burbujas en el agua.

—¿Qué haces?

—Nada, pensando.

—¿Pensando en quién?

Max empezó a tener la misma sensación tóxica que cuando Darkia le había acompañado tiempo atrás en un paseo. Aquel día se desató la tempestad que aún azotaba Tagartera como una mentira cubierta de veneno.

Su corazón se aceleró. Notaba palpitaciones en la sien y en las muñecas. El agua fría actuaba como un bálsamo, un catalizador que retardaba una reacción violenta e inconsciente.

—¿Te gusta esa chica? Darkia.

«Tú sigue así —pensó una sombra negra encerrada en una caja, en lo más profundo de la esencia del muchacho—. Sigue así».

Max cogió aire y lo expulsó lentamente.

—No.

—A mí no me gusta meterme en la vida de los demás —comentó Amor en el mayor despropósito dicho hasta ahora desde el principio de los tiempos—, pero en el pueblo se dicen cosas.

—Ya lo sé. Tonterías nada más.

Se sumergió y apareció a unos metros de distancia.

Amor lo siguió. Lo pilló desprevenido, y, juguetonamente, lo abrazó por la espalda mientras gritaba risueña:

—¡No te enfades, Maxicito! Solo es una pregunta sin malicia. —Aunque no lo fuera.

Max notó los hinchados senos de la joven contra la espalda, que le alborotaba el pelo con una mano mientras se aferraba con la otra a su cuerpo. Un calor inmediato inundó al muchacho, ajeno hasta ahora a los placeres carnales y las sensaciones de la piel desnuda. Notó el olor de la adolescente. Las piernas rodeándolo por la cintura. Las partes íntimas de la muchacha contra su columna. Imaginó a la joven en esa posición, pero sin estar él en medio, en una postura tan comprometida, tan vulnerable. Se excitó.

Intentó zafarse de ella suavemente primero, con ímpetu después. La muchacha seguía montada. Cuanto más se agitaba él, más reía ella. Levantaba el brazo al aire y gritaba. ¡Yihaaaaaa! Cabalgaba como el Llanero Solitario sobre la espalda de Max.

El muchacho se zambulló de espaldas al agua en un intento desesperado de liberarse. La muchacha lo rodeó con todas las extremidades y su pierna derecha topó con el miembro del muchacho, erecto y formidable.

Amor presionó con el gemelo sobre el miembro, cuyo torrente sanguíneo se aceleró, dirigiéndose todo al cuerpo carnoso de entre sus piernas.

La muchacha salió de bajo el agua entre risas.

—Pero ¿qué es eso? —señaló.

Max se giró avergonzado, tapando con las manos el inmenso bulto en su pantalón. En esos momentos, deseó que la tierra se abriera y se tragara a aquella muchacha achaparrada y desvergonzada.

—¿Estabas pensando en mí o en Darkia? —dijo estallando en una risita aguda.

El calor se elevó hasta que su cabeza estuvo a punto de estallar. El agua a su alrededor, al contrario que su cuerpo, comenzó a enfriarse. En la superficie se creó una fina capa cristalina de hielo. La muchacha seguía riendo a su espalda.

Súbitamente, los demonios que acompañaban a Max se irguieron en alerta como si una sirena de bombardeo hubiera llamado su atención. Tensos y asustadizos, volvieron corriendo hacia Max y uno a uno fueron entrando en el cuerpo del muchacho.

Amor fue testigo directo de tan extraño acontecimiento. Poco a poco, su risa se apagó hasta que solo quedó un leve estertor agónico y silbante. Su boca reflejaba una mueca torcida e involuntaria.

Max fue girando el cuerpo mientras este se llenaba de grupos de demonios que venían a la carrera para introducirse en él.

Vio a Amor en primer plano con el gesto torcido, pero su mente apenas la identificó, estaba en otra línea temporal y espacial. Sobre los riscos blancos del acantilado de Dulsorf, caminaba apresurado Donald. Apenas lo distinguió tampoco. Solo era una evocación borrosa del presente. Se detuvo en una figura agitada unos pocos metros más arriba, apostada sobre un saliente. Era Dante, su amigo el mapache imaginario que tantas veces le había acompañado en sus largas caminatas por el cerro Maimón y la Cerrá.

Movía los brazos en tremendo arrebato y gritaba: «¡No lo hagas!».

Siempre había sido un mapache cabal, moderado y prudente. Siempre daba buenos consejos y le había sacado una sonrisa cuando la necesitaba. Nunca se había aventurado a acercarse tanto al pueblo. Era cosa extraña que se apareciera en presencia de otros seres humanos. Lo normal era que, en la prodigiosa soledad de los campos cercanos, cuando Max había dejado atrás la consciencia y presencia de los humanos, Dante se materializara sobre un árbol o justo a sus espaldas, donde no podía ser visto, ni siquiera por Max.

—No lo hagas —seguía gritando el amigable mapache mientras corría en dirección a su amigo.

Max levantó la mano hasta la altura del hombro y abrió la palma. La sostuvo allí durante unos segundos. De repente, su recuerdo visual comenzó a retroceder como cuando rebobinas una cinta de video. Dante ahora corría hacia atrás y quedaba inmóvil en el saliente del acantilado de Dulsorf mientas agitaba sus pequeños brazos en un movimiento contrario al que venía realizando. La visión de Max se deslizó acantilado abajo y distinguió apenas, como una bruma sebosa, el cuerpo de Donald caminando vivamente hacia atrás en los riscos blancos. Después vio la playa, el agua y la figura de Amor, primero con la cara torcida en un gesto de asombro y en carcajadas después.

Bajó la mano con furia golpeando el agua, desprendiendo un extraño plasma blanco. Dante se esfumó en una neblina grisácea.

Siete kilómetros más abajo, la bestia de dimensiones inmensas abrió los ojos y recibió la señal. Elevó el cuerpo ayudándose de sus aletas pectorales y caudal y golpeó el suelo marino repetidas veces.

En la superficie, sobre la isla de los piratas, una miríada de aves alzó el vuelo en todas direcciones.

Tras una casi imperceptible vibración del suelo, el agua comenzó un lento retroceso hasta que pudo verse el arrecife de coral y la mole pedregosa envuelta por algas, plantas marinas y moluscos que sostenía la isla de los piratas, que quedó expuesta por completo como una imposible pérgola natural. Justo al lado, dos inmensos barcos de guerra quedaron a la vista en un recuerdo fantasmal del pasado.

Max y Amor estaban de pie en lo que hasta ese momento había sido el mar de Tagartera, que ahora se había convertido en una vasta llanura que se secaba bajo el tímido sol de diciembre. Entretanto, algunas medusas yacían aplastadas por la gravedad implacable. Cientos de peces agonizaban contorsionando sus cuerpos en espasmos nerviosos y los cangrejos correteaban por la superficie húmeda, intuyendo el festín.

# EN LA CASA DE ALQUILER

O'Sheere había aprovechado el día sin *chiquillos* para dar un largo paseo por las inmediaciones del pueblo y husmear un poco por los bares. Ya se sabe, es en los bares donde se cuentan las cosas de los pueblos, las verdades a medias y las mentiras a espuertas.

Aunque seguía siendo un tema recurrente, el escándalo del chico del viejo y afable Dasser y la buena de Marian con la chica de Marina se había convertido en un ovillo de dimes y diretes, un caldero de mierda, que suele decirse.

Las informaciones resultaban difusas y contradictorias: se hablaba de todo tipo de atrocidades. Se cantaban ya casi las maldades que aquel chico raro y larguirucho había desatado para dejar a la pobre y virginal damisela en un estado de ensanchado miedo perpetuo.

—Ojalá se lo llevaran a un psiquiátrico —había dicho uno con un vaso de vino en la mano y la boca llena de cacahuetes, famoso por apagar los cigarros en la cabeza de su hijo.

—Ya no existen los psiquiátricos —respondió otro, cuyo aliento a cebolla y queso despertaría a un cadáver—. Lo que tenían que hacer es atarlo y tirarlo al mar con una piedra al cuello.

Había opiniones para todos los gustos. Si algo sacó en claro O'Sheere en esa mañana fue el gran repertorio de formas de matar a un ser vivo, a cada cual más atroz, que las buenas gentes de pueblo atesoraban en su memoria colectiva.

El último bar que visitó fue el de su casera. Madame Butterfly animó su expresión al verlo entrar. Querría haber sido una mujer de mundo, de hecho, lo intentó en varias ocasiones y, aunque el mundo es un pañuelo según dicen, a ella se le hizo demasiado grande y, sobre todo, demasiado extraño. Veía en O'Sheere un gigante silencioso. Una persona capaz de avistar lejos y andar de puntillas. Lo admiraba, querría haber sido como él, como lo que contaban sobre él. Pero allí estaba, en un bar grasiento lleno de parroquianos de sobresaliente estulticia.

La dama caminaba con donosura por entre los clientes. Los esquivaba y bordeaba como si se trataran de estatuas preciosas y antiquísimas a las que ya no prestaba atención.

—¿Qué le trae por aquí, forastero? —dejó caer la mujer como en un viejo wéstern.

O'Sheere entendió la referencia, pero no supo cómo responder para continuar la representación.

—Han venido buscándote hace un rato —continuó la mujer.

O'Sheere quedó extrañado.

—¿Quién? —preguntó

—Bueno, era un hombrecillo. Parecía un vendedor de biblias.

—Un vendedor de biblias —repitió rascándose la barbilla, intentando recordar algún conocido que se adecuara a la descripción—. ¿Y qué quería?

—No me dijo nada más, solo que estaba buscando a un tal O'Sheere. Dijo literalmente: «un hombre enjuto y elegante, con aires formales y aristocráticos».

—Eso dijo, ¿eh?

—Pues sí, eso fue lo que dijo. ¿Quieres que te ponga algo?

—Me has dejado intrigado. Creo que volveré a casa, por si es algún conocido. ¿Le diste mi dirección?

—Por supuesto que no —dijo indignada la *madame*—. ¿Por quién me tomas? —Cogió un vaso, lo ensució con el trapo que le colgaba del delantal y se lo puso delante a O'Sheere—. A mí me

da igual lo que hacéis o lo que dejáis de hacer —insinuó creciéndose como si fuera la dueña de un antro de gánsteres—. Nunca me han gustado los hueleflores ni los vendedores de biblias, ¿entiendes? Y ahora tómate un trago, a este invita la casa, que no digan luego que esta *madame* no cuida a sus clientes.

O'Sheere asintió, se encendió un cigarro. Estaba prohibido, pero en Tagartera las leyes valían, poco más o menos, una mierda.

Saboreó el dulce humo del cigarro en la boca y contaminó los pulmones llenándolos hasta el más mínimo recoveco alveolar. Después bebió de un trago el vaso de *whiskey* que le había servido y sintió esa embestida eléctrica de placer que provoca el alcohol con el tabaco.

Levantó la mano y señaló al vaso. Madame Butterfly sonrió.

Sobre la una de la tarde, decidió regresar a la casa alquilada. No había descubierto nada sobre el muchacho ni sobre el hecho acaecido unos meses atrás. Se sentía ligero y un poco entumecido por el alcohol. Era una sensación de radiante felicidad, esa que sucede cuando el alcohol enturbia al deber. De vuelta a casa había perdido ya el entusiasmo y se había anclado en la realidad una vez más.

Abrió la puerta. La casa estaba fría y silenciosa. Entró y escuchó un grifo de agua abierto. Maldita sea, se le había olvidado cerrarlo.

Giró hacia la cocina y se detuvo en seco. Allí, de espaldas, de puntillas para llegar al fregadero, un hombre de estatura menuda y de cuerpo orondo intentaba llenar un vaso de agua.

El hombre se dio la vuelta y descubrió su cara redonda con una sonrisa llena de satisfacción. Sus vivarachos ojos apenas eran un punto de aguja, la nariz, un botón y sus mejillas se proyectaban hacia adelante como dos esponjas pegadas a la cara.

«El vendedor de biblias», pensó O'Sheere.

El hombre rodeó la barra americana. Parecía una marioneta sacada de un programa infantil, andando a saltitos y moviendo

todo el cuerpo a la vez, convertido en un taco de carne macizo. Tardó una enormidad en rodear la barra, después pasó por delante de O'Sheere sin mirarlo e intentó subirse a un taburete. Al tercer intento desistió. Era demasiado pequeño para escalarlo. Decidió sentarse entonces en un sillón, y allá se encaminó cómicamente con sus pantalones hasta el pecho y su vaso de agua en la mano.

Se sentó y suspiró.

—¿Quién coño eres? —dijo irritado el viejo australiano—. ¿Cómo has entrado aquí?

El homúnculo seguía sonriendo. Sus carnes se mantenían en tensión. Cuando dejó de sonreír, la cara cayó como la mama de una octogenaria.

—¿Qué forma de hablarme es esa, Osiris? —dijo arrastrando el nombre del dios con un deje sibilino. Volvió a sonreír y bebió el agua de un trago.

—¡Ra! —exclamó O'Sheere perplejo.

—Sí, viejo amigo, Ra. Hacía tiempo que no nos veíamos ¿no es cierto? —Su voz había cambiado. Seguía siendo un silbido, pero ahora el silbido cortaba.

—Es cierto —O'Sheere tomó asiento.

—¿No me ofreces nada para tomar? Eres un anfitrión nefasto.

—¿Qué te apetece? ¿*Whiskey*? —preguntó el australiano.

—Sí, probemos el *whiskey*.

O'Sheere se levantó como si pesara una tonelada y anduvo con parsimonia hasta el armario donde guardaba la única botella que había en toda la casa. Cogió un vaso corto y lo sirvió con desgana. Sin hielo.

Se lo ofreció a Ra, que lo olfateó primero. Después cogió el vaso afablemente.

Dio un sorbo y lo escupió al instante. No hizo grandes aspavientos, solo lo dejo caer otra vez al recipiente. Lanzó el vaso al suelo.

—Está realmente asqueroso.

—Sí, hay que acostumbrarse —digirió O'Sheere—. ¿Qué te trae por aquí?

El viejo diminuto se acomodó en el sillón. Las piernas no le llegaban al suelo.

—Bueno, querido Osiris. ¿Qué me trae por aquí? —Se levantó y meditó la respuesta cruzando las manos en la espalda—. ¿Qué cojones me trae por aquí? Me trae por aquí una urgencia. Estoy muy nervioso. Me siento alterado, porque hace ya meses os encargamos una misión muy sencilla, muy clara —Su voz comenzó a rasgarse y a elevarse—, y resulta que aquí estáis, tú y tus amiguitos, tomando copas y yendo a la playita.

O'Sheere fue a hablar, pero Ra se le adelantó.

—No te atrevas a abrir la puta boca. No te atrevas, joder —sentenció con el dedo índice en alto temblando de rabia—. ¿Qué coño hacéis aquí? He pasado por alto durante muchos años tus viajecitos a este asqueroso mundo lleno de alimañas. Lo pasé por alto porque una vez fuiste uno de ellos, pero ¿qué haces ahora? Te traes a tus amiguitos mientras deberíais estar acabando con lo putos humanos. ¿Nos faltáis al respeto, Osiris? ¿Es eso?

—No —respondió cabizbajo.

—Entonces, ¿estáis acabando con la pestilente humanidad desde esta escombrera ínfima?

—Eso intentamos —respondió Osiris.

—¡No! —gritó desquiciado el dios Ra—. No os pedimos que lo intentarais.

El viejo vendedor de biblias empezó a emitir una fuerte luz y a resquebrajarse. Su piel se desprendió del resto del cuerpo y quedó desparramada en el suelo. El dios Ra había tomado su apariencia real, con su portentoso cuerpo humano y su cabeza de halcón sobre la que portaba el sol. Lucía un moreno envidiable.

—Dentro de tres días quiero que esto sea un páramo. Que su nombre sea «desolación».

El cuerpo de Ra desapareció en una luz intensa y fugaz. Quedó en el aire el olor nauseabundo de una gallina mojada.

O'Sheere se frotó lo ojos.

—Joder —espetó.

# DELIBERACIONES

Osiris, la identidad real del viejo millonario australiano que se había refugiado como un asceta en la vieja cabaña del monte Maimón, no había sido siempre un dios. Murió como hombre. Al contrario que los demás dioses, él había conocido la humanidad, la había sentido y había formado parte de ella.

Tirado en el sillón del salón de la casa alquilada, se frotaba las sienes. Había albergado en secreto la esperanza de que el encargo realizado por los dioses mayores fuera solo un poco más que un berrinche pasajero. La mayor parte de los últimos años los había vivido dentro de su avatar humano O'Sheere, un hombre recto pero ambicioso, de ascendencia escocesa y nacionalidad australiana. En cierta manera rudo, pero elegante y sobrio. Consideraba su forma de vestir exquisita, aunque la sabía pasada de moda y ridícula para muchos. Le daba igual. Había amasado una fortuna para poder disfrutar sin preocupaciones la recta final de su vida.

Osiris sabía que ser humano tenía un gran peligro. Cuando mueres como humano, mueres como dios. Para él no tenía mucha importancia. El infierno siempre estaba abierto a todo el mundo. Los placeres de la humanidad, así como sus muchos sufrimientos, sobrepasaban en mucho a los de los dioses. Ya se rebelaron los ángeles por ello y él lo había hecho también. De forma reservada, fue abandonando sus funciones como deidad y acudiendo, cada vez con mayor asiduidad, al mundo de los humanos. El olor, el tacto, el sabor, todo. Incluso el amor de otras personas. La humanidad guardaba la esencia misma del placer.

Sentado en el sillón, se derrumbó. Al fin, la humanidad estaba sentenciada. Una lágrima le rodó por la mejilla. Su integridad le gritaba que la secara y siguiera dignamente su camino. Su humanidad le atenazaba la garganta.

# EL PODER DE UN DIOS

Tirana se había refrescado mojándose hasta la cintura en las aguas cercanas a las lenguas de lava solidificada que se elevaban hacia el este. Nada más mojarse, le vinieron las ganas de orinar y empezó a hacerlo en el agua, pero fue reprendida por Dani, que tildó la acción de marranada libanesa.

A regañadientes, Tirana salió del agua. Al fondo, Amor tonteaba con el muchacho.

Se acercó a un viejo baño portátil de plástico azulado desteñido por el sol que el Ayuntamiento había instalado hacía ya unos cuantos años tras unas adelfas cercanas a las formaciones volcánicas. El baño había sido casi devorado por las inclemencias climatológicas y el salitre. Sintió un gran alivio al ver que, por dentro, estaba bastante limpio, más allá de unos cuantos insectos fallecidos en el interior y depositados por la muerte en el suelo del baño. Nada que la pudiera detener.

En los pocos días que llevaban en este mundo, Tirana había aprendido a apreciar la gran cantidad de sensaciones y experiencias nuevas que ofrecía esta dimensión. La comida: cada vez que pensaba en ella, babeaba como un caracol. Defecar cuando ya no puedes más: una sensación de vacío y liberación al mismo tiempo. Calentarse la piel al sol: notar cómo el calor te va invadiendo y expulsando la horrorosa sensación de frío que atenazaba el cuerpo por las noches. Había conocido también en este tiempo que, así como el cuerpo humano puede sentir placeres insuperables, es conocedor, en una propiedad inversa, de

sufrimientos lamentables. La comida: en ocasiones un alimento podía ser repugnante y provocar espasmos hasta expulsarlo con una terrible sensación de angustia. Defecar: en ocasiones no era tan fácil como uno hubiera deseado y se tornaba poco menos que un parto. Calentarse la piel al sol: hasta que se le caía a tiras.

De entre todas las sensaciones horribles que hasta ahora había experimentado, ninguna de ellas lo fue en grado tal que pudiera superar a sentarse en un retrete con el culo mojado. Pocas palabras podrían describir una sensación así: perturbador, quizás.

Orinó e intentó secarse con un pañuelo. Se le pegaba a las nalgas y no conseguía secar la parte que ella quería. Resbalaba sobre la tapa del váter, no encontraba la posición. Se apoyó con el codo sobre la puerta, elevó el trasero y se colocó en un ángulo agudo. Trazó un movimiento oblicuo y su mano golpeó el minúsculo lavabo del retrete portátil. El papel quedó adherido a su nalga izquierda. Estaba entrando en estado de furia cuando escuchó unos pasos apresurados y un fuerte golpe contra la puerta del baño.

—Está ocupado —dijo con un cierto pudor que le resultó incómodo. No entendía por qué sentía vergüenza.

—Sal ahora mismo. —Era la voz de Donald, que intentaba abrir la puerta desde el otro lado. Escuchaba también la voz quejumbrosa de Dani, pronto aplacada por el arrebato vigoroso de Donald.

El italiano tiró con tal violencia que acabó arrancando los goznes. La puerta cayó hacia fuera. Tirana se cubría con las manos sus partes impúdicas, aunque Donald no se fijó en eso. Agarró a la muchacha por el brazo y la arrastró fuera aún con la ropa bajada. La apretujó sin tacto alguno contra Dani.

—Corred sendero arriba, id a casa y no paréis un instante.

—Pero… ¿Qué es lo que pasa? ¿Has perdido la cabeza? —lo recriminó Tirana, indignada.

—Hacedlo, joder, putos niñatos de mierda. Estoy hasta los cojones ya.

Donald giró a una velocidad inconcebible para un gordo de su envergadura y corrió en dirección a Avril, que se encontraba en la parte central de la playa tumbada boca arriba con una chaqueta negra cubriéndole la cara.

—Mira —observó Dani—. El mar se va.

Contemplaron cómo la orilla se iba alejando cada vez más hasta que se hizo inapreciable. Amor y Max estaban ahora de pie sobre la arena que había quedado al descubierto y la horda de demonios había desaparecido.

—¿Qué es lo que está pasando? —se preguntó perpleja la belleza turca.

Observaron cómo Donald despertaba a Avril, envuelta en sueños, y la levantaba de un brazo como a un muñeco de trapo. Avril guerreó un momento hasta que Donald señaló algo y ella paró, se puso en pie, braceó inquieta y buscó a sus compañeros en la falda del monte junto al camino de la Tortuga. Comenzó una trabada carrera a través de la fina arena que salía despedida en órdenes cosmológicos caóticos, como si una supernova explotara con cada paso de la joven gótica. Con un brazo les indicó a sus compañeros que huyeran, hacia arriba, subiendo el sendero de la Tortuga. Mientras, Donald corrió con inexorable audacia en dirección a Amor y Max.

Avril alcanzó la posición de Tirana y Dani, que aún permanecían, el uno contra el otro, desconcertados junto al camino de subida.

—Hay que huir —gritó en una actitud tan impropia de ella que arrancó a Tirana y Dani de su pasmo.

Justo en el momento en que enfilaron el sendero, una cortina espumosa rompía contra la isla de los piratas y, un instante después, revolcaba los antiguos pecios de los barcos de guerra como si fueran ramitas secas.

# HUIR O MORIR

Al contrario de lo que uno imagina, un maremoto no se parece demasiado a una ola gigante, rizada, tubular y con su cresta blanca coronándola. En realidad, es más bien una mole de masa acuática que forma una ondulación que se encamina con cierta lentitud tierra adentro y aumenta su altura a medida que se acerca a la costa hasta penetrar en ella, destrozando todo lo que encuentra a su paso.

Donald llegó hasta donde se encontraban Amor y Max. Agarró a la joven por el brazo y tiró de ella con todas sus fuerzas. La chiquilla apenas se movió. Estaba encandilada con el poder de Max. Sus ojos brillaban como refulgentes estrellas atraídas por un agujero negro de perdición.

Donald, Hades, sintió aquella admiración pasional y una punzada atravesó su corazón y su conciencia encerrada dentro del cuerpo de aquel italiano comealbóndigas. El dolor de un humano es algo para lo que no se está preparado. Es encarnado y afilado. Entra por cualquier parte sin avisar y corta, muy fino, hasta que deja la herida abierta. Cuando el dolor del afecto lacera el cuerpo, se convierte en repugnancia y putrefacción. Cría gusanos negros que devoran al ser humano desde dentro y excreta un veneno que nos enajena. Ese sentimiento, que es espontaneo y repentino, cruzó la mente de Donald y la anuló. Deseó que la ola los devorara.

Sin embargo, por encima del desasosiego y el odio que se genera al descubrir que se ha perdido lo que era querido, a veces,

solo en situaciones extraordinarias y poco convencionales, la esperanza puede un poco más. Así, Donald, mirando las profundidades transcendentales de la criatura que tenía en frente, avistó, distraída en el poder del muchacho, a Coatlicue, brillando, apasionada.

—Si no nos vamos, moriremos. Coat, te lo ruego —suplicó Hades desde el cuerpo de su avatar.

—Yo me quedo —aulló la muchacha.

—Estás loca. Si mueres aquí…

Max permanecía de espaldas frente a la ola que avanzaba con incontrolable fuerza hacia la costa, arrastrando con ella todo lo que encontraba en su camino. El ruido era ensordecedor. Donald observó al muchacho. Respiraba con fuerza. Sus ojos, entrecerrados, se habían vuelto blancos.

—¿Lo ves, Hades? —suspiró Amor—. Es el verdadero poder de un dios. Hubo un tiempo en que nosotros fuimos así. Esplendorosos. Ahora soy suya para…

Antes de que acabara la frase, Donald golpeó en la nuca a la muchacha con el puño. Se desplomó sobre el suelo. La cogió por un brazo y la cargó sobre su hombro. Tuvo la tentación de dejar allí al muchacho, pero lo agarró y lo arrastró, usando toda su corpulencia para cargar con los dos jóvenes.

La ola se acercaba peligrosamente a la costa y el camino que ascendía hasta el pueblo aún quedaba a unos metros. Al llegar a las escaleras, Donald sudaba en abundancia y apenas le quedaban pulmones para subir un escalón. Derrotado, rendido a la imponente masa de agua que los destrozaría, desolado por apagar la estelar luz que conformaba su estadio divino, se sentó en una madera y miró desafiante la mole que se le echaba encima.

Justo en el momento de hundir la cabeza, cuando se termina de ver el presente para entrar en el funesto futuro, unas manos aferraron a Donald y lo incitaron a ponerse en pie. Eran Tirana, Avril y Dani. Con denodado esfuerzo, tiraban de los

tres compañeros. Esa era otra parte de la humanidad que estaban descubriendo. La de la irreductibilidad, la esperanza, el esfuerzo y la lucha. Aunque la humanidad ha puesto cierto ahínco en destruirse a sí misma, en envenenarse y aniquilar al planeta entero, no solo se esfuerza en manchar de oscuro su leyenda. También, a veces, realiza proezas inspiradoras.

Ese empujón, esa proeza inspiradora, hizo que Donald se levantara con renovadas energías y cargara, con ayuda de sus tres héroes, hasta que subieron unos treinta metros. Tras ellos, la masa de agua chocaba con los acantilados y las formaciones volcánicas, penetraba en la playa y volvía a chocar, ahora contra la ladera por donde ascendía el camino de la Tortuga, negra como la muerte. Parecía que la hubieran tintado y ensuciado para que causara el mayor terror posible.

Después del primer y salvaje impacto, el agua siguió subiendo hasta que casi los alcanzó. Con las últimas fuerzas que les quedaban, ascendieron hasta el inicio el camino, donde aparecían las primeras casas del pueblo. Justo ahí, el agua dejó de subir.

## LA DECISIÓN DE O'SHEERE

Caminaban agotados, exhaustos, extenuados. Amor había despertado con un gran dolor de cabeza y abochornada por su actitud en la playa. Ahora se sentía asombrada por la alteridad de Donald, si bien seguía sintiendo un dolor punzante por el execrable comportamiento de Hades su último día juntos en el infierno.

Max había recuperado la consciencia. Era el muchacho reservado y hierático de siempre. No recordaba apenas nada de lo sucedido más allá de la gran lengua negra que se abalanzó sobre ellos en la playa.

Tirana, Dani y Avril, los ayudaban a caminar en silencio. Las sirenas y los helicópteros llenaban todo el espacio que podía ocupar el sonido. No hacía falta más.

Donald, cabizbajo, caminaba tras el grupo con cierta dificultad. Había sufrido varios cortes y golpes en la desquiciada huida de la playa. Rumiaba una y otra vez lo que había sucedido. No encajaba en él, ni como dios ni como humano, pero la realidad era la que era, se había sacrificado por primera vez en su vida por otra persona. ¿Sería amor? Lo dudaba horrores.

Había pasado el mediodía cuando llegaron a la puerta de la casa de Max. Los coches patrulla circulaban veloces abriendo camino a las ambulancias, convertidos en un enjambre ruidoso y colorido que se organizaba a duras penas entre la devastación que asolaba la costa de Tagartera.

Varios helicópteros, de emergencias unos y de carroñeros informativos otros, se mantenían cual libélulas sobre la costa,

esperando unos que no hubiera demasiadas desgracias, esperando otros que las desgracias fueran numerosas y, sobre todo, morbosas.

Marian, la madre del muchacho, abrió la puerta. Vestía una estrafalaria bata de coloridas mariposas y, sobre la cabeza, numerosos rulos le hacían parecer alguna especie de flor tropical.

—¿Estáis todos bien? —preguntó deshecha, de esa forma que solo las madres mártires pueden llegar a entender.

—Sí —respondió Avril—, por los pelos.

—En la televisión están saliendo imágenes del maremoto. Cómo es posible, Dios mío. Cómo es posible que pase una cosa así.

Los dioses reunidos ante su puerta, vestidos con la carne y los huesos de un ser humano corriente, cruzaron las miradas. Ellos tenían la respuesta a la pregunta de la fatigada madre.

Avril animó, apoyando su mano sobre la espalda de Max, a que avanzara hacia su madre. En ocasiones, le parecía a ella, no tenía ni la más mínima habilidad social ni la más mínima capacidad de sentir. El muchacho avanzó hasta que estuvo a medio metro de su madre. Esta lo acogió entre sus brazos y lo besuqueó. Alzó un poco la cabeza de su hijo, levantando el mentón, para poder verlo mejor. Se echó a llorar al ver su cara sucia y descompuesta. Parecía haber perdido veinte kilos y ganado cien años en una sola mañana. Con el dobladillo de su esperpéntica bata humedecido con saliva, le limpió las mejillas y los párpados. El muchacho sonrío con timidez. Su gesto era forzado. Elevaba las mejillas y comisuras de los labios. Sin embargo, sus ojos eran dos inertes cantos rodados hundidos bajo sus arcos ciliares. A su madre le valía con eso.

Marian miró de reojo a sus vecinos. Tenían unas pintas horribles, pero les estaba tremendamente agradecida. Los miró con dulzura y les dio las gracias con un susurro. Después entraron en casa.

Los cinco dioses, harapientos y llenos de inmundicia, se encaminaron hacia su casa.

Entraron. O'Sheere estaba sentado a oscuras en un sillón. Al ver el aspecto de sus homónimos supuso que tendría que alarmarse. Sin embargo, le embargó una sensación de decaimiento y pasotismo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó más por educación que por interés.

—Ha sido él —respondió con celeridad Dani.

—¿Él? ¿Quién?

—Max, ha provocado un maremoto y por poco nos lleva a todos por delante.

Una súbita sensación de esperanza le recorrió el cuerpo y al instante fue combatida por la inveterada mentalidad humana de O'Sheere. Por un instante, pensó que las cosas se solucionarían por sí mismas. Al instante siguiente, los atavismos de la mecánica del pensamiento le condujeron, una vez más, como a cualquier ser humano que responde de la humanidad entera, a enfrentarse a la extinción.

Sin embargo, era un dios.

—¿Dices que ha provocado un maremoto? ¿Cómo? —preguntó inquisitivo O'Sheere.

—Lo ha provocado golpeando el agua con una mano —respondió Amor.

—No es posible.

—Sí —dijo Donald—. Yo lo he visto también.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

Los dioses, en pie frente a la puerta, miraron todos a Amor.

—No lo sé muy bien. Entré en el agua con él y tonteé un poco. Un momento después estaba como ido. Los demonios corrían despavoridos, regresaban a su cuerpo. Después golpeó el agua y… bueno, provocó el maremoto.

—¿Puedes ser más concreta? —insistió O'Sheere—. Quizá en algún detalle está la clave para desatar el fin del mundo.

—Bueno, le gasté varias bromas. Le pregunté sobre la muchacha. Darkia.

—Continúa.

—Pues me subí encima y él se excitó. Después me burlé de él, eso fue todo.

O'Sheere asentía con seriedad.

—Joder, es un puto crío. ¿Por eso casi nos mata a todos? —preguntó a modo de reflexión Donald.

Tras unos instantes en los que cada uno se atareaba en no hacer nada en concreto más que contener los nervios, O'Sheere proclamó:

—No es un ser humano, eso está claro. Es un dios. O un demonio. Tenemos que actuar con celeridad.

No quiso contarles la cortés visita que había realizado Ra. Ni las exigencias y premura con las que se había presentado. Empezaba a pensar que quizá no había sido un buen plan traerlos aquí. No estaban adaptados. No conocían las costumbres, las formas sociales. Su poder en este mundo era una ridiculez.

Un plan se había ido formando en su mente atestada de pensamientos y contradicciones. El muchacho parecía tener algún problema o una naturaleza poco estable. Quizá fuese así. Puede que, como ellos, solo se encontrara en un sitio que no era el suyo y no entendiera las convenciones sociales. Quizá no fuera capaz de adaptarse a una sociedad que no era la suya. Posiblemente era un lobo entre corderos. Un inadaptado. Una fiera desconcertada. Tampoco parecía ser consciente de sus propios poderes ni de los seres que le acompañaban y quizá lo protegían.

De lo que sí empezaba a estar seguro era de que el muchacho tenía un límite y ese límite estaba muy cercano. Había desatado su poder incontrolado e inconsciente cuando Amor lo había abochornado, esa podía ser una de las claves. ¿Quizá le hubiera pasado lo mismo con la joven Darkia?

Tenía que averiguar como fuera lo que había pasado aquella tarde ya lejana entre Max y Darkia y solo había un sitio donde podía conseguirlo.

La tarde, víspera de Nochebuena, siguió extrañamente tranquila. Las autoridades, a través de todos los medios de comunicación, advirtieron a la población de las posibles réplicas del maremoto. Explicaron las medidas a seguir, que consistían, básicamente, en permanecer en lugares altos donde una ola, por grande que fuese, nunca pudiera llegar.

Marian, la madre del muchacho, se acercó ya avanzada la tarde a casa de sus vecinos. Los invitó a la cena de Nochebuena. Dijo que le daba pena que, en esas circunstancias, estuvieran solos sin su familia. Los dioses no entendieron nada, pero aceptaron.

Pasaron la noche cenando mientras veían las noticias en la vieja televisión. Según contaba Waldo Alejandro Stephan Smith Polvorosa, el principal presentador de noticiarios de una cadena regional, gracias a la orografía y a la cercanía del epicentro del terremoto que había provocado la ola, los daños tanto materiales como humanos (no dijo nada de plantas o animales) no habían sido tan cuantiosos como se había esperado en un principio.

Los comentarios iban acompañados, cada cierto tiempo, de imágenes de la ola penetrando en la tierra. Barcos sobre tejados, coches sobre árboles, personas en pequeñas colinas e innumerables casas y vehículos destrozados. Con todo, apenas se contaban en seis los muertos y en tres los desaparecidos, hasta ahora.

Waldo, el locutor, con su frondoso tupé moreno, establecía conexiones con distintos lugares donde jóvenes reporteros se afanaban por encontrar desgracias familiares. Las imágenes se repetían una y otra vez en la pantalla. Las mismas, repetidas hasta la saciedad.

## LOS INFORMES

O'Sheere se levantó al alba. Llevaba despierto ya un buen rato. Se movió con sigilo para no despertar a los demás y se encerró en el cuarto de baño. Se duchó con agua templada y se afeitó meticulosamente. Como siempre, se hizo un par de cortes. Era una habilidad que nunca llegaría a dominar. Moriría antes, aunque viviera mil años. Salió de la ducha y escudriñó su viejo y esquelético cuerpo. La edad avanzaba inexorable, le parecía que aún más rápido que el tiempo.

Se cepilló los dientes y se vistió con un elegante traje de *tweed* marrón. No sabía muy bien por qué, suponía que era por comodidad y costumbre. Por elegancia quizás. Por apariencia. El *tweed* era lo suyo.

Se peinó las escasas hebras de pelo rojizo hacia atrás. Tenía un aspecto inmejorable. Abrió un bote de perfume n.º 1 y se puso un poco en la palma de la mano. Dejó que se desbordara y que callera al lavabo perdiéndose en las cañerías. La miserable ostentación de esa mierda de colonia le hacía gracia. Disfrutaba desperdiciándola.

Salió de la casa y se encaminó al banco. Había unas pocas sucursales en Tagartera, todas cercanas a la plaza Mayor. Cuando llegó aún estaban cerradas, así que esperó en el Blackened. Madame Butterfly se sorprendió al verlo. Le sirvió un café aguado cercano a la infamia. Se fumó un cigarro mientras tragaba el caldo tibio y aguado.

Al poco, vio llegar a una muchacha con la ropa propia de una *au pair* alemana. Tenía que ser la trabajadora del banco. De entre

todas las escalas que puedan medir el mal gusto a la hora de vestir, debería haber una, la más extendida y aceptada internacionalmente, que tuviera en la parte más alta, donde posicionar la peor vestimenta del mundo, a las cajeras de banco.

Se acercó con paso ligero pues, de entre las bocacalles y arquerías de la plaza, fueron apareciendo como zombis reumáticos, cinco o seis ancianos que tendrían que consultar durante media hora, preguntando una y otra vez lo mismo: ¿Me han ingresado ya la paga? No —dirá la cajera— es el día veintiocho. Pues siempre es el veintiséis. No, siempre es el veintiocho. Y así.

O'Sheere se adelantó a todos. La muchacha pidió que esperara un poco, estaban iniciando los ordenadores y abriendo la caja.

Quince minutos después, llegó el director de la sucursal. Un jovencito con traje azul de corte inglés. Llevaba gafas y una barbita arreglada a la perfección. Se comía el mundo: era el director de una sucursal en un pueblucho perdido. Pero tenía a su cargo una *mujercita preciosa* —aunque vestida de forma atroz— a la que pretendía impresionar con sus aires urbanitas y triunfadores.

Pasaron otros quince minutos mientras el muchacho le contaba a la avispada cajera que la noche anterior había estado de copas hasta muy tarde, pero que ahí estaba, que él no escurría el bulto.

O'Sheere se levantó y se sentó en la mesa que debía estar ocupando la cajera.

—Espere un minuto, señor. Ya mismo le atiendo.

—Ya he esperado, señorita —dijo clavando los ojos en el papanatas de su jefe, que desapareció en un despacho acristalado tipo pecera. Cerró las persianas.

La muchacha se sentó, en cierto modo agradecida con el señor pelirrojo que le había librado del subnormal del director.

—Lo lamento, señor. ¿En qué puedo ayudarle? —ofreció complaciente.

—Quiero sacar dinero.

La muchacha le pidió su identificación y abrió la cuenta. Sus ojos casi salieron despedidos de las cuencas cuando vio la cifra que aparecía en el saldo.

—¿Cu… cuánto quería, señor? —tartamudeó.

—Todo.

—To… ¿todo? No hay tanto dinero.

—Pues algo.

La muchacha cogió el teléfono y marcó una extensión:

—Sí, ¿puedes salir un momento?

Un momento después salió de su pecera el pez gordo, con su barbita, sus gafitas y su trajecito azul.

Se acercó a la mesa de la cajera y miró displicente al viejo pelirrojo sentado al otro lado.

—¿Qué sucede? —esputó vehemente.

La muchacha señaló la vieja pantalla de ordenador y, rápidamente, la actitud del director de la sucursal cambió. Su cara se convirtió en un arcoíris sonriente y amigable.

—Señor O'Sheere, es un honor tenerle en nuestra humilde sucursal. ¿En qué podemos ayudarle esta magnífica mañana?

—Quiero sacar dinero —dijo algo molesto—, pero al parecer no tienen.

—Sí tenemos, pero será mejor que pase a mi despacho. Ahí estaremos más tranquilos.

O'Sheere se mantuvo pensativo un momento.

—Esfúmate, imbécil. Estoy hablando con ella.

El pez gordo palideció.

—¿Co… cómo dice?

O'Sheere lo ignoró y se dirigió a la muchacha.

—¿Puede conseguirme cien mil?

—Creo que sí.

La muchacha se levantó y se dirigió a la caja, cercana al orgasmo. Dar por el lado del gusto es una expresión muy explícita referida al sexo; concretamente, una penetración satisfactoria y

placentera. La expresión se ha venido utilizando como símil para cuando una determinada acción produce placer, comparándolo con el sexo. Eso es lo que sintió la muchacha al ver humillado a su jefe.

Unos minutos después salió con una caja metálica repleta de billetes perfectamente cuadrados. Se los entregó, firmaron los recibos y en menos de diez minutos había terminado la operación. Las cosas suceden cuando hay voluntad.

Con ciertos remordimientos por haber humillado al imbécil del director de la sucursal, O'Sheere se encaminó hacia el Ayuntamiento. Estaba abierto a pesar de ser festivo, debido a la catástrofe acaecida horas atrás.

Subió por las escaleras a la primera planta y preguntó en el mostrador de recepción.

—Soy Alan P. O'Sheere, empresario ¿Está el señor alcalde? No tengo cita, pero no le robaré mucho tiempo. Solo quería preguntar una cosa.

El muchacho de recepción, primo tercero de la mujer del alcalde, cogió el teléfono y marcó una extensión. Era la secretaria. Debe saber el lector que, en esta santa nación, nadie puede solucionar nada sin marcar una extensión y pasarle con otra persona. La secretaria, al parecer, le dijo que estaba muy ocupado debido al maremoto acontecido el día anterior y eso fue lo que, escrupulosamente, el muchacho notificó a O'Sheere.

—Qué fastidio —se quejó O'Sheere—. Quizá más tarde.

Enfiló las escaleras, pero, antes de pisar el segundo peldaño, el alcalde, vestido con su habitual traje blanco de algodón, apareció arrebatado por la puerta del despacho, brazos en alto y muy afectado.

—Señor O'Sheere, querido, ni un paso más, deténgase. Esta es su casa, la casa de todos —dijo el alcalde con efusividad y teatralidad exagerada.

Lo cogió por el brazo y condujo al despacho. Señaló con el índice a la puerta y la secretaria se esfumó fantasmal.

El alcalde, un portento físico a su edad, entrado en kilos, pero de lustrosa apariencia, invitó a O'Sheere a sentarse en uno de los sillones. El despacho era grande, poco ostentoso, pero dejaba entrever algunos detalles reflejo del ego de su propietario actual. Un par de detalles en marfil. Una caja de habanos de la mejor calidad. Un mechero incrustado en un viejo fósil. Un diente de dinosaurio. Unas cuantas medallas. Una vieja bandera de no sé qué rey antiguo. Unas fotos posando con sus presas.

—¿Qué le trae por aquí, míster O'Sheere? —remarcó el «míster» con una pronunciación que él creía muy de Australia, sonriendo como un escualo.

—Sabrá que llevo visitando su pueblo durante mucho tiempo.

—Sí, eso me han comentado, pero es usted, digamos, escurridizo.

—No tanto como quisiera. No sé si sabrá que estoy dedicando mi vida, mis últimos años podría decirse, a escribir un libro —mintió como un bellaco.

—No, lo ignoraba —aseguró el alcalde—. No le hacía a usted en esas.

—Pues sí, ya ve. Locuras de viejo —se acercó a la mesa para crear un ambiente más íntimo y continuó—. El caso es que estoy muy interesado en el caso que ocurrió aquí hará unos pocos meses, ya sabe, el de ese muchacho, Max, creo que se llama, y la joven Darkia.

—Sí, un caso terrible. ¡Terrible! —La papada del edil vibró como una bolsa de gelatina.

—Terrible, sin duda. Y me preguntaba si sería posible consultar el expediente.

—Mmmm. —El alcalde apretó los labios y se masajeó la barbilla—. Lo veo complicado, señor O'Sheere. Es una petición harto extraña.

—Es simple documentación —se apresuró a aclarar el viejo australiano—. A cambio, yo podría colaborar con una generosa

donación para construir, qué sé yo, un polideportivo, un parque para niños… reconstruir la terrible desolación que el maremoto ha causado.

O'Sheere sacó un abultado sobre que depositó sobre la mesa, justo en el centro del tablero. Estaba abierto y dejaba entrever un fajo de billetes. El alcalde abrió la solapa con la punta de un boli, como temeroso de que pudiera explotar. Hizo un gesto de afirmación sorprendida.

—Los niños, los parques, todo eso está muy bien. Sin duda, son el futuro. Pero los niños, los parques, no sabrían qué hacer con esto. ¿Me sigue?

—Sí, soborno, supongo.

—Ha empezado usted. —Su sonrisa se ensanchó.

—*Touche!* —Cogió el sobre de la mesa y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta de *tweed*.

—En fin, piénselo. Pero ahora, siento mucho no poder entretenerme más. Como sabrá, después de lo ocurrido ayer —Su rostro cambió de predador a aflicción—, estamos desbordados.

Se levantó y le ofreció la mano.

O'Sheere cogió la mano y se despidió sin decir nada más.

Tras atravesar la puerta, la secretaria se materializó a sus espaldas y se coló ágil como sabandija en el despacho del alcalde.

O'Sheere pasó por al lado del muchacho que custodiaba la entrada a los despachos, el primo tercero de la mujer del alcalde, que se sacaba un moco con disimulo. Lo pegó bajo la mesa.

—Hasta otra —se despidió O'Sheere.

—¡Ehhhhi! —respondió aleladamente, inmerso en su propio mundo plagado de apagones e inconexiones.

O'Sheere se alisó el traje y comenzó a descender la escalera marmolada. A mitad del tramo, una idea rondó su cabeza. Subió otra vez el tramo de escaleras y se presentó ante el mostrador de recepción. El muchacho estaba ahora intentando recoger una

pelusa con el capuchón de un bolígrafo. No se entendía en qué se gastaba el dinero este país.

—Hola —saludó O'Sheere.

Al levantarse, el muchacho se golpeó la cabeza contra el tablero del mostrador. No debió hacerle ningún bien.

—Hola, buenos días —respondió con la cabeza palpitando.

—¿Podría hablar contigo un momento?

—Lo siento, está ocupado.

A O'Sheere le costó seguir el razonamiento del muchacho. Pero dedujo que el avispado muchacho respondía por el alcalde.

—No —dijo quitando hierro al asunto—. Quiero hablar contigo, no con el alcalde.

—Ahhhhhhhhh... ¿Y de qué quiere hablar?

—De unos informes que hay abajo, en el despacho de Servicios Sociales.

—Uy, no. No, no, no, no —repitió en un ataque autista el muchacho.

—Escúchame, hijo, solo quiero leerlo.

—No, eso está mal, no se puede entrar ahí. Todos se vuelven locos, locos. Me mataría mi tío. Digo... el alcalde.

O'Sheere sacó el sobre con el dinero del bolsillo interno de la chaqueta y lo dejó, disimuladamente, bajo el tablero del mostrador. El muchacho miró con curiosidad felina el sobre, incluso lo olisqueó un poco como si se fiase más de su olfato que de su vista. Después fijó su vista caprina en el viejo del traje raro.

—Pero —susurró—, aquí hay un montón de dinero.

—Sí, un montón —observó grandilocuente O'Sheere—. Y será todo para ti, si me dejas leer esos archivos.

El muchacho se levantó de un salto y entró corriendo en otro despacho. Estaba vacío. Volvió a aparecer con las mismas prisas con las que partió. Se sentó en su sillón de oficina, dejó una llave en el mostrador y guardó el sobre en un pequeño bolso que colgaba del respaldo del sillón. Todo en una centella.

Sin más, O'Sheere cogió la llave y se marchó. Por el rabillo del ojo pudo ver la resplandeciente sonrisa del joven. Bajó las escaleras ligero. En la primera planta había un pasillo a mano derecha y en él una puerta azulada del año del diluvio. Pasó la puerta y siguió hasta el siguiente pasillo. Se aseguró de que no hubiera nadie en toda la planta baja. Volvió a la puerta e insertó la llave en la cerradura. Forcejeó durante lo que le pareció una eternidad, hasta que, con un leve chasquido, la puerta se abrió. Entró en la minúscula habitación y cerró con llave desde dentro.

Buscó el interruptor de la luz tanteando la pared. Lo golpeó por casualidad con el codo y unos tubos fluorescentes parpadearon en el techo. Había muy poco mobiliario, una vieja mesa de despacho, un sillón y una silla de escuela. Un póster de un gato. Una diminuta cortina veneciana que cegaba un ventanuco. Apoyada en la pared, una estantería destartalada se sostenía de milagro bajo el peso de cajas y cajas de archivos. Se acercó y leyó por encima los títulos.

En la parte alta, sobresaliendo de entre todas, una caja roja con un escrito a mano: Max. La cogió, la abrió y la ojeó por encima. Había decenas de carpetas con distintas fechas repletas de papeles. Reordenó las cajas cercanas para que no se apreciara la falta del archivo. Se quitó la chaqueta y cubrió la caja con ella. Salió del despacho y cerró la puerta. Se quedó la llave para volver más tarde a devolver los archivos. No creía que el pánfilo del recepcionista fuese a quejarse ni a delatarle. Bien valía su silencio el estimable peso del sobre.

Salió por la puerta principal del ayuntamiento con la caja oculta en la chaqueta como si no hubiera pasado nunca nada y se encaminó a casa. Ahora descubriría el modo de acabar con el mundo.

## YO NO SÉ PSIQUIATRÍA

Estuvo enclaustrado casi todo el día. Leyó y releyó los informes hasta que las palabras se convirtieron en manchas negras que enfoscaban el pensamiento. No entendía la mayoría de los términos que aparecían en él. Lo había redactado una tal doctora Hesworth y hablaba de personalidad reprimida, de hipnosis regresiva, personalidad múltiple y otros términos que vagamente le sonaban de algo.

En una de las sesiones, habían hecho hincapié en las versiones del mismo yo. Contando el muchacho lo que había sucedido con Darkia, lo describió como: «Me abrí».

Hablaba también de los descorazonadores progresos que había conseguido el doctor N'Gaye. Hesworth había depositado muchas esperanzas en la hipnosis, pero había resultado ser contraproducente a su juicio, lo redactaba así:

> … la primera sesión ha sido un desastre. He perdido los papeles al ver que el paciente, Max, sufría una especie de ataque durante la sesión. Los síntomas eran similares a un ataque epiléptico, aunque al despertar se sentía tenso, no parecía tener molestia alguna asociada al ataque.
>
> El doctor N'Gaye, uno de los mayores expertos mundiales en hipnosis regresiva, no ha sabido dar una explicación convincente sobre este hecho. Lo achaca (no estoy de acuerdo) a un proceso precipitado. Quizá sea así, eso espero.
>
> Vamos a realizar una segunda sesión.

Ahí terminaba el informe. Había una hoja más, escrita a mano con una caligrafía irregular y errática. Las palabras estaban casi grabadas sobre el papel. O'Sheere supuso que era la letra de la doctora. Describía con bastante detalle lo que había ocurrido desde que Max se encontró con Darkia en el cañón de la Cerrá, hasta que había aparecido una mariposa, la Esfinge de la Muerte, y se había posado en el cabello de la muchacha. Después, la había aplastado y había desatado una reacción increíble en Max, decía así:

> … Lo hemos visto, el doctor N'Gaye y yo. Esto debe ser una pesadilla. Es un monstruo.

Después la letra se volvía ilegible. Los trazos subían y bajaban sin sentido. Estaban emborronados, como si la doctora hubiera estado llorando sobre el papel. Hacia el final de la hoja podía leerse, más o menos, de nuevo:

> … se ha transformado, literalmente. Sus ojos lechosos infernales. El cuerpo, infrahumano, imposible. Y ha hablado. Es el propio mal, deberían quemarlo para que vuelva al infierno.

O'Sheere quedó meditabundo. Se hizo una clara idea de lo que había podido suceder. Muchas veces, desde lo alto del cañón, había visto, en sus largas tardes contemplativas, esos paisajes donde había acontecido todo. Lo asaltaban pensamientos funestos sobre lo que en apenas un día tendrían que desatar. Aún no sabía muy bien cómo. Tenía claro que, de alguna manera, tendría que implicar a Max y a Darkia, ese era el detonante, pero ¿cómo?

Lo invadía un cierto remordimiento anticipado. Apenas recordaba nada de cuando fue hombre, pero una vez lo fue. Lo mortificaba el destino, la inane lucha interior propia de su

condición humana. O'Sheere, el ser imperfecto que se enfundaba como este lo hacía, a su vez, con los viejos trajes de *tweed*, se había convertido en una parte suya. Ser humano es una condición feliz y contradictoria. Ser humano es de una levedad insoportable y es una carga inmensa. Osiris, el dios que era él, el que habitaba en un pequeño universo dentro del humano O'Sheere, no comprendía el destino. Le venía dado. Al contrario que los seres, nacidos de una singularidad, sujetos a las leyes naturales, compuestos de pequeñas y activas partículas que desde el principio de los tiempos son compuestos de la misma materia exacta que antes fue otro y otro. Otra cosa, inanimada o viva, de otra especie o reino. Da lo mismo, el ser humano es y no a la vez, fugaz. Esa esencia superviviente y evolucionada es la que remordía la conciencia del humano O'Sheere primero, y del dios Osiris después. Más potente que un dios. Más importante que un dios. Un ser, contenido en un planeta de un universo contenido en otros universos aún mayores que algún día alcanzarían y destruirían. Esa era la contradicción mayor. El ser humano es la preciosa devastación de una hermosa creación.

Se levantó, lúgubre, de la pequeña silla que habitaba junto a la mesa de teca que había en su habitación. Había estado leyendo el informe, pensando en cómo acabar, bajo la tenue luz de una pequeña lámpara de estudio.

Salió por la puerta de la habitación y bajó las escaleras. Sus compañeros estaban dispersos por el comedor cocina. Lo miraron con atención.

—Creo que tenemos que hablar —musitó.

—¿Sobre qué? —preguntó Avril preocupada.

—Sobre secuestrar a la joven Darkia.

## LA CARTA DESDE EL INFIERNO

Simón el cartero sintió una terrible añoranza. Era descorazonador, aún peor que vivir en el infierno, un castigo superior. Su jefe le había entregado un sobre. En él había una dirección escrita: c/Baladre n.º 10 C.P. 093240 Tagartera.

La carta era ligera, pero daba la sensación de que pretendía arrastrarte. Preguntó, temeroso de un correctivo ejemplar, por qué tenía que ser él.

—Tú eres el último que ha llegado, espantajo —le respondió su jefe, raspándole la tonsura con los nudillos.

Allí estaba, en la plaza mayor de un pueblucho perdido de la mano de los dioses, olvidado por todo y todos, hasta que un día, en una carta, había aparecido su nombre. Hacía calor para ser invierno. Estaba vacío a esas horas del día, las tres y media de la tarde. La mayoría de los habitantes estaban dormitando en sus sillones esperando la telenovela o el pronóstico del tiempo. Era pequeño y olía mal, pero a pesar de eso Simón fue invadido por una oleada de emociones. Estaba de nuevo vivo, o casi, pisando la tierra, oliendo la basura y la polución, saboreando el polvo amargo, sintiendo el impacto de la vida en su organismo.

Percibía las pequeñas reacciones que provoca la vida dentro del cuerpo, saltando como mariposillas, de una flor a otra. Se sentía como una mariquita en pleno vuelo, un renacuajo en una ciénaga, una pulga en una porquera.

Contuvo su entusiasmo y comenzó a caminar calle arriba. El peso de la gravedad, qué sensación tan gratificante. El radiante

sol sobre una piel quemada, qué satisfacción. El tiempo matando las células, un placer. Se excitó un poco.

Caminó a lo largo de la calle principal, de la que nacían otras calles más pequeñas y otras más pequeñas e intrincadas a su vez. Se consideraba una persona de ciudad, un cosmopolita, detestaba los pueblos pequeños con sus grandes manías y costumbres ancestrales propias de los trogloditas. Sus males de ojo, sus rezos a las verrugas, las ramitas de malamadre bajo la almohada, las procesiones paupérrimas, el pan con vino y el florido cementerio. Le provocaba tal aversión que le venían las náuseas. Sin embargo, la sangre circulando con cada bombeo del corazón le satisfacía, le alegraba.

Caminó risueño por las calles del municipio hasta llegar a una de las plazoletas que indicaba el mapa hecho a mano que le habían entregado junto con la carta. Alguien escribió junto al nombre de la plazoleta —Abad Pecún— «Plazoleta del Gilipollas» y había subrayado: «¡Mira, le han puesto tu nombre a una plaza!».

En la plazoleta había una muralla desde la que se avistaba el mar. Simón olisqueó el aire cargado de salitre y humedad. Desde la muralla divisó una pequeña cala. Estaba removida, llena de algas y troncos, y las barcas de los pescadores habían sido trituradas contra las formaciones rocosas. Una capa de lodo negro cubría todo hasta unos treinta metros de altura. No había llegado a la muralla de la plazoleta, pero se había quedado cerca.

—¿Qué ha pasado aquí? —murmuró para sí mismo—. Vaya desastre.

Hacia el oeste se avistaba la isla del faro. Era poco más que un pequeño promontorio de roca sobre la que se erguía cual falo el viejo faro de Tagartera. Era de color rojo y blanco, al menos la parte que había quedado, pues la cúpula y el balcón habían desaparecido, en su lugar, engalanando la parte de torre que quedaba, se incrustaba la popa de un barco pesquero.

Toda la costa que podía verse estaba asolada. Una gran pena anidó en su corazón y eso también lo hacía feliz.

Mientras caminaba junto al mirador, observó cómo unos barcos lejanos iban recogiendo anchos trozos de cascos de navíos destrozados sobre el mar. Parecían pequeños cangrejos descuartizando el cadáver de un insecto gigante. Enfiló la cuesta de la calle Baladre. Estaba casi a las afueras, había pocas casas y estaban dispersas. Llegó sudando —gratificantemente— hasta la casa que tenía el número diez en la puerta y pulsó el timbre.

Tras la cancela, una puerta se abrió.

—¿Quién es? —preguntó un joven apocado.

—Cartero —respondió Simón.

—¿Qué quiere?

—Tres deseos —suspiró nublado Simón—. ¿A usted qué le parece?

Viendo que el muchacho no respondía, Simón continuó.

—Entregar una carta.

—No esperamos ninguna carta.

—Ya, bueno, pues ya tienen una.

Simón abrió la cancela y se acercó a la puerta. El muchacho había dejado la puerta casi cerrada, a cuchillo, que se diría. Simón adelantó la carta. La mano del muchacho salió como el ataque de una cobra por el hueco de la puerta, cogió la carta y cerró la puerta.

—Qué encanto —recitó Simón canturreando.

En ese preciso instante, el suelo que Simón pisaba se resquebrajó y unas manos lo arrastraron bajo él.

—¿Quién era? —preguntó Donald.

—Un cartero. Quería entregarnos una carta —comentó Dani sosteniendo el sobre en alto.

Avril se la arrebató juguetonamente de la mano. Dani expresó su malestar con un bufido quejumbroso y persiguió a Avril correteando por el salón. A la persecución se sumó Tirana haciendo cosquillas a ambos, intentando que soltaran la carta. Se retorcían en espasmos hasta que cayeron entre risas desatadas.

Aprovechado un descuido, Amor arrancó la carta de las manos retorcidas de Avril. La abrió y ojeó el contenido. Sus ojos siguieron las líneas escritas cada vez con mayor agitación. Se fueron abriendo y desencajando. Con lentitud, se sentó en un sillón. Su tez oro fue palideciendo hasta formar una mancha blanca y ojerosa.

—¿Qué es? —preguntó Donald.

Amor giró la carta y expuso su contenido. Todos la identificaron a primera vista. Decía así:

> Estimados reguladores de la muerte:
>
> Es conocido por todos que la humanidad se ha desviado de su propósito. Mucho tiempo llevamos sabiéndolo y callando ante tal comportamiento.
>
> La creación de todos los dioses mayores, que fue la humanidad, fue concebida con el fin de la adoración a las deidades, del respeto a las religiones, del cumplimiento del dogma, de la alabanza a lo divino, del temor a lo prohibido, de la redención de las almas.
>
> Por desgracia, los seres humanos, que dan sustento a la gracia divina, han olvidado y en muchos casos matado deliberadamente la fe en nosotros, sus creadores y amos.
>
> Así, no solo no siendo útiles, sino convertidos en un molesto e insidioso problema, se convoca con carácter de urgencia a dioses, demonios o cualesquiera otros señores de la muerte para poner fin a la humanidad.
>
> Esta convocatoria es irrenunciable e irrevocable y, por lo tanto, en un plazo de diez días hábiles, tendrán que haber decidido por mayoría simple el destino de la humanidad. Esto es, su destrucción.
>
> Sin más, un cordial saludo.

Debajo, escrito a mano con una grafía redondeada llena de bucles y lazos con rotulador permanente rojo, se leía:

Tenemos que hablar, mañana a primera hora.
Satanás.

A Donald le sorprendió que Satanás tuviera tan buena letra.

## SATANÁS: NIVEL INICIÁTICO

Satanás era conocido, a pesar de la fama que las malas lenguas le otorgan, por su increíble paciencia y mano izquierda, si bien tampoco obviaba que la contundencia era parte del propio esquema de la negociación. Ejemplo de ello es una de sus citas más célebres, en la que puso el punto final al trato entre las aerolíneas del infierno y las celestiales, durante el conflicto por el abaratamiento de los precios en los vuelos regulares al infierno, que resultó ser tal que un alto cargo del cuerpo de funcionarios celestial, Creyendo dejar un último regusto amargo al fin de la negociación, se despidió diciendo: «Dios quede contigo». A lo que Satanás respondió: «Y con su puta madre».

Cuentan los presentes que aquel enviado, perplejo por la blasfemia, abrió la boca como un mandril y que Satanás le sacó un empaste de oro con una uña sin que se diese ni cuenta, salvo por el punzante dolor que partía desde la encía y se alargaba hasta el nervio ciático. «Y esto me lo quedo», sentenció.

Cuentan también que varios grandes dioses llamaron, vía videoconferencia, a Satanás para pedir explicaciones y que este, haciendo gala de su paciencia infinita y su prodigiosa mano izquierda, cerró el puño y elevó el dedo corazón.

Ser un demonio otorga ciertas ventajas, si no privilegios. Por ejemplo, una de las cosas que más odian los ricos es que se les pregunte sobre si se sienten bien con su ostentación, teniendo en cuenta que hay quien no tiene ni para limpiarse el culo. Ese no es un problema para Satanás, pues su amoralidad, inherente a su

propia condición, le permite decir que él se blanquea el ano todos los meses sin que, a nadie, por otra parte, pueda chocarle su crueldad oral o anal, pese a que no era la ostentación una de sus características principales. Al contrario, su gestión hasta ahora, aunque en cierta manera caótica, había resultado ser moderada y sostenible, como gran estratega y estadista relajado que es.

Le gustaban las comedias ligeras y el cine sin pretensiones. Algunas veces alquilaba películas independientes. No siempre llegaba a entenderlas, pero le resultaba culturalmente satisfactorio. Tampoco le gustaban los juegos de cartas. Le resultaban aburridos. Detestaba las máquinas tragaperras, aunque estuviera a favor del juego libre. Respecto a su sexualidad y opinión política había mantenido una postura ambigua y misteriosa. Se le habían conocido romances con mujeres espectaculares y también con algún hombre, no era algo que hubiera escondido. Otro asunto era su debilidad por ciertos animales, especialmente cabras, cosa que tampoco había ocultado nunca. Cosa diferente eran las interpretaciones que se daban al respecto de un claro y agravado complejo de Edipo. No es que le repugnara acostarse con su madre, la cual decían que era una cabra. La cuestión estaba en que, hasta el momento, no sabía quién era su madre.

Alimento favorito: bebé de pato.

Signo del zodiaco: Capricornio.

Canción favorita: *California Dreaming* de The Mamas & The Papas (le conmovían los armónicos).

Película favorita: *Esta casa es una ruina*.

Ocupación: presidente de la República del Infierno. Tres billones de avernos más incentivos.

Eso es más que suficiente para hacerse una idea.

## EN EL DESPACHO DE SATANÁS – LA MAÑANA SIGUIENTE

—Creo que esta es otra de las estupideces de los grandes dioses —dijo Satanás—. No han sabido perder nunca.

Asmodeo asintió mientras le daba una profunda calada a un Montecristo y exhalaba una gran bocanada de humo azulado que trazaba formas insinuantes en el cargado aire del despacho del presidente de la república.

—No sé si cada vez me vuelvo más paranoico o es que ya soy incapaz de verlas venir. Pero esto parece una mala jugada de esos desgraciados. Como no pueden ganar, rompen la baraja —continuó Satanás—. Pero no pasa nada, mi querido Asmodeo. No pasa nada.

Dos nudillos golpearon la puerta tres veces. El pomo empezó a girar y la puerta se entreabrió unos centímetros. Una voz temblorosa dijo:

—¿Se puede?

—Adelante —respondió Satanás.

Un hombrecillo con sus cuatro pelos repeinados y un bigote francés encerado entró por la puerta con tal pompa que solo faltaron cornetas. Su traje de mayordomo le venía estrecho. Quizá en otra época hubiera sido elegante. Ahora parecía una morcilla envuelta en un traje a rallas. Enarcó las cejas y empezó diciendo:

—Señor presidente, los invitados han llegado. ¿Les hago pasar?

—No, señor Dipuant —respondió Satanás—. Hágales esperar un rato en la habitación roja. Ofrézcales alguna bebida. Si es fría,

que esté templada, y si es caliente que abrase. Y quizá… un tentempié. Algo que no concuerde con la hora, y sírvalo escaso. Nada extraordinario. Quite antes los sillones de piel y ponga sillas de enea, que no se acomoden demasiado.

—Sí, señor presidente. Así se hará. ¿Algo más?

—No, señor Dipuant. Puede retirarse, gracias.

Satanás releyó la carta que habían leído ya en el Nilfheim todos los aliados de la extinción. Aunque estaba reservada a los representantes de la muerte, ser el primer ministro del infierno daba para bastante y hacerse con una pequeña carta, por muy secreta que fuese, no le suponía demasiado esfuerzo, más allá de torturar a un par de funcionarios de correos, claro.

## EL INFIERNO ES DEMASIADO DULCE Y SABE UN POCO RARO

Seis representantes de la muerte esperaban en incomodísimas sillas de enea.

El mayordomo llegó con la nariz tan alta, que podría decirse que quería evitar a toda costa que la nariz viese el suelo.

—Damas —dijo Dipuant—, pasen.

Omitió caballeros, sabrá él por qué.

Tomaron un amplio pasillo con alfombras persas en el suelo, tapices bizantinos y terciopelo rojo en las paredes, que conducía al despacho del presidente de la república. Las lámparas de araña lucían esplendorosas a lo largo del corredor. La luz blanca de las bombillas de bajo consumo afeaban un poco el color granate del terciopelo de las paredes, pero para Satanás el ahorro energético era una prioridad. Cuando tienes cientos de miles de millones de almas consumiendo de forma irresponsable, no solo la concienciación y los programas educativos desde las primeras etapas son necesarios, sino también los programas de sustitución, la ayuda a industria y desarrollo, a emprendedores y a las energías renovables, sobre todo. Siempre había pensado que lo mejor era predicar con el ejemplo. En la última toma de corriente, justo delante de la imponente puerta de caoba del despacho de Satanás, había una bombilla, monda y lironda, de cuarenta vatios, con la resistencia incandescente y una luz anaranjada y lúgubre. A Satanás le hacía gracia aquel contraste entre la exagerada pomposidad del pasillo y la sencillez de la bombilla

colgando de un viejo cable rizado: por ello la tenía justo delante de la puerta de su despacho, porque le alegraba el día al entrar y al salir.

Coatlicue, Hades, Osiris, Hel, Shiva y Vanth abrieron la puerta sin llamar. Un cartel —«Pase sin llamar»— invitaba a ello.

Dentro encontraron al presidente sentado en un sillón de cuero negro, detrás de una inmensa mesa labrada exquisitamente con los rostros de miles de condenados que se retorcían en gestos horribles, lo que para la danza moderna hubiera sido la apoteosis de la creatividad.

—Pasen, pasen, por favor —dijo Satanás indicándoles al mismo tiempo con la mano derecha que tomaran asiento en las cinco sillas que se situaban ante la mesa. Todas las estrategias eran insuficientes a la hora de situarse en una posición ventajosa ante un dios, poco acostumbrados por otra parte, a ser la parte entrevistada y no la *entrevistante*. De ahí lo de las cinco sillas, que podían haber sido siete o diez, pero nunca seis.

Coatlicue, Hades, Osiris, Hel y Shiva lograron coger asiento mientras que Vanth se quedó tras Shiva, las garras apoyadas en el respaldo de la silla de esta. Las sillas eran ridículamente pequeñas: el viejo truco de poner al entrevistado en una situación inferior en la que, por el tamaño de los asientos, este debe mirar al entrevistador desde abajo, mientras la posición de este, mucho más alta, es de poder.

Satanás los sonreía como si fuese este el día más esperado de la historia, mientras los dioses se movían intentando encajar en aquellos ridículos muebles para enanos.

—Toma asiento, querida Vanth —dijo amable, señalando un sofá de cuero negro a juego con su sillón, que se situaba a unos cinco metros de la mesa contra la pared izquierda del despacho. Otra de sus artimañas.

Vanth miró un instante al sofá, después un instante a Satanás, después un instante más a Satanás y el último instante fue para

girarse despacio y sentarse en el sofá con resignación. Al menos, era cómodo.

—Bueno —comenzó Satanás—, lo primero es deciros que me siento honrado de que seis dioses tan ilustres tengan a bien presentarse en este humilde despacho.

El eco resonó en todas las paredes, que abarcaban unos seis mil metros cuadrados amueblados con incalculables tesoros.

—De nada —dijo Vanth desde la distancia.

—Ya, bueno —continuó el presidente—. Y ¿a qué se debe esta inesperada visita?

—Pues dínoslo tú, que has sido el que nos ha invitado —respondió Shiva.

Hubo un momento de silencio en el que las miradas de la hindú y de Satanás se cruzaron. Shiva le preguntó con las cejas: «Anda, responde».

—Ah, sí. Cierto, cierto. A veces no sé si estoy ya para tanto trote —dijo Satanás haciéndose, penosamente, el despistado.

—Creo que sabes perfectamente… —empezó a decir Hades.

Pero, antes de que pudiera continuar, Satanás abrió un cajón, cogió un papel de dentro, cerró el cajón y puso el papel sobre la mesa. Le dio la vuelta, le dio otra vez la vuelta, abrió de nuevo el cajón, metió el papel —se había equivocado— y sacó otro que puso sobre la mesa. Cerró el cajón y dio dos golpes con la uña del dedo índice sobre el membrete de la carta.

Hades se acercó un poco al papel y leyó el membrete.

—Sí… bueno —comenzó Satanás—. Me ha llegado una carta.

Se puso unas pequeñas gafas sobre la punta de la nariz, de tal modo que el cordón que llevaba anudado a las patillas acabó enredado en una de sus orejas. Con paciencia, volvió a colocar el cordón en su lugar. Le echó un vistazo por encima a la misiva como si fuera la primera vez que la leía. Su gesto iba cambiando poco a poco: ahora reflejaba incredulidad, ahora sorpresa, ahora incomprensión, ahora enfado.

—¿Y bien? —preguntó a los dioses.

—¿Y bien qué? —respondió Coatlicue.

—¿Y bien qué? Que… ¿qué cojones es esto? —volvió a preguntar Satanás, elevando el tono un uno sobre diez. Es decir, en modo tempestad.

Coatlicue lo miró como una niña enfadada con el jefe de estudios porque la ha regañado por masticar chicle en el pasillo de la escuela, cuando las normas indican, de forma explícita, que no se puede masticar chicle en ninguna parte de la escuela, aunque sea esta una norma estúpida.

—Bueno —comenzó Hel—, esta es una carta que han enviado los dioses superiores, aunque no la firma ninguno de ellos, en la que se indica, por los motivos que en ella se reflejan, que debemos idear una forma de exterminar la humanidad. Básicamente, es eso.

Satanás seguía mirando a Coatlicue con una simpática sonrisa. Se giró ahora hacia Hel.

—Admiradísima Hel, ya sé lo que pone la carta, porque hace ya más de un milenio yo instauré la educación obligatoria para todos los que llegan al infierno, los sistemas de formación de segundo, tercer e incluso cuarto ciclo, así como el programa de formación continua para todos los trabajadores y esclavos, incluido yo mismo. De forma que la lectura y la comprensión lectora están dentro de mis capacidades. Pero me preguntaba con quién se ha contado para tal propósito.

—Bueno, en realidad, querido Satanás, no creo que los dioses mayores, ni nosotros mismos, dado el caso, necesitemos contar con nadie para ello. No quiero iniciar una disputa acerca de quién es quién, quién es más que quién, o quién tiene la polla más grande… Con todos mis respetos, somos dioses y podemos decidir sobre el destino de lo creado.

—Cierto, Hel. Pero lo que decidáis sobre el destino de la humanidad incide directamente sobre el devenir de esta república.

Tengo alrededor de ciento cincuenta mil millones de almas en este territorio. Más los perros, los neandertales, erectus, ergaster y no sé qué más; alimañas varias, demonios, etc. Ahora prevéis el exterminio de otros ocho mil millones, millón arriba, millón abajo. ¿Alguien ha previsto las plazas escolares que necesitaré, el aumento de plantilla en sanidad, la liberalización de terreno, la masificación de los campamentos temporales, el aumento del paro, las coberturas sociales? Solo por mencionar unos ejemplos.

—Ya… bueno —comenzó Hel—. No lo sé, la verdad. Nosotros solo tenemos el encargo de exterminar la humanidad.

—Ajá, pero el que sufrirá las consecuencias será el infierno. Donde vendrán los sindicatos por el abaratamiento del despido y la bajada de salarios debido a la mayor demanda será a este despacho. Donde vendrá la prensa a pedir cuentas por la falta de firmeza a la hora de negociar las condiciones, será a este despacho. Donde…

—Sí… a este despacho, te hemos entendido —interrumpió Hades.

—No, no creo que lo entiendas —respondió.

—Bueno, tampoco todas las almas vendrán al infierno. Vamos, digo yo —argumentó el dios griego—. De manera que no será un número tan elevado… Quizá mitad y mitad, ¿no?

—Bueno… quizá. Pero no. Como sabéis, el número de pecadores es muy superior al de virtuosos, teniendo en cuenta, claro, que todo lo que las mojigatas religiones consideran pecado es en realidad un puro placer. Pero, y por ser claro, las religiones condenan a todo aquel o aquella que no sigue su dogma y doctrina. Por lo tanto, aunque siga uno de ellos, todos los demás te condenan, hecho por el cual el cielo, amigos míos, está vacío. Por lo que todas las almas, Hades de mi corazón, vienen al infierno. ¿Cómo se te queda el cuerpo?

Los seis dioses se quedaron mirando a Satanás, que admiraba, durante esta pausa, el desconcierto con un gusto en el

cuerpo próximo al de los orgasmos múltiples aderezados con el Día de Reyes y marinados con un primer beso.

Vanth se levantó del sofá de cuero y se acercó a la mesa de Satanás. Durante un instante observó por la inmensa cristalera que daba a la plaza de Minos. La gente paseaba mientras algunos niños los apedreaban. Una vieja intentaba cruzar la calle, pero los coches hacían lo posible porque así no fuera.

—¿Estás insinuando que en el cielo no hay ninguna alma? —preguntó Vanth sin estar segura de haber entendido muy bien lo narrado por Satanás.

—No. Estoy afirmando —respondió.

—Eso es una majadería… —comenzó Shiva—. Yo he estado cientos, miles de veces en el cielo, y siempre he visto almas allá donde haya estado.

—Claro que hay habitantes —dijo Satanás—. Están los dioses. Están los ángeles. Los querubines. Sí, y están los trabajadores temporales, que van del infierno al cielo… y de vuelta al infierno. ¿Por qué crees que existen las aerolíneas regulares si no?

—Eso no es posible —comenzó Coatlicue—. De ninguna manera, no es posible. No puedo creérmelo. ¿Hemos vivido desde lo inmemorial engañando a la humanidad?

—La victoria siempre fue mía —respondió Satanás con una sonrisa de oreja a oreja—. Todas las almas de la historia están en el infierno. Vuestros dioses mayores siempre quisieron hacer creer que ellos eran la alternativa, que ellos eran el camino; pero han sido ellos quienes han condenado a la humanidad, no yo. Las luchas por el poder, los egos, la ambición… todos los pecados que hacen ver que detestan… son los que han derramado sobre la humanidad.

—¡Estás mintiendo, Satanás! Siempre has sido un maldito embustero, una burla, un zalamero sin compasión —gritó Shiva desconcertado.

Satanás mantuvo la mirada iracunda de Shiva y vio los ojos perdidos de uno de los mayores dioses de la historia. Vivir eternamente en una mentira es aún más duro que vivir eternamente.

Satanás hizo gala de su tremenda paciencia y se giró pensativo hacia la cristalera del despacho. Desde allí admiró la ajetreada vida en la plaza Minos. Los bares rebosaban de gente, los borrachos se peleaban por cuatro míseros avernos en las callejuelas aledañas. De las tiendas entraban y salían continuos ríos de almas que negociaban, compraban, robaban, realizaban trueques o favores cualesquiera, a cambio de productos, alimentos u otros favores. A Satanás siempre le había asombrado la increíble capacidad que tienen las almas, los seres humanos, por así decirlo, para organizarse en sistemas varios, si les das la libertad de hacerlo. El sistema funcionaba. Los sistemas funcionaban. La economía sufría parones o se aceleraba, todo eran pequeños ciclos que se retroalimentaban. Sentía orgullo de la grandiosa victoria que hoy por fin podía saborear, la auténtica verdad, el día de la revelación. Hoy era el día en que comenzaba una nueva era, la que desvelaría la verdad de todos los tiempos, la mentira de las religiones y de sus dioses, que durante milenios mantuvieron el engaño, alimentándose de las oraciones, de las alabanzas de la humanidad, prometiendo una vida eterna placentera que jamás llegaría. Y aun así, eso no valía nada, mantenía oculto el verdadero motivo por el que no quería que la humanidad se extinguiera.

Él nunca prometió nada. Él aceptaba a todo el mundo. Él ofrecía un sitio en el que estar, cobijo al desamparado, alimento al hambriento, agua al sediento. Sí, una mierda de cobijo, de alimento y de agua, pero al fin y al cabo era el príncipe del mal. Jamás salió de su boca que esta sería una estancia fácil, pero, al menos, era una estancia.

Hades fue el primero en hablar.

—¿Hemos sido unos títeres? ¿Le hemos estado haciendo el trabajo sucio a esos desgraciados?

Los ojos se le incendiaron hasta convertirse en llamas naranjas primero y de un intenso azul después. La mano apretada contra el pico de la mesa de Satanás dejó marcada una palma carbonizada, la de Hades, que maldecía a su hermano Zeus, con los dientes encajados mientras la cara se le deformaba poco a poco en un gesto de odio incontenible que se convertía en volutas de humo negro como la muerte, que emanaban de todas las partes de su cuerpo. Poco a poco se fue formando una niebla espesa en el despacho. Los demás dioses miraban a Hades extrañados, a la vez que el aturdimiento producido por la noticia que acababan de conocer les dibujaba una cara entre sorprendida y angustiada. Quizá asqueada. En la habitación podía empezarse a sentir el intenso odio que se estaba generando en el cuerpo de Hades. Era algo puramente físico. Un dolor punzante que se convertía en agudo y permanente, y que iba en aumento.

Satanás era muy capaz de percibir aquel odio. Aún recordaba cuando él nació notando aquel mismo sentimiento contra toda la humanidad, contra todo lo que existía y había sido creado desde el cieno, y también contra lo que estaba por venir y por hacer. Con el tiempo fue canalizando ese odio mediante diversas terapias y asistiendo a un curso intensivo de control de la ira. Sí, obtuvo un gran resultado. Desde hacía mucho tiempo no profesaba aquel sentimiento infame e incontrolable y le gustaba, claro que sí, por qué no. Era como recordar el beso de una esposa, el primer amor de verano. No tenía nada de malo. Era un recuerdo que significaba mucho por una parte y nada por la otra. Nadie dejaba a su mujer porque le viniera a la cabeza, así de repente, el sabor de los labios del primer beso de su vida.

Las volutas de humo que desprendía Hades empezaron a iluminarse con pequeñas pavesas que se encendían y extinguían casi de inmediato, cada vez más numerosas, hasta que algunas permanecieron encendidas balanceándose de un lado para otro, llevadas por el errático movimiento del humo negro. De repente,

algunas empezaron a arder con mayor furia. Hades se levantó y gritó con voz de trueno el nombre de su hermano: Zeus.

A Satanás no le cabía la boca en la cara. El éxtasis de felicidad que lo inundaba provenía del más grande triunfo de toda la historia.

—Creo que va a haber riña de hermanos —dijo con la sonrisa de oreja a oreja, dejando ver la impresionante hilera de colmillos que adornaban sus encías rojas.

—¿Por qué? —preguntó Hel—. ¿Por qué se creó la humanidad entonces?

Satanás se levantó y miró una vez más por el ventanal a la plaza Minos. Ahora, una vez desaparecido el odio de Hades, era capaz de percibir el pesar de Hel, Osiris y los demás.

—Mira, Hel, no sé si estáis preparados para aceptar la verdad.

Hizo otra teatral pausa.

—¿Qué verdad? —preguntó Osiris—. Basta de mentiras. Basta de comedias.

Se acercó por la espalda a Satanás y lo cogió por el hombro. Este miró con desdén la mano de Osiris. Dio un paso al frente y se quitó la mano de encima.

—La humanidad no ha sido creada por nadie. La humanidad es polvo cósmico, un proceso natural. Fueron ellos quienes nos crearon a nosotros.

La cabeza hundida de Hades se elevó con una sonrisa sardónica.

## LA HUMANIDAD

Dipuant, el mayordomo arisco y estirado, abrió las puertas con gran ceremonia. Era una puerta de dos hojas redondeadas en la parte alta. Abiertas, dejaban entrever una gran sala con luz ambiente azulada y decenas de galerías con tenue luz rojiza.

Los dioses de la muerte se arrastraban, entre desolados y rabiosos, detrás de Satanás.

—Esta es mi pequeña colección sobre la humanidad —comenzó Satanás—. Estoy muy orgulloso de ella.

Se adentraron en la gran sala. A un lado y a otro, las pequeñas galerías contenían cristaleras y expositores donde aparecían diversos humanos. «Habilis», ponía sobre la primera galería. Allí había un hombre, entre el hombre moderno y un mono, golpeando dos piedras. ¡Estaba vivo!

En otra de las salas ponía «Ergaster». Hacía pequeños ruiditos con su ancha boca. Su aspecto era parecido al anterior, el *Homo habilis*. Era bajito. En esos momentos, glorificaba su existencia sacándose un moco.

—¿Qué es todo esto? —quiso saber Osiris desconcertado.

—Esto, amigo mío, es la historia de la humanidad. Fijaos, los humanos ya creaban hace millones de años —dijo señalando al *Homo habilis* hacer un hendedor.

Permaneció junto a la cristalera con las manos cogidas a la espalda recreándose en los limpios movimientos del humano. Después se giró y su rostro pasó de reflejar la luz blanca del

interior de la cristalera a una tenue luz roja que difuminaba sus fuertes rasgos.

—Admirables —musitó.

Anduvo contemplativo por varias galerías sin mediar palabra alguna, hasta que se detuvo en un banco de madera en medio de la sala. Los dioses, algo irritados, lo seguían como un escolar seguiría al guía del Metropolitan, por norma.

—No soy ningún experto. No sé si fue la socialización, la moralidad, el miedo, la conciencia del yo, la explicación a lo desconocido o la aceptación de la muerte. Estos monos —dijo con cierto tono despectivo— hace millones de años empezaron a ser capaces de realizar simbolismos. ¿Rendían culto a un oso? Posiblemente —se respondió a sí mismo convencido—. ¿A la fertilidad? ¿A los ciclos? ¿A los fenómenos meteorológicos? A todo, sí. E igual que imaginaron primero la máquina de vapor y después la construyeron, eso hicieron con nosotros antes.

—¡Ja! —carcajeó con estruendo Hades—. ¿Tendrá algo que ver una máquina con un dios? —preguntó como si la sala fuese un auditorio repleto de enfervorecidos creyentes.

—*Au contraire, mon ami* —respondió Satanás—. Somos la misma cosa. Un útil.

Shiva se palpó bajo sus ropajes con sutileza. Estaba allí, era real. Por un momento había notado una sensación evanescente y etérea, algo parecido a no ser nada.

—Veréis, aquel mono, seguramente ese no, otro, pero tomemos ese espécimen como representación de toda la especie —dijo señalando una de las cristaleras de las galerías—, una vez utilizó una piedra para machacar los huesos de un animal. Quería lamer el tuétano. Quizá la piedra se partió y los filos cortantes le sirvieron para cortar la carne, o la piel, vete a saber. Pero —Elevó las manos como deteniendo el tiempo—, se acabó dando cuenta de que esas piedras cortantes las podía fabricar él mismo. Le ató un palo a una y con ella le abrió la cabeza a su vecino y

después cortó un árbol. ¿Qué os parece? Había creado el hacha, porque antes había visto que servía para algún propósito.

—¿A dónde quieres ir a parar? —suspiró irritada Vanth.

—¿Qué es la física? ¿Qué son las matemáticas? La filosofía, la literatura: son formas de explicar el mundo, formas muy avanzadas de interpretar las cosas que los humanos pueden sentir. Las cosas que pueden ver. Existen porque las han creado. Los humanos tienen esa capacidad. ¿Qué es *El Quijote*? ¿Existe? Claro que existe, aunque no lo lea nadie, ahí está, como nosotros.

Los dioses permanecían en un estado de incredulidad.

—Ja, ja, ja, ja. Siempre has sido un estafador, un chanchullero —exclamó Hades—. ¿Sabes lo que pienso, amigo mío? —arrastró la palabra amigo por un fango hediondo—. Creo que pretendes embaucarnos, como has hecho siempre con las jóvenes doncellas y los parásitos ambiciosos. Pero nosotros somos dioses. No creas que con esa historia tuya vas a ponernos en contra de los dioses mayores. Ni por un momento.

—Te comprendo, Hades, no creas que no. Pero las cosas son como son. Lo único que os digo es que las intenciones de vuestros dioses mayores no son las que dicen ser. No quieren destruir a los humanos porque ya no crean en los dioses. Es porque temen que los humanos les destruyan a ellos, porque ya no los necesitan y quieren adelantarse.

—No te creo —dijo atormentada Coatlicue—. A nosotros nos creó el gran…

—Déjate de zarandajas, querida Coatlicue.

—Pero, tú, insensato, tú también perecerás —recriminó Hades.

—El mal… nunca descansa.

—Qué quieres decir. ¡Explícate! —exigió el dios griego.

—Bueno, queridísimos camaradas. —Se levantó del banco quejándose de sus viejas piernas—. Se está haciendo tarde. En resumen: yo siempre existiré.

Satanás se dirigió hacia la puerta, renqueante. Se dio unos golpecitos en una de las piernas como queriendo despertarla. Los años, pareció decir.

## EN LA CASA

—¿Por qué querrían destruirnos? —preguntó Dani al borde del llanto.

—¡Nadie quiere destruirnos, joder! —respondió Donald exasperado—. Satanás nos ha mentido. Es a lo que se dedica. ¡Coño!

—¿Y por qué hemos de destruirlos nosotros entonces?

—¿Y por qué hemos de destruirlos nosotros entonces? —repitió puerilmente Donald con una voz fina y atiplada.

—Está bien —intervino O'Sheere—. No debemos dejar que ese viejo demonio nos líe. Debemos ser fuertes.

—¿Por qué no volvemos y exponemos la situación en el hemiciclo? —propuso Hel, en su avatar depresivo, serio y mordaz.

Observaba la discusión con el desinterés propio de una joven que anhela la muerte. Tirada sobre un sillón, las piernas colgando por uno de los brazos, alzó las manos y las dejó caer con aire de hartazgo.

—Es buena idea. Es buena idea —apoyó Dani.

—No tenemos tiempo, y no sé si volver al hemiciclo alargará todo esto aún más —respondió O'Sheere.

El viejo O'Sheere recordó la conversación con Ra, cuando se presentó como un homúnculo vendedor de biblias para advertirle de la decisión perentoria de acabar con la humanidad. Le había dado tres días de plazo y ya habían expirado.

—Creo que deberíamos actuar esta misma noche —propuso O'Sheere.

Había estado meditando y era lo único que se le ocurría. El tiempo apremiaba y creía tener la solución. Según los informes de los psiquiatras que habían tratado a Max, el muchacho había cambiado aquel día en que se encontró con Darkia. Él mismo lo había descrito. Por tanto, solo tenían que repetir aquel encuentro. Y esta vez él se encargaría de que el muchacho no pudiera contenerse.

—¿Esta noche? Me parece muy precipitado. Aún no tenemos ni un plan —sostuvo Donald.

O'Sheere iba a contar su plan cuando unos pequeños pies aparecieron por debajo de las cortinas de la puerta del patio. Su boca quedó abierta pero no emitió ningún sonido.

Aunque los demás miraron en la misma dirección que O'Sheere, no advirtieron los pequeños zapatos de cuero marrón cosidos a mano que asomaban bajo el dobladillo de las cortinas.

—Si me hacéis el favor —arrancó O'Sheere—, tenéis que encontrar la casa de la joven Darkia. Ahora.

—¿Qué bicho te ha picado? ¿Por qué nosotros? —dijo Tirana alzando la voz.

—Yo tengo un asunto pendiente. Os lo pido por favor —suplicó O'Sheere.

Con desgana, con la irritación propia de un niño que tiene que recoger los juguetes después de la cena cuando el sueño lo devora, uno a uno, se fueron levantando mientras se desperezaban. Se acercaron a la puerta y miraron con recelo a O'Sheere, que los apremiaba acompañándolos a la puerta con su cortesía habitual y su no tan habitual rostro adusto.

Los cinco dioses salieron por la puerta preocupados:

—¿Qué raro? —dijo uno.

O'Sheere respiró hondo llenando los pulmones y exhaló el aire despacio. Seguía con la mano apoyada sobre el pomo de la puerta. Observó el veteado de la madera. Le pareció algo extraordinario.

Cuando se giró, todos los sillones y sillas de la habitación estaban ya ocupados. Estaba lo más granado y no disimulaban su aspecto. Si alguien hubiera entrado en ese mismo instante a la casa, habría perdido la cabeza, quizá la fe, pero, sobre todo, se habría reído. Sobre cada uno de los sillones y sillas, en pie junto a la chimenea u observando alguno de los cuadros despreocupadamente, se presentaba un carnaval de seres variopintos y barbados en su mayoría: los dioses mayores.

Ra había tomado su habitual aspecto de imponente cuerpo humano con cabeza de halcón y un sol sobre ella. Irradiaba poder. Zeus, con su perfecto cuerpo griego y su rizada barba, jugueteaba con los rayos que saltaban de un dedo a otro. Castamente sentado sobre un viejo sillón de escay rojo con cojín bordado, Odín, imponente también, competía en frondosidad con la barba de su homónimo Zeus. Su casco alado era ridículo, pero lo portaba con gran dignidad y altivez.

Yahvé, Dios, Visnú, Quetzalcóatl, Marduk, Viracocha, Ahura Mazda: todos se encontraban reunidos con actitud distraída. Hasta Buda se había dejado caer por allí. Caminaba balanceando el cuerpo como un bebé de trescientos kilos, feliz y nirvánico. Qué tronío.

Ra sonreía. Lo intentaba, al menos. Abría el pico en una mueca psicópata. Se había encendido un puro con gran trajín. Succionaba el puro con cómicos esfuerzos. Había imaginado una escena en la que él, rodeado de alguno de los más poderosos dioses, formidable y temible a partes iguales, encendía el puro y exhalaba una bocanada de humo que inundaba con solemne densidad la estancia, difuminando sus figuras y dejando entrever, en las borrosas siluetas del fondo de la estancia, ojos brillantes de diversos colores. En cambio, el puro solo se había encendido por un lado. Apenas desprendía humo y, al succionar, no se incendiaba más que una minúscula pavesa.

—Hola, amigo mío —comenzó Ra, apagando el puro en uno de los brazos del sillón intentando encauzar su desastrosa actuación.

O'Sheere saludó con un ademán de la barbilla. Sus ojos hicieron un recorrido por todas aquellas ilustres figuras.

—Teníamos un trato —continuó Ra con su voz gritona.

O'Sheere levantó las cejas. No recordaba haber hecho trato alguno. Solo aceptado las impuestas condiciones, pero lo entendía. Se habían presentado como unos matones y a los matones les gusta decir las cosas que no son, haciéndose pasar por lo que no son. Por eso resultan tan ridículos.

—Ha terminado el plazo y ¿sabes qué? —preguntó el dios egipcio.

O'Sheere no se iba a dignar a seguirle el juego. Sostuvo el silencio hasta que se tornó en incomodidad. Pensó en decir: «Debe haber pasado un ángel», pero no lo vio conveniente. Ra, vencido, continuó su monólogo:

—Hemos venido por la calle, como simples e inmundos humanos, y la hemos visto llena de seres humanos.

—Llena de ellos —sostuvo una voz temblorosa y esforzada que pertenecía a Yahvé.

—Sí, eso decía —replicó Ra, clavando la mirada en el viejo y vengativo dios.

Muchos de ellos se parecían tanto que daba que pensar. ¿Endogamia? ¿Imitación? ¿Poca creatividad?

Yahvé humilló los ojos, recolocó su portentoso culo en el asiento y suspiró. «Esta te la guardo», pensó.

—Llenas, estaban las calles —continuó Ra, ya con el ambiente totalmente arruinado—. Y están llenas porque vosotros no habéis cumplido vuestra encomienda. ¿O me equivoco?

O'Sheere ofreció silencio como respuesta una vez más.

Viracocha, que había estado observando con gran atención un cuadro de escena naval, entró en el acto. Su aspecto era algo grotesco. Parecía que se lo hubieran construido con bloques ensamblados por niños. Su cabeza cuadrada representaba más del cuarenta por ciento de su cuerpo. Sus extremidades eran cor-

tas y anchas, y se adornaba de tantas alhajas y joyas que parecía de oro puro. Caminó con torpeza, balanceándose de un lado a otro, rígido como un lingote. Un tintineo constante acompañaba cada paso.

Ra se revolvió inquieto en el sillón que ocupaba. Nada estaba saliendo como él había previsto.

Viracocha llegó por fin a la cocina tras un paseo penoso por entre los sillones y las sillas. Posó una de sus manazas en la nevera e intentó abrirla. Tiró un par de veces, pero la puerta no cedió. Lo intentó otra vez, con mayor ahínco. Una luz blanca provocó reflejos auríferos por todo su cuerpo. Dentro tintinearon los envases de cristal. Cogió un plato de la nevera y le quitó el plástico que lo envolvía. Sonrió satisfecho. Empezó a abrir cajones hasta que dio con la cubertería. Los dioses no están demasiado acostumbrados al manejo del tiempo. Ser inmortal te confiere una cierta indiferencia a esta dimensión, te convierte en un ser cansino y descuidado. Un pelma.

Pinchó el tenedor justo en el centro del cúmulo de espaguetis. Dio una vuelta y otra, y otra más, hasta que un nido de pasta había rodeado el tenedor. Se lo acercó a la boca y lo depositó con sumo cuidado. Masticó varias veces contrariado y los escupió con gesto de asco.

—¡Puaj! Llevan ajo —exclamó.

Lanzó el plato al aire. Este atravesó la estancia transformado en un monstruo de espagueti volador y se estampó en la pared opuesta con gran estruendo. Los demás, abstraídos de la escena, indiferentes como son, escucharon el lejano crujir de la cerámica y siguieron a lo suyo.

—Muchacho —comenzó Viracocha. A O'Sheere le irritó la condescendencia—. Noto tu desasosiego.

Entrecerró los ojos como un místico concentrado. Concentrado en su total ignorancia sobre los hechos reales.

—Ajá —respondió O'Sheere.

—¿Tienes algo que contarnos? —preguntó la extraña voz de Odín. Cualquiera la hubiera imaginado como un desgarro del universo. Sin embargo, sonó aterciopelada y modulada, como una flauta travesera.

—Nos hemos visto con Satanás —respondió.

—¡Ese viejo zorro, avaro e impío! —gritó Yahvé.

—¿Cómo os habéis atrevido? —explotó Ra levantándose del sillón como un resorte y golpeando con el sol de su cabeza una vieja lámpara de araña.

Fuera, unas nubes cubrieron el sol y la estancia se oscureció de súbito.

—¿Qué os ha contado esa vieja sabandija, hijo de mil perras sarnosas?

La excitación general había crecido varios grados. Ahura Mazda, con su cuerpo etéreo, informe y luminoso, resonaba como un eco lejano.

—Ese maldito —dijo Marduk el mesopotámico—. Os ha envenenado con su verbo. Una palabra, mil azotes —sentenció incomprensible a los demás, revolviéndose en su cuerpo de dragón serpiente.

—Di —estalló Yahvé con los brazos en alto. Parecía al borde del infartó. Respiraba agitado.

Dios, el cristiano, indefiniblemente clasificado en una rama inferior a la de su hijo, con su portentosa barba blanca y una pudorosa túnica, se pronunció.

—Desembucha —ordenó con su reconocida elegancia, señalando con el dedo acusador.

O'Sheere hizo un barrido por los iracundos dioses superiores, todos expectantes, tensos como una bestia al acecho. Encontró en sus miradas la incompetencia, la frustración, la grandeza y el miedo. Lo reconfortó.

—Nos remitió la carta que nos enviasteis a los dioses de la muerte. Había escrito a mano que teníamos que hablar.

La habitación se comprimía, en apariencia. Al cabo, parecieron estar en una caja de cerillas, apretados, comprimidos por una tensión y masa aplastante.

—Nos reunió en su despacho y nos intentó convencer para que no acabáramos con la humanidad. También nos comentó algo muy curioso.

O'Sheere, consciente del inmenso poder que poseía sobre los dioses mayores, saboreó el momento.

—Habla, patán —gruñó el viejo Yahvé.

—Nos dijo que en el cielo no hay nadie.

—Estamos nosotros —resolvió Dios—. ¿Nosotros no somos nadie?

—Nadie que no seáis vosotros. Los humanos están condenados, todos, en el infierno.

—¡Blasfemo! ¡Blasfemo! —gritaba Yahvé, que se había lanzado, incontenible en su indignación—. ¡Blasfemo de mierda!

Tuvieron que retenerle entre varios dioses. Temblaba, agitado, resoplaba como un buey al borde del colapso. Intentaba zafarse con las escasas fuerzas que le quedaban. Levantaba la mano en una agonía enfermiza, incubada desde hacía miles de años, en un alma putrefacta y mortificada por el odio.

—¿Ves lo que estás consiguiendo? —señaló Ra—. ¿Esto es lo que quieres? ¿Te parece bonito?

Sin hacer caso a la amenaza velada de Ra, O'Sheere continuó. Se sentía bien. Se sentía fuerte. No temía las represalias que pudieran imponerle.

—Nos dijo otra cosa también.

—¿Otra cosa? —preguntó Quetzalcóatl abandonando los cuidados de Yahvé.

Quetzalcóatl, el dios serpiente emplumada, llevaba a engaño, pues ni parecía una serpiente ni tenía plumas. Se elevaba casi dos metros de altura, tenía un cuerpo antropomorfo y opalescente que haría derretirse hasta a la gata más arisca. Mechones dorados

caían como cascadas luminiscentes desde su cráneo hasta sus hombros. Peinaba flequillo hasta los ojos y dejaba lucir, como era común entre las deidades mayores, una lustrosa y cuidada barba.

—¿Otra cosa más?

—¿Qué cosa os dijo?

—¿Qué cosa, qué cosa? —todos preguntaban al unísono como un organismo de cien bocas y un cerebro.

—Que no fuisteis vosotros quienes creasteis la humanidad. Fueron ellos quienes nos crearon.

Yahvé perdió el conocimiento con un vahído. Ninguno de los presentes le prestó atención. Tenía fama de peliculero y de viejo cascarrabias, como esos viejos comunistas que se tomaban las cosas demasiado en serio. El movimiento por encima de todas las cosas.

Había soltado la bomba. Los dioses, perplejos, confusos, noqueados por unas breves palabras que pesaban como planetas y herían como espadas sarracenas, habían desencajado sus bocas y congelado el gesto.

Una sonrisa se dibujó por dentro, entre las tripas y el estómago de O'Sheere. Desde que Satanás les había contado aquello, su cabeza había estado trazando árboles genealógicos que se enmarañaban y se perdían en ramas infinitas e indistinguibles y a su vez en hojas lejanas y confusas que se perdían en el cielo. Ahora estaba seguro. La petrificación de los soberbios dioses, pasmados y silenciosos, lo confirmaba. No es que le hiciera gracia perder su condición superior, pero poder observar esas caras no tenía precio.

—¡Será hoy, ya! —gritó rabioso Ra—. No queremos más excusas. Matadlos a todos, matadlos a todos sin dejar ni uno vivo. O esto será una guerra. Vivir en el infierno será como... ¡Coño, no se me ocurre nada...! ¡Como un infierno! —Su rostro mostró aflicción y vergüenza a partes iguales—. Joder... mierda ya. —Chasqueó los dedos en el aire y se desvanecieron en una luz fugaz y densa.

O'Sheere quedó solo en medio de la habitación. Se sentía cansado y desconcertado. La verdad es muy pesada y nada escapa a

ella. Es un peso que no se distribuye. Por muchos que la conozcan, en cada individuo, sobre cada hombro, siempre sigue pesando lo mismo. Es aplastante y resbaladiza, incómoda de llevar.

Allí, en medio de la habitación oscura, le sobrevino el abatimiento. Rozó el *tweed* de su chaqueta. Bajo esa capa de tela y el algodón de la camisa estaba su cuerpo humano. Apretó con el índice sobre el esternón hasta que notó un fuerte dolor punzante. Era tan real y frágil. Era tan poderoso... Mucho más poderoso que cualquier dios. ¿Qué era ahora? ¿Una leyenda intangible perpetuada en el miedo de la gente? ¿Un ser humano que acabaría sus días entre babas y estertores? ¿Qué cojones era ahora?

Su consciencia se deformó y, bajo capas de piel, su corazón se afligió. Una corriente opresora apretaba apabullante su corazón, que se hacía pequeño y débil. Se le nubló la vista. Por primera vez en su vida lloraba, desconsolado, irreconocible. Se sintió humano, más que nunca, tan vulnerable y grandioso como el universo mismo. La inefabilidad del destino de los humanos se crea, se destruye en instantes efímeros como la vida de un hombre en el tiempo infinito del universo. Es tan grande, tan desconcertante, tan desolador, que no hay humano capaz de abarcar ni explicar el qué, el cómo, cuándo o porqué. Solo estamos aquí. Aquí y solos, durante un minuto escaso, intentando pasar, con cierta dignidad, el bochornoso espectáculo en que se convierte nuestra existencia.

Escuchó la puerta tras él. La luz de la calle cortó la penumbra en dos partes y unas sombras aparecieron recortadas sobre la luz. Se enjugó las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Se restregó la cara intentando no reflejar el inmenso pesar y desconcierto que lo invadía. Sonrió.

—Ya sabemos dónde vive la chica —anunció Donald como si hubieran descubierto América otra vez.

—Perfecto —respondió O'Sheere algo recompuesto—. Esta noche acabará todo.

# HAY ALGUIEN AHÍ

Paulina se había sentado a leer junto a la ventana de la terraza. Por la noche, el frío se abrazaba a las paredes y estancias de la casa. A lo lejos, por las costas y las montañas, las luces rojas y azules de las patrullas destellaban y los focos blancos alumbraban en busca de los restos del maremoto. El frío traspasaba el cristal, pero, como es sabido, lo importante de leer es dónde se lee.

Había comenzado un nuevo capítulo: *La llave abre esa cerradura*. Era un audaz libro sobre autoayuda con metáforas ridículas y perogrulladas confucionistas. Habían empezado a caer las primeras gotas de lluvia, que se estampaban, gruesas, contra el vidrio. Sintió un momento de felicidad máxima, acurrucada en el sillón, junto a una ventana, con la lluvia cayendo. Sopló la taza de chocolate y dio un pequeño sorbo. Era una felicidad ilusoria, inventada, parecida a la que alguien tiene cuando agita un palo haciendo el sonido de una espada láser o se asoma a un precipicio creyendo que es uno con el mundo.

Regocijándose en el momento, queriendo alargarlo, pegó la frente al cristal y dejó un círculo grasiento. Deseaba la melancolía, aunque no tuviera por quién o qué sentirla. Las gotas se deslizaban erráticas por el cristal. La terraza empezaba a encharcarse y la fina pátina de agua provocaba blancos reflejos preciosos. Observó una incoherencia en el transcurrir del agua. Sobre la superficie de dos o tres losas, el agua parecía haber sido desplazada. Agudizó la vista y descubrió que ese extraño fenómeno se repetía varias veces.

Observó que, justo donde aquel extraño fenómeno aparecía, la lluvia parecía encontrar un obstáculo. Había algo en el lugar que el agua y el aire debiera estar ocupando. Era un cuerpo solido pero vaporoso, transparente. El corazón de Paulina comenzó a latir desbocado. ¿Qué era aquello?

Había tres cuerpos de diferente tamaño, de extraño tamaño, sobre la terraza. Estaban quietos. El agua dibujaba sus formas, escurría sobre su superficie hasta el suelo, donde los pies desplazaban el agua en las losas de terrazo. Apagó la luz para que no pudieran verla, o eso quería creer. No sabía cuánto tiempo llevaban allí, ni si miraban hacia la casa o en dirección opuesta.

Entrecerró el postigo de la ventana. Quería llamar a su madre, que dormía plácidamente una planta más abajo en una cama separada a la de su padre. Pero la voz no nacía de su garganta. El aire entraba y salía por sus fosas nasales y la garganta permanecía cerrada, obstruida por el atroz silencio. Espiando por la rendija que había dejado entre el postigo y el marco, distinguió las tres formas insinuadas. Una parecía una mujer con un traje de noche. El pelo mojado le caía sobre los hombros desnudos y el vestido se le pegaba al cuerpo, que era fino y elegante. Un metro a la derecha se erguía una forma portentosa que coronaba un ridículo adorno puntiagudo sobre la cabeza y, junto a este, parecía haber otro hombre vistiendo una túnica o algo similar. Sobre el hombro cargaba algo parecido a un saco o una sábana.

Se sintió como una niña otra vez, aterrorizada en un cuento macabro donde las sombras son seres y los armarios cuevas. Una de las figuras transparentes se dio la vuelta. Ahora lo sabía. Habían estado mirando hacia afuera, como si, desde una atalaya, avistaran todo aquello que debían destruir. Vio refulgir los ojos de aquel hombre evanescente salpicado de gotas plateadas y desapareció.

Durante un segundo, Paulina permaneció ausente. Miraba al infinito, como cuando un problema acuciante nos asalta y nos

alejamos hasta la línea del horizonte donde los problemas se van haciendo pequeños hasta desaparecer.

Cuando volvió en sí, aún sentía el arraigo de los miedos. El cuerpo se le estremecía con el recuerdo casi diluido en la lluvia de tres cuerpos imposibles.

Unos minutos antes:

—Se me están calando hasta los huesos —susurró Hades encaramándose a una tapia.

Sobre ella se posaba un gato con ojos adormecidos. Al verlos, bufó y se erizó lanzándose de la tapia y cayendo al suelo como una sigilosa bola de algodón. Comenzaba a llover. Había abandonado su cuerpo humano, el viejo y calvo Donald. Se sentía como una rutilante estrella fugaz, luminosa y veloz. Tras él caminaban Osiris y Hel, también con sus auténticos cuerpos de dioses. Se habían despojado de sus pellejos en la casa alquilada. Allí, haciendo guardia, habían quedado Amor, Tirana y Dani.

Habían adquirido su forma invisible. Esta era una cualidad que todos los dioses tenían: como el ego, la displicencia, la indiferencia o la parcialidad.

La inoportuna lluvia, que había enfatizado el oscuro carácter de su misión, arruinó, por otro lado, su camuflaje natural. Caminaban indecisos por la tapia que separaba una de las calles de Tagartera del patio de naranjos de algún ricachón. Subieron con facilidad a una terraza. La lluvia arreciaba.

Desde ese lugar se divisaba, al otro lado de la calle, la casa de la joven Darkia.

—Creo que nos están viendo —alertó Hades al ver a una joven que le miraba los pies desde la ventana de la terraza que habían conquistado.

—No pueden vernos, pero, de seguir así, nos oirán seguro —le recriminó Osiris.

—Esa es la casa —comentó Hel—. Tenemos que saltar al tejado. Tras él hay una pequeña terraza con una habitación

en alto y unas escaleras metálicas. Es la habitación de la muchacha.

La luz de la ventana iluminaba la terraza. Un segundo después, la luz se apagó y el postigo se entrecerró.

—Creo que nos está viendo esa muchacha de la ventana. Ha entornado el postigo, pero puedo verla —volvió a alertar Hades.

—Bien, vamos allá —anunció Osiris brincando al tejado de enfrente.

Las calles en Tagartera no eran anchas. Dicho de otro modo: eran estrechas. Aun así, Osiris sintió el cosquilleo que acompaña a las malas decisiones. Tras él llegó Hel. Hades se giró un momento, cruzó la vista con la chica de la ventana y saltó. El tejado estaba resbaladizo y sus viejas sandalias atenienses resbalaron sobre el borde. Cayó dos pisos hasta golpearse con el capó de un viejo Chevrolet Impala. Sintió todos los huesos quebrarse. Resbaló por el capó hasta caer al suelo. Quedó tumbado sobre el torrente de agua que se había formado en medio de la calle. Lo que más dolía era el orgullo.

Vio asomar dos cabezas por el borde del tejado.

—¿Estás bien? —preguntó la voz contenida de Hel.

Hades elevó el pulgar.

—Ahora subo.

Se apoyó sobre los codos un minuto, mientras sanaba su cuerpo de dios. Se puso en pie y esta vez subió desde el techo del Impala a una chapa de uralita cancerígena que hacía las veces de tejado a lo que parecía un garaje, por lo que se veía a través de los múltiples agujeros que comunicaban con el interior. Desde allí saltó a un patio lleno de macetas que olía a perro mojado. Vio al perro debajo de una antigua pila de lavar la ropa. Era uno de esos canes achatados que están deseando morir.

Había una puerta metálica con cristalera esmerilada. Giró la manivela y esta se abrió. Dentro había una cocina con electrodomésticos desfasados y útiles propios de alguna especie extinguida.

Olía a grasa y a lejía. Era un olor que molestaba particularmente a los dioses, aunque molestaba a los humanos también. Y a todos los seres vivos conocidos hasta la fecha. Enfiló otra puerta que daba al hueco de escalera y a un pasillo. Subió sigiloso por las escaleras en dirección al tragaluz que se avistaba en lo alto. Al llegar a él, se encontró con una puerta de metal. Tenía un cerrojo del que tiró y la puerta se abrió de golpe con el ímpetu del viento que soplaba fuera. Se encontraba en la terraza que había descrito Hel. A la derecha, unas escaleras metálicas pintadas de negro, una puerta de aluminio y una habitación encalada. Llamó a Osiris y a Hel, que permanecían tumbados sobre el tejado mirando a la calle. Se sorprendieron al verlo.

—¿Por dónde has entrado? —preguntó Osiris, esperando que la respuesta no fuera: «Por la puerta».

—Por la puerta —confirmó Hades.

Osiris se presionó las sienes. Le vino a la cabeza la vieja fórmula que había escuchado a los desamparados. «Señor, llévame pronto».

Se encaminaron hacia la habitación de la muchacha. El ruido del agua al chocar con los peldaños de metal silenció sus pasos. Se vieron en un pequeño rellano junto a la puerta de aluminio blanco. Era tan hortera. Osiris la empujó y cedió.

Asomó la cabeza. La habitación olía a fresa. Le gustó. En la penumbra, pudo distinguir que no tenía nada de particular. Un par de estanterías con libros y revistas. Una mesa desordenada y una vieja televisión que hacía las veces de mesa de cama. La cama ocupaba la mitad de la estancia. Sobre ella yacía Darkia medio destapada. Le provocó una cierta sensación *voyeur*, pero continuó observando. Las paredes estaban vacías, ni pósteres ni fotos. Darkia respiraba pesada y rítmicamente, ajena a la lluvia.

Osiris hizo un gesto con la mano y entraron en la habitación. Hades sacudió el saco que portaba sobre el hombro y empapó el suelo. Hel le reprobó con una agria mueca.

Darkia se despertó. Bajo el quicio de la puerta, tres extrañas siluetas negras se recortaban en el oscuro cielo nocturno. Una de ellas le rogaba silencio con el índice sobre los labios.

La muchacha cerró los ojos y siguió durmiendo.

Como si lo hubiera hecho mil veces. Hades levantó a la muchacha asiéndola por un tobillo. Quedó estirada con los brazos hacia abajo y despatarrada.

—Joder, ten un poco de cuidado —le exigió Hel.

Hades la metió en el saco y la cargó a hombros.

—Ale, listo —pronunció Hades, repleto de satisfacción.

# EL SUEÑO DE DARKIA

Darkia abrió los ojos y se encontró en una pequeña cueva de piedra con el suelo colmado de fina arena. Fuera, el agua caía torrencial, chorreaba por las paredes y goteaba justo sobre sus pies embarrados. Una pequeña lámina de gotas formaba una cortina en la boca de la cueva. Se había formado un pequeño surco de agua que evacuaba el elemento hacia fuera, pero, de seguir así, no tardaría mucho en desbordar y empezar a entrar.

Por el pequeño campo de visión que dejaba ver la boca de la cueva, observó un riachuelo crecido cerca de una alameda cobijada en la forma cóncava de una inmensa pared de piedra.

Se sentó y estiró los brazos. Todo aquello era demasiado irreal. Aún soñaba.

Gateó apenas un metro hasta que su cabeza quedó fuera. A pesar de la imagen difuminada por el agua, reconoció enseguida el lugar. Debía ser otra de las imaginativas y recurrentes maneras en las que, en sus pesadillas, volvía a enfrentarse a la indescriptible tortura de Max y sus ojos abarrotados de seres intentando escapar de ellos.

El corazón se le aceleró con una conocida sensación de angustia en el estómago. Notó el frío de la noche y la humedad calándole los huesos. Miró en todas direcciones y se preguntó en qué nueva forma se le aparecería esta vez. Ya las había visto casi todas, o al menos eso quería creer. La capacidad de sorprender y horrorizar debía tener un límite, aunque aún no lo hubiera encontrado.

Se puso en pie hasta la altura que daba el techo de la cueva, que no era mucho. Encorvada, salió del pequeño agujero que la había cobijado y se irguió. El agua no tardó en empaparla. La ropa, un pantalón corto y un top, se le adhirieron al cuerpo remarcando su desgastada figura. A pesar de la obsesión de su madre por hacerle comer todos los pringues que cocinaba, de atiborrarle con caprichos reposteros e intentar sustituir al apetito por sopas, había notado, desde su encuentro con Max, una disminución en el apetito. En consecuencia, había perdido unos kilos. Unos pocos kilos, pero, teniendo en cuenta los pocos que ya pesaba antes de ese día, esos pocos eran muchos.

Respiró hondo, intentando calmar la ansiedad. Había aprendido una cosa, los sueños, sueños son: podía enfrentarlos.

—¿Dónde estás? —gritó con todas sus fuerzas. El vaho escapó por su boca como en una chimenea industrial.

Escuchó durante un segundo, pero solo el ruido del agua se enfrentaba al silencio.

—¿Dónde estás? —volvió a gritar encorajinada.

Nada.

Caminó con los pies descalzos sobre la tierra del río. Notaba las piedras hincarse en la planta de los pies, aunque intentara pisar con la suavidad de una garza. El dolor le recorría las piernas hasta la espalda. Lo aisló, encerrado en la parte física de su cuerpo, lejos de la frontera que había blindado en su mente. Las sensaciones eran muy reales, las más reales y espeluznantes que había soñado hasta ahora. Se introdujo en el riachuelo. Estaba frío y el crecido caudal la hizo tambalearse. Pisó unas piedras que cedieron bajo su liviano peso y cayó. Se apoyó, como pudo, con las manos y las rodillas sobre las piedras cercanas. Se hizo daño. Apretó los dientes e intentó levantarse, sintiéndose indefensa y torpe. La audacia que la condujo fuera de la cueva había desaparecido como lágrimas en la lluvia. Lloraba desconsolada, rabiosa, impotente, enfadada, atormentada, iracunda, desanimada.

Golpeó el agua con el puño. Le salpicó la cara. La golpeó aún más rabiosa. Su puño desapareció bajo el turbio fluido y se encontró con la dura realidad granítica bajo la superficie. Sintió un dolor punzante al golpear una piedra.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaajjjjj!!!! —aulló fuera de sí.

Se echó el dedo a la boca y sintió el sabor metálico de la sangre caliente bajando por la garganta. Se miró y vio cómo la sangre brotaba del dedo despellejado. Lloró aún más desconsolada.

—Esto no es un sueño —se dijo entre sollozos, con medio cuerpo sumergido en el agua, y dejó desbordar todos los sentimientos que había contenido durante los últimos meses.

# LA INVITACIÓN

Max se había tumbado bocarriba bajo la cama. Intentaba que ninguna parte de su cuerpo se rozara con otra. Tenía una extraña sensación. Una que había tenido otras veces en su vida y que no asociaba a nada conocido. Se sentía pesado y gigante. Se sentía atraído con una gravedad inmensa hacia el suelo a la vez que, al tocarse, notaba agigantada cada parte de su cuerpo. Resultaba en cierta manera desagradable, aunque no insoportable. Lo peor de todo era sentir que el tiempo transcurría diferente para él. Como si el mundo siguiera su curso habitual y él hubiera acelerado en la línea del tiempo. Caminaba paralelo, solo que más deprisa.

Había abierto la ventana. Esperaba que el monótono sonido del agua cayendo disipara la sensación de irrealidad que sentía en ese momento. Los relámpagos, cada poco tiempo, iluminaban con un fogonazo de luz blanca la habitación. Dibujaban extrañas sombras sobre las paredes que después volvían a ocultarse en las sombras.

Quizá no debería haber cenado. Se había comido un sándwich de pepinillo con mostaza. Una asquerosidad digna de un príncipe vagabundo o de un restaurante *gourmet* inglés. No solía comer demasiado. De alguna manera, cada vez que comía, sobre todo animales muertos, parecía completar un poco aquellas visiones en las que el mundo se destruía. Sabía que era irracional, pero no podía evitarlo. Se sentía como un caníbal, devorando parte de lo que una vez fue y en algún momento será. Aunque fuera una mosca que por casualidad se tragara en sus largas

caminatas, sentía como si se hubiera comido a su abuelo, o al menos un antepasado muy lejano.

Seguía lloviendo. Ojalá lloviera para que el agua lo limpiara todo.

Controlaba la respiración, llenando los pulmones hasta que no cabía ni un milímetro cubico más de aire. El dulce olor de la tierra mojada se impregnó en cada una de sus células. Un aire limpio, libre del pestilente aroma de la humanidad, de los malos humos y de la enfermedad.

Cerró los ojos y se quedó dormido. Emitió un pequeño ronquido. Allí tirado sobre la cama, vestido aún con la ropa de diario, tan largo como una guerra, parecía un joven cualquiera.

A unos metros de allí, en la casa de al lado, Amor, Dani y Tirana tenían una misión. Llevaban toda la tarde intentando elegir la frase correcta. Se habían decidido por: «Hace una noche preciosa. ¿Quieres salir a dar un paseo?». Pero la lluvia había arruinado el plan.

Se acercaba la medianoche. Según habían planeado, a esa hora debía comenzar todo. No tenía que ser a la medianoche exactamente. Daba igual minuto arriba minuto abajo. «Pero no os distraigáis», les había suplicado O'Sheere.

Eran las doce menos diez. Los tres permanecían en sepulcral silencio sentados en sillones. Amor había hincado las uñas en los brazos del sillón que ocupaba. Mentalmente, aunque supiera que era imposible, intentaba detener la lluvia. Ella era la encargada de decir la frase. La había repasado mil veces. Hace una noche preciosa. ¡Y una mierda!

Habían intentado construir otra. Se preguntaban cómo serían capaces los guionistas o los escritores de crear obras soporíferamente extensas, cuando ellos no eran capaces ni de pensar una oración simple.

—Hace tiempo que no llueve —propuso Dani.

—Hace tiempo que no llueve y… ¿qué? —replicó Tirana devorada por los nervios.

—Pues eso, que hace tiempo que no llueve.

Sonó el gong de un reloj de pared fabricado en plástico imitando madera que colgaba bajo el hueco de la escalera. Era tan feo que alguien debía haberlo puesto allí para no verlo nunca.

—Este niño es cada vez más tonto —explotó Tirana víctima de los nervios—. Ya son las doce.

Amor se levantó. Dani la siguió. Con un levísimo sentimiento de nostalgia, se dirigieron hacia la puerta. Ya nunca volverían.

Se pusieron unos chubasqueros que habían encontrado en un armario. Construcciones Hermanos Martínez, rezaba el logo, compuesto por un camión hormigonera y una grúa. Olían un poco a moho, pero ya nada de eso importaba.

Salieron a la calle, cerraron la puerta y dejaron la llave sobre la alfombrilla. El agua los cubrió en un instante. Para un ser humano, podía llegar a ser desagradable la sensación de estar mojado pasando frío. Para un dios, aunque fuese a través de un avatar, era algo cercano al éxtasis. Lo echarían de menos.

Llegaron al portal de la casa de Max. Tocaron el timbre. Se veía luz dentro. Debían de estar allí.

Al momento abrió Marian, la madre de Max.

—Oh, pero ¿qué hacéis en la calle con este tiempo? ¡Vais a coger una pulmonía! —exclamó con la exageración propia de una madre.

—Veníamos a buscar a Max —dijo Amor con media sonrisa.

La mujer notó una intención tenebrosa, pero respondió:

—Es… está arriba. No sé si duerme.

Los tres permanecieron bajo la lluvia en silencio, esperando que lo llamara. Marian se resistió:

—¿Queréis pasar? Hace una noche del demonio y hemos preparado chocolate.

—No, gracias —respondió Tirana.

Marian pasó de la preocupación a la simpatía con una afable sonrisa y otra vez a la preocupación.

Max se había despertado al escuchar la puerta. Escuchó la conversación como un sonido extraño y lejano. Había perdido la sensación de pesadez, pero el tiempo aún parecía transcurrir a diferentes velocidades para él y la realidad. Desde hacía algún tiempo se notaba lleno y auguraba malos presagios.

Bajó las escaleras. Una luz tenue, amarillenta, iluminaba la estancia de madera, a espaldas de Marian, como un eclipse macabro. Apareció el rostro de Max a ojos de las tres estatuas que vigilaban la puerta bajo la grisácea lluvia.

—Hola, Max —saludó Amor. Observó que la habitual horda de demonios no le seguía.

—Hola.

La chica había estado pensando en una frase, un anzuelo con el que poder sacar a Max de su casa. «Hace una noche preciosa. ¿Quieres salir a dar un paseo?». La frase se escribió con letras cursivas y antiguas sobre el aire en su mente. Una noche preciosa.

—¿Qué queríais? —terminó preguntando Max incómodo. Allí estaban los cinco, mirándose las caras, sin decir esta boca es mía.

—Hace una… —susurró atropellada Amor.

—¿Sí? —la animó Marian haciendo un movimiento giratorio con sus manos, como diciendo «vamos, chica, sácalo».

—Es que llueve y…

—¿Y? —enfatizó Marian con el gesto de las manos.

Amor señaló al cielo con el índice, torció un poco la boca y elevó los hombros con la mente encerrada tras un muro donde las palabras se habían quedado arrinconadas unas contra otras y un perro negro gigante les ladraba babeante e histérico. De su boca salió un incomprensible «umma».

—Ha… hace —atinó a decir Dani.

Cruzó la vista con Tirana, que lo miraba desde medio metro más arriba, inquisitiva.

—Hace tiempo que no llueve —finalizó el muchacho atragantado con sus propias palabras.

Amor giró la cabeza y lo miró con los ojos abiertos de par en par. Bajo el chubasquero, apretaba los puños y contenía las ganas de matarlo a puñetazos.

—Sí —arrancó Amor apresurada—, hace una noche preciosa. ¿Quieres salir a dar un paseo?

Marian miró a su hijo. Estaba entusiasmada con sus nuevas actividades sociales, había pasado toda su vida aislado, mirando a los demás fijamente, escrutando con la mirada más allá del pellejo, perdido en mundos a los que nadie podía acceder, incomprendido, pero ¿salir a dar un paseo con la que estaba cayendo? Eso no se le ocurriría ni a él.

Max miró al cielo. Unas gotas salpicaron desde el saliente de tejas del voladizo del porche.

—Vale —afirmó.

Comenzaron el paseo por el antiguo camino de Voltaire. Era una estrecha vereda que antiguamente conectaba bancales de riego. Ahora solo era un camino perdido entre zarzas y ortigas. Amor le había pedido un paseo por el río. Max les había advertido que no era una buena idea. En cualquier momento, el río podía tener una crecida a causa de las aguas torrenciales, o de una presa natural que se hubiera formado en el arrastre de troncos y maleza, pero los tres insistieron y a Max le pareció bien. Desde hacía unos días, cuando había conocido a aquellos extraños seres, se había sentido agitado. Había algo extraño y extranatural en ellos. Se comportaban como humanos primerizos, seres con una consciencia distinta y alterada. Sentía en ellos un principio de poder, un arrojo desmedido majado con una inutilidad épica. Así, desprendido de todo, haciendo caso de los augurios que se le insinuaban, despojado de cualquier preocupación, le había parecido la mejor idea que hubiera escuchado nunca. Nadar entre tiburones no tenía por qué ser un

acto mortal, ni caer sin paracaídas desde un salto de miles de metros. La mordedura de una cobra raramente es mortal a pesar de lo que se suele pensar, y no rezar el rosario no te hace pecar más. Así, caminar río arriba con la que estaba cayendo, no parecía gran cosa.

Llegaron al puente De los Colgados, ofuscados por la tormenta. Era un puente decimonónico de piedra y mampostería que cruzaba una de las principales ramblas que alimentaban el río de Tagartera. Se llamaba el puente De los Colgados porque allí habían sido ahorcados varios revolucionarios anarquistas hacía ya más de medio siglo. Contaban las viejas, que, bajo su ojo, en la noche del cuatro de marzo, aparecían los espectros de los ajusticiados, Max había estado la medianoche del cuatro de marzo de los diez últimos años, y no habían aparecido porque las viejas, como siempre, solo dicen mentiras.

Cruzaron el puente y descendieron al río por el costado que formaba un terraplén resbaladizo. Comenzaron a caminar río arriba. Max lo hacía en silencio dos metros por delante de los tres acompañantes. El río venía turbio y bravo. Para Max no era un problema, pero Amor, Dani y Tirana avanzaban penosamente tropezando con cada piedra y cada rama.

La lluvia seguía precipitando. El cielo había tomado un color plomizo y la cortina de agua se veía lechosa y densa. Max se detuvo antes de llegar a una curva del río que se angostaba. Se habían desprendido unas piedras y eso dificultaría el avance, se habían ido formando tenebrosas anfractuosidades a los lados del río. Al observar a sus compañeros, vio que ya solo dos sombras le acompañaban y se esforzaban por continuar. Creía que faltaba el muchacho. El torrente del río, que ocupaba poco más de dos metros de anchura, por medio metro de altura, podía arrastrar a una persona pequeña como aquel enclenque, pero ellos ni siquiera se habían acercado al agua. Caminaban por el cauce seco, junto a la corriente.

Las dos muchachas llegaron a su altura. Max miró hacia atrás sin disimulo. Ellas lo imitaron, pero no dijeron nada, no tuvieron reacción alguna al ver desaparecido a su amigo.

«Está bien —pensó Max—. A ver qué pasa aquí». Continuó caminando. Los desprendimientos eran recientes y eso hacía que las piedras fueran aún más inestables y la tierra más farragosa. Aceleró el paso. Apartaba retamas y demás maleza con perversa intención: soltarlas bruscamente para que golpearan a las caminantes que lo seguían.

Frente a él se extendía un paisaje mil veces visto: una garganta profunda que se elevaba decenas de metros hasta perderse en la noche lluviosa. Por ella discurría un riachuelo escuálido y dócil que ahora, alimentado con las aguas de escorrentía, corría febril por medio del lecho del río otrora seco. A ambos lados de la habitual línea de agua, crecía la vegetación propia de ribera; juncos, cañas, taraes, adelfas…

No debía ser casual. Aquel destino no se había elegido de manera fortuita. Debía haber alguna intención oculta en todo ello. Miró hacia atrás. Ya solo lo seguía una de las sombras encapuchadas. La otra, la más alta, Tirana, también había sido engullida por la tormenta.

La última figura lo alcanzó. Amor se quitó la capucha y el abundante pelo azabache se le pegó a la cara. Se lo apartó y su rostro dorado resplandeció un instante.

—¿Continuamos? —preguntó.

Parecía no importarle la ausencia de sus amigos.

Max volvió a mirar hacia atrás intencionadamente. Amor hizo caso omiso y retomó la marcha una vez más. Al momento, Max la alcanzó y ella lo dejó pasar a encabezar la marcha. Las sábilas despuntaban en la corona de la quebrada como tótems milenarios. La vegetación se espesaba en la siguiente curva sinuosa del río. Conocía la zona a la perfección. Había paseado por allí miles de veces. Recordó que había pasado, bajo el cobijo

que ofrecía la espesa vegetación, muchas horas hablando con Dante el mapache, se habían hecho grandes amigos, pero eso era en otra realidad, en un mundo donde él podía ser libre.

Despejó la mente de esos pensamientos. El agua le corría ya por todo el cuerpo. Había calado y se sentía empapado, pero no le parecía una sensación desagradable. El frío endurecía sus músculos y eso le daba margen para incrementar el ritmo de la marcha. Tras escapar del paso angosto por la parte convexa de la curva, donde nacía el antiguo camino de un molino ya destrozado por el tiempo y las inclemencias, el río se abría y se ensanchaba. Era la parte que más le gustaba. Desde donde se encontraba, en un diminuto llano dos metros por encima del cauce, poblado de corta hierba, se avistaba una ancha curva. A la derecha, una imponente pared de piedra se elevaba y dibujaba formas caprichosas con las rocas desprendidas en precario equilibrio. A la izquierda, la otra pared se elevaba internándose hacia el río de forma oblicua. Bajo esa pared había una alameda donde Max había pasado muchas horas. Era un lugar fresco en verano, y en invierno, los álamos y la forma de la pared lo protegían del viento y la lluvia. Junto a la alameda corría el agua mansa, hoy agitada por la tormenta. Desde el pequeño llano se giró para observar los progresos de Amor, pero ya no estaba allí. Había desaparecido.

Esperó unos minutos sentado junto al único y solitario almendro que había en el llano. Hoy estaba muy contento. Hacía mucho tiempo que aquel viejo almendro no veía llover como lo hacía desde hacía unas horas. Max acarició la corteza del árbol. Era rugosa y estaba pegajosa. Por ella corría un chinche verde, conocido como el chinche hediondo. Su mecanismo de autodefensa era expeler un olor asqueroso cuando se veía en peligro. Lo tocó con el dedo, el animal agitó las patas, pero no usó las glándulas repugnatorias. Sabía que el muchacho no le haría daño, lo percibía.

Max observó ahora el río. Había crecido el caudal. Bajaba agitado y bravo, con un color terroso claro. La lluvia menguó de súbito. Los rayos seguían y los truenos le acompañaban, pero las nubes se alejaban con rapidez. En el cielo, justo encima de la quebrada, apareció una luna llena radiante que convirtió la tétrica noche en un espectáculo luminoso refractado por los billones de gotas de agua depositados sobre las hojas de las plantas, las briznas de hierba y las rocas.

Ahora podía distinguir cada detalle. La alameda brillaba rutilante. Junto a ella, el río bajaba exaltado y, dentro de él, una joven sollozaba con amargura.

# CUANDO ARRECIA LA LLUVIA

Desde el precipicio de la quebrada, a más de cincuenta metros de altura sobre el lecho del río, Osiris, Hel y Hades, despojados de la piel de sus avatares humanos, expandidos ya en sus portentosos cuerpos de dioses, observaban.

Todo había acontecido como tenían planeado. Uno a uno, los otros tres dioses habían ido apareciendo junto a ellos, también con su cuerpo original. Ahora los seis miraban cómo Max, desde un pequeño llano elevado en el margen derecho del río, miraba a la joven sentada en la corriente del agua igual que un azor miraría a un pequeño ratón desprevenido.

—Todo está a punto de acabar —pronunció Hades de forma solemne.

El cielo se había despejado. Las estrellas brillaban fulgurantes junto a la inmensa luna redonda. Max observó a su alrededor. Nunca había visto nada igual. Las flores y las plantas brillaban como si emitieran su propia luz, como si hubieran absorbido los blancos rayos de la luna y ahora los emitieran en una llamada de desesperada belleza. Todo refulgía espectral. Los tonos violetas se mezclaban con los azules y los blancos y todos ellos con las sombras que las cosas proyectaban. Era un espectáculo admirable, la naturaleza, tan, tan bella. Nunca lo había sido tanto.

Desprendía también un olor que embriagaba. Era la pureza más absoluta, era limpio y agradable, sutil pero penetrante. La naturaleza, esta noche, se había engalanado y se mostraba coqueta y espléndida. Max pensó por un momento si lo habría

hecho para él, quizá para ellos, para Darkia también. La había reconocido al primer vistazo. Estaba muy delgada, pero era ella.

Bajó del diminuto llano junto al cauce del río y se acercó a la muchacha.

—Aquí estás —dijo sin girarse siquiera—. Así que estabas aquí.

Max se detuvo en seco junto al borde del agua. No entendía lo que la muchacha quería decir.

—Acabo de llegar —dijo él mirando al cielo.

Vio pasar una estrella fugaz. Alguna vez le habían contado que, cuando viera pasar una, podía pedir un deseo, pero tendría que pedirlo en silencio. No podía decirlo en voz alta, pues, en ese caso, el deseo no se cumpliría. Sabía que las estrellas fugaces no tenían nada mágico, que no concedían deseos. Solamente eran tozos de piedras estelares, meteoros, que, al contacto con la atmósfera, se desintegraban provocando una estela brillante. Pero no hacía falta ser tan pragmático siempre. Por esta noche, en la que las cosas brillaban esplendorosas, podía relajarse un poco.

—Ojalá no hubieras sido tú —pidió en voz alta.

—Ojalá —suspiró la muchacha.

Sus palabras se desprendieron de ella como la costra fresca de una profunda y reciente herida. Se esparcieron por el aire en una espiral arrastrada por el viento y fueron absorbidas por las paredes de piedra y el agua del río. Se las llevó cauce abajo. Algún día, llegarían al mar.

Max no se compadeció de la muchacha, no le salía, pero había sido sincero. Hubiera preferido que fuera otra persona, quizá alguien más fuerte, más desagradable o ignorante. Darkia siempre le había parecido una pesada. No paraba de hablar, su ropa era rara, extravagante y no combinaba lo más mínimo. Era, por supuesto, irritante. Pero ojalá hubiera sido otra persona.

Las sospechas estaban fundadas. Nada de aquello parecía casual. Era demasiado rocambolesco y forzado para que fuese una azarosa coincidencia.

Se metió en el agua. Le cubría hasta las rodillas. Le sorprendió la fuerza que puede tener un pequeño río embravecido. Estuvo a punto de caerse, pero resistió. El agua estaba fría y tiñó sus pantalones de un marrón claro con rapidez. Se acercó despacio a Darkia por la espalda. No quería asustarla. Cuando se encontraba en situaciones conflictivas para él, se acordaba, como mantras repetidos durante años, de sus padres, diciendo cómo debía actuar. Le vino a la memoria el día, hacía más de diez años, en que se había enfadado porque su madre no había preparado la comida a su hora. Se enfadó muchísimo, pero su madre había permanecido en una silla de la cocina, mirando fijamente por la ventana, no como en otras ocasiones que se había desvivido por terminar la comida rápidamente. Dasser, su padre, lo había cogido por el brazo. Ahora recordaba que le había hecho daño, aunque a él no le importaba. El daño físico era algo sumamente tolerable y no conocía ningún otro.

Su padre le había dicho que su madre sufría, había perdido a alguien muy importante para ella. «¿Lo comprendes?», le había preguntado. Max había negado con la cabeza. Su padre le explicó que las personas establecen lazos emocionales entre ellas. Sienten cosas las unas por las otras y que, cuando una desaparece, muere, las que tienen una unión con ella se ponen tristes, las echan de menos. Echan de menos las cosas que hacían con ellas, las cosas que hablaban con ellas, pero, sobre todo, las cosas que habían hecho, porque ya no podrían hacerlas más. Max no comprendió enseguida todo aquello. Más tarde, cuando fue mayor, cuando creó un mundo en el que los seres eran libres y auténticos, lo entendió. Se preguntaba cómo debía sentirse si desaparecía uno de sus conocidos, pero sus conocidos no podían desaparecer, salvo si él mismo desaparecía y, de algún modo, ni siquiera así. El universo que él había creado se expandía, se plegaba y se reproducía. Se hacía cada vez más grande y cobraba vida propia. Cuando el muriera, ese universo seguiría para siempre, inmortal,

con su amigo Dante intentando cazar grillos. Ya no estaría él allí para reprochárselo, para enfadarse cuando el instinto del mapache podía más que sus modales, pero el mapache correría igual detrás del grillo, el grillo sobre la hierba y la hierba sobre la tierra. Todo continuaría hasta una escala infinitesimal en la que unas diminutas bolas albergarían mapaches que corren tras los grillos y los grillos sobre las hierbas y las hierbas sobre la tierra que desaparecería entre planetas de sistemas de galaxias. ¿Cómo podía una persona estar triste entonces?

Puso la mano sobre el hombro de Darkia. Ella lo miró con los ojos enrojecidos. La ayudó a levantarse. Estaba en el mismo lugar en que se había sentado seis meses atrás, cuando ella había matado la mariposa y Max había enloquecido.

Darkia se percató, se movió inquieta sobre la roca. La luna los bañaba en su luz y los hacía maravillosos seres, jóvenes, voraces, intangibles.

El paisaje seguía brillando y se achicaba. Parecía querer escuchar lo que ambos tenían que decir. Se acercaba, se encogía, estaba expectante.

—Sé lo que eres, creo —dijo Darkia con la vista baja y las cejas tristes.

Se miraba los pies. Ya no estaban embarrados. El agua los había lavado, pero dejó una fina capa de sedimento que se le había adherido al cuerpo y brillaba como la plata.

Max no respondió, pues ni él sabía lo que era.

—¿Por qué me habéis traído aquí? —preguntó la muchacha mirándolo desafiante.

—A mí me han traído también.

—¿Quién te ha traído? ¿Los monstruos? —la voz se le entrecortó con la garganta llena de dolor.

—No sé quiénes son. Monstruos no, otra cosa.

Darkia rompió a llorar. Había sufrido mucho en esos meses, lo indecible. Su cuerpo lo reflejaba. Sus ojos aún más. Max no

entendía el inmenso dolor interno que padecen las personas, no lo sentía. Por mucho que se lo explicara su padre, por mucho que su madre mirara al infinito por la ventana, por muchos perros que se murieran, nunca había sentido la punzada penetrante del dolor. Si acaso, el leve roce de un algodón que escuece. Hasta ese momento, fue muy leve y podría haberse confundido con gases, pero había estado un instante, presente, cerca del corazón, casi tocándolo, amarga y poderosa.

Max se tocó el pecho. Allí estaba esa sensación. Esta vez casi había sido capaz de sentirse en la piel de otra persona. Se acercó a la muchacha y le acarició la cabeza como había visto hacer a la gente cuando se encontraba desconsolada.

Darkia aceptó el gesto, aunque lo sintió brusco y descuidado.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo sin cruzar la mirada.

Max no respondió, pero asintió con la cabeza.

—¿Eres humano? Lo digo porque… porque no lo pareces.

—No lo sé. Imagino que sí, pero soy adoptado.

—Ya —continuó Darkia—, pero, aunque seas adoptado, tienes que ser humano o no.

Max meditó durante un rato. Seguía con la mano sobre la cabeza de Darkia. La tenía dura y fría, no recordaba haber tocado a nadie durante tanto rato. Así que eso era el contacto humano. De pequeño, su madre y su padre le habían cogido en brazos, mecido y jugado en multitud de ocasiones, pero siempre había resuelto que era demasiado agotador. Emitían mucho calor. Darkia no. Su piel estaba blanca, tensa y fría. Era casi agradable. Él también estaba helado. El agua había entrado por todos lados hasta empapar la ropa bajo el chubasquero negro. Se notaba frío. Visto así, comparando, en parte era humano, al menos, en cuanto a las reacciones que el cuerpo tenía al entrar en contacto de manera continuada con el agua fría.

Sí, había muchas cosas que le hacían humano: la morfología, los apetitos, el lenguaje, los sentidos. En apariencia era tan

humano como cualquier otro. Pero no del todo humano. Al parecer, según le habían dicho en multitud de ocasiones, no sentía como los humanos. ¿Eres capaz de sentir empatía? ¿Capaz de ponerte en el lugar de otro? ¿Te sientes triste ante la tristeza de otro? ¿O contento? Sí, respondía a los psicólogos y orientadores que le atosigaban en sus años escolares. Pero no era capaz. Bicho raro, cara de palo. Le cantaban a veces en el cole. Lo hacían en la distancia, en el anonimato, porque en realidad todos le tenían miedo. No, no sentía como los demás, eso lo sabía bien. Una vez un psicólogo —Carita de Nube, era el mote que le había puesto, por su exacerbado buenismo— le había dicho algo revelador:

«... verás, Max, los seres humanos sentimos como humanos. A lo largo de millones de años, nuestra propia adaptación, tanto evolutiva como social, ha hecho que ciertas emociones y sentimientos, así como valores, sean aceptables. Otros no lo son. Pero, sabes, eso tiene que ver con nuestra condición de humanos. Un perro no puede sentir como un humano. Un ratón no puede sentir como un humano. Un tigre tampoco. Ningún animal. Por más que queramos interpretar ciertas emociones en otras especies, ellos ven el mundo a su manera y nosotros a la nuestra. ¿Cómo la ves tú, Max?».

Recordaba palabra por palabra lo que le había dicho aquella tarde, cuando lo habían enviado al despacho del psicólogo porque un niño casi se ahoga en la piscina municipal donde les llevaban una vez a la semana a los niños de la «clase de los tontos». Max estaba presente. El profesor no se había dado cuenta de la ausencia de dos niños cuando regresaron a los vestuarios. Volvió con el corazón en la boca desde los vestuarios a la piscina. Allí estaba Max, en pie, mirando al agua, mirando cómo su compañero se ahogaba como un insecto en una acequia.

Se lo había reprochado, echado en cara. «¿Por qué no has dicho nada?». «Esto es intolerable», les había gritado a sus padres. Este niño no tiene sentimientos. Desde un cierto punto de vista,

pensaba Max, así era. Desde otro cierto punto de vista, sentía que esa vida valía como cualquier otra; la mosca, el perro, la cochinilla, la larva, el humano. Siendo pequeño, se había dado cuenta de que era imposible salvar todo, ¿para qué? Era la cadena trófica, lo había visto en un libro de Ciencias Naturales. En una de las imágenes que salían en una de las páginas del libro, aparecía una serie de animales y plantas relacionadas con flechas. Las flechas indicaban quién se comía a quién: la lombriz la hoja, la musaraña a la lombriz, el mochuelo a la musaraña, el mochuelo moría, los gusanos se lo comían a él y las heces y los huesos alimentan al árbol que echaba hojas que se comían las lombrices. Así era y todo encajaba a la perfección. Todo era perfecto y precioso así. ¿Por qué cambiarlo entonces?

Se dio cuenta de que llevaba un buen rato divagando con la mano sobre la cabeza de la muchacha.

—Es posible que no lo sea del todo —dijo Max.

—¿Sabes lo que vi en tus ojos?

—Creo que me hago una idea, aunque no del todo. Me hipnotizaron. —Max se sorprendió a sí mismo compartiendo una experiencia. Apartó la mano de la cabeza de Darkia y se sentó junto a ella, se tocaban con las caderas—. Vi una escalera que ascendía hasta una puerta. Tras la puerta un ser me invitó a entrar. Era yo, pero no como yo. Tenía una forma diferente y aterradora. Al entrar vi una pradera roja, un lago negro ocupaba el centro y un árbol seco se alzaba a un costado. Al fondo de la pradera se presentaban dos oquedades gigantescas. Parecían ventanas. Por ellas, miles de extraños seres observaban lo que pasaba fuera. Eran mis ojos, Darkia. A través de ellos vi todo lo que sucedió aquel día y cómo se agolparon todos aquellos seres sobre ellos intentando escapar. Vi también cómo uno se introdujo en el lago y yo me empecé a transformar en él. Lo contuve, Darkia, tanto como pude, como mis padres me han enseñado. Eso soy yo. Todos esos seres soy yo. Eso creo.

Desde lo alto de la quebrada, los dioses observaban perplejos. Nada sucedía. Los dos jóvenes parecían estar hablando.

—Este plan es un bodrio, amigo mío —resopló Hades.

—Maldito sea —bufó Osiris.

Su cuerpo se iluminó desde dentro con el fulgor de un sol. La verdosa piel comenzó a cuartearse y a caer en pequeñas escamas muertas acompañadas de luces destellantes. De pronto, una eclosión de vida surgió de su cuerpo resquebrajado. Miles de mariposas de la muerte empezaron a revolotear, caóticas, entre los otros cinco dioses. Había miles, cientos de miles, que, a un mismo tiempo, como movidas por una llamada ancestral y urgente, iniciaron un vuelo descendente por la ladera de la quebrada en dirección a los dos jóvenes.

Max vio nublarse el cielo. Se oscureció la luna. Darkia alzó la vista en dirección a la nube. Era una nube viva. Se movía en patrones galácticos, fluidos. Se juntaba y dispersaba, para volverse a reagrupar. Ninguno supo de qué se trataba hasta que la tuvieron encima. Darkia se puso en pie e hizo el intento de huir, pero Max la asió por el brazo y la detuvo. Aterrada, intentó zafarse, muda, sin pronunciar un sonido. Cogió el dedo índice de Max, que rodeaba todo su brazo y apretaba con fuerza, intentó doblarlo, pero sus esfuerzos eran inútiles.

Max miraba con fijeza, abstraído, concentrado en el movimiento de las mariposas.

—Siéntate —le dijo.

La muchacha obedeció. Las mariposas se fueron posando poco a poco, con suma delicadeza, sobre todas las cosas que los rodeaban y sobre la muchacha. Colgaban de los juncos, las adelfas y de todas las plantas. Atestaban las rocas con sus finas alas. Tapizaban el suelo como un musgo iridiscente. Los árboles parecían haber florecido y Darkia parecía estar hecha de mariposas.

—Así que era esto —susurró Max, buscando con la mirada a los causantes.

Darkia no se atrevía a moverse. En ese instante, se le agolparon lacerantes los vívidos recuerdos de aquella tarde de hacía seis meses, cuando una frágil mariposa se había posado en su cabello, ella la había golpeado y Max se había transformado en un ser infernal.

—Darkia, creo que nos han preparado una trampa. No te muevas. No pasará nada. Pero no te muevas.

Osiris se había transformado en miles de mariposas. Veía a los dos muchachos desde miles de planos distintos. Podía ver lo que los miles de ojos de mariposas observaban. «Vamos —decía en su conciencia compartida—, vamos, acaba de una vez». Retaba a Max, que, pétreo, buscaba al causante de aquella trampa.

Durante unos minutos, Osiris estuvo expectante, esperando que una reacción de la chica desencadenara una última acción en el muchacho. Pero este no se inmutaba. Le repetía «no te muevas» una y otra vez a la chica y ella obedecía.

Las alas de las mariposas empezaron a agitarse todas a la vez. Al principio lentamente y cada vez con mayor ímpetu. Darkia sentía las cosquillas que le hacían las patitas y las alas sobre el cuerpo. Una de ellas intentó colarse en su boca. Escupió y se agitó. Max la sujetó con más fuerza.

# ¡DARKIA HA DESAPARECIDO!

Sobre las doce de la noche, la lluvia había cesado. Las calles escurrían, por pequeños arroyuelos formados en el centro de la calzada, las últimas aguas caídas. Paulina, la chica que leía junto al cristal de la ventana de la terraza frente a la casa de Darkia, había salido a la terraza para ver aquellas extrañas huellas que se habían quedado marcadas. Ya no estaban. Pero por la calle una mujer corría con las carnes desbordadas. Y gritaba:

—¡Darkia ha desaparecido! ¡Darkia ha desaparecido!

Su atención se centró en ella. Era Marina, la madre de Darkia. Al parar la lluvia se había acercado a la habitación de su hija, pero ella no estaba. Su abrigo, sus zapatillas y sus pantalones seguían en el mismo lugar. Hasta su aroma estaba allí. Ella no. Se había puesto una bata de boatiné color rosa y había salido corriendo de la casa, como un sereno mórbido desquiciado, pregonando la desaparición de su hija.

Se dirigió a casa del cura, que en ese momento se masturbaba infringiéndose un autoestrangulamiento con un cinto de cuero. La mujer le había interrumpido aporreando la puerta justo en el éxtasis. Le contó que su niña había desaparecido. Al padre le faltó tiempo para llamar al alcalde y a este para llamar a los agentes de la ley. A todos ellos les había faltado tiempo para dirigirse a casa de Dasser y Marian en lo alto del pueblo y comprobar que su maléfico hijo, Max, tampoco estaba. Blanco y en botella.

—Cuántas desgracias habré de soportar —declamaba el alcalde como si fuese Otelo.

Se habían concentrado en la plaza del pueblo, habían formado grupos y hecho un llamamiento a la vecindad que había respondido con creces. Si algo le gustaba a la gente de Tagartera era una muchedumbre enfurecida, un tumulto, un linchamiento, un ajusticiamiento público. Si por ellos fuera, las guillotinas y los patíbulos seguirían en las plazas.

Se había organizado la búsqueda de Darkia. Se había presentado la élite municipal. Unos cuantos cazadores vestidos de camuflaje y botas de goma. De esos que posan sobre sus presas y tienen águilas disecadas sobre el mueble del comedor. También aprovecharon los flipados de las tácticas militares. Se habían vestido de gala, con sus petos antibolas de plástico, sus trajes de campaña y toda la parafernalia. Estaban los jóvenes que querían ver un cadáver y los comprometidos con todas las causas. Estaban los mayores, tradicionalistas y conservadores, y las madres afligidas. Los padres indignados y todos los adultos que temían el reproche de los demás si no colaboraban. Estaban todos.

—Si encontramos el cuerpo… —había dicho el sargento de la Policía Esteban Carrizo, orgullo del cuerpo—. Si encontramos el cuerpo, tenemos que gritar «¡Aquí!» o silbar modo chiflido. Para que los demás…

El alcalde le hizo el gesto de cortar y tomó la palabra, subido sobre una caja de cervezas a modo de escenario.

—Cuando encontremos a Darkia —comenzó mirando con reproche al sargento de la Policía—, debemos avisar a las demás patrullas vecinales, pues el muchacho, Max, el hijo de Marian y Dasser, puede presentar conductas violentas. ¿Pondrá usted alguna recompensa? —preguntó dirigiéndose a Marina, la madre de la joven desaparecida.

—¿Cien? —propuso dudosa la madre, que no había pensado en ninguna recompensa a quien encontrara a la muchacha.

—¿Cien? —preguntó el alcalde escandalizado por la miserable cifra—. Está bien, el Ayuntamiento ofrecerá cinco mil.

—Con vida —apuntó el sargento Carrillo.

—Cállese —esputó el alcalde.

Media hora después, casi todo el mundo estaba borracho, pero no dejaron que eso fuera un obstáculo para proseguir la búsqueda del cadáver de la pobre desgraciada, en palabras del sargento Esteban Carrizo.

Se habían dividido en varios grupos cubriendo las viejas minas, el matadero y el poblado minero, el aserradero antiguo, el bosque de encinas, las ramblas que rodeaban el municipio, la huerta, las playas y acantilados. Y el río.

Desde la plaza, junto al mirador que abalconaba el espacio público, los niños del pueblo divisaban las linternas y focos que portaban las patrullas. Como todo lo que sucedía en Tagartera, se había convertido en una feria. Y eso estaba bien, insuflaba una cierta animosidad en los decadentes pobladores del municipio.

La búsqueda no tardó en dar resultados. Desde el pico de un cerro cercano, se había escuchado un: ¡Aquí, yeeeeeeeeee! El emisor era un antiguo jornalero y pastor, hoy jubilado, con profundas raíces de género neandertal. Su voz hubiera dado la vuelta al mundo si no existieran las montañas, así de potente era. Las patrullas habían escuchado el alarido en la distancia y se encaminaron en dirección al río con rapidez. Allí se presentaron, con todos los medios disponibles, las autoridades del lugar. Dos rancheras y un todo terreno común. Una barredora, una moto de reparto y dos coches de policía. Con todo, no pudieron poner una rueda en el río. La tromba lo había dejado impracticable. El alcalde valoró llamar a las salinas, donde disponían de una pala cargadora Volvo L120F, para que allanara el camino, pero la gente empezó a avanzar río arriba, como una turba furibunda, portando linternas y hachos, horcas, astiles e incluso guadañas. Para los más modernos y actualizados, sus escopetas de caza, Berettas o incluso alguna semiautomática, ilegales, por supuesto, pero esa noche todo estaba permitido.

El alcalde y el cura encabezaban la marcha junto a la policía y las fuerzas vivas. Detrás Marina, desecha, era ayudada y casi llevada a cuestas por decenas de vecinos que encarnaban el compromiso. Finalmente, todos los interesados en ver qué iba a suceder.

Caminaban aprisa y en silencio. Tan solo se escuchaba el rodar de algunas piedras o el roce de las plantas, ahogadas por el estrépito del río. Al llegar al diminuto llano, se apostaron a observar la situación. Desde allí, se divisaba una escena abominable. Max sostenía a la muchacha por el brazo, ambos sentados en una roca. Sobre Darkia y los alrededores podían ver una especie de musgo blanquecino. El sargento Esteban Carrizo observó con unos prismáticos. La noche era clara y se veía perfectamente.

—Parecen mariposas, señor. Están rodeados de miles de mariposas —explicó asombrado.

—¿Mariposas? —preguntó el alcalde—. Qué tramará ese desgraciado. Avancemos con cuidado.

La turba avanzó, sigilosa, hasta rodear a los muchachos.

Allí estaban. Permanecían en pie cual teas humanas en un velatorio macabro, el más espeluznante que se hubiera visto. La turba formó círculos concéntricos alrededor de los muchachos, y estos, ajenos al mundo, inmersos en su propia realidad, seguían sin verlos. Las mariposas, repartidas a miles en la escena, se mantenían estáticas en tétrica quietud.

Una suave brisa recorrió el cañón río abajo, agitó con suavidad las alas de las mariposas y los cabellos de los presentes. El silencio que se hizo después lo devoraba todo, incluso el tiempo que se escondía temeroso bajo las hojas de las adelfas venenosas.

El espacio parecía alargarse y fluctuar, perpetuarse atento, calmarse después.

Visto desde las alturas de la quebrada, desde donde los dioses observaban, la concentración de vecinos parecía un ojo místico y luminoso que contemplaba, desde la tierra, las infinitas distan-

cias astronómicas del universo, avistando el pasado en forma de luz y el futuro como un inevitable desastre.

El padre cura quebró el silencio e intervino:

—¡Tú! ¡Niño del demonio! Libera a la muchacha o la justicia divina, que yo represento aquí, caerá sobre ti como un puño de granito. Las llamas de la justicia te devorarán —dijo señalando al infierno que él creía bajo sus pies.

Max giró la cabeza noventa grados y vio al viejo cura ataviado con la sotana como una tiniebla viciosa. Por vez primera, había reparado en la presencia de toda aquella gente. ¿Quiénes eran todos aquellos? Los miraban asombrados, temerosos, ignorantes, los miraban con el peligro que todo ello detona en el ser humano.

—¡Joven! —advirtió el alcalde en tono elevado anticipándose al sargento Esteban Carrizo, que ya había armado su boca con un megáfono—. Desiste —inquirió paternal—. Se acabó. Estás rodeado.

Max, con los ojos perdidos, soltó con lentitud a la muchacha. Sus nudillos blancos recobraron el color, sus dedos, habían quedado marcados en el antebrazo de Darkia como cuatro líneas de fuego.

Elevó el dedo índice y se lo acercó a los labios. Silencio. Shhhhh.

Una piedra atravesó las líneas concéntricas formadas por la horda vecinal y golpeó la cabeza de Max. Este se tambaleó un instante. Le había acertado entre la sien y el oído. Una mancha roja brotó del lugar donde la carne se había abierto y se derramó estrepitosamente por su mejilla y su cuello hasta llegar al hombro, donde desaparecía fundida con el negro chubasquero.

Un dolor punzante invadió la cabeza de Max. Aunque el dolor físico no le alteraba, quedó aturdido, sintiendo un fuerte mareo y un continuo pitido que se acoplaba en su cabeza. Había cerrado los ojos, los apretaba por miedo a despertar, por miedo a dejar

salir lo que encerraban. Los apretaba tan fuerte que le dolían, aunque al final los abrió y el mundo había cambiado de color. Un velo rojo lo cubría todo.

—Vamos, pecador —gritó el cura sopesando una piedra.

Alzó el brazo y la lanzó. La piedra dibujó una trayectoria parabólica, que, con una lentitud exasperante, se acercó a los muchachos. Max quiso evitarlo, pero no se movía en el mismo arco temporal. Alargó la mano sin poder evitar que la piedra impactara sobe la nuca de Darkia. El golpe forzó a la chica a inclinar la cabeza. Gritó. Esta vez, Max pudo sentir, en lo profundo de algún lugar dentro de sí, la agonía de la muchacha y la desolación se desató. Darkia se desplomó y cayó boca abajo en la orilla del río. Su sangre se derramaba en la orilla impregnando de rojo rubí las rocas y la arena. Fue recogida por la corriente que se enturbiaba río abajo.

Max se dio por vencido, se abandonó.

Sus ojos se convirtieron en dos ascuas incandescentes y una tremenda agitación le conmovió en el interior. Las hordas que lo infestaban estaban locas en su liberación.

Su cuerpo se fue evaporando y convirtiéndose en negro humo. Tenía la forma de una sombra pestilente y maléfica que llameaba intensa y frenética, desbordada, incontrolable.

Su inmensa negrura absorbía toda luz. Las teas se apagaban poco a poco. Las linternas trazaban una línea de luz que ondulaba sinuosa hasta desaparecer en la oscuridad de su cuerpo. La luna se convirtió en un apagado disco opaco sobre el oscuro universo. La sombra danzaba amenazante como una mancha de petróleo que se cierne sobre una inmaculada costa repleta de tortugas y garzas.

La turba presenciaba la escena horrorizada. Perplejos, incrédulos, con las caras desencajadas, arrepentidos, se agarraban unos a otros, intentando desaparecer tras el cuerpo del vecino, ocultarse, pasar desapercibidos, inadvertidos, volátiles. Se aplastaban

entre ellos, se empujaban, veían lo que jamás ojos ningunos habían visto. El mal, presente, inexpiable, inevitable e invencible se erguía ante ellos.

Un joven de aspecto desarrapado e impertinente fue el primero en abandonar la masa. Empujó hacia adelante a una muchacha que se aferraba a su brazo, asustada, enferma de miedo. La joven, con una camiseta de Rush anudada sobre el ombligo a pesar del frío de la noche, cayó al suelo frente a la sombra maléfica, se revolvió desesperada y corrió tras su amado. Un cazador disparó su arma seguidamente. Los plomos atravesaron el cuerpo de la sombra y resonaron con estrépito al impactar contra las piedras de la quebrada. Gritó «el demonio», y huyó despavorido.

Una tarotista, tiradora de cartas y adivina, fumadora de puros y execrable persona, no dudó ni por un instante. Agarró por el cuello a una beata de mente difusa y carácter conflictivo con la que había tenido algunas palabras en el pasado y la ofreció en sacrificio, empujándola contra la sombra al tiempo que echaba a correr. La devota juró venganza.

Tras ella, cada vez más individuos se despegaban de la protección del grupo para intentar huir con torpeza río abajo. El pedregoso terreno y la casi total oscuridad hacían penosa la huida. Caían, volvían a levantarse y caían de nuevo. Lloraban, gritaban, moqueaban y, sobre todo, padecían.

La sombra demoniaca en la que Max se había transformado se acrecentó hasta hacerse gigante. La mínima consciencia que quedaba de Max en esa sombra recordó haberla visto ya antes, en una caja en lo profundo de su alma, junto a la pradera roja y el lago negro, observando a través de las oquedades, a la espera de su momento.

Las mariposas se espantaron, alzaron el vuelo en todas direcciones en una explosión de tenue luz que llenó el cielo ensombreciendo la tierra.

# EL INVITADO

Los dioses contemplaban la escena divertidos. Iban a disfrutar de un fenómeno único y admirable.

Escucharon unos pasos y una respiración agitada. Vieron aparecer, por el camino que rodeaba el precipicio, a un hombre de gran envergadura que jadeaba como una mula agónica. Vestía un ridículo traje crema con finas rayas azules bajo una gabardina y portaba un habano en la mano derecha.

Se acercó sonriente hasta los dioses. No parecía impresionado por el irreal aspecto que presentaban.

—Buenas noches —apoyó las manos en las rodillas, el sudor le corría por la ancha frente y le marcaba todo el traje—. No sé por qué fumo estos puros —dijo elevando la mano y mostrando un Montecristo.

Durante un instante, los cinco dioses no reaccionaron. No sabían qué decir.

—¿Quién coño es usted? —preguntó Hades.

—Soy Stanas Proviciakis, vendedor de elixires, coleccionista de antigüedades, hombre devoto y buen bebedor.

—¿Y qué hace aquí? ¿A qué ha venido, si puede saberse? Váyase —insistió Hel.

—Bueno, bueno. ¡Ya sabe! —dijo divertido recobrando la compostura y ajustándose el traje—. A ver el espectáculo.

—Ande, lárguese —le espetó Tirana con un gesto despectivo.

—Qué modales, jovencita. Tengo todo el derecho. He venido a ver a mi hijo.

Los dioses se giraron hacia aquel extraño y portentoso hombre.

—¿Quién coño es usted de verdad? —repitió Hades aplastando cada palabra.

El hombre hizo una reverencia medieval ocultando su rostro. Al levantarse había adquirido su imagen real. Satanás.

—Buenas noches, amigos —saludó.

—No me jodas. Vamos, no me jodas —repetía boquiabierto Hades.

—Entonces, el chaval… —insinuó Amor.

—Efectivamente, es mi hijo.

—Ahora lo comprendo todo… —comprendió Amor.

—Sí, pero ni la mitad, amigos míos. Ya estoy viejo. En una de mis escaramuzas, conocí a una mujer, preciosa, bondadosa y lasciva también —dijo elevando un brazo agitado por el memorable recuerdo—. En fin, quedó embarazada de ese extraño muchacho, mitad humano, mitad demonio. Cuando su madre murió…

—¿Cómo murió? —quiso saber Amor.

—La maté yo, pero eso no tiene importancia ahora. El caso es que le prometí que cuidaría del muchacho. Pero ¿qué clase de padre sería si lo hubiera llevado al infierno? ¿Qué puede enseñarle alguien como yo? ¿Qué vida tendría allí? No, no. Decidí darlo en adopción. Una noche lo dejé bajo el porche de Dasser y Marian. Los había conocido hacía años durante una manifestación contra la segregación racial. Yo pensaba que era a favor, por eso asistí. Pero me cayeron bien, los vi buena gente, ya sabéis, resignados. Y ahora me alegro. Ellos han sabido educar al muchacho. Algún día me sustituirá y lo hará bien.

—¿Todo este teatro ya estaba preparado? —preguntó indignado Hades.

—*Au contraire, mon amí* —se defendió Satanás—. Habéis sido vosotros quienes habéis montado esta farándula. Por casualidad disteis con mi muchacho y le habéis llevado a la perdición. Pero no lo hará. ¿Sabéis?

—Lo hará —testimonió Hel.

—Si lo conozco como creo que lo conozco, que es muy poco, no lo hará. ¿Qué os apostáis?

## DESMOTIVADO

La carga lo abrumaba. Había notado, en los últimos decenios, la perdida de lustre en su rojiza y rugosa piel. El apetito sexual había desaparecido casi por completo y su alimentación era cada vez peor. Siempre había tenido un carácter fuerte y marcado, una firmeza inquebrantable, pero por momentos se sentía abatido, solo, incomprendido. Todo esto no ayudaba.

Tenía sus planes. Quería dejarlo de una vez. El negocio del mal es rentable. Rentable y divertido, pero hasta ahí había llegado.

Comprendía el funcionamiento del universo. El ser humano lo había dividido en un concepto polarizado que se repelía: el bien y el mal. Pero, aunque admiraba la metástasis que era la humanidad, en esto se habían equivocado. El bien y el mal son la misma cosa vista desde puntos de vista diferentes. Es decir, no son nada. No existen.

El mal es tu depredador. La sombra que absorbe tu energía. El ser que devora tus entrañas. La enfermedad que te acabará matando. La putrefacción del cuerpo. La despiadada persecución que precede a la tragedia. El ser que te fagocita. El mal no es nada, es el propio devenir. Es el transcurrir de las cosas. Lo natural. Lo que va a suceder para que la vida siga su curso. No hay nada malo en ninguna cosa. Satanás lo entendió desde el principio de los tiempos, desde que un mono, casi bípedo, consciente de su propia existencia, aterrado ante la posibilidad de morir, de ser derrotado por otro y destronado, había machacado la cabeza a otro de sus congéneres con una piedra y perpetuado su rei-

nado. Allí nació él, cuando las sombras que escondían jaguares que devoraban crías humanoides tomaron forma. Cuando un mono, quizá el más temeroso, supo figurarse una imagen donde lo que te puede matar se convierte en un ser maligno y consciente que te perseguirá por el resto de los días, hasta darte caza y arrebatar lo único que nadie puede tocar: tu consciencia, tu yo.

Se había fabricado su propio disfraz humano y había vivido entre ellos. Había visto cómo funcionaba la cosa. Cómo se organizaban en clases sociales. En castas. En naciones. Había comprobado lo injusto que puede llegar a ser el ser humano. Lo voraz que puede llegar a ser con sus congéneres. Las barbaries que podían llegar a realizar y, sin embargo, prosperaban. Incluso, en contadas ocasiones olvidaban quiénes eran, de dónde venían, y se fundían en un abrazo.

—Solo soy una mera ilusión —se había dicho alguna vez—. Soy la página ilustrada de un viejo libro medieval. Soy los ojos amarillos de un felino. Una sombra agazapada que incita a imaginar. Un borracho que asesina a una prostituta. Una serpiente que te provoca. El cabello suelto de una mujer hermosa. Soy la astucia y el engaño. Soy cualquier cosa que no te guste. Esas son mis células y los prejuicios son mi metabolismo.

«¿Qué mierdas soy?», se preguntaba a menudo intentando descifrar si tenía pensamiento propio o era solo el delirio de un escritor loco.

Definitivamente, quería irse. Era ya muy viejo y, sobre todo, no tenía ganas de discutir.

Había fabricado un ser que extrañamente era él y no lo era a la vez. Él sabría qué hacer, o eso quería creer.

# EL EFECTO MARIPOSA

Una mínima perturbación puede generar un efecto considerable en un sistema dinámico. Es un concepto englobado en la teoría del Caos.

Las mariposas se dispersaron en la oscura noche, con su vuelo errático y esforzado. Abajo, el suelo comenzó a temblar. Primero fue un sonido seco y profundo y después una oleada de ondas sísmicas se propagaron produciendo grandes temblores. La quebrada parecía deshacerse como un castillo de naipes, grandes rocas, paredes enteras, se desprendían y caían con tremendo estrépito sobre el río. La gente corría asustada y sus gritos eran ahogados por el estruendo del terremoto. Desde las alturas, intentando mantener el equilibrio, los dioses y Satanás observaban el espectáculo.

—Colosal —adjetivó Hades.

La sombra demoniaca permanecía imperturbable junto al cuerpo de Darkia.

El río quedó taponado cuando una gigantesca pared cayó al sur y rápidamente comenzó a surgir un embalse natural que aumentaba con el agua de escorrentía. Los árboles se desprendían desde lo alto de la quebrada y caían plomizos sobre el lecho. El caos, el más impredecible desorden dentro del orden que hemos querido dar al universo, estaba desatado.

En otro punto del mundo, el antiguo y solemne Japón, una suave brisa recorría su mar. Inio Toriyama, un viejo pescador de

Osaka, alzó la nariz al viento. Sus ojos eran apenas dos finas líneas dibujadas sobre la cara. Olisqueó el aire y tuvo un mal presagio. Entró en la diminuta cabina del barco y se abrigó con su *mai wai*. Observó cómo el cielo cambiaba de un azul celeste al azul eléctrico y al plúmbeo gris después. Unas nubes negras comenzaban a arremolinarse en lo alto. En sus ochenta y dos años de vida, no había visto nunca una cosa así, ni la había escuchado siquiera, en las antiguas exageraciones que solía contar su abuelo y los viejos marinos. El viento empezó a girar cada vez más intenso y rápido. El agua, hasta ese momento en calma, se agitó. Vio un delfín volando a unos cien metros sobre su embarcación.

Clint Jordan había pasado toda la tarde intentando arreglar el radiador de la vieja Chevrolet 3100 de 1950. Era una chatarra heredada de su padre, el viejo Armin, que llevaba veinte años encerrada en el granero de la granja. Se había criado allí mismo, en Cooper, Misuri. Estudió en Nueva York, pero nunca se adaptó. Volvió a su tierra natal sin remordimientos ni sentimiento de fracaso y allí vivió, trabajando en la gasolinera del pueblo hasta que su padre murió y decidió seguir con la granja.

La puerta del granero se cerró súbitamente, quedó casi en total penumbra. La noche había llegado sin darse cuenta. Arrastró el portón hacia adentro. Sobre el cielo oscuro se recortaba una figura aún más oscura. Un inmenso huracán giraba ladeado.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Lo tenía encima.

Sobre la última rama de un baobab, un asombrado arrendajo miraba perplejo el tamaño de los elefantes que dormían en pie junto al árbol. Un pájaro de mundo había visto muchas cosas, pero un animal de ese tamaño, ¡vamos! Eso debía ser una broma. No sabía cómo había llegado allí. Vivía de jaula en jaula, hasta que un día su jaula se había abierto tras caer de un Range Rover que

se había visto envuelto en un percance con un rinoceronte. Mal asunto.

Desde hacía unas horas era libre. Aunque él no hubiera desarrollado el constructo de libertad en su diminuto cerebro, solo sabía que era horrible. No tenía comida ni agua y el espacio era tan grande que era inabarcable incluso pudiendo volar. Y todo estaba lleno de peligros. Todos los animales le atacaban y quieren comerle o hacerle el amor.

Detrás del arrendajo, se elevaba majestuoso el volcán Kilimanjaro, con apenas unos puntitos blancos en su cima. La nieve casi había desaparecido. De su caldera surgían varias fumarolas que se elevaban tiznando el cielo de un pesado gris.

El suelo vibró. El peor día del arrendajo se confirmaba. Tras él, una inmensa columna de humo se elevó hasta la estratosfera como un hongo titánico. El suelo se movía, el volcán expulsaba grandes borbotones de magma que comenzó a recorrer sus laderas en ríos de lava. Alrededor de la columna de humo culebreaban rayos violetas y salían disparadas grandes rocas ardientes. Los elefantes corrían asustados pisoteando a los animales que encontraban a su paso.

El arrendajo se elevó en las alturas de la noche, volando en dirección contraria, huyendo del volcán que temblaba cada vez con mayor intensidad. De repente, una de las laderas se resquebrajo y explotó. Una nube se expandía ardiente a inverosímil velocidad. Por mucho que el arrendajo aleteaba, su avance no era suficiente. La nube lo devoró en instantes. Lo devoró todo.

María de Todos los Santos era una preciosa niña de piel de cobre y negrísimo pelo. Llevaba cerca de diez minutos esperando bajo una estructura de madera rematada con tejado de chapa. Se hurgaba la nariz distraída mientras veía caer la lluvia en una pequeña aldea, Los Risas, en Cuzco. Frente a ella, inmensas montañas boscosas se elevaban contra el cielo. Al pie de la

montaña, el río había enloquecido. Arrastraba todo lo que se interponía en su paso. Se había desbordado y amenazaba con devorar la aldea. Hacía una hora, seis soldados del ejército habían conseguido llegar hasta allí y les habían ordenado su evacuación. Desde hacía diez minutos, esperaba debajo del emporchado a que su madre saliera con sus dos hermanos para marcharse hacia el refugio Guerrero, en las montañas. El río se había convertido en un lodazal cuya corriente arrastraba todo a su paso: piedras, arboles, puentes.

La madre de María asomó tras la cortina de la entrada: «Vamos, mi hija —le dijo con su hermano menor en brazos—. Tenemos que marchar, apresúrate».

Tenía los pies empapados. En Los Risas nadie recordaba una lluvia así. El océano caía sobre sus tierras.

Empezó a granizar y el ruido de las piedras de hielo golpeando la chapa metálica asustó a María, que corrió hacia el interior de la casa llamando a su madre.

A su espalda, sobre lo alto de la montaña, se deslizó una gran área de terreno. Arrastró consigo los árboles y cayó sobre la corriente de lodo. Un instante después, otra parcela se desprendió y, finalmente, la montaña entera se vino abajo. El corrimiento avanzaba como un elemento fluido, como si la montaña hubiera cobrado vida y quisiera cambiar de lugar. Se desplazaba conservando su forma hacia la aldea de María. De pronto, la tierra se hundió y se convirtió en un tsunami dorado. La aldea quedó sepultada.

Se miraba reflejada sobre el escaparate de una tienda de trajes de noche. Se había posicionado de forma tal que el reflejo de su cabeza se superponía al vestido como si lo llevara puesto de verdad. La mañana había amanecido fresca y nublada. El cielo presentaba un color amoratado y tormentoso. Era la cuarta vez que salía de casa. Vio reflejada a su espalda, sobre el cristal del

escaparate, una inmensa cortina de humo. Se giró extrañada cuando un rayo cayó sobre la gasolinera al otro lado de la avenida. La gente comenzó a huir en estampida. Gritaban: «¡Fuego!».

Al otro lado de Suzhou, ardían incontrolados los bosques, una impresionante tormenta de rayos provocaba más y más incendios que ni siquiera los canales de la ciudad lograban detener. Jun Yan Yan había cumplido los dieciocho años hacía unos días y sufría de agorafobia. Apoyó la espalda sobre el cristal del escaparate y se quedó petrificada esperando que todo desapareciera, mientras en la calle se desataba el caos. Empujones, atropellos, robos y vandalismo. Un rayo cayó cercano desencadenando una miríada de chispas sobre los cables de alta tensión. Su madre la había convencido para salir de casa. Era la cuarta vez y la última. Sabía que el número cuatro no le depararía nada bueno. Lo sabía.

Desde hacía unas horas la lluvia arreciaba. Hans se asomó por la ventana de su piso en la cuarta planta del edificio Romel Hanckle. Era un edificio de ladrillo marrón, anodino y descuidado. Su ventana daba a un pequeño callejón con olor a fritanga y basura de un restaurante hindú. Los contenedores flotaban sobre el metro y medio de agua que inundaba la calle. De seguir así, pronto llegaría a las primeras plantas, Múnich sería navegable. No era un problema para él. Hacía más de cinco años se había comprado una canoa. La había usado solo una vez. En un acto de frenética espontaneidad juvenil, decidió salir a navegar. Se peinó el ralo cabello hacia un lado y se vistió con unos *dockers* y un anorak, nada más. Se acercó a la habitación de invitados.

—Sé buena —le dijo a la muchacha que tenía amordazada y atada a la cama—. Volveré enseguida.

Bajó la canoa deslizándola por la escalera. Se montó sobre ella en el último rellano y se dejó caer por las escaleras hasta llegar al agua que había penetrado en el *hall* del edificio. Pulsó la luz

con el remo. Se encendió. Salió a calle abierta, respiró el olor fangoso. Algo chocó con la canoa. Apartó el cadáver con el remo. Le resultó más desagradable de lo que había imaginado.

El aviso de tsunami atronaba por los megáfonos situados sobre postes y edificios públicos. Yalow se encontraba en la orilla de una pequeña cala cercana a Ningaloo. Miraba al mar desde la orilla con su cubo y su pala. Le gustaba el mar, pero le daba pánico entrar. Las medusas, los tiburones, los pulpos de anillos azules, los caimanes de mar, los caracoles de cono, las carabelas portuguesas. Los había estudiado todos. Los mares de Australia eran como una pesadilla ponzoñosa.

Sus padres tomaban el sol a unos metros de él bajo la sombra de un eucalipto. No habían oído la alarma. Los tres eran sordos.

Yalow vio cómo el agua se retiraba mar adentro. Avanzó unos metros hasta entrar en la arena húmeda. Al fondo, sobre el horizonte, divisó una línea blanca de espuma. Se acercaba a toda velocidad.

Miró a sus padres. Dormitaban. Se adentró un poco más hasta que vio la ola claramente. Echó a correr. El mar se le echaba encima. Imaginó que vendría cargada de tiburones, avispas de mar, peces araña y cocodrilos. Le entró el pánico. Corría y corría, pero la ola lo alcanzó. Con su escaso metro de altura lo revolcó. Yalow tragó agua. Le supo igual que los bogavantes de la cena de la noche anterior, pero con menos textura de moco. El agua llegó hasta sus padres, que se despertaron sobresaltados. Atravesó una pequeña vaguada. Saltó unos tristes montículos de arena y se internó en un improvisado aparcamiento cubriendo de agua sucia su furgoneta Wagon.

A Yalow le dio un ataque de risa. No había ni medusas, ni tiburones ni serpientes marinas. Aquel día descubrió su amor por el mar.

# EL DÍA DESPUÉS

Todo había acabado. El infierno se había desatado durante veinticuatro horas. Había dejado, según los primeros recuentos, unos mil setecientos muertos en todo el mundo, sobre ocho mil millones de bultos humanos.

El planeta entero se había volcado con los heridos y los desaparecidos. Se hacían telemaratones para recaudar fondos. Se habilitaban cuentas bancarias para donativos. Los famosos donaban cantidades obscenas de dinero. Los gobiernos se apoyaban unos a otros con medios y materiales.

La humanidad se había unido. Tenían miedo. Habían visto la muerte cerca. Un planeta enfadado al que nadie puede hacer frente.

Las escenas eran entrañables. Las gentes izaban banderas de países enemigos en sus propias casas. Se publicaban fotos de gente cuidando de niños perdidos. Se veía gente colgar sábanas con mensajes positivos en sus balcones. Otros elaboraban carteles y se paseaban con ellos por las plazas de las ciudades. Musiquillos hacían versiones empalagosas de canciones tristes intentando adquirir un mínimo de fama. Un musulmán y un cristiano habían aparecido en la portada de un periódico mundial, abrazados, llorando. «La vida nos une», titulaba.

Había surgido una iniciativa promovida por grafiteros, para realizar grafitis gratis en las zonas afectadas, sabe Dios por qué.

Los líderes mundiales proclamaban grandes discursos a las puertas de los palacios que ocupaban.

Se organizaban festivales con grandes cargas emocionales y mensajes de paz, amor y conservación ecológica.

Un hombre tocaba *Imagine* al piano en una calle de Bangkok. Un tonto con guitarra hacía lo propio en Bruselas. La humanidad en pleno esplendor.

Al final del día, las primeras acusaciones cruzadas se lanzaban a través de los canales de televisión y radio.

Pasaron otras veinticuatro horas más. La gente ya había perdido los miedos inmersos en la vorágine de imparable progreso y superación.

Los que nunca habían tenido nada, sintieron que ya la suerte les había esquivado demasiado tiempo. Nada tenían y menos que nada podían ofrecer. Los que sí tenían algo se cobijaron, se encerraron en sus caparazones regocijándose en su confort y seguridad.

La inmensa mayoría olvidaba, o veía las imágenes de los desastres como algo ajeno a ellos, una espectacular película de acción cuyas imágenes repetían una y otra vez hasta que quedaban vacunados al dolor. Una anestesia general que ha cualificado al ser humano a lo largo de la historia para ser capaz de cualquier cosa sin tener ni un solo remordimiento.

Una vez más el ser humano alzaba su mirada atontada y quedaba cegado por el sol, sonreía estúpidamente y alzaba la mano saludando.

La humanidad es un concepto muy triste formado por miles de millones de dioses displicentes y egoístas.

# HASTA SIEMPRE

El terremoto se detuvo. Hubo algunas pequeñas réplicas, pero la calma final anegó aquel espacio con su pesado manto. Desde lo alto de la quebrada, los seis dioses de la muerte y Satanás observaban la gran nube de polvo que se había levantado y que ocultaba el fondo del cañón.

Max, oculto en la polvareda, caminó río arriba. Había recobrado su aspecto habitual, pero ahora sabía quién era y de lo que era capaz. Caminó por el agua para que nadie pudiera seguir sus huellas. Acercándose al denso bosque de pinos y encinas, comenzó a materializarse su viejo amigo Dante. Caminaba a su lado en silencio. Llegaron hasta el mismo borde del bosque, miró hacia atrás y vio a Darkia en el suelo. Se introdujo en la espesura.

La nube de polvo se disipó. Al fondo del cañón se podía ver a los minúsculos humanos intentando salvar los grandes desprendimientos. Junto a la orilla del riachuelo, Darkia seguía postrada y su sangre corría plácida, río abajo. Movió una mano y se tocó la herida.

No parecía haber muerto nadie.

—Menuda cagada —profirió Hades.

—Os lo dije —respondió risueño Satanás.